Un vínculo inquebrantable, una verdad aterradora.

UN GRAN THRILLER

LA GEMELA SILENCIOSA

LUCINDA BERRY

BESTSELLER N.º1 EN ESTADOS UNIDOS

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Newton Compton Editores

ADVERTENCIA
Esta novela aborda temas delicados e incluye escenas explícitas. Se recomienda su lectura a un público adulto y consciente.

Título original: *Phantom Limb*
© 2016, Lucinda Berry, LLC
© 2026, de la traducción por Miquel Gómez Besòs
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08.010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 9791388015687
DL: B 3.011-2026

Diseño de interiores: David Pablo
Composición: Rafael Medel López
Diseño de cubierta: Siriana F. M.
Imágenes de cubierta: © Trevillion
Conversión a formato digital: Brioworkx

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Lucinda Berry

La gemela silenciosa

Traducción de Miquel Gómez Besòs

Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

Capítulo 1

Era siempre la misma llamada. Siempre la misma súplica desesperada.

–No se lo digas a nadie –me rogaba.

¿A quién se lo iba a contar? ¿Acaso había dicho algo alguna vez? Llevaba años guardando sus secretos.

Metí el coche en mi plaza de aparcamiento y miré hacia el tercer piso de nuestro edificio de apartamentos, a la última ventana de la izquierda. Las persianas estaban completamente cerradas. Llevaban así varios días. Salí y me dirigí a la entrada, pasando junto a los buzones y la señora Jasberson, quien siempre comprobaba su correo al menos cinco veces al día para poder interactuar con alguien que no fuera un personaje de televisión.

–Hola, Elizabeth –me saludó al verme–. ¿Cómo ha ido el trabajo hoy?

–Genial –le respondí sin darme la vuelta.

No había ninguna necesidad de decirle que, una vez más, me había marchado tres horas antes de terminar mi turno.

–Dile a esa hermana que tienes que necesita salir a que le dé el sol más a menudo.

Le sonreí mientras esperaba el ascensor.

–Lo haré.

La saludé con la mano por encima del hombro y entré en el cubículo tan pronto como se abrieron las puertas. Se cerraron delante de mí y me quedé observando cómo se iluminaban los números mientras golpeaba un pie contra el otro. Se oyó el familiar sonido y las puertas se abrieron al largo corredor.

El humo rancio de los cigarrillos me saludó en cuanto abrí la puerta. Inspiré profundamente antes de avanzar por el pasillo y entrar en nuestro dormitorio. Un pequeño bulto se escondía bajo el edredón amarillo. Pasé por encima de los montones de ropa esparcidos, dirigiéndome a la ventana, y tiré de la cuerda de la persiana, inundando la habitación de luz y haciéndola un poco más alegre. Abrí la ventana para dejar que el aire fresco entrara en la habitación y respiré hondo otra vez con la intención de coger fuerzas para lo que debía hacer a continuación.

Me senté al borde de la cama y aparté el edredón, revelando el pequeño cuerpo de Emily acurrucado en posición fetal, con los brazos alrededor de la cabeza. Llevaba puesto su pijama morado. Mala señal. La última vez que se lo puso casi terminamos en urgencias. Yo había acabado por odiar el color púrpura.

Le aparté el pelo castaño de la cara.

–Hola, cariño. Ya estoy en casa.

Extendió los brazos hacia mí como una niña pequeña que busca a su madre. Me tumbé a su lado y la rodeé con los míos. Habíamos repetido esta rutina muchas veces. Acurrucó la cabeza en mi pecho y se echó a llorar.

–Shhh. –Le acaricié el pelo–. Todo va a ir bien. Siempre hemos salido adelante.

–Ni siquiera he podido vestirme. –Sus lágrimas me mojaban la camisa–. Lo he intentado, Bethy. De verdad que lo he intentado. En serio.

–Lo sé, cariño –le respondí.

–¿No te cansas de mí?

Ella me miró y yo la miré a ella: teníamos los mismos rasgos; compartíamos incluso ese pequeño lunar en la frente, justo debajo del nacimiento del pelo.

Sacudí la cabeza. Siempre sacudía la cabeza.

A pesar de que fue ella la que salió primero, siempre era yo quien la cuidaba. Me había consagrado a protegerla durante la tragedia a la que nos tuvimos que enfrentar juntas de niñas y a través de su adolescencia, marcada por la depresión, y todavía seguía haciéndolo.

Había pasado los tres primeros minutos de su vida sin mí, pero eso era todo.

–Vamos a darte un baño, ¿vale?

No esperé a que me respondiera. Me puse en pie y tiré de ella hacia arriba, con sus brazos y su cuerpo delgados como palillos apoyados en mí. Tenía el pelo enmarañado a un lado de la cabeza.

–Y luego quizá podríamos salir a cenar. Alguien en la escuela me ha dicho que han abierto un bufé chino buenísimo en el centro. Dicen que el pollo teriyaki está increíble.

Abrió los ojos de par en par y se quedó boquiabierta, paralizada por el miedo a salir a la calle. Reaccionó como si le hubiera sugerido que se cortara un brazo.

–O también podemos pedir una pizza y ver una película. Me apetece una comedia romántica.

Su rostro se relajó al instante.

Estuve parloteando sobre cómo me había ido el día, riéndome del interés cotilla de la señora Jasberson por nuestras vidas, mientras nos acercábamos al cuarto de baño. Encendí las luces fluorescentes y dejé correr el agua de la bañera.

Emily entró tras de mí, con la cabeza colgando y los brazos apretados alrededor del estómago. Dejé de esquivar el silencio con palabras y lancé un profundo suspiro.

–¿Qué has hecho? –le pregunté.

Se encogió de hombros y empezó a desvestirse, con la cabeza todavía baja, como si fuera un cachorro al que hubieran encontrado orinando en el suelo o hurgando en la basura. Se quitó el pantalón del pijama. Tenía las piernas llenas de costras de sangre seca esparcidas como restos de óxido. Había muchas, lo que significaba que había estado cortándose todo el día.

Se desvistió con lentitud, con cuidado de no lastimarse la piel en carne viva. Contemplé los bordes irregulares de sus heridas, recientes y antiguas, que se dibujaban sobre su pálida piel como una enmarañada red. Me fijé en las tres marcas que tenía en el lado izquierdo del estómago. Aquella vez habíamos acabado en urgencias. Habían necesitado más de treinta grapas para detener la hemorragia, pero habían hecho un trabajo impresionante. Si no

supiera la verdad, pensaría que se trata de la cicatriz de una cirugía abdominal. Tenía su nombre burdamente tallado en la parte superior del muslo derecho. Se había labrado meticulosamente las letras en la piel con una cuchilla de afeitar el día de nuestro decimocuarto cumpleaños. Cuando lo vi, la amenacé con cortarme yo también si no dejaba de hacerse daño, pero no sirvió de nada. Ella siguió haciéndolo y yo nunca fui capaz de cumplir mi amenaza. Me acercaba la hoja de afeitar a la carne, pero no era capaz de apretarla contra la piel. Simplemente no podía. Nunca volví a decir nada acerca de sus cortes. No era necesario. Entendía por qué lo hacía.

La tomé de la mano mientras entraba en la bañera y se sumergía en el agua caliente. Cogí la toalla y me dispuse a lavarle la espalda.

–Cuéntame qué has hecho hoy –me dijo mientras su cuerpo se relajaba.

Llené el momento del baño con historias de mi jornada mientras le limpiaba las heridas recientes. Le hablé del examen que había hecho esa mañana en clase de Introducción a la Psicología y de lo sorprendida que estaba por lo fácil que me había resultado, porque el material de lectura había sido muy denso y difícil de asimilar. Le hablé del buen tiempo y de lo bien que me había ido sentir la brisa mientras me dirigía al coche, con la esperanza de motivarla para que saliera de casa.

Cuando estuvo lista para salir de la bañera, yo ya había empezado con mis historias de telemarketing.

–¿Cuántas veces hoy? –me preguntó.

Sonreí.

–Doce.

Llevaba la cuenta de cuántas veces me colgaban cada día. Llevábamos la cuenta.

Hasta el momento, mi récord era de treinta y dos.

No pude convencerla para que viéramos una comedia romántica. Insistió en otro episodio de *Ley y orden: Unidad de víctimas especiales (UVE)*. Yo no entendía su obsesión por las facetas más oscuras y depravadas del ser humano. No podía soportar las historias de niños encerrados en jaulas o vendidos a la prostitución,

pero a ella le encantaban. Si yo hubiese podido elegir, nunca habríamos visto esas cosas.

Mientras se acurrucaba a mi lado en nuestro destartalado sofá y se preparaba para resolver el último crimen sexual con Olivia y el equipo de la UVE, intenté sacudirme de la cabeza las imágenes de su cuerpo lacerado. Nunca me había resultado fácil ver el dolor que se autoinfligía.

–¿No hemos visto ya este capítulo? –pregunté mientras se desplegaba ante mí una historia vagamente familiar sobre una niña secuestrada encontrada en un baúl.

–Sí, pero solo una vez y es uno de mis favoritos.

Ni siquiera apartó la mirada del televisor.

Aguanté hasta la segunda pausa publicitaria y ya no pude más.

–Voy a preparar la cena.

Entré en la cocina y rebusqué en la nevera. Detestaba cocinar, pero estaba dispuesta a hacerlo para no tener que ver la serie. Nunca sabía qué hacía mal en la cocina: seguía las mismas recetas que Emily, pero mis platos nunca sabían como los suyos. Ella era una gran cocinera y antes, cuando aún salía de casa, cocinaba manjares exóticos, como pollo *makhani* o chuletas de cerdo estilo Módena. En sus días buenos le seguía encantando experimentar en la cocina, pero, si era yo quien se encargaba de hacer la compra, sus opciones eran limitadas.

Me decidí por la pasta porque me parecía más fácil e improbable que pudiera estropear, y esperé que, para cuando hubiéramos terminado de comer, pudiera convencerla de ver algo más alegre.

Mientras esperaba a que hirviera el agua, pensaba en mi novio, Thomas. Me había vuelto a traer flores al trabajo. Le encantaba regalarme flores cuando no era una ocasión especial y nunca compraba rosas porque sabía que las odiaba. Había dejado en el ramo otro poema cursi y yo me había burlado de él durante el resto del turno. Cuando el agua empezó a hervir, sonreía y tarareaba para mí misma. Él siempre provocaba ese efecto en mí.

–¿Por qué sonríes?

Emily se acercó por detrás y se inclinó sobre el fogón para echar un vistazo a la olla.

–Ah, por nada –le dije.

Había pasado más de un año y aún no le había hablado de Thomas.

–Pensaba en algo que uno de los chicos populares ha dicho hoy en clase. No estaba ni remotamente relacionado con lo que estaba explicando el profesor y quedó como un completo idiota.

–¿Por qué siempre tienes que ser tan dura con ellos?

Levanté la vista con fastidio.

Cuando estábamos en el instituto, le encantaban sus cuerpos cincelados y no le molestaba su estupidez, pero a ellos lo único que les interesaba era cuántos puntos podían marcar en el campo y con cuántas podían enrollarse. Durante nuestro penúltimo año, el equipo de fútbol organizó una competición en la que otorgaban un valor en puntos a cada chica y luego comprobaban quién ganaba más acostándose con ellas. Conseguían puntos extra si no usaban condón. Emily acabó en esa lista, pero yo no. No estaba segura de si los chicos populares de la universidad eran iguales que los del instituto, pero no tenía ningún interés en averiguarlo.

–Hay muchas plazas libres en mi clase de Salud y tenemos a la mitad del equipo de hockey, por si quieres acercarte y conocerle en persona.

–Muy sutil, Bethy. Realmente muy sutil.

Me quitó la cuchara de la mano y se puso a remover la salsa que burbujeaba a fuego lento junto a la pasta.

–Déjame que te ayude con esto para que salga algo comestible –dijo, dirigiéndome una amplia sonrisa.

Nos movimos por nuestra pequeña cocina en una danza perfectamente coreografiada, desplazándonos la una junto a la otra de manera fluida y sin esfuerzo, como habíamos hecho tantas veces en el pasado. Nunca dejaba de sorprenderme lo rápido que podía cambiar su estado de ánimo. Parecía que se había olvidado de que hacía menos de una hora habíamos estado en el cuarto de baño lavándole la sangre del cuerpo.

No nos molestamos en poner la mesa y, en su lugar, sostuvimos los platos sobre el regazo frente al televisor. *UVE* había terminado y Emily cambió a *Dateline*. Estaban emitiendo un documental sobre la

depresión adolescente y el aumento del porcentaje de chicas que se autolesionaban.

–Ni hablar, Em. No pienso ver esto.

Traté de coger el mando a distancia, pero ella apartó el brazo, manteniéndolo fuera de mi alcance.

–Venga, solo un momento. ¿Por favor? –me suplicó, aleteando con sus largas pestañas.

Cedí, como siempre.

–Diez minutos. Eso es todo. Y luego vemos *Friends*.

El reportero se embarcó en una exposición pormenorizada sobre el caso de una madre que había descubierto que su hija de doce años se cortaba y cómo la joven le había mentido para encubrirlo. Entrevistó a la chica y a sus amigos, intentando comprender por qué lo había hecho.

–¿Recuerdas cuando empecé? –preguntó Emily cuando el programa volvió a centrarse en el horror de la madre al descubrir que su hija se estaba autolesionando.

–Por supuesto que lo recuerdo.

Jamás podría olvidar el día en que había comenzado a autolesionarse. Fue el día en que íbamos a quedar legalmente liberadas de la tutela de nuestra madre. Teníamos ocho años y nuestra adopción por fin se había completado. Había sido un proceso largo. Llevábamos nueve meses viviendo con los Rooth, pero al fin iba a quedar todo legalizado. Íbamos a ser oficialmente suyas y ellos iban a ser oficialmente nuestros. Los papeles se habían firmado, negro sobre blanco, y nuestra madre nunca podría recuperarnos. No quedaba nada más que hacer, salvo celebrar una fiesta.

Se suponía que aquel iba a ser un día feliz, y podría haberlo sido si nuestra madre no hubiera hecho acto de presencia. Solo la habíamos visto tres veces desde que los servicios de protección de menores nos habían separado de ella, y cada una de sus visitas había provocado algún tipo de colapso emocional, sobre todo en Emily. Vivir con nuestra madre había sido más duro para ella que para mí. Yo había renunciado a intentar que me quisiera, pero Emily nunca perdió la esperanza de conseguirlo. Entendía por qué Emily se aferraba a ello, porque siempre había sido su favorita. Era ella la que

recibía sus escasos abrazos y su afecto cuando nuestra madre necesitaba fingir que le importábamos un poco.

Nuestra fiesta de adopción se había planeado con esmero y cariño para que pareciera una fiesta de cumpleaños; un valiente esfuerzo de nuestra nueva familia para simbolizar nuestro nacimiento en un mundo nuevo. Había sido Lisa, nuestra terapeuta, a la que veíamos dos veces por semana, quien había sugerido lo de la fiesta. A los Rooth les había encantado la idea y no habían reparado en gastos. Había globos rosas flotando por todas partes y serpentinas moradas colgando de los altos robles del patio trasero. Los Rooth habían alquilado un gran castillo hinchable con una enorme princesa con los brazos abiertos en la entrada, como si quisiera darte un abrazo antes de que pasaras. Cada una tenía su propia tarta, decorada con nuestros nombres caligrafiados en el centro, y Dalila nos había dejado elegir un sabor a cada una. La mía era de vainilla, y la de Emily, de chocolate. Nos habíamos pasado la mañana peleándonos por cuál iba a estar más buena. Había una mesa llena de regalos con envoltorios brillantes y no veíamos la hora de que acabara la fiesta para poder abrirlos, porque nunca habíamos recibido regalos.

Emily y yo nos quedamos a un lado, cogidas de la mano y observando las actividades que se desarrollaban a nuestro alrededor, aunque se suponía que éramos el centro de atención. Nuestra nueva familia seguía siendo extraña para nosotros. Revoloteaban y se reían, prodigándose grandes abrazos con total naturalidad. Cada poco tiempo, alguno señalaba en nuestra dirección, nos saludaba con la mano y nos dedicaba una enorme sonrisa.

Apenas había empezado la fiesta cuando oímos esa voz imposible de pasar por alto, parecida a un chillido estridente:

–¡Hola, Bob! Hola, Dalila. Qué alegría veros –exclamó, mostrando una de esas sonrisas que le había visto practicar en el espejo–. No os podéis imaginar cuánto me alegra que cuidéis tan bien de mis hijas.

Nos quedamos mirando cómo nuestra madre, Bob y Dalila se abrían paso hacia nosotras. Lisa se mantuvo a la zaga de la terna, dispuesta a intervenir si la necesitábamos. Nuestra madre se coló en medio de nuestros nuevos padres y enlazó los brazos con los suyos.

–¿Os he contado que voy a entrar en el Ejército? Tengo la prueba el próximo lunes. Me va a venir muy bien. Muy muy bien. No es tan difícil como creía. El campo de entrenamiento va a ser un palo, pero ya sabéis que estoy muy fuerte. Siempre he hecho bastante ejercicio, aunque últimamente no he podido demasiado. Ya me volveré a poner…

Bob la interrumpió:

–Chicas, vuestra madre ha venido a veros.

No había venido a vernos. No sabía por qué estaba allí, pero no tenía nada que ver con nosotras. Agarró a Emily y la rodeó en un sorprendente abrazo. Mi hermana se quedó de pie con los brazos a los lados, mirando hacia mí, disculpándose con la mirada.

–¿Cómo está mi preciosa Emily? Mi dulce niña. Has crecido tanto, cariño. –Levantó los brazos de Emily en el aire con dramatismo–. ¿Recuerdas cuando hacíamos esto de pequeña? Eres tan alta. Debes haber crecido al menos cinco centímetros… Déjame que te vea.

Dio un paso atrás, con las manos sobre los hombros de Emily, y la examinó.

–No hay duda. Mínimo cinco centímetros. –Se volvió para mirar a Bob, agitando sus oscuras pestañas, y añadió–: Qué mona está. Igualita que su madre.

Se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y dejó escapar una risita.

Bob se sonrojó e instintivamente rodeó a Dalila con el brazo, nervioso.

–Las dos son preciosas.

–¿Cuándo podré volver a verlas? Seguramente tendrás que venir a buscarme, porque no tengo coche. Hoy me ha traído Jeremy. Se ha quedado fuera esperando. Está demasiado asustado para entrar. Ya sabes cómo son los hombres… –añadió, dando un pequeño golpe a Dalila en el costado.

Dalila rio nerviosamente. Nuestra madre se volvió hacia Emily y le estrujó las mejillas con las manos.

–Tenía que venir a ver a mi pequeña.

Emily dio un paso atrás y extendió la mano, tomando la mía y acercándome de nuevo a ella.

–Hola, Elizabeth –dijo entonces sin siquiera mirar en mi dirección.

La miré fijamente sin decir nada, esperando que pudiera leer el odio en mis ojos. Nuestra madre tosió y volvió a echarse el pelo por encima de los hombros. Demasiado tiempo con nosotros la incomodaba y había alcanzado su límite.

–Estoy deseando que llegue el momento de irnos juntas de vacaciones, chicas. Podríamos ir a Disneyland. Lo estoy organizando todo.

Bien podría habernos prometido que nos llevaría a la Luna. Nos abrazó a las dos y besó a Emily en la cabeza.

–Vuestra madre os quiere mucho. No lo olvidéis. Os quiero.

Se alejó dando pequeños brincos y, al llegar al garaje, se dio la vuelta para despedirse de nosotras lanzándonos un beso. Nunca volvimos a verla.

Aquella noche, cuando se suponía que ya estábamos durmiendo en nuestras habitaciones separadas, Emily se coló en mi cama, como hacía siempre. Como parte del proceso de diferenciación del que Lisa hablaba todo el tiempo, cada una tenía su propia habitación. Tenía que ver con separarnos y tratarnos como a individuos en vez de como a una sola persona. Lisa había sugerido a Bob y Dalila distintas formas para llevarlo a cabo y dormir separadas era una de ellas. Nosotras lo odiábamos. Pero daba igual, porque nada podía separarnos. Todas las noches, después de que nos arroparan a cada una en su cama, Emily se escurría de puntillas a través del cuarto de baño que conectaba nuestras habitaciones y se metía en la cama conmigo. Cada mañana los Rooth nos encontraban acurrucadas juntas.

–Odio a nuestra madre –susurró Emily mientras se hacía un ovillo a mi lado.

Me incorporé, sobresaltada. Era la primera vez que lo expresaba. Yo lo decía continuamente, pero ella no. Ella no la odiaba como yo.

Se sentó a mi lado con una extraña sonrisa en la cara; una sonrisa que no había visto nunca, y pensaba que las había visto todas. Se subió la pernera del pijama.

–Mira –dijo, señalando en la oscuridad.

Me incliné hacia su pierna, entrecerrando los ojos. Tenía arañazos en un lado y parecían propios de un gato.

–¿Cómo te has hecho eso? ¿Te has caído?

Rio nerviosamente.

–Me lo he hecho yo. Esta noche, antes de lavarme los dientes. Estaba en mi habitación y una chincheta se ha caído de la pizarra de corcho. La he cogido y lo he hecho.

Volvió a soltar una risita nerviosa. Me quedé mirándola fijamente.

–¿Te ha dolido?

Negó con la cabeza.

–Me ha hecho sentir bien.

Sonrió como si le acabaran de dar un premio.

–¿Por qué lo has hecho?

Se encogió de hombros.

–Quería ver si salía sangre. La he probado. Tiene un sabor raro.

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro, pero rápidamente se transformó en una expresión de preocupación.

–Bethy, no se lo cuentes a nadie. Pensarán que soy un bicho raro. Prométeme que no se lo dirás a nadie. ¿Me lo prometes, Bethy?

–Por supuesto que no se lo contaré a nadie –le respondí.

Y no lo hice. Y no lo he hecho. Y nunca lo haré.

Capítulo 2

–¿Cuándo? Dime solo cuándo.

La frustración en la voz de Thomas rozaba la súplica. Solo es posible repetir la misma discusión un número limitado de veces antes de que la paciencia se agote, y nosotros habíamos alcanzado ese punto hacía ya mucho tiempo.

Suspiré. Estaba tan cansada como él.

–Tú no lo entiendes. No puedes entenderlo.

–Claro que lo entiendo. Quiero decir, hasta donde llego. Ni siquiera tienes que decirle que soy tu novio. Puedes presentarme como un amigo tuyo.

–Se dará cuenta.

Le paré los pies, como siempre. Él creía que lo entendía, pero no era así. Nadie entendía nuestra relación ni por qué era como era. Ni siquiera Bob y Dalila lo entendían y, si ellos no habían logrado entenderlo, estaba segura de que él tampoco podría.

Nos quedamos sentados en silencio mientras yo jugueteaba con el cordel que colgaba de la parte inferior de mi camisa. Notaba que me miraba fijamente, con una intensidad ardiente, y, aunque no levanté la vista, sentía un calor abrasador en mi rostro. No entendía cómo podía tener tanta paciencia conmigo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las reprimí antes de que tuvieran la oportunidad de deslizarse por mis mejillas.

–Cariño…

Me encantaba cuando me llamaba «cariño». Su voz se suavizó y la frustración había desaparecido. Me rodeó con los brazos, acercándome a él.

–Todo irá bien.

Aspiré su olor. Olía a bosque, a pesar de que se pasaba todo el tiempo encerrado en un cubículo en el trabajo o en la biblioteca del campus, con la cabeza hundida en un libro. Me gustaba estar en sus brazos. Quería besarle, pero, nunca había dado yo el primer paso para hacerlo. Era incapaz de tomar la iniciativa. Esperé a que él me besara y entonces le devolví el beso.

Le miré, tratando de comprender cómo era posible que se preocupara tanto por mí cuando aún había tantas cosas que no podía contarle. Había compartido con él más de lo que lo había hecho con nadie, pero aún quedaba una gran parte. Él me veía como una mujer fuerte, decidida e independiente, resuelta a labrarse una vida mejor. Temía que su imagen de mí cambiara si le permitía acercarse más, pero, a pesar de mis miedos, anhelaba una mayor proximidad porque deseaba estar con él. Empezaba a necesitarle y sabía que, si quería que nuestra relación funcionara, tendría que arriesgar un poco más.

Escupí las palabras lo más rápido que pude antes de cambiar de opinión o perder la entereza:

–Vale. Voy a contarle lo nuestro.

Me apartó de él y me miró a los ojos con una enorme sonrisa en el rostro.

–¿Estás segura? No pretendo presionarte, pero ya ha pasado mucho tiempo. Llevamos juntos casi un año y aún no he podido conocer a la persona más importante de tu vida. Me importas. Así que cualquiera que sea importante para ti también lo es para mí.

Nunca había conocido a nadie como Thomas. Era amable y paciente. A diferencia de la mayoría, a él realmente le daba igual lo que pensaran los demás. A mí también me daba igual, a excepción de Emily. Su opinión me importaba, pero no perdía mucho tiempo preocupándome por el resto. Thomas me había dicho que eso era lo que más le había gustado de mí.

Él era una persona independiente. Me atraía como ningún hombre lo había hecho antes, quizá porque yo tenía a Emily, mi otra mitad. Ella era la única persona a la que necesitaba o que quería tener cerca, pero, a medida que seguía enfermando, una pequeña parte

de mí había empezado a preguntarse cómo sería sentirse unida a alguien más. Había empezado a preguntarme si me sería posible sentirme cerca de alguien que no lo supiera todo sobre mí o si podría establecer un vínculo con alguien con quien no hubiera compartido acontecimientos traumáticos.

Había aparcado cualquier anhelo de acercarme a otra persona. Hasta que apareció Thomas. Él era diferente y yo era incapaz de ignorar mis sentimientos. Su aspecto no tenía nada de llamativo o excepcional. Parecía un universitario normal y corriente, con unos vaqueros ajustados y unas Converse rojas tan gastadas que se le veían los calcetines a través de los agujeros de la tela. En un centro comercial lleno de gente, no llamaría la atención. Fue su confianza y su autoestima lo que me atrajo de él. Tenía una gran seguridad en sí mismo sin ser arrogante. No comprendía cómo alguien podía tener tanta confianza en sí mismo sin depender de que otro lo definiera. No tenía ni idea de lo que era ser solo «yo» en lugar de «nosotras».

Trabajábamos juntos como teleoperadores para una empresa de venta por catálogo que vendía toallas baratas que se deshacían al segundo lavado y velas que se anunciaban con olor a flores, pero que en realidad olían a jabón de mala calidad. Era terriblemente aburrido y un simple turno de cuatro horas parecía durar doce. Los interlocutores al otro lado de la línea estaban tan molestos por la llamada como nosotros por tener que hacerla, y normalmente aprovechaban la ocasión para dar rienda suelta a toda su rabia contenida diciéndonos cosas que nunca se habrían atrevido a decirnos a la cara. A diferencia del resto, a Thomas nunca le molestaban los comentarios soeces. No se enfadaba por ellos y en lugar de responder de manera grosera como hacíamos prácticamente todos, él sonreía, les respondía con un «Gracias» y pasaba a la siguiente llamada.

La televenta no era la primera elección profesional de nadie. Todos teníamos una razón para estar allí y no era precisamente para hacernos ricos o tener éxito. Casi todos lo hacíamos para salir adelante o porque no podíamos conseguir trabajo en ningún otro sitio. Nuestro turno estaba mayoritariamente compuesto por estudiantes universitarios debido al horario flexible y a la reducida

jornada. Thomas había empezado unos meses antes que yo y estaba allí para pagarse los estudios del seminario. A diferencia de mí, que aún no había decidido qué carrera quería estudiar, Thomas sabía desde los ocho años que quería ser pastor y ayudar a los jóvenes.

Era cristiano evangélico y su religión era una insignia que lucía con orgullo. Sus padres eran cristianos y él había tomado la decisión de seguir a Dios cuando tenía tres años. Hablaba de él como si fuera su amigo y, aunque Bob y Dalila nos llevaron a la iglesia durante un tiempo cuando éramos pequeñas, yo nunca había sentido a Dios de la forma que él hablaba. Yo no creía en nada, pero a él eso le daba igual. Con frecuencia me preguntaba si llegaría un día en que se convirtiera en un problema y él intentara convertirme al cristianismo, pero eso aún no había sucedido. Aunque al principio me preocupaba, cada vez estaba más dispuesta a adentrarme en su religión si él me lo pedía.

Nuestros compañeros de trabajo se burlaban constantemente de sus convicciones. No ocultaba su religión y no se avergonzaba lo más mínimo de reservarse para el matrimonio, lo que provocaba que los compañeros de nuestro turno se esforzaran aún más por provocarlo. Le acusaban de ser gay o se burlaban de él llenándole el cubículo de fotos de mujeres desnudas. Pero, por más que lo intentaban, él se mantenía fuerte y nunca les regalaba la reacción que buscaban. Fue después de una de esas burlas cuando hablamos por primera vez.

–Menuda panda de gilipollas –le dije, poniendo mi llamada en espera y volviéndome para mirarle. Su cubículo estaba dos más allá del mío.

Pulsó el botón de espera y apartó el micrófono.

–¿Qué más da? No saben lo que hacen. No son más que chicos comportándose como tales.

Me abstuve de hacer notar el hecho evidente de que él también era un chico.

–Me llamo Elizabeth.

Me sonrió. Su sonrisa era cálida y acogedora; me tranquilizó de inmediato.

–Soy Thomas. Por favor, pase lo que pase, no me llames «Tom».

Me eché a reír.

–Siempre que me prometas no llamarme «Liz» ni «Beth».

–Trato hecho.

Nos resultaba fácil hablar entre llamada y llamada porque estábamos relativamente cerca. No se nos permitía ponerlas en espera durante más de dos minutos sin permiso de nuestro supervisor, por lo que nuestras conversaciones al principio fueron breves y entrecortadas. Él me hacía reír con sus comentarios sobre nuestros clientes.

–Esta seguro que no recordará haber hecho el pedido. Estoy convencido de que hablaba dormida –decía–. Podría haberle vendido todas las toallas del almacén.

A veces silenciaba la llamada que estaba haciendo, ponía alguna mueca y exclamaba cosas como:

–Dios mío, no quiero oír hablar de hemorroides…

Efectivamente, a diferencia de los otros clientes, los más ancianos siempre agradecían nuestras llamadas y las aprovechaban para describir con todo lujo de detalles sus problemas médicos.

Me sorprendía lo normal que parecía a pesar de sus fuertes convicciones religiosas. Su risa empezó a colarse en mis pensamientos y comencé a imaginar cómo sería besarle. Me emocionaba antes de ir al trabajo sabiendo que le vería. Nunca me había preocupado mi aspecto, pero empecé a maquillarme y a peinarme solo para gustarle.

Empezó a hacer su pausa para el almuerzo al mismo tiempo que yo hacía la mía. Normalmente la tomaba hacia el final de la jornada, mientras que a mí me gustaba comer temprano. A mediodía siempre me moría de hambre porque, aunque sabía que debía desayunar bien, nunca lo hacía. La primera vez que coincidió conmigo en el descanso pensé que sería porque tenía que salir antes del trabajo, aunque en secreto esperaba que lo hiciera para que estuviéramos juntos. La segunda vez que ocurrió, y se sentó a mi lado en la mesa de la sala de descanso, hice todo lo posible por contener mi entusiasmo y aparentar indiferencia.

–¿Qué estás leyendo? –me preguntó, fijándose en mi libro de texto abierto.

Siempre hacía las tareas durante la hora de comer.

–Kant. Mi profesor de Inglés está obsesionado con él.

–Uf, quita, quita. Aún recuerdo aquella época.

–¿Leíste a Kant? ¿En la universidad?

Se echó a reír.

–Sí. No nos limitamos a leer la Biblia durante todo el día.

Sentí que el calor me subía a las mejillas.

–Perdona…

Me puso la mano en el hombro. Era la primera vez que me tocaba.

–No pasa nada. Te estaba tomando un poco el pelo. Todo el mundo asume siempre que lo único que hacemos es estar ahí sentados y hablar de Dios, pero te sorprenderías. Es exactamente igual que una universidad normal y corriente. Seguimos las mismas clases y requisitos que los demás. La diferencia es que también asistimos a otras clases que tienen que ver con el campo que hayamos elegido en el ministerio.

–¿Qué campo ministerial has elegido tú?

–Quiero ser pastor para jóvenes. ¿Cuál es tu especialidad?

–Todavía no lo he decidido. Dudo entre Derecho y Medicina. Un día pienso que quiero ser médico y estoy totalmente convencida de que es la elección correcta y unos días después pienso que es la peor decisión de mi vida y que quiero ser abogada. Siento demasiada presión y no quiero tomar la decisión equivocada.

–Un día lo descubrirás.

Esperé a que dijera algo más, pero, en su lugar, empezó a hincarle el diente a su plato de pasta recalentada. A mí me encantaba todo lo italiano, pero hacía mucho tiempo que no iba a un buen restaurante de comida italiana.

Rápidamente, desarrollamos nuestra propia rutina. Coincidíamos en tres turnos cada semana y hacíamos la pausa juntos a mediodía. Empecé a traerle cosas que horneaba yo. No cocinaba tan bien como Emily, pero era mejor repostera que ella. Preparaba varios tipos de galletas, pasteles y *brownies* para que los compartiéramos. Al poco tiempo, empecé a traer de más para que se lo pudiera llevar a casa.

Acababa de darle un trozo de tarta de zanahoria para llevar cuando me pidió oficialmente una cita.

–Deberíamos empezar a comer juntos no solo al mediodía. ¿Te apetece ver si también nos llevamos tan bien a la hora de cenar?

Me quedé paralizada. Disfrutaba pasando tiempo con él, pero no podía ir más allá. Había dejado de tener citas cuando Emily enfermó. Se ponía celosa cuando pasaba tiempo con alguien que no fuera ella y yo prefería no molestarla.

Sacudí la cabeza.

–No puedo.

Se encogió de hombros y dijo:

–No pasa nada.

Temí que fuera a renunciar a nuestros almuerzos después de mi negativa a cenar, pero no lo hizo. Siguió como si no hubiera pasado nada, y aquello no le impidió volver a invitarme a salir. Todos los viernes se las ingeniaba para proponerme una cena con mayor o menor sutileza, pero yo siempre encontraba una razón para negarme. Finalmente, al cabo de dos meses, acepté quedar con él; disfrutaba del tiempo que pasábamos juntos y había empezado a gustarme. Le dije a Emily que había cogido un turno extra y que llegaría tarde a casa. No me gustaba mentirle, pero no podía hacer otra cosa.

Cuando acabamos de trabajar, fuimos a un pequeño restaurante italiano. Estaba tan nerviosa que lo único que me atreví a comer fueron espaguetis blancos. No sabría decir si fue por mi estado de nervios o porque sencillamente me sentía a gusto saliendo con otra persona, pero no podía dejar de hablar. Hablé sin parar sobre mis clases, los libros que estaba leyendo y mis películas favoritas. Por norma general, cuando tenía una cita, dejaba que la otra persona acaparara la conversación mientras yo me dedicaba a escuchar, pero con Thomas me sentía cómoda. Era maravilloso hablar con alguien que no estaba deprimido. Además, era muy buen conversador y me encantaba que fuera tan inteligente, porque así yo no tenía que hacerme la tonta. A la mayoría de los tíos les asustaba mi intelecto, pero él lo disfrutaba.

Estuvimos hablando hasta que llegó la hora de cerrar el restaurante.

Un día, cuando ya había pasado casi un año desde nuestra primera cita, acerqué su mano a la mía, entrelacé mis dedos con los suyos y le di un apretón.

–Tú también me importas. –Sentí cómo el rubor me invadía la cara y aparté la mirada–. Quiero que conozcas a Emily. Estoy segura de que, si te da una oportunidad, acabará sintiendo por ti lo mismo que yo.

La alarma de su reloj sonó, señalando el final de nuestra pausa. Ya no comíamos en la sala de descanso, sino que agarrábamos nuestras cosas y nos metíamos en su Honda blanco para comer en privado. Empezamos a hacerlo como una forma de pasar tiempo a solas y acabo convirtiéndose en una costumbre. Los dos estábamos muy ocupados compaginando la facultad y el trabajo y disfrutábamos de nuestra compañía durante el almuerzo. Recogimos nuestras cosas y volvimos a entrar.

Regresé a mi puesto y me puse los auriculares, entrando otra vez en modo automático. Si le contaba a Emily lo de Thomas, mi relación con ambos cambiaría por completo. Por mucho que culpara a Emily de mis dudas y mis reservas a la hora de contarle lo nuestro, había una parte de mí que tenía miedo de hacerlo. Hablarle a Emily sobre Thomas sería el primer paso hacia una separación. Incluso si solo era un paso pequeño, una vez lo diera ya no habría vuelta atrás. Nada volvería a ser igual entre nosotras.

Tampoco era que nunca hubiéramos tenido nuestras historias. Emily tenía muchas más citas que yo; los chicos se volvían locos por ella. En el instituto, cada dos por tres aparecía uno nuevo detrás de ella, pero los dejaba enseguida y se iba a por el siguiente. Era como si se los estuviera probando, igual que quien se compra unos vaqueros. Aun así, ninguna de las dos había tenido nunca una relación seria ni se había imaginado un futuro con alguien. Yo en el fondo sabía que llegaría el día en que una de las dos conocería a alguien especial y construiría su propia vida sin la otra, pero siempre había pensado que sería ella. Ahora estaba claro que no. Emily

llevaba años sin tener una cita y ni siquiera recordaba la última vez que había salido del apartamento.

La idea de construir una vida con alguien que no fuera mi hermana hizo que el estómago me diera un vuelco de emoción y miedo. Siempre habíamos sido nosotras dos porque nuestra supervivencia dependía de ello. Éramos un equipo y no habríamos podido soportar nuestra infancia la una sin la otra.

Cuando vivíamos con nuestra madre, solía desaparecer y nos dejaba encerradas en nuestro dormitorio durante días. Emily fue la que descubrió cómo acabar con el sarpullido rojo que hacía que las piernas y la cara interna de los muslos nos escociera y nos doliera tanto. Era consecuencia de llevar durante días los mismos pañales empapados de orina y heces, pero no nos atrevíamos a quitárnoslos. La única vez que lo hicimos nuestra madre se puso furiosa. Cogió la percha de alambre que utilizaba para pegarnos, añadiendo dolorosos moratones sobre las heridas abiertas. En la habitación había un gran cubo de plástico rojo que nuestra madre se había olvidado, y Emily se deshizo del pañal y se acuclilló sobre él para hacer sus necesidades. Yo también comencé a hacerlo, así que las dos utilizábamos el cubo como retrete. Mientras una de nosotras orinaba, la otra estaba atenta por si se oía el sonido de las llaves en la puerta principal. Por algún motivo, a nuestra madre no le importó descubrir que utilizábamos el cubo y empezó a vaciarlo en el retrete una vez por semana. Ya no teníamos que cargar con nuestros desechos y las erupciones en las piernas desaparecieron. Aún teníamos que soportar el olor, pero al menos ya no teníamos que cargar con toda la porquería pegada.

Las horas de hambre y aislamiento eran interminables, pero las llenábamos con la otra. Nos inventábamos historias sobre familias imaginarias y nos hacíamos reír. Pero nuestro juego favorito era fingir que hacíamos de madre. Sabía cómo le gustaba que le acariciaran el pelo a Emily, así que cuando me tocaba a mí la tumbaba en mi regazo y lo hacía una y otra vez mientras canturreaba. A mí me gustaba que me acariciaran la espalda en círculos, así que cuando la madre era Emily me recorría la espalda con los dedos hasta que caía dormida. Teníamos un idioma secreto

para que, cuando nuestra madre estuviera cerca, no entendiera lo que nos decíamos. En la cuna, cantábamos y jugábamos a imaginar mundos, actuando la una para la otra. Cuando ya no nos quedaba nada que comer y nos moríamos de hambre, dormíamos acurrucadas, como dos cachorros tratando de mantener el calor.

El descanso durante los periodos de hambre era muy irregular. Era como estar a medio camino entre el sueño y la vigilia e incluso a veces teníamos el mismo sueño. Entrábamos y salíamos del estado de conciencia juntas.

Teníamos cinco años cuando nuestra madre empezó a dejarnos salir de nuestra habitación y adentrarnos en el resto del piso. No sabíamos nada del mundo que había fuera de las cuatro paredes de nuestro dormitorio y para nosotras el pequeño apartamento era un universo en expansión. En aquel momento, no sabíamos que acabaría por aprisionarnos del mismo modo que lo había hecho nuestro dormitorio; estábamos completamente embelesadas por su extensión. Al otro lado del salón, estaba el dormitorio de nuestra madre, que ella mantenía cerrado con llave.

–Jamás entréis en mi dormitorio. Nunca –nos dijo–. ¿Me habéis entendido? Si lo hacéis, os volveré a meter en vuestra habitación y no os dejaré salir nunca más.

Asentimos con la cabeza.

–Cuando estéis aquí fuera, os quedáis bien quietecitas. Si alguien descubre que estáis aquí, volveré a usar el cinturón. Lo digo en serio. ¿Me habéis entendido?

Me dio un cachete en un lado de la cabeza.

–Sí, lo entiendo, madre. De verdad –le dije–. Estaremos calladas.

Tomó la cara de Emily entre las manos y la miró a los ojos.

–¿Y qué hay de ti, chiquitina? ¿Estarás tranquilita si te dejo salir?

Emily asintió con la cabeza y me miró. Me cogió de la mano, pero nuestra madre la apartó de mí de un tirón.

–Contesta, mírame a mí. Yo soy tu madre. ¡¿Por qué la miras a ella?! Tú también sabes hablar, ¿no? ¿O es que eres tonta? Siempre han dicho que suele haber un gemelo listo y un gemelo tonto. Supongo que esa eres tú.

Emily se echó a llorar.

–¡Cállate! Para de llorar. Dios mío. Siempre estás llorando. Eso es algo que podrías aprender de tu hermana. Ella nunca llora, sabe cómo ser fuerte. Tú eres patética. ¿Sabes qué? Vuelve a tu cuarto. ¡Las dos!

Nos dirigimos a nuestra habitación tan rápido como pudimos. Abracé a Emily mientras sollozaba sin hacer ruido porque nuestra madre se enfurecía si llorábamos en voz alta. Pensamos que nuestra oportunidad de salir se había acabado ahí, pero no pasó demasiado tiempo hasta que nuestra madre volvió a permitírnoslo y nos repitió las mismas instrucciones. En aquella ocasión, superamos la prueba. Desde entonces, pudimos salir de vez en cuando de la habitación cuando ella se marchaba. Nos mostró la tele y siempre nos decía lo mismo:

–No la apaguéis. Dejadla encendida mientras estoy fuera. Si alguien llama a la puerta, no abráis. Pase lo que pase. No me importa lo que digan o quién digan que son. Os quedáis calladitas sin moveros. Tampoco abráis las persianas. –Se acercó a la ventana del salón y señaló las persianas–. Las dejáis cerradas todo el tiempo. Punto. Si me entero de que alguna de vosotras ha desobedecido mis normas, os daré una paliza a las dos.

Y, después de eso, se marchaba. A veces durante horas. Otras durante días. Nunca sabíamos cuánto tiempo iba a estar fuera. Nosotras estábamos fascinadas con la tele porque estaba llena de voces y caras nuevas y de tantas cosas que nunca habíamos visto y que no sabíamos que existían. Había personas cuya piel no era como la nuestra, sino de otro color. Nos sentábamos en el suelo delante del televisor, hipnotizadas y cautivadas. No sabíamos cuándo nuestra madre nos iba a dejar salir de la habitación, pero saber que existía otro mundo hacía más llevadero el tiempo que pasábamos encerradas y nos ofrecía nuevas ideas para jugar.

No tardamos en conocer a la primera persona del mundo exterior. Cuando entró por la puerta acompañado de nuestra madre, Emily y yo nos quedamos mirándolo como si se hubiera escapado del televisor. Llevaba vaqueros azules y una camiseta negra con palabras que no fuimos capaces de leer en el centro. Tenía el pelo rubio y corto y unas grandes gafas le enmarcaban los ojos achinados. El

vientre le sobresalía por encima de la cintura y se le movía arriba y abajo mientras reía con nuestra madre, como si tuviera algo dentro. Olía como ella: el mismo olor rancio a podrido.

–Chicas, levantaos, venid. Quiero presentaros al amigo especial del que os he hablado esta mañana. –Nunca nos había hablado de nadie, pero hicimos lo que nos dijo y nos pusimos de pie–. Acercaos. Un poco más. ¡No seáis tímidas!

Dimos algunos pasos en su dirección.

Levantó la vista hacia él, pero él no la miraba. Nos miraba a nosotras, relamiéndose con una media mueca de desdén asomándole de la comisura de los labios.

–Ya te dije que eran adorables.

Extendió la mano. Nos quedamos de pie con los brazos pegados al cuerpo.

–Chicas, no seáis maleducadas. Dadle la mano.

Era la primera vez que oía esa voz dulce y melosa de nuestra madre, pero con el tiempo llegaría a conocerla muy bien. Extendí la mano y el amigo especial la agarró y me la estrechó. Emily me imitó.

Él introdujo su mano en el bolsillo trasero y sacó dos palos con círculos en la parte superior, cubiertos de un papel de colores.

–Os he traído un regalito. He pensado que os gustaría –dijo.

Su voz era grave. Sonaba como si hablara con la boca llena de canicas.

–Adelante, niñas, cogedlo. Vamos, no seáis maleducadas –añadió nuestra madre.

Los cogimos. No teníamos ni idea de qué hacer con ellos, pero no nos atrevimos a movernos ni a hacer preguntas.

–Son muy educadas y están impecables. Les he dado un baño esta mañana. Incluso he usado mi loción especial.

El hombre asintió con la cabeza en señal de aprobación, sin dejar de esbozar esa extraña sonrisa. Nuestra madre señaló su dormitorio.

–Puedes ir ahí dentro. Tal como habíamos quedado.

Se dirigió a la puerta de su habitación y giró el pomo, revelando un dormitorio como los que habíamos visto en la televisión. En el centro de la estancia había una cama envuelta en unos velos blancos que parecían nubes. A diferencia del resto del apartamento, cuyas

paredes eran blancas y sucias, su dormitorio estaba pintado de un color rosa suave. Tenía unas llamativas flores y una alfombra de felpa rosa y blanca en el suelo. Él recorrió el dormitorio con la mirada con la misma avidez con que lo habíamos hecho nosotras.

–Que las disfrutes –le dijo.

El hombre cruzó la puerta. Nosotras nos quedamos clavadas donde estábamos. Nuestra madre se volvió para mirarnos con una mirada que conocíamos bien.

–Vamos, chicas. –Sus ojos dejaban clara la promesa de un castigo si no nos movíamos–. No hay nada de lo que tengáis que tener miedo.

Le seguimos robóticamente hasta el dormitorio y ella cerró la puerta detrás de nosotras. Oí cómo tintineaban los cubitos de hielo en el vaso que utilizaba para beber un líquido oscuro. El sonido del televisor pasó de un volumen normal a un sonido atronador y la música *rock* me inundó los oídos. El amigo especial cogió la mano de Emily y la condujo a la cama. Corrí hacia la cama y me senté a su lado, tomando su mano entre las mías.

–Vamos a jugar a un algo muy especial –dijo, quitándose la camiseta negra.

La primera vez que jugamos fue la más difícil, porque no sabíamos cómo funcionaban aquellos juegos especiales. Nunca habíamos jugado con nadie, así que no sabíamos cómo lo hacía el resto de la gente. Yo fui la primera. No me gustó el juego. No le encontraba el sentido. No era divertido y dolía, pero a él no le importaba que doliera. Tenía un juguete especial que utilizaba: lo tenía pegado al cuerpo y yo no podía respirar cuando me lo introducía en la boca. Me ahogaba y hacía que las lágrimas me cayeran por las mejillas.

Yo tenía superpoderes y los utilizaba para flotar hasta las placas del techo y verme desde allí. Esperé a que terminara el juego para volver a bajar. Cuando le llegó el turno a Emily, la ayudé como pude porque no sabía si ella tenía mis poderes y quería ayudarla a completar el juego. Me miraba mientras jugaba y me alegré de que pudiéramos entendernos sin palabras, de decirnos que todo iba a salir bien.

Conocimos a muchos amigos especiales a lo largo de los años y jugamos a ese juego más veces de las que podría contar. A Emily le caían bien los que nos traían caramelos. Ella siempre los aceptaba, pero yo no. Los dulces significaban que íbamos a tener que jugar y yo lo odiaba. Había veces en que, cuando el amigo especial se iba, nuestra madre nos abrazaba y nos decía que estaba orgullosa de nosotras. En esas ocasiones, nos dejaba quedarnos fuera de la habitación durante días para compensárnoslo. En cambio, otras veces se ponía furiosa después de que se marchara el amigo especial y nos golpeaba con la percha de alambre o el cinturón antes de encerrarnos de nuevo en el dormitorio.

Pero todo cambió cuando, poco después de cumplir los siete años, provocamos un incendio en el apartamento durante una de las ausencias de nuestra madre. Por fin me había armado de valor para explorar la cocina. Nos habría dado una paliza de muerte si hubiera llegado a casa y nos hubiera encontrado allí, pero Emily escuchaba atentamente en la puerta mientras yo rebuscaba entre los armarios y cajones. Vivíamos en un piso alto en la parte de atrás de un complejo de apartamentos. Hasta nuestra puerta se extendía una escalera de madera que crujía y nuestra madre no podía subirla sin hacer ruido. Una vez arriba, tenía que hacer girar la llave en la cerradura y apoyar el hombro en la puerta para abrirla. Eso nos daba unos treinta segundos desde que oíamos sus pasos en la escalera hasta que entraba por la puerta, lo que nos daba tiempo de sobra para volver a escabullirnos hasta nuestro puesto habitual frente al tele.

Había encontrado un paquete de fideos orientales en la despensa.

–Em, mira –le dije, mostrándole el paquete.

–¿Qué es eso?

Saltó sobre el mostrador a mi lado, me quitó el paquete de la mano y le dio la vuelta.

–Son fideos orientales. Como los que hace ella.

Reconocía el paquete rojo y los pequeños palitos que había dentro. En alguna ocasión, había visto cómo nuestra madre los preparaba. No cocinaba muy a menudo y, cuando lo hacía, nunca lo compartía con nosotras. A veces, incluso se olvidaba de que estaba

cocinando. Después, engullía la comida en nuestros morros sin ofrecernos ni un bocado.

–Pensará que los ha cocinado ella. Ni siquiera se dará cuenta.

Estaba convencida de que podía hacer la pasta, aunque Emily no estaba tan segura. Nos las arreglamos para encender el fogón, pero yo no tenía ni idea de cómo funcionaba una cocina y, sin darme cuenta, dejé un trapo sobre el fogón encendido. Prendió rápidamente y el detector de humos empezó a sonar.

–¡Oh, Dios mío! ¡Oh! ¡Bethy! ¡Bethy! –Emily empezó a gritar tan fuerte como la propia alarma–. ¡Nos va a matar! ¡Haz que pare!

La estancia estaba sucia porque nuestra madre nunca la limpiaba. Junto a la cocina había cajas de *pizza* con restos y, con la misma rapidez con la que el trapo había empezado a arder, se le unieron las cajas de cartón. Me quedé mirando el fuego como si estuviera en trance. El humo empezó a llenar la cocina. Los armarios que quedaban por encima de las cajas de *pizza* fueron los siguientes en arder.

Emily me tiraba del brazo.

–¡Haz algo! ¡Oh, Dios mío! ¡Haz algo!

La cogí del brazo y corrimos de vuelta a nuestra habitación lo más rápido que pudimos, cerrando la puerta tras nosotras con un portazo. Nos acurrucamos en la cuna, abrazándonos. Emily empujó la cabeza contra mí y empezó a sollozar. No pasó mucho tiempo hasta que pudimos oír el ulular de las sirenas en la distancia acercándose rápidamente hacia nosotras.

–¡Bomberos! –oímos gritar una voz.

Y entonces empezaron los golpes.

El sonido de la madera rompiéndose. Voces masculinas gritando. Saltamos de la cuna y nos escondimos en el armario. Las dos estábamos temblando. Parecía que llevábamos horas allí escondidas. Oímos el sonido de pasos pesados moviéndose por el apartamento. Nos preparamos para lo peor cuando un hombre gigantesco, vestido enteramente de azul, abrió la puerta del armario.

–Dios mío… –El gigante exhaló lentamente, mirándonos desde lo alto, mientras nosotras le devolvíamos la mirada, aterrorizadas–. Vuelve, John. He encontrado a unas niñas.

No recuerdo gran cosa de lo que ocurrió después, solo el pánico ante toda aquella agitación y las caras de los desconocidos desfilando ante nosotras. Emily y yo nos agarramos, sin querer soltarnos e incapaces de responder a ninguna de sus preguntas. No dijimos ni una palabra, ni siquiera para pronunciar nuestros nombres. Nos dejamos hurgar y manosear por los médicos y mirábamos a todas aquellas personas que nos insistían tratando de saber quiénes éramos y, sobre todo, dónde estaba nuestra madre.

No podían localizarla y no teníamos ninguna información para ayudarlos. No regresó al apartamento hasta pasados tres días y, cuando lo hizo, se encontró con una cinta amarilla en la puerta principal. Nos quedamos en el hospital una semana. No vino a vernos ni nos llamó. Los servicios de protección de menores no estaban dispuestos a dejarnos ir. Pasamos directamente del hospital a casa de los Rooth, quienes nos acogieron.

Nuestro rescate se convirtió rápidamente en un acontecimiento mediático. Nuestra historia salió en todas las revistas y en todos los telediarios del momento. En todos los titulares de los medios de comunicación apareció una foto de nuestro dormitorio y una del de nuestra madre, acompañadas de alguna versión de la pregunta «¿Cómo lograron sobrevivir?». La verdad era muy sencilla: nos teníamos la una a la otra. No tenía ni idea de cómo lo habíamos conseguido, pero lo habíamos hecho. Seguíamos haciéndolo y no sabía cómo dejar entrar a otra persona en nuestro mundo. Aunque vivimos con los Rooth hasta que terminamos el instituto, nunca consiguieron entrar en nuestro mundo interior. Por eso quería que con Thomas fuera diferente.

No era la primera vez que me planteaba hablarle a Emily de nuestra relación. En alguna otra ocasión, había logrado armarme de valor, pero entonces ella se sumía en uno de sus episodios oscuros. No me parecía justo contárselo cuando entraba en estado de autodestrucción. No cuando el simple hecho de cepillarse los dientes la hacía llorar. Así que me quedaba esperando cualquier señal de mejora.

Había breves destellos de la antigua Emily que mantenían viva mi esperanza, como las noches en que llegaba a casa y encontraba el

apartamento impecable o salía tarde del trabajo y descubría que nos había preparado la cena, con la mesa puesta para dos. Durante sus fogonazos de normalidad, se mostraba atenta; siempre preparaba la comida que el día anterior yo había mencionado que se me antojaba o limpiaba la casa cuando tenía un día especialmente estresante en el trabajo. Sin embargo, la esperanza siempre duraba poco. Pasados uno o dos días, se retiraba a la intimidad de nuestra cama, cerraba las persianas y desaparecía bajo las sábanas. No se movía ni se duchaba. Apenas hablaba.

Rebusqué en mi memoria tratando de ubicar el momento exacto en que renunció a intentar llevar una vida normal y se entregó al sufrimiento. Me obsesionaba intentar averiguar cuándo se había dado por vencida, porque, si encontraba el momento en que había dejado de intentarlo, podría arreglarlo y conseguir que volviera a luchar. Había repetido ese ejercicio muchas veces, pero la búsqueda había sido en vano.

Traté de convencerla para que se reuniera con Lisa, nuestra antigua terapeuta. Nos gustaba porque era la única persona que nos trataba como si no fuéramos frágiles y se dirigía a nosotras con una voz normal. Todos los demás, incluidos Bob y Dalila, nos hablaban con una voz suave y tranquila, como si nos fuéramos a romper si hablaban demasiado alto. Necesitaba a alguien fuerte que ayudara a Emily porque yo ya no podía hacerlo sola, pero mis propuestas siempre eran rechazadas.

–No. No pienso hacerlo. Odiaba hablar con ella cuando éramos niñas y ahora lo odiaría aún más –refunfuñaba, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Pero, Em, tampoco fue tan mal. Nos ayudó mucho. De verdad. Solo que ahora no lo recuerdas. Ahora lo único que puedes ver y recordar es lo negativo. Tienes la mente nublada.

No recordaba los divertidos juegos a los que Lisa jugaba con nosotras de niñas ni cómo nos animaba a hablar con Bob y Dalila sobre lo que sentíamos. También había olvidado lo mucho que la ayudó con su depresión cuando era adolescente.

Le ponía la mano en el hombro, tratando de ablandarla ante esa idea.

–Por favor… Yo ya no sé qué más puedo hacer.

–Lo siento. Lo siento mucho. Soy un desastre… Estarías mucho mejor sin tener que preocuparte por mí. Estoy segura.

–No digas eso. Sabes que no soporto cuando hablas así, ¡es una estupidez!

–No soy más que una enorme carga para ti y siempre lo seré. No sirvo para nada. Mi vida no tiene sentido.

Su autocompasión se prolongaba hasta acabar por asfixiarme. Al final, yo dejaba de lado el tema de conversación porque sabía que no iba a poder convencerla. A menudo pensaba en ir a ver a Lisa yo sola, pero hasta entonces no lo había hecho.

Mientras marcaba el número de mi siguiente potencial cliente incauto, me decidí a programar una cita para ir a verla en cuanto pudiera. Tal vez pudiera convencerla para que viniera a casa a trabajar con Emily. Solía ir a casa de Bob y Dalila; no veía por qué no podía venir también a la nuestra. A Emily no le quedaría más remedio que hablar con Lisa si aparecía por casa, pero estaba convencida de que, aunque no conseguía que viniera, me ayudaría a encontrar la forma de ayudar a Emily. Siempre había sabido aconsejarme sobre cómo apoyar a mi hermana sin perderme a mí misma y ahora volvía a necesitar su orientación.

En cuanto terminé la llamada, busqué a Lisa en Google. Seguía en la misma oficina. Puse mi línea en espera, miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me observaba y marqué su número en el móvil.

Al tercer tono, contestó la recepcionista:

–¿Diga?

–Me gustaría concertar una cita tan pronto como sea posible –respondí mientras revisaba que ninguno de mis supervisores estuviera rondando por allí.

–¡Estás de suerte! –me contestó–. Ha habido una cancelación. ¿Mañana a las nueve y media te va bien?

–Perfecto.

–Estupendo… ¿Has estado aquí antes? ¿Para quién es la cita?

–Sí, pero ha pasado mucho tiempo. Yo aún era una niña.

–¿Cuál es tu nombre?

–Elizabeth. Elizabeth Rooth.

Mientras esperaba, golpeteé el escritorio con los dedos.

–No encuentro a nadie con ese nombre… Tal vez…

–No pasa nada. ¿Puedes apuntarme como paciente nueva?

Tenía miedo de que me pillaran y quería terminar la conversación cuanto antes. Nunca me había metido en líos en el trabajo.

–Claro. –Escuché cómo tecleaba en su ordenador–. ¿Sabes si tu seguro lo cubre?

–Pagaré en efectivo. No importa.

–De acuerdo, Elizabeth. Nos vemos mañana a las nueve y media. Como no tienes ficha, por favor, no te olvides de traer tu tarjeta del seguro.

–Vale…, gracias. Adiós.

Colgué a toda prisa.

No se lo conté a Thomas cuando me despedí de él al final de nuestro turno y tampoco a Emily al llegar a casa. Ni siquiera se movió cuando entré por la puerta. Estaba mirando el televisor como si pudiera ver a través de él.

No hizo más que reafirmarme en mi decisión. No podía seguir viviendo así. Necesitaba ayuda.

Capítulo 3

Me sorprendió ver que Lisa no había cambiado nada. Esperaba encontrarla con canas y unas gafas redondas de señora mayor apoyadas sobre la nariz, porque tenía la sensación de que hacía toda una vida que no me sentaba en su despacho. En cambio, tenía exactamente el mismo aspecto que recordaba. Seguía con el mismo pelo negro y liso, solo que antes lo llevaba largo y ahora lucía un bonito corte recto que enmarcaba su rostro delgado. Conservaba sus amables ojos azules y esa sonrisa de dientes perfectamente rectos que solo se consigue tras años de ortodoncia. Habíamos pasado incontables horas en su despacho y, durante un tiempo, llegué a pensar que ella también nos había adoptado, de tanto tiempo que pasábamos juntas.

Bob y Dalila habían encadenado un desencanto tras otro tratando de concebir. Bob deseaba un hijo tanto como Dalila y, tras muchos intentos desgarradores de fecundación in vitro, habían recurrido a la adopción. Para Bob, adoptar a una criatura significaba simplemente tener la oportunidad de ser padre, pero para ella era algo más. Tomó todo el dolor que había sentido por no poder concebir y lo volcó en encontrar a un niño al que pudiera salvar. No solo deseaba adoptar un bebé: quería rescatarlo.

Después de examinarnos en el hospital, nos trasladaron a casa de los Rooth en un vehículo de la policía. A Dalila le encantaba describir cómo se le derritió el corazón al vernos mientras observaba cómo el agente nos hacía bajar del asiento trasero como si fuéramos las delincuentes más jóvenes del mundo. Teníamos demasiado miedo y el agente tuvo que recordarnos continuamente que camináramos.

Dalila abrió la puerta antes de que llamara. Emily y yo nos aferramos la una a la otra en los escalones de la entrada. Desde que los bomberos nos rescataron de nuestro apartamento, aún no le habíamos dicho una sola palabra a nadie.

–Pasad, pequeñas –nos dijo con su voz amable.

Y la seguimos hasta nuestro nuevo mundo.

No nos comportábamos como niñas normales y nada podría haber preparado a Bob y Dalila para hacer frente a nuestra larga lista de dificultades. Comer era una de las peores. Yo no comía nada y Emily se llevaba a la boca todo lo que encontraba. Ambas eran conductas extremas que nos hacían enfermar. Emily vomitaba después de sus atracones, mientras que yo estaba cada vez más delgada, incluso más que antes de que nos acogieran.

La única comida sólida que habíamos probado hasta entonces eran las *pizzas*. Había una pequeña pizzería abierta toda la noche a dos manzanas del club de *striptease* donde trabajaba nuestra madre y, de vez en cuando, cuando no estaba con un hombre, compraba una de camino a casa. La grasa siempre nos provocaba diarrea, pero no nos importaba. Valía la pena. Aparte de eso, sobrevivíamos a base de agua, leche y pan. Los armarios de la cocina de nuestro apartamento estaban repletos de leche maternizada y pan. Nada más. Mezclábamos la leche con agua del fregadero para beberla. Los asistentes sociales le explicaron a Dalila que, aunque tomar leche de fórmula en biberón nos había podrido gran parte de los dientes delanteros, también había evitado que muriéramos de hambre o que desarrolláramos un retraso mental por la falta de nutrientes importantes durante tantos años. Cuando nos llevaron con los Rooth, aún tomábamos leche maternizada en biberón.

Comer me resultaba ajeno y sentía la comida como algo extraño en la boca. No me gustaba masticar ni la textura ni tener esa sensación pastosa entre los dientes. Acababa escupiéndolo todo, porque, si intentaba tragarlo, no podía respirar, lo que me provocaba frenéticos ataques de pánico. Emily, en cambio, nunca tenía suficiente. Se sentía como en el cielo. Se comía lo que había en su plato y en el mío. Escondía comida en la habitación, bajaba a hurtadillas a la cocina en mitad de la noche y se comía media

nevera. A veces la acompañaba y la veía comer pepinillos directamente del tarro, seguidos de nata montada y las sobras de la cena.

–¡Qué asco! –le preguntaba, absolutamente repugnada–. ¿Cómo puedes comerte eso?

Ella se reía de mí con la boca llena de comida.

–Porque está buenísimo.

Aprendimos a comer, pero no fue fácil y nos llevó mucho tiempo. El proceso incluyó la alimentación forzada junto con pequeñas recompensas para mí y candados en los armarios de la cocina y el frigorífico para Emily.

No nos gustaba estar separadas, lo cual era un problema, porque todo el mundo estaba empeñado en acabar con nuestra interdependencia. Si alguien nos separaba, nos daban horribles ataques de ira que se intensificaban hasta llegar a los mordiscos y a los golpes en la cabeza. Yo mordía; Emily se golpeaba.

También fue necesario ajustar otras cosas. Ninguna teníamos una rutina de sueño y vigilia estable. Nunca habíamos seguido un horario, así que no diferenciábamos el día y la noche. Ninguna podía dormir toda una noche entera. Era como si los Rooth hubieran recibido a dos recién nacidos, solo que nosotras teníamos siete años. Se lo poníamos realmente difícil, porque nunca nos habían educado para ir al baño debidamente, así que las dos teníamos accidentes nocturnos, pero, como dormíamos juntas, solo había que lavar un juego de sábanas. Nos costó un año poder pasar toda una noche sin incidentes.

Bob y Dalila tuvieron muchísima paciencia con todas nuestras complicaciones, pero nuestra negativa a mantener contacto físico era lo que más les dolía. Nos mostrábamos afectuosas la una con la otra, pero rechazábamos el contacto con cualquier otra persona. A Dalila le gustaba tomarnos en brazos antes de acostarnos. Puso una mecedora en nuestras habitaciones. Me ponía en su regazo y me abrazaba, pero a mí no me gustaba. Algunos de los amigos especiales de nuestra madre me habían obligado a hacer lo mismo, así que eso era lo único en lo que podía pensar cuando ella me sentaba en su regazo. Me retorcía y me contorsionaba, tratando de

ponerme cómoda, pero nunca era capaz de encontrar una posición en la que me sintiera a gusto. Me encantaba cuando Emily me acariciaba la espalda, pero, cuando Dalila me tocaba, la piel me picaba y terminaba apartándole las manos.

Me resultaba más fácil conectar con Bob que con Dalila. La sensación de seguridad que veía en sus ojos me cautivaba, la forma en que le centelleaban cuando sonreía o se reía. Todos los hombres que había conocido tenían la mirada empañada por demonios que cobraban vida en cuanto se cerraba la puerta de la habitación de nuestra madre, pero en los ojos de Bob no había ni rastro de ellos. Él no esperaba tanto de nosotras como Dalila. Aceptó mucho antes que ella que Emily y yo teníamos heridas que ni el amor podría borrar. Se conformaba con centrarse en lo que podía darnos y no intentaba convertirnos en algo que no éramos.

Desarrolló sus propias rutinas con nosotras. Dibujaba durante horas con Emily y le encantaba ver *Friends* conmigo. No importaba que se supiera de memoria casi todas las frases que decía Joey o que conociera al dedillo cada escena, se reía como si fuera la primera vez que veía cada episodio. Él tenía su lado del sofá y yo el mío. Había una frontera invisible entre nosotros y, a diferencia de Dalila, nunca intentó cruzarla.

Lisa desempeñó un papel decisivo al ayudar a los Rooth a enfrentarse a nuestros problemas. Usaban tablas y pegatinas que se llevaban a casa y pegaban en la nevera para ayudarnos a cambiar nuestro comportamiento. Tuvimos una de esas tablas allí hasta el mismo día en que empezamos la secundaria.

Lisa usaba términos como «apego inseguro» o «trastorno reactivo del apego» cuando hablaba de nosotras con los Rooth. Entonces no entendía aquellas palabras y sigo sin entenderlas ahora. A veces me obligaban a sentarme en el regazo de Dalila, en el despacho de Lisa, con sus brazos rodeándome fuerte mientras yo pataleaba y gritaba. Emily también lo odiaba, pero, a diferencia de mí, que me resistía, se quedaba inerte en sus brazos cuando le llegaba el turno. Podría haberles resultado de ayuda si les hubiéramos contado lo que los amigos especiales de nuestra madre nos obligaban a hacerles, pero nunca lo hicimos. Nunca. Nuestra madre nos había advertido de que,

si alguna vez lo contábamos, nos mataría y, a pesar de que su presencia física había desaparecido de nuestras vidas, sus amenazas seguían siendo muy reales para nosotras. No hablábamos de ello con nadie, ni siquiera entre nosotras.

Ni Emily ni yo respondimos a Bob y Dalila como esperaban, pero llegamos a quererlos a nuestra manera y nos familiarizamos con la rutina y la estabilidad que nos proporcionaban. Sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos, para ellos nunca llegó a ser como habían imaginado.

–¡Elizabeth! –exclamó Lisa al verme, lanzándose sobre mí en un abrazo.

Apoyó una mano en mi espalda y me hizo pasar a su despacho.

Todo seguía igual. Los juegos y los juguetes se apilaban en las estanterías. Había rompecabezas por todo el suelo. El enorme cajón de peluches en el que me encantaba meterme de cabeza seguía allí. Su pequeño escritorio quedaba enterrado en un rincón, con sus títulos colgados en la pared detrás de ella, asomando entre los dibujos con ceras y las pinturas hechas con los dedos. Me quedé mirando el saco azul de bolitas en el que solía sentarme.

Entonces señaló una silla de madera que había delante de su mesa mientras ella se sentaba al otro lado.

–Por favor, siéntate. Estoy tan contenta de verte.

Me acomodé. Me sentía un gigante; todo era mucho más pequeño de lo que recordaba. Incluso Lisa parecía haberse encogido unos centímetros.

–Te veo estupenda –me dijo.

Le sonreí. Estar enamorada hacía que todo pareciera más brillante y emocionante. También yo me había dado cuenta.

–Estoy impaciente por saber cómo estás. Dalila me envió un correo electrónico diciéndome que habías conseguido una beca para la universidad. Me hizo sentir muy orgullosa. ¿Qué haces ahora? –me preguntó.

–Estoy en el primer semestre de mi segundo año.

–¿En Galston?

Asentí

–Sí. Cuando acabe el año, espero poder trasladarme gracias a la beca. Estoy empezando a mirar universidades… Todavía no he decidido si quiero estudiar Derecho o Medicina.

–Te puedo imaginar como abogada. Siempre has sido muy lógica y analítica. Me da la impresión de que te encajaría.

Crucé las piernas y miré a un lado, evitando sus ojos. Había olvidado sus ojos. Tenía una forma de mirarte fijamente como si pudiera ver en tu interior.

–¿Tienes trabajo?

–En televenta. Es aburrido, pero pagan bien y se adapta a mi horario académico, así que está bien.

–Maravilloso.

Se produjo una pausa incómoda.

–¿Vives en el campus? –me preguntó.

–No, en un apartamento, fuera del campus. Está a solo un par de manzanas. Me va muy bien vivir tan cerca de la universidad.

Odiaba ese tipo de conversaciones triviales.

–Bueno, ¿qué te trae hoy a verme? –me preguntó.

Al parecer, ella también las odiaba.

Me aclaré la garganta. Tampoco es que se me dieran muy bien otro tipo de conversaciones.

–Bueno, eh…, tengo novio.

–Ya iba siendo hora. –Se rio–. Es un chico afortunado. Háblame de él.

Se echó hacia atrás en la silla, apoyándola contra la pared.

–Se llama Thomas; trabajamos juntos. Llevamos saliendo casi un año. Creo que estoy enamorada.

Me sonrojé. Ella sonrió.

–Eso es fantástico. Me alegro mucho por ti. El amor es algo muy positivo y creo que es un problema maravilloso que tener.

Le sonreí con timidez. Ojalá fuera así de sencillo.

–Y luego está lo de Emily…

La frase quedó flotando en el aire.

Se levantó del escritorio y se acercó para sentarse en la silla junto a mí. Olía distinto. Antes olía a flores. Ahora olía a vainilla, como si acabara de hornear galletas. Me puso la mano en la rodilla.

–Está bien, Elizabeth. –Se detuvo, permitiendo que sus palabras surtieran efecto–. Está bien amar a alguien que no sea Emily. Lo sabes, ¿verdad? Está bien poder dejar ir.

Absorbí sus palabras, digiriéndolas lentamente. Dalila me decía lo mismo cuando todavía hablábamos a menudo y no solo cada pocas semanas. «Cielo, sé que ya te lo he dicho muchas veces, pero creo que te ayudaría mucho si te permitieras dejar ir a Emily. Te está impidiendo seguir adelante con tu vida y ser feliz», me había dicho en una ocasión después de que yo me hubiera quejado de que Emily se negaba a volver a levantarse de la cama.

Nunca llegaría a entendernos. Emily y yo éramos como dos cuerpos que compartían un alma: ¿cómo iba a renunciar a mi alma? Después de que Dalila me dijera eso, le colgué el teléfono y no volví a dirigirle la palabra durante un mes. Pasado un tiempo volví a llamarla, pero desde entonces centraba nuestras conversaciones en los estudios y en cosas sin importancia.

Cuando Lisa pronunció esas palabras, las percibí de un modo distinto. Su voz tenía un efecto diferente en mí. Quizá se debiera a que conocía tan bien nuestro pasado o a sus años de formación, que le permitían saber qué decir en el momento perfecto, pero algo en ellas hizo que dejara de sentirme culpable por amar a Thomas. Tenía amor suficiente para ambos. Solo tendría que demostrarle a Emily que seguiría cuidando de ella incluso si él estaba en mi vida.

–Gracias.

Me volvió a sonreír.

–¿Hay algo más de lo que quieras hablar? ¿Necesitas algo? Cualquier cosa…

–No sé si lo sabes o si Dalila te ha comentado algo, pero Emily vuelve a estar muy deprimida. Está peor que antes. Le he estado ocultando la existencia de Thomas porque tengo miedo de hacerle daño. Quiero contárselo, pero no sé cómo.

Lisa ladeó la cabeza, intentando leer mi expresión. Guardó silencio mientras trataba de ordenar sus pensamientos. Siempre elegía sus palabras con cuidado.

–Tengo la impresión de que Emily lo entenderá. Estoy convencida.

–¿De verdad lo crees?

Se me hinchó el corazón. Aparte de mí, Lisa era la persona que más conocía a Emily. Me emocioné.

–Siempre voy a estar a tu disposición para ayudarte. Ya lo sabes. ¿Qué te parece si tenemos unas sesiones para hablar de tu relación con Thomas y del efecto que puede tener en tu relación con Emily?

Ni siquiera tuve que pensar la respuesta.

–Me encantaría –le dije.

Ojalá hubiera venido a verla hace meses, cuando se me ocurrió por primera vez. Ella había estado presente en todos los momentos más importantes de nuestras vidas y podía ayudarnos en esta nueva transición.

–¿Por qué no programas una sesión la semana que viene? Podremos empezar a escarbar en lo que está pasando y elaborar un plan.

Me encantaban los planes.

–Me parece perfecto. –Me puse en pie–. ¿Cuánto te debo por lo de hoy?

Puso los ojos en blanco en un gesto de contrariedad.

–No te preocupes por eso ahora. Nos ocuparemos del tema económico la semana que viene, cuando empecemos a trabajar juntas. Tengo muchas ganas. –Me sonrió, se levantó y me acompañó a la puerta–. ¿Cómo están los Rooth?

–Bien, supongo –le respondí–. No hablamos mucho desde que Emily ha vuelto a enfermar.

Lisa abrió la boca y la volvió a cerrar rápidamente.

–Creo que para ellos también es muy duro. No creo que tengan ganas de volver a lidiar con su depresión –le expliqué.

Cuando estábamos en el instituto y Dalila descubrió que Emily se autolesionaba, se deprimió casi tanto como ella. Ahora ya nunca querían hablar de Emily e incluso habían dejado de preguntarme por ella. Yo les seguía la corriente porque, de todos modos, Emily no quería que compartiera con ellos lo mal que estaba, así que era más fácil para todos si no tocábamos el tema.

–Me ha alegrado mucho verte de nuevo. Y puedes contactar conmigo si me necesitas. Siempre. –Lisa me rodeó con los brazos y me dio un apretón–. Cuídate. Nos veremos la semana que viene.

–Lo haré –le prometí.

Capítulo 4

No pude pasar tiempo a solas con Thomas hasta dos días después de ver a Lisa. Quería contárselo en persona, así que esperé a que estuviéramos solos en su dormitorio, con un zapato sujetando la puerta abierta. Era una norma del seminario cuando una chica estaba en la habitación de un chico y viceversa, pero aun así no podía evitar que me hiciera gracia lo anticuada que resultaba. Estar en ese campus era como entrar en una extraña máquina del tiempo.

–Creo que estoy lista para que conozcas a Emily –anuncié desde su cama, con los deberes esparcidos delante de mí.

Se revolvió en su silla de oficina, apartándose del escritorio y acercándose a mí.

–¿En serio?

Asentí.

Mi anuncio llevaba nuestra relación a otro nivel. Era como presentarle tu pareja a tus padres, y yo estaba segura de que él empezaba a dudar de que eso fuese a ocurrir algún día.

–Pero antes voy a necesitar algunos días para prepararla. Y no solo eso: también tengo que contarte un par de cosas de ella… de nosotras.

Los detalles de mi vida y la de Emily habían estado saliendo a cuentagotas a lo largo del último año. Sabía que nuestra madre nos había desatendido porque sus principales prioridades eran emborracharse e irse a la cama con hombres ricos. Buscaba a su príncipe azul en los bares del centro con la esperanza de que alguna de sus conquistas se tradujera en opulencia, pero al final siempre tenía que conformarse con nosotras. Nunca llegué a entender por

qué no se había deshecho de nosotras o nos había dado en adopción al nacer. Me había pasado años preguntándome por qué había querido quedarse con nosotras, pero hacía tiempo que había renunciado a encontrar una respuesta. Ninguna de sus decisiones había tenido nunca sentido y no podía esperar que la de mantenernos con ella fuera diferente.

Le había contado cómo nos encerraba en nuestro dormitorio durante días cuando ella se ausentaba, pero había omitido a propósito las partes sobre lo que ocurría cuando nos dejaba salir o cómo solía mantenernos encerradas incluso cuando ella estaba en casa. Esa pequeña rendija abierta a sus actos ya le resultaba bastante incomprensible y no quería acabar con su inocencia más de lo que ya lo había hecho. Su pureza era una de las cosas que más me atraían de él y no quería mancillarla. Era ingenuo, aunque él consideraba que tenía mucho mundo por todos los viajes que había hecho como misionero. A muchas las habría echado para atrás su fe infantil en la humanidad, pero precisamente esa era una de las cosas que más me gustaban de él.

También había compartido con él la historia de cómo nos habían separado de nuestra madre, lo del incendio y la adopción de los Rooth, pero eso era todo. No le había contado cuántas fracturas cicatrizadas encontraron los médicos en las radiografías, ni la cantidad de piojos en la cabeza, ni que nos tuvieron que poner una sonda para alimentarnos porque estábamos desnutridas. El dolor que vi en sus ojos cuando le conté una versión censurada del rescate hizo que me entraran ganas de llorar y el mero recuerdo de aquella mirada seguía teniendo el poder de conmoverme hasta las lágrimas. A veces pensaba que mi pasado le hacía más daño a él que a mí. Él no entendía que en aquel entonces yo ni siquiera sabía que existía nada más. No tenía ni idea de cómo era el mundo fuera de nuestro apartamento, aparte de lo que veía en la tele, así que no era consciente de estar perdiéndome nada. No tenía ni idea de que hubiera otras personas que no vivían como nosotras. Y, además, siempre tuve a Emily.

Tampoco le había contado lo mal que estaban las cosas ahora. No sabía nada de la depresión de Emily ni de lo mal que lo estaba

pasando desde que acabamos el instituto y nos fuimos a vivir solas. Si iba a conocerla, tenía que estar preparado para lo que le esperaba.

–Emily lo ha estado pasando muy mal desde que nos mudamos. No sé por qué. Puede que sea porque tuvimos que abandonar todas las rutinas que teníamos en casa de los Rooth o algo por el estilo.

–Pensaba que era ella la que quería mudarse.

–Y así fue. Se moría de impaciencia, pero no creo que fuera consciente de cómo le afectaría hasta que ocurrió de verdad. Te he contado que no tiene trabajo y que no sale de casa sin mí, pero hay más…

¿Cómo podía explicarle en quién se había convertido? Tenía que intentarlo.

–Tiene una depresión muy grave. Duerme durante días y luego pasa días sin dormir. Hay momentos en que ni siquiera se ducha o come. Nunca la había visto tan voluble. Siempre ha sido emocional, pero está yendo a peor. En un momento puede estar llorando a moco tendido y al siguiente montar en cólera sin motivo. Se altera muchísimo y a veces es casi imposible conseguir que se calme. Hay días en que no habla en absoluto; otros, cuando lo hace, resulta completamente incoherente. Nunca sabes con qué versión de Emily te vas a encontrar.

En cuanto pronuncié aquellas palabras, quise retirarlas. Nunca hablaba de Emily con nadie y ahora acababa de contarle a alguien su secreto. A lo largo de veinte años, nunca la había traicionado. Incluso cuando Dalila descubrió los cortes y me interrogó, no dije nada. Quería llorar, pero contuve las lágrimas. Aún no había permitido que Thomas me viera emocionada.

Se levantó y se sentó a mi lado en la cama, pasándome el brazo por los hombros.

–Mi primer año de universidad fue horrible. Tardé mucho en acostumbrarme a no vivir con mis padres. Así que me parece comprensible que para ella fuera aún más complicado… Lo entiendo. No pretendo juzgarla. Y no tienes por qué sentirte culpable por no ser tú quien es infeliz.

Thomas era la persona menos prejuiciosa que conocía. Sería un gran pastor.

–Pero me siento culpable. Me corroe por dentro. Debería sentirme orgullosa por pagar todas las facturas yo sola y sacar muy buenas notas, pero me siento fatal. Siento que soy una persona horrible por salir de casa todos los días. ¡Incluso me culpo por quererte!

Levantó la cabeza de golpe.

–Llevo mucho tiempo esperando a que digas eso.

Le besé con ternura y me aparté.

–Te quiero –repetí.

Seguía sonando igual de bien.

–Ahora solo falta que te pongas al día con Dios –se rio. Le di un puñetazo en el brazo y Thomas me atrajo hacia él–. Yo también te quiero.

Estuve flotando el resto de la semana. Era la primera vez que estaba enamorada y me sentía de maravilla. Era como en todas las películas románticas que había visto, en las que la chica camina como si bailara entre nubes con una enorme sonrisa en la cara. Dejé de cambiar la emisora de radio cuando sonaban canciones de amor. En su lugar, subía el volumen y cantaba. Me había liberado de una prisión en la que no sabía que estaba. Siempre había sido muy cínica con respecto a enamorarme porque temía no ser capaz de hacerlo y descubrir que no era así me hacía sentir exultante.

Escogí un sábado para hablarle a Emily de Thomas porque solía encontrarse mejor los fines de semana, cuando yo estaba allí. Daba igual que me quedara sentada delante del ordenador o me sumergiera en alguno de mis libros de texto: a ella le bastaba con tenerme cerca. Aquel sábado por la mañana me alegré de que se levantara antes del mediodía y se sentara a tomar café conmigo en la mesa, porque eso significaba que era uno de sus días buenos.

–Anoche dormiste bien –le dije.

Solo me había dado una patada y no había hablado en sueños.

Ella me sonrió y se encendió un cigarrillo.

–¿Tienes mucha faena este fin de semana?

–No demasiada –le respondí, sacudiendo la cabeza y señalando mi pila de libros de texto abiertos sobre la mesa–. Solo mucho que leer.

Cogió mi libro de Economía y empezó a hojearlo.

–Puaj. Dios mío, odio todo lo que tenga que ver con las matemáticas. No sé cómo lo haces.

Me encogí de hombros.

–No es para tanto.

Cogió otro libro: *Teorías de la mente*. Me había matriculado en Introducción a la Psicología.

–Esto ya es otra cosa. Creo que podría llegar a gustarme. –Se rio–. Tal vez podría llegar a descubrir qué narices me pasa. ¿Hay algún capítulo sobre lo de probar la sangre?

Volvió a reírse, pero a mí no me hizo ninguna gracia. Sus impulsos eran terribles, pero las cosas que hacía con la sangre resultaban repugnantes. Con los años la había probado, había escrito con ella y, últimamente, la novedad consistía en guardarla en botellas de agua vacías. Era la única parte de su enfermedad que había decidido ignorar por completo. No me gustaba verlo ni hablar de ello. Ni siquiera con ella. Le lancé una mirada para hacerle ver que se había pasado de la raya.

–Eso no ha tenido gracia –dije.

Clavé la mirada en mi taza de café, buscando las palabras para iniciar la conversación, tratando de imaginar cuál sería su reacción y cómo respondería yo. Era un territorio desconocido para nosotras. Había tenido muchos secretos, pero nunca le había ocultado ninguno.

–¿Qué pasa? –dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

Me conocía demasiado bien.

–Eh… –Me aclaré la garganta–. Es complicado. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Sus ojos se congelaron por el miedo. Se echó hacia atrás en la silla.

–No es nada malo. No te preocupes. En realidad… es algo bueno.

Extendí la mano y apreté la suya. Ella se aferró con fuerza a la mía y respiré hondo.

–Em, he conocido a un chico fantástico en el trabajo.

–Entonces deberías salir con él.

–Hace un tiempo que estamos saliendo –le dije, sorprendida por su respuesta.

–¿Por qué no me has dicho nada?

–No lo sé. Supongo que no pensé que fuera a durar demasiado y me sentía mal porque tú no estabas bien. Supongo que me sentía mal por…

–¿Por ser feliz?

–Me siento como si no tuviera derecho a serlo. Como si de alguna manera te estuviera traicionando.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

–¿Por no ser tan desgraciada como yo? No es culpa tuya que esté loca.

–No estás loca. –Odiaba cuando hablaba así–. Simplemente estás deprimida y lo estás pasando muy mal. Todo volverá a ir bien.

Sus ojos se despojaron de toda emoción y me lanzó una mirada perdida.

–No, eso no pasará.

El vacío en su expresión me asustó. Podía soportar su intensidad emocional, pero su ausencia de todo me aterraba. Me levanté y volví a llenar nuestras tazas de café.

–Entonces, ¿te apetece conocerle?

Se encogió de hombros.

–Supongo que debería. ¿Dónde?

–No lo sé. Podría llamarle. Podría venir aquí y…

–¡No! –Se levantó de un salto de la silla–. ¡Este sitio es nuestro, solo nuestro!

Salió corriendo por la estrecha cocina, atravesó el pasillo y entró en el dormitorio, cerrando la puerta de un portazo.

Respiré hondo varias veces antes de ir tras ella.

Cuando entré, me la encontré boca abajo en la cama, dando puñetazos a las almohadas como una niña de tres años con una rabieta. Me senté en el borde de la cama.

–¡Vete! –gritó.

Me acerqué un poco más.

–¡Lo digo en serio!

Me deslicé a su lado, tocándole con suavidad la espalda.

–¡No me toques!

Empecé a dibujarle círculos en la espalda lentamente, dando vueltas, mientras le tarareaba *You Are My Sunshine* dulcemente. La canté tres veces antes de que ella hablara:

–Debe de gustarte mucho.

–Sí, mucho –susurré.

Se dio la vuelta y se incorporó para sentarse a mi lado, mirándome a los ojos. Me recordaba a la pequeña Emmie. Últimamente tenía la sensación de que cada día era más niña.

–Lo siento, pero este es nuestro sitio… Es mi seguridad. Mi cordura. Traer a otra persona aquí sería como contaminar el único espacio en el que me siento segura.

Asentí.

–Lo entiendo. No sé por qué he sugerido que venga aquí. Ha sido una mala idea. Me he dejado llevar por la emoción de que os conocierais. Ha sido lo primero que me ha pasado por la cabeza, pero podemos quedar con él en cualquier otro sitio. Podríamos quedar los tres para tomar un café o cenar o…

–¿Cómo se llama? –me interrumpió.

–Thomas.

–Se te han iluminado los ojos cuando has dicho su nombre.

El vacío había vuelto a los suyos.

–Quiere ser pastor de jóvenes y se está esforzando mucho para conseguirlo. De entrada, parece un chico sencillo, pero no lo es. Es maravilloso. Es una persona íntegra. No sé qué ha podido ver en mí.

–Yo sí que lo sé. Te ve como te veo yo. Preciosa.

Aquellas palabras me hicieron sonrojar, incluso viniendo de ella.

–Entonces, ¿cuándo podré conocerle?

–¿Cuándo te apetece?

Capítulo 5

–He conocido a tu hermana –anunció en cuanto cerramos las puertas de su Honda durante la pausa para el almuerzo del martes.

–¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

–Ayer.

Yo nunca trabajaba los lunes porque tenía clases todo el día. Normalmente no volvía a casa hasta después de las siete y esta semana no había sido una excepción. Emily estaba en casa cuando llegué, viendo sus *realities* de telebasura. No mencionó haber conocido a Thomas. Ni una palabra acerca de haber salido de casa. Nada. De hecho, hacía más de seis meses que no salía sola de casa. ¿Cómo es posible que ni siquiera lo mencionara?

–¿Cómo fue? –le pregunté.

Se frotó la nariz como hacía cada vez que se ponía nervioso y carraspeó.

–Tengo que admitir que fue extraño ver a alguien exactamente igual que tú. Sabía que erais gemelas, pero supongo que esperaba poder distinguiros. Al principio tuve que repetirme una y otra vez que no eras tú. Pero, una vez que me acostumbré, me resultó fácil ver que no lo eras. Sois muy diferentes.

El corazón me latía con fuerza. Me zumbaban los oídos.

–Vino a buscarme al coche. Me preguntó si yo era Thomas.

–Espera, ¿cómo sabía quién eras?

–No lo sé. ¿Cosas de gemelas, quizá? Se me acercó en el aparcamiento. Puede que se fijara en la etiqueta con mi nombre o algo parecido. –Thomas apartó la mirada–. No parecía deprimida…

–¿A qué te refieres? ¿Qué dijo? ¡¿Qué hizo?!

Un millón de preguntas y escenarios se arremolinaron en mi mente, agolpándose unos tras otros. Estaba visiblemente afectado; nunca antes lo había visto tan nervioso. Ni siquiera aquella vez que alguien llenó las paredes de su cubículo con fotos de *Playboy*.

–Estaba bastante enfadada, aunque al principio trató de ocultarlo. Dijo que sabía quién era porque le habías hablado de mí y que estaba al corriente de nuestra relación. Insistió en que le prometiera que no te diría que había venido a verme. Yo le repetía que no podía hacer eso, lo que la enfureció todavía más. Y entonces me dijo: «No te acerques a ella».

–¿Te dijo eso?

No me lo podía creer. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué haría algo así?

–Sí. Oye, lo siento…

–¿Qué dijo exactamente? –le interrumpí.

–No creo que eso importe realmente. Simplemente me dejó claro que no quería que estuviéramos juntos.

–Dime cuáles fueron sus palabras exactas.

–¿Estás segura?

–¡Dímelo!

Dejó escapar un profundo suspiro.

–Sus palabras exactas fueron que me fuera a tomar por culo y que te dejara en paz. Me sentí como si tuviera delante a un exnovio celoso… Le dije que no podía hacer eso porque estaba enamorado de ti. Me mantuve todo lo tranquilo que pude, pero creo que eso solo hizo que se molestara aún más. Dijo cosas muy feas sobre ti, así que le dije que la conversación había terminado y que no quería oír nada más de lo que tuviera que decirme. Entonces se fue.

Debió de ir andando, porque los autobuses no llegaban hasta allí y, aunque lo hicieran, no podía imaginármela utilizando el transporte público sola. Lo odiaba desde siempre, incluso cuando estaba bien.

–¿Qué es lo que dijo de mí?

–No tiene importancia, en serio.

–Sí que la tiene. Dímelo. Tienes que decírmelo.

Me ardían las puntas de las orejas. Sentía un calor abrasador en toda la cara.

Apartó la vista de mí.

–Creo que simplemente está asustada y no sabe qué hacer. Soy la primera amenaza real que existe en vuestra relación, así que es comprensible…

–Dime qué te dijo.

Me sorprendió oír el enfado en mi voz, pero no podía evitarlo. Su comportamiento me había dejado desconcertada y necesitaba conocer toda la historia. Era exasperante no tener todos los detalles.

–Ya te he dicho que no tiene importancia. Todo lo que dijo fue desde el miedo. El miedo es una emoción muy fuerte y poderosa.

–Vale, listillo.

–De acuerdo –dijo–. Si de verdad quieres saberlo, te lo diré. Pero que conste que no creo que nos ayude ni sirva para nada.

Tosió y fijó la vista en un punto imaginario del salpicadero. Lo frotó con nerviosismo y entonces volvió a to ser.

–Dijo que estabas loca, solo que aún no me había dado cuenta. Repitió que se te daba muy bien fingir que estabas bien y que era idiota si creía que eres normal. No dejaba de insistir en lo mal que estabas. Ah, y que sentía que era su deber advertirme sobre ti porque me harías daño. Eso es básicamente todo.

Me sentí como si alguien hubiera cogido un bate de béisbol y me hubiera hundido el extremo en el estómago. Por un momento, sentí que iba a vomitar y bajé la ventanilla por si acaso. No logré sentir la brisa en la cara.

No podía creer que Emily hubiera dicho esas cosas de mí.

El silencio entre nosotros era ensordecedor. En su reloj sonó la alarma que indicaba el final de nuestro descanso. Me miró.

–No voy a volver al trabajo –le dije–. Dile a Josh que he vomitado en el aparcamiento o que me ha atropellado un coche. Me da igual, lo que sea. Pero dile que me he tenido que ir y que hoy no volveré.

Asintió con la cabeza.

–De acuerdo.

Me tendió la mano, pero se la aparté. Tenía tantas ganas de que me tocaran como de volver al trabajo.

–Quiero que sepas que no me creo nada de lo que dijo. Ni una sola palabra. Sigo teniendo la misma opinión de ti que tenía un segundo antes de que ella apareciera. Conozco tu pasado y lo

respeto, pero no creo ni por un segundo que te haya destrozado como persona. Mírate… Eres maravillosa.

Fingí una sonrisa solo para complacerle y no porque sus palabras me hubieran conmovido. Estaba aturdida por la traición de Emily. Nunca había estado tan furiosa.

Thomas se inclinó hacia mí y me abrazó. Le di unas palmaditas en la espalda con desgana, manteniendo uno de mis brazos a un lado.

–¿Me prometes que me llamarás más tarde?

–Claro.

Salimos de su coche y observé cómo caminaba en la otra dirección, hacia el edificio. Se volvió y me saludó con la mano justo antes de alcanzar la entrada. Estaba segura de que rezaría mientras subía en el ascensor y, por una fracción de segundo, envidié su fe. Deseé ser como él y creer en un Dios o, al menos, en el propósito divino de todas las cosas. Tal vez entonces podría encontrarle un sentido a lo que había ocurrido. Pero sabía que nada de lo que hacía Emily tenía sentido.

Desde el primer momento supe que se iba a sentir amenazada por nuestra relación. Pero lo peor no era que hubiera intentado alejar a Thomas de mí, sino las cosas terribles que había dicho de mí. Yo nunca había pronunciado una mala palabra sobre ella. Ni siquiera me permitía pensarlo.

Me temblaban las manos sobre el volante. El corazón me latía tan fuerte que me dolía el pecho y me costaba respirar. Sudando, obligué a mis piernas a dejar de temblar y puse el coche en marcha. Conduje como pude hasta nuestro apartamento, sin saltarme un semáforo ni provocar un accidente. Me sorprendió encontrarla en la cocina, ocupada haciendo café y canturreando como si no hubiera pasado nada.

Algo dentro de mí estalló.

–¡¿Cómo has podido hacer eso?! –grité, arremetiendo contra ella. La agarré por los hombros y la zarandeé–. ¡¿Cómo has podido?!

Eso era todo lo que podía decir, así que lo repetí una y otra vez mientras la sacudía. No podía parar.

Cuando por fin me detuve, examiné su rostro, que era el mío, en busca de respuestas. Sentí como si mirara el reflejo de una extraña.

–Tranquilízate –me dijo, y me rodeó con el brazo, como si estuviera a punto de abrazarme.

La aparté de un manotazo.

–Ven.

Me alejé de ella y entré en el salón. Empecé a dar vueltas de un lado a otro mientras me retorcía las manos. Estaba a punto de hiperventilar. Me siguió hasta el salón y se sentó en el sofá, esperando a que me calmara. Emily nunca me había visto tan enfadada.

–Lo único que quiero es que nadie te haga daño. Y él te hará daño. Sé que lo hará. No creo que sea buena idea que tengas una relación con nadie –me dijo, sin darme oportunidad de hablar.

Quería estrangularla. Yo ni siquiera había mencionado a Thomas, pero ella sabía perfectamente de qué estaba hablando. Lo había hecho. Había ido hasta mi trabajo y había dicho aquellas cosas horribles. Una pequeña parte de mí había albergado la esperanza de que todo hubiera sido un malentendido.

–Lo siento. Simplemente, no me gusta la idea. Se interpondrá entre nosotras. Sé que lo hará. De hecho, ya lo está haciendo. Me has estado mintiendo… y tú no me habías mentido antes. Nunca.

–¿Es que no te das cuenta? –le grité–. No tiene nada que ver con eso. Entiendo perfectamente que tengas miedo de que un hombre me aleje de ti. Pero ¿cómo has podido decir esas cosas horribles de mí? Le has dicho que estoy loca. Y desequilibrada. ¡¿Yo, loca?! Me he pasado la vida protegiéndote. Y jamás se me hubiera ocurrido llamarte «loca». Nunca. No he dicho una mala palabra de ti ni una sola vez. –Sacudí furiosa la cabeza–. No puedo creer que me hayas hecho esto. Decir todas esas cosas. ¿Cómo has podido?

Emily ahora estaba sollozando, hecha un ovillo en el sofá. Aquella visión no hizo sino enfurecerme todavía más.

–¡Deja de llorar! ¡Para! Todo lo que haces es llorar. Esto va de mí, joder. No de ti. Por una sola vez, quiero que los focos me apunten a mí. En los dos últimos años, todo ha girado en torno a ti. ¡Dos años! No he hecho otra cosa que andar de puntillas alrededor de tu puta fragilidad emocional. Y tú me respondes con una bofetada. No, una bofetada no… Me has escupido a la cara. Lo que es mucho peor.

–Para, Bethy, por favor, ya vale.

Me tiró del brazo, tratando de que me sentara en el sofá a su lado.

Pero no podía parar. Algo dentro de mí se había desatado y estaba fuera de mi control.

–No, no pienso parar. Tuvimos exactamente la misma vida. Hemos sido la misma puta persona. Por primera vez, he hecho algo para mí. Solo para mí. He necesitado encontrar a alguien porque tú desapareciste. Me dejaste sola, joder. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Quedarme para siempre en esta locura de aislamiento? He estado deseando que te recuperaras, que volvieras a mí. Pero lo has mandado todo a la mierda. Estás mucho más jodida de lo que imaginaba.

–¡Para! –gritó como un animal salvaje–. ¡Ya vale, joder! Lo siento. Lo siento mucho. Por todo.

Se levantó de un salto, corrió por el pasillo y cerró la puerta del dormitorio de un portazo, como hacía cada vez que se enfadaba. Siempre lo mismo.

Pero esta vez no corrí tras ella a sentarme al borde de la cama para consolarla. Me quedé donde estaba, algo que nunca había hecho.

La oí sollozar a través de la pared que nos separaba. Oí su incesante y sonoro lamento prolongarse durante mucho tiempo. Me incorporé por instinto y empecé a recorrer mi camino habitual por el pasillo hacia el dormitorio. Me detuve en seco y me di la vuelta mecánicamente, dirigiéndome de nuevo al sofá. Me obligué a sentarme de nuevo.

Me acurruqué en el extremo del sofá, abrazándome las piernas contra el pecho mientras la oía. Necesité de toda mi determinación y todas mis fuerzas para evitar que mi cuerpo se moviera hacia ella. A pesar de mi enfado, deseaba desesperadamente consolarla. Necesitaba mitigar su dolor a costa del mío, pero esta vez no me lo permití. Era yo la que necesitaba consuelo. Estaba agotada y solo quería descansar. Me dormí con sus lamentos de fondo.

Cuando abrí los ojos, estaba oscuro y reinaba un silencio inquietante. Cualquier sonido o signo de lo ocurrido había

desaparecido. Era como si no hubiera pasado nada. Traté de captar algún ruido, como hacía siempre, pero no oí nada.

Estaba más calmada y parte del dolor había desaparecido. Nuestro mundo había cambiado, pero estaba dispuesta a afrontar los cambios y conseguir que algo bueno saliera de nuestra terrible pelea. No había podido imaginar que me alteraría tanto. Todas las emociones de los dos últimos años habían aflorado durante mi arrebato y, aunque la había herido y me sentía mal por ello, me alivió expresar todo lo que me había estado guardando. Seguro que lo entendería cuando se lo explicara.

Me levanté lentamente del sofá y caminé de puntillas por el pasillo por si estaba dormida. No quería despertarla. En ese momento, lo único que quería era acurrucarme a su lado y volver a dormirme. Ya hablaríamos de la discusión mañana.

Vi luz por debajo de la puerta del cuarto de baño. Solo había una razón para que estuviera allí a esas horas y no era precisamente para hacer un uso adecuado. Por un instante, quise enfadarme de nuevo, pero me deshice de esa emoción rápidamente. Ahora tenía que estar a su lado. Avancé por el pasillo, preparándome para el desastre emocional en el que encontraría a Emily.

Cuando llegué, respiré hondo, tratando de coger fuerzas, como había hecho tantas veces en el pasado, y abrí la puerta. La escena se grabó a fuego en mi cerebro. Me quedé congelada en la puerta, incapaz de moverme.

El cuerpo de Emily yacía retorcido junto al retrete. Las herramientas que usaba para cortarse estaban esparcidas sobre la tapa del váter. Sus piernas estaban retorcidas, como las de un ciervo atropellado por un coche y abandonado a un lado de la carretera. Tenía los brazos alrededor de la cabeza y los dedos clavados en el pelo. Había vómito por todas partes y pequeñas píldoras rosas esparcidas por encima de ella, desparramadas sobre el suelo de baldosas. Su piel pálida estaba ennegrecida, cubierta de azules y morados como si la hubieran estado golpeando.

No llevaba pantalones, solo ropa interior amarilla. Y había sangre. Siempre había habido sangre, pero nunca tanta. Yacía sobre un charco rojo.

Me obligué a avanzar mientras la sangre me mojaba los pies descalzos. Me arrodillé a su lado, con el vómito tocándome las rodillas. Su pecho no se movía. El aire me abandonó los pulmones. Le tomé el brazo, apartándoselo de la cara. A continuación, lo solté. Cayó a plomo sobre el suelo. Estaba fría.

Me obligué a mirarla a la cara. Sus ojos abiertos, incapaces de pestañear, me miraron. El verde había desaparecido y había sido sustituido por esferas negras cubiertas de una lámina lechosa mirando a través de mí. Tenía la boca ligeramente abierta, con el vómito pegado en las comisuras.

Tanteé su muñeca, intentando asimilar todo lo que veía y no podía comprender. Le tomé el pulso, pero ya sabía lo que encontraría. Su piel sin vida me reveló lo que mi mente ya había asumido. Estaba muerta y yo la había matado.

Me abalancé sobre su cuerpo.

—¡No!

Aquel grito resonó en la noche.

Capítulo 6

Pitidos. Zumbido de máquinas. Pasos. Voces en la lejanía. Susurros. Toses.

Quería abrir los ojos, pero no podía. Era como si me los hubieran cerrado con cinta adhesiva, como si algo los mantuviera cerrados. Sentía el cuerpo pesado y paralizado. Un enorme peso encima de mí me dificultaba la respiración. Moví los dedos de los pies; me alegró saber que podía moverlos. Entonces traté de mover las piernas, pero no lo logré. Algo me lo impedía. Intenté mover los brazos y el cuerpo, pero no pude. Quise gritar, pero no me salieron las palabras.

«¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy?», me dije.

Estaba aterrorizada. Tenía que liberarme. Luché contra lo que me sujetaba con todas mis fuerzas. El pánico se apoderó de mí. Agité el cuerpo violentamente de un lado a otro. Mi cabeza estaba libre, así que la sacudí adelante y atrás, de un lado a otro. Me dolía.

Y entonces todo acabó.

Volvía a estar despierta. Lo único que separaba la vigilia del sueño era el sonido de las máquinas y los pasos acercándose a mí. Luchaba por abrir los ojos cada vez que me despertaba, pero mis esfuerzos resultaban siempre inútiles.

«Necesito ver. Quiero saber».

Traté de concentrarme. Mantener el foco. Pero no podía. Necesitaba dormir.

«Emily –fue lo primero que pensé cuando volví al mundo–. Emily».

Quería gritar su nombre. Quería llamarla a voces en un mundo de tinieblas. Lo intenté, pero se me quedó trabado en la garganta. Algo me impedía pronunciarlo.

«No puedo quedarme aquí. No quiero. ¡Emily!».

Dormir era fácil.

Las imágenes se difuminaban ante mí. Todo se fundía, convergiendo en una sola imagen. Entorné los ojos.

«Concéntrate. Enfoca».

Había una puerta. Un marco. Un blanco brumoso con un halo de amarillo.

Me miré el cuerpo y reconocí una manta blanca y las barandillas metálicas de una cama de hospital. Había un lavamanos al otro lado de la estancia, delante de mí. Junto a él, un armario. Los pitidos procedían de unas máquinas con cables que se introducían en mi cuerpo. No podía ver dónde estaban, pero se abrían camino hacia mí, ordenada y organizadamente, desempeñando funciones para mí desconocidas.

«Estoy en un hospital y Emily ha muerto».

Lo único que veía en mi mente cuando lograba abrir los ojos era su pequeño cuerpo sin vida en el suelo de nuestro cuarto de baño.

Una imagen que no quería seguir viendo. Quería volver al mundo de los sueños y no me importaba si no me despertaba de nuevo.

Pero volvía a despertarme pronto. Esta vez, cuando abrí los ojos y miré a mi alrededor, vi una mano con las uñas mordidas sobre la mía. La seguí hasta encontrarme con el pelo castaño y ondulado de Thomas, apoyado en un lado de la cama. Moví la cabeza, lo que hizo que él levantara la suya de golpe.

–¿Elizabeth? ¡Dios mío! ¡Elizabeth! –Se inclinó y empezó a besarme la frente y las mejillas–. Llamaré a la enfermera.

Pulsó un botón.

Intenté hablar, pero no pude. Sentía la lengua como papel de lija. Lo intenté de nuevo, pero la voz se me quebró al tratar de hacerlo.

–¿Qué ha pasado? –logré decir en un susurro entrecortado.

Los ojos de Thomas recorrieron la habitación, deteniéndose en la puerta. Se frotó la nariz.

–Eh… Mmm… Es que… verás… Creo que es mejor que esperemos al médico.

–Vamos, dime la verdad. ¿Por qué estoy en el hospital?

La garganta me ardía.

–Tú… has… Yo…

Antes de que pudiera desatascar la frase, una enfermera entró en la habitación. Se levantó de un salto de la silla en la que estaba sentado junto a la cama.

–Está despierta.

La enfermera tenía una cara redonda que se tornaba fácilmente en una sonrisa. Metódicamente, empezó a comprobar todas las máquinas que me rodeaban.

–Me está haciendo preguntas –dijo Thomas en voz baja, dirigiéndose a la enfermera como si yo no estuviera presente.

–Avisaré inmediatamente al médico. Él podrá responder a todas sus preguntas –respondió, haciendo un gesto con la cabeza hacia Thomas.

No podía soportar la forma en que hablaban de mí como si no estuviera en la misma habitación, tumbada en la cama delante de ellos. Quería gritar que no quería ver al médico. Lo único que quería era a Emily y se había ido.

Un grito que acabó convertido en un gemido se escapó de mis labios. La enfermera me puso la mano en la frente.

–¿Cómo te encuentras?

Aparté la cabeza. De mis labios brotaban llantos, pero las lágrimas yacían congeladas. Thomas se apresuró a volver a mi lado, con el rostro marcado por la preocupación y unas pesadas ojeras. Tenía peor aspecto que durante la semana de exámenes finales.

–Emily –balbuceé.

Asintió con la cabeza, tragando saliva. Me acarició el pelo.

–Emily –repetí.

–Lo sé. Lo sé –me susurró–. Lo entiendo.

Sentí sus lágrimas derramándose sobre mi brazo. Sacudí la cabeza y cerré los ojos.

No, no lo entendía. No tenía ni idea.

–Elizabeth… Elizabeth…

Una voz desconocida y profunda volvió a despertarme.

Esta vez, cuando abrí los ojos, tanto Thomas como la enfermera se habían ido. Yo seguía en la misma habitación. La misma cama. Junto a ella había un hombre bajo, con sobrepeso, con un espeso

pelo negro y rizado y una barba a juego. Era evidente que hacía varios días que no se afeitaba. Llevaba una camisa gris con cuello y una corbata del mismo color.

–Soy el doctor Larson –dijo, extendiendo la mano para estrechar la mía, que apenas pude levantar. Sus manos engulleron la mía. Nunca había conocido a un médico que vistiera de traje–. Todo esto tiene que ser muy confuso para ti, así que iremos muy despacio. ¿Sabes dónde estás?

Por supuesto, sabía que estaba en un hospital, pero no respondí. Ya nada importaba. Tenía la esperanza de que me dijera que me iba a morir.

–Estás en el Memorial Kennedy Hospital, en Galston. Hoy es martes y son las tres y media de la tarde. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Lo último que recordaba era haberla matado. Su cuerpo frío.

–Emily.

Tal vez si seguía pronunciando su nombre, llamándola, abriría los ojos en nuestro dormitorio y ella aparecería tumbada a mi lado, sacudiéndome para despertarme de un mal sueño.

–¿Qué es lo último que recuerdas de Emily? –preguntó, mirándome con ojos inquisitivos.

–Su cuerpo. El cuarto de baño. Encontrarla allí. Estaba… estaba…

Mi voz se detuvo. No me atrevía a pronunciar las palabras. No me cabían en la boca.

Sacó del bolsillo un pequeño cuaderno y un bolígrafo y anotó algo.

–Eso fue hace una semana. Llevas siete días en el hospital y te hemos estado tratando. Estuviste en cuidados intensivos los tres primeros días. Los últimos cuatro los has pasado en esta habitación.

Hizo una pausa para darme tiempo a asimilar sus palabras.

«¿Cuidados intensivos? ¿He estado en cuidados intensivos?».

–Has intentado ponerle fin a tu vida.

¿«Ponerle fin a mi vida»?

No recordaba haberlo hecho, pero claro que era cierto. Estaba muerta por mi culpa y era imposible que pudiera vivir sin ella. Lo supe hacía una semana y lo sabía ahora.

–¿Quieres hablar de ello?

Sacudí la cabeza.

Quería que saliera de mi habitación. Que se fuera para que pudiera volver a dormir. Ya nada tenía importancia. Quería morir con ella. Mi hermana se había ido y yo seguía ahí.

–De acuerdo. Entiendo que te sientas así en este momento. Debes de estar sintiendo emociones contradictorias, así que hablaremos con calma de todo lo ocurrido. No hay ninguna prisa.

El médico seguía mirándome fijamente, tratando de encontrar algún tipo de respuesta en mi rostro. Yo deseaba que dejara de hacerlo.

–Mañana por la mañana te trasladaremos a la quinta planta. Tendrás una habitación para ti sola, pero estarás con otras personas con problemas similares. Necesitamos proporcionarte un entorno seguro en el que puedas procesar esta situación.

¿«Situación»? ¿Así es como llamaba él a perder a la única persona que había significado algo en mi vida, por no mencionar que yo era la responsable de su muerte?

–Seguiremos hablando mañana. Creo que por hoy ya has tenido suficiente. Volveré cuando ya estés instalada, pero la enfermera me mantendrá al corriente por si me necesitas antes.

Me alegré de que saliera de la habitación silenciosamente, pero mi satisfacción duró poco, porque en cuanto se marchó Dalila y Thomas aparecieron en la puerta. Dalila tenía incluso peor aspecto que cuando encontró a Emily en la bañera con la sangre chorreándole por las piernas. Siempre pensé que nunca podría tener peor aspecto que aquel día. Jamás podría olvidar la expresión de dolor en los ojos de Dalila cuando la descubrió, como si Emily la hubiera cortado a ella en vez de a sí misma. Dalila estuvo llorando durante tres días y apenas habló. En aquel momento le había salido un sarpullido y ese mismo sarpullido la cubría ahora: las manchas rojas y escamosas de un brote de psoriasis inducido por el estrés. Tenía los ojos hinchados. Se tambaleaba y Thomas la condujo hacia mí. Era como si hubiera envejecido diez años desde la última vez que la había visto. Ver su dolor hizo que el dolor de perder a Emily fuera más real y tuve que apartar la mirada.

–Hola, cielo –dijo con una sonrisa forzada en la cara, tratando de mantenerse fuerte por mí a pesar de su propia pérdida.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se inclinó hacia mí y me besó en la frente.

–Hemos estado rezando por ti día y noche. Creo que incluso he rezado mientras dormía… –Las lágrimas se le deslizaban por las mejillas–. No podía soportar la idea de perderos a las dos.

Sollozó. Los hombros le temblaban. Aparté la mirada. Me resultaba demasiado doloroso verla así, tan descarnada, agonizando. Thomas se acercó al otro lado de la cama y me cogió la mano. La aparté. No quería que nadie me tocara. Ahí estaban esas dos personas que me querían y que hacía tan solo una semana yo también había querido, pero ahora sentía que había pasado toda una vida. Si no fuera porque reconocía sus caras, podrían haber sido auténticos desconocidos para mí.

Mi hermana gemela estaba muerta, lo que significaba que yo solo estaba medio viva, y la intensidad de esa pérdida se elevaba como un grito, haciendo añicos todos y cada uno de los muros que había estado construyendo durante años para mantenerme a flote. El espacio que ella ocupaba dentro de mí era inmenso e ilimitado, y su pérdida dejaba un vacío en mi interior que no podría reemplazar el amor de ninguna otra persona. Ni el de Thomas ni el de Dalila. El de nadie.

Su muerte se extendía a mi alrededor, castigándome por no haber estado allí o por no haber hecho lo suficiente para mantenerla con vida. Su peso era insoportable y no iba a desaparecer nunca. No iba a mejorar nunca. No importaba cuánto amor me dieran o cuánto rezaran. Sin Emily, el cordón que me unía al mundo se había roto. No podría vivir sin ella.

–¿Qué recuerdas? –me preguntó Dalila cuando recobró la compostura.

Mi respuesta fue la misma que le había dado al médico:

–Emily.

Ella suspiró.

–¿Qué recuerdas de aquella noche, cariño?

–Recuerdo haber sido yo quien la mató –le respondí.

–Pero, Elizabeth, sabes que eso no…

–Recuerda lo que dice el doctor Larson –Thomas la interrumpió.

Ambos se miraron fijamente durante un rato, enzarzados en una batalla de palabras mudas.

–Tú no eres responsable de la muerte de Emily, Elizabeth –dijo Dalila.

Se volvió a inclinar hacia delante para besarme la frente, pero me aparté. No podía soportarlo. No me merecía sus muestras de amor cuando le había fallado a Emily y la había dejado morir. También le había fallado a ella por no haber sido capaz de salvar a Emily, aunque ella nunca lo admitiría. Por un instante, pareció afligida, pero su conmoción se desvaneció, transformándose en un abatimiento que yo conocía muy bien. Quise decir algo para que se sintiera mejor, hacer algo que me acercara a ella, pero no fui capaz. Estaba consumida por mi propio sufrimiento.

–Lo sabes, cariño, ¿verdad?

No quise responder. Por supuesto que había sido culpa mía. Solo lo decía para tratar de hacerme sentir mejor.

–Esta noche tengo turno, así que Dalila se quedará contigo –me dijo Thomas.

–No quiero que nadie se quede conmigo.

–¿Estás segura? –me preguntó Dalila.

Tragó con fuerza, intentando desesperadamente mantener la entereza por mí.

Asentí.

–Estoy cansada.

–Pero pensar que vas a estar aquí sola. No sé… –Se detuvo–. Bueno, necesitas descansar. Volveré mañana una vez te hayan cambiado de habitación.

–Yo también –añadió Thomas–. Vendré en cuanto termine las clases.

Me miró a los ojos, tratando de encontrar alguna pista sobre lo que debía hacer. Aparté la mirada y se inclinó hacia mí para darme un incómodo abrazo desde el borde de la cama, con cuidado de no tirar de ninguno de los cables que tenía conectados. Le respondí con unas palmadas en la espalda. Me quedé mirándolo mientras se iba,

sorprendida de que pudiera sonreír. Yo nunca iba a ser capaz de sonreír de nuevo.

–Te espero fuera –le dijo a Dalila.

–Te quiero, cielo. Y Bob también te quiere. Hoy no ha podido escaparse de la fábrica, pero ha estado viniendo a verte tanto como Thomas y yo. Por cierto, adora a Thomas. Nos ha ayudado tanto en todo esto… Es una pena que nos hayamos conocido en estas circunstancias, pero estoy encantada de que lo hayamos hecho. No me puedo creer que no lo hubieras mencionado antes. Quizá cuando te sientas mejor te apetezca contarme cómo os conocisteis. Ya sabes cuánto me gustan las historias de amor.

Se quedó esperando a ver si le respondía. Tenía que darle algo:

–Claro.

Sonrió, lo que hizo que las arrugas de su rostro se atenuaran por un momento.

–Perfecto. –Ahuecó las almohadas sobre las que me recostaba–. Bob se va a alegrar mucho de saber que te has despertado. Si pudiera localizarlo en el trabajo se lo habría dicho, pero ya sabes cómo es con el móvil… Algún día conseguiré que viva en el siglo XXI. Se sentirá muy mal por no haber podido estar hoy aquí.

–No pasa nada –le aseguré.

La ausencia de Bob significaba una persona menos tratando de tocarme y de acercarse a mí.

–En cuanto salga, llamaré a Lisa para decirle que por fin te has despertado. También ha venido a verte. Nos ha ayudado mucho en todo esto. No sé qué habríamos hecho sin ella. –Dalila me apartó el pelo de la cara–.Todo irá bien. Ya lo verás… Saldrás de esta. Estoy segura. –Sus grandes ojos azules se humedecieron de nuevo–. Eres tan fuerte. Siempre has sido fuerte.

Nunca volvería a estar bien. Y no había nada de lo que salir.

Cerré los ojos y fingí dormir, con la esperanza de que se fuera. Se quedó mirándome durante unos minutos y, cuando estuvo convencida de que me había dormido, salió de puntillas por la puerta.

Abrí los ojos a la blanca crudeza de la habitación, al aire viciado, impregnado por el olor del alcohol tratando de enmascarar el olor a

enfermedad. Pulsé el botón para llamar a la enfermera. Rápidamente, apareció una mujer distinta de la que había venido antes.

–¿Puedes darme algo para dormir?

–Por supuesto.

Se fue y volvió con dos pequeñas píldoras rosas y un vaso de agua. Mi garganta lanzó un grito al tragarlas. Cerré los ojos y, momentáneamente, me sentí reconfortada por la inminente llegada del sueño.

Capítulo 7

La enfermera del día anterior me despertó a las ocho de la mañana. Apagó las máquinas que me rodeaban y desconectó los cables que me unían a ellas. Los pitidos y zumbidos cesaron. Me quitó el pequeño artefacto con luz roja que llevaba en el dedo índice y me saco la vía con mucho cuidado, sin hacerme daño. Tiró las gasas a la basura y acercó una silla de ruedas hasta mi cama.

La miré con escepticismo y, encogiéndose de hombros, me dijo:

–Protocolo del hospital. Te has pasado una semana en cama.

Aparté las mantas y me puse en pie. Mis rodillas flaquearon y me sentí mareada. Me senté en la silla de ruedas y sentí gratitud.

Mientras serpenteábamos por los pasillos, la enfermera trató de entablar conversación, pero abandonó rápidamente su empeño ante mi falta de reacción. Seguimos dando vueltas por aquel sinuoso laberinto hasta alcanzar por fin el ascensor. Observé cómo se fueron iluminando los números hasta llegar al cinco. La puerta se abrió y la enfermera me condujo al interior. A medida que avanzábamos por el pasillo, desbloqueaba cada una de las puertas que nos encontrábamos a nuestro paso, obligándome a contener la respiración cada vez, como si algo terrible se escondiera detrás de cada una de ellas.

–Ya hemos llegado –dijo mientras deslizaba la llave en otra puerta.

Junto a la puerta, había un cartel: UNIDAD PSIQUIÁTRICA PARA ADULTOS.

No me trasladaban a otra habitación del hospital para completar mi curación; me iban a encerrar con los tarados. Por mi mente pasaron escenas de todas las películas sobre psiquiátricos que había visto en mi vida y el pecho se me encogió. Me costaba respirar.

Atravesamos otra serie de puertas cerradas y con cada clic crecía la sensación de fatalidad inminente. Mi pánico iba en aumento.

Llegamos a una puerta transparente con un pequeño cartel que decía: PUERTA DE SEGURIDAD. RIESGO DE FUGA.

Me llevó hasta una zona abierta con pasillos que se ramificaban a cada lado. Había una estación de enfermería cuadrada y bulliciosa en el centro, donde confluían todos los pasillos. La mayoría de las enfermeras iban vestidas con ropa de calle, sin bata, y estaban ocupadas en responder al teléfono, garabatear frenéticamente y cargar con grandes y gruesas carpetas negras. Me pareció un sitio extraño, pero nunca había estado en un pabellón de locos, así que no tenía con qué compararlo.

La enfermera que me había acompañado se acercó a una mujer pelirroja y menuda que se encontraba en la estación. Intercambiaron unas palabras, asintieron y miraron en mi dirección. La enfermera regresó con la mujer pelirroja.

–Hola, Elizabeth. Soy Polly. Trabajo en esta unidad.

Me tendió la mano como si fuéramos dos conocidas que se encuentran en una fiesta o algo por el estilo. Decliné el saludo. Me pareció un gesto inútil.

–Te mostraré el lugar y te ayudaré a instalarte.

–Tengo que irme –dijo la enfermera–. No te preocupes, te dejo en buenas manos.

Tardé un momento en darme cuenta de que no estaba esperando a que yo dijera algo, sino a que me levantara de la silla de ruedas. Al hacerlo, me sentí tan mareada como al incorporarme en la cama.

–Esta es la estación de las enfermeras. –Polly señaló hacia la actividad en el centro de la sala–. Aquí siempre hay alguien, las veinticuatro horas del día. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirla.

Señaló el pasillo situado justo detrás de la estación.

–Ahí están las salas donde se celebran las sesiones grupales y donde podrás hablar con tu médico. Aquí todos los pacientes tienen que ver a su médico al menos una vez al día. Hay una gran sala de conferencias al final del pasillo donde te reunirás con el equipo, que está formado por todos los que tienen algo que ver con atención al

paciente: médicos, enfermeras, trabajadores sociales, terapeutas ocupacionales, etc. Los irás conociendo a todos a su debido tiempo. Son los responsables de tomar decisiones sobre tus cuidados, pero se apoyan en gran medida en las recomendaciones de tu médico principal. Creo que ayer conociste al doctor Larson, ¿verdad?

Asentí. Así que en realidad no era médico, sino un loquero. Por eso me miraba con tanta intensidad.

Señaló el pasillo de la izquierda de la estación.

–En esa dirección están los servicios de caballeros. Los hombres y las mujeres están en lados separados de la unidad. Durante el día os podéis juntar, pero por la noche es mejor que estéis separados.

Rio, pero yo no lo hice. La idea de un montón de zumbados manteniendo relaciones sexuales no me pareció divertida.

–Todo el mundo tiene que estar en su habitación a las nueve y media. Las luces se apagan a las diez. Ven conmigo.

La seguí alrededor del mostrador y entré en una enorme sala que se abría frente a la estación de las enfermeras.

–Esta es la sala de estar –me anunció como si fuera al-
go de lo que sentirse orgullosa.

Me quedé quieta en el umbral.

–Pasa.

Escruté la habitación. Había revistas tiradas por todas partes y naipes desparramados sobre una mesa redonda, como si alguien se hubiera marchado en mitad de una partida. También vi varias sillas acolchadas y en la pared del fondo un gran televisor ubicado en un vetusto aparador de madera que ya nadie utilizaba. Había una pared cubierta completamente de ventanas y dos sofás desordenadamente colocados.

–Cuando no tengas ninguna actividad programada, aquí es donde podrás pasar el rato. Solo puedes estar en tu habitación para dormir o por enfermedad. Al menos por ahora. Los pacientes pueden disfrutar de tiempo a solas en su habitación una vez que estamos convencidos de su seguridad, pero de momento estarás supervisada. Eso significa que siempre estará contigo un miembro del personal. Será el equipo el que determine cuándo podremos levantarte esa restricción.

El sonido de pasos y risas interrumpió sus detalladas instrucciones. Observé cómo unos cuerpos entraban en la sala. Las voces me hacían daño en los oídos y retumbaban en mi cabeza como una letanía palpitante.

–Es la hora del control matutino. Siéntate donde quieras; en cuanto termine continuaré con la explicación –me indicó.

Me senté en la silla más cercana. El aluminio estaba frío y me hizo tiritar.

Otra mujer entró en la sala. Iba vestida con un jersey y unos vaqueros. Su cuerpo estaba totalmente desproporcionado. La parte superior era pequeña y esbelta, pero de cintura para abajo sus enormes caderas se hinchaban como un globo en un voluminoso trasero. Como si hubieran recibido una señal, todos los presentes en la sala se pusieron en marcha, recolocando las sillas y tomando asiento hasta formar un círculo irregular. Vi cómo me integraban en el círculo. Fijé la vista en el suelo. Un suelo institucional gris y sucio, como el de la cafetería de una escuela primaria. A mi alrededor, las voces seguían resonando, pero no le permití a mi cerebro descifrarlas. Las ahogué con un zumbido en los oídos, fijando la atención en contar las manchas marrones de las baldosas, una tras otra.

Iba ya por la tercera baldosa cuando alguien me dio un golpecito en la rodilla. Levanté la vista. Una mujer me miraba desde el otro lado del círculo. Pude sentir que el resto de los ojos me miraban también, pero yo mantuve la mirada fija en los suyos.

–¿Podrías decirnos tu nombre para que podamos darte la bienvenida? –me preguntó animada.

La mujer apenas cabía en la silla. ¿Por qué querían darme la bienvenida exactamente y a quién le importaba cómo me llamara? No dije nada. Me limité a devolverle la mirada.

Esperó unos instantes y, finalmente, habló por mí:

–Os presento a Elisabeth.

El foco de atención pasó de mí a la persona que estaba sentada en la silla de al lado. Dejé de prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor. Quería morirme. Recordé haber leído en alguna parte que el cuerpo dejaba de funcionar después de tres días sin agua.

¿Dejaría de funcionar el mío si me negaba a comer o a beber? Sería un alivio consumirme, pero, por desgracia, sabía que eso no iba a ocurrir. Había demasiadas enfermeras a mi alrededor como para permitirlo. Seguro que me pondrían una vía en el brazo y me inflarían a líquidos para mantenerme con vida. Eché un vistazo a las ventanas que cubrían la pared del otro lado de la sala y consideré la posibilidad de saltar, pero estaba segura de que estaban cerradas; al fin y al cabo, estábamos en una quinta planta y, si hubieran tenido la oportunidad, los pacientes ya lo habrían intentado.

Me resultaba extraño pensar en formas de morir. Nunca había pensado en el suicidio. Rendirme nunca había sido una alternativa que hubiera contemplado; es más, me había dedicado toda mi vida a evitar que Emily lo hiciera. En la adolescencia, cuando sufrió su primer episodio de depresión, yo trataba de animarla diciéndole que esa desesperación absoluta que sentía se debía a las hormonas y que, con el tiempo, se estabilizarían y volvería a sentirse bien. Pero, a medida que empeoraba y se volvía más autodestructiva, tuve que convertirme en su animadora.

–Vamos, Em. Tienes que luchar. Yo sé que puedes hacerlo. No hemos pasado por todo lo que hemos vivido solo para rendirnos ahora.

Se lo dije cientos de veces a lo largo de los años.

Cuando mi empeño no daba resultado, cambiaba de táctica y pasaba a señalarle todo lo bueno que tenía y por lo que valía la pena vivir.

–Piensa en lo mucho que te quieren Dalila y Bob. Sería devastador para ellos perderte. Todo el mundo te quiere. Siempre ha sido así. Tienes algo especial que cautiva a todo el mundo de forma natural. Es algo a lo que puedes sacar partido. Podrías utilizarlo para lograr lo que quisieras, tal vez incluso para ayudar a otras personas… Lo harías muy bien porque serías capaz de entender exactamente por lo que están pasando.

Y luego, cuando se me acababan las palabras, la abrazaba hasta que la desesperación pasaba. Me había negado a rendirme y a dejar que se rindiera ella. Hasta ahora, porque no había sido capaz de mantenerla con vida.

Yo era el mecanismo que la hacía salir a flote y ella era el mío. Mi propósito en la vida era cuidar de ella, mantenerla a salvo. Siempre lo había sido. Yo era siempre la primera en ir con los amigos especiales y, si Emily tenía demasiado miedo para jugar a alguno de sus juegos, yo lo hacía por ella. Cuando nuestra madre se abalanzaba sobre nosotras con la percha de alambre, yo me ponía delante de Emily y me llevaba la peor parte de los golpes. Las veces que no podía eran un suplicio. Era yo quien mantenía en pie a Emily cuando ella no tenía fuerzas para seguir adelante por sí misma, pero, al mismo tiempo, ella me mantenía en pie a mí: me daba un motivo para seguir con vida. Ella me definía, me otorgaba el papel que debía desempeñar.

La desatención y los malos tratos de nuestra madre fueron el desencadenante, pero acabó siendo mucho más que eso. Los últimos años cuidaba de Emily del mismo modo que lo habíamos hecho cuando jugábamos de niñas, atrapadas en nuestra habitación e inventando que éramos la madre de la otra. Y, a pesar de que ella acabó siendo la enferma, la que necesitaba ayuda, era ella la que le daba sentido a mi vida. En el instituto, cuando se autolesionaba, yo la ayudaba a limpiar las heridas. Cada vez que alguna de esas chicas mezquinas se burlaba de ella por no sacar buenas notas o por liarse con un chico al que apenas conocía, yo la defendía. Era experta en encontrar los puntos débiles de esas chicas y en hacerlas sentir mal por cosas que habían hecho ellas, desviando así la atención de Emily. Éramos un equipo extraordinario. No sabía cómo existir sin ella. Se había quitado la vida y, al hacerlo, me había arrebatado el único motivo para seguir viviendo.

Había perdido la cuenta de sus intentos de suicidio, pero nunca había considerado ninguno de ellos una verdadera amenaza de muerte. Para mí, eran un grito desesperado de ayuda: programaba estratégicamente esos intentos para que yo la encontrara antes de que fuera demasiado tarde o lo hacía delante de mí porque sabía que yo la detendría. Estaba segura de que aquel día ella esperaba que lo evitara de nuevo.

¿Durante cuánto tiempo estuve durmiendo? ¿Y si me hubiera despertado cinco minutos antes? ¿Seguiría con vida? ¿Habría

acabado como todas las ocasiones anteriores? ¿Y si la hubiera seguido en vez de quedarme en el sofá? Las preguntas me torturaban. Lo único que quería era morirme. ¿Alguna vez alguien había logrado suicidarse en un pabellón de chalados? Estuve a punto de reírme a carcajadas por lo absurdo de la situación. Tenía que encontrar la manera de que me dieran el alta. No podía quedarme allí de ninguna manera. El doctor Larson había dicho que necesitaba estar en un lugar seguro hasta que me sintiera mejor. Si con ello se refería a superar la pérdida de Emily, no iba a salir nunca.

Las personas a mi alrededor empezaron a apartar las sillas del círculo, poniendo fin a la extraña reunión que acababa de tener lugar. Los cuerpos se dispersaron por la sala. Aquellos cuerpos pertenecían a personas de verdad. Las voces tenían caras e historias como la mía. ¿Qué las había traído a este mundo encerrado?

Algunos se sentaron junto a la ventana, mirando al exterior con intensidad, como si estuviera ocurriendo algo realmente emocionante que no querían perderse. Vi a un hombre solo, en un rincón, sentado en una vieja mecedora de madera, mirando por la ventana. Tenía los ojos vidriosos y ni siquiera parecía parpadear.

En el centro de la sala había tres mujeres jugando a las cartas. Las tres iban peinadas y maquilladas, y una de ellas vestía una camisa muy escotada. Jugaban a las cartas animadamente y se reían como si estuvieran en el salón de casa un viernes por la noche. Parecían divertirse. En la esquina opuesta vi a una anciana meciéndose adelante y atrás. Se arrancaba el pelo de la cabeza, mechón a mechón, y cada vez lo colocaba en un ordenado montón encima del pantalón. Ni siquiera se inmutaba al hacerlo.

Más allá, vi a un hombre blanco y uno negro sentados en uno de los sofás marrones. A primera vista, parecía que estaban manteniendo una acalorada conversación; gesticulaban y señalaban desaforadamente. Tardé un momento en darme cuenta de que no se miraban el uno al otro al hablar; en realidad hablaban consigo mismos.

–Da bastante miedo, ¿eh?

Una chica se había sentado a mi lado. Parecía enferma. No mentalmente, como seguramente debía de parecerlo yo, sino

físicamente, como si tuviera que estar en la sala de oncología en vez de en una unidad psiquiátrica. Sus pómulos sobresalían bajo una piel fina y pálida, tan translúcida que se adivinaban las venas azuladas. Tenía el cabello ralo y una extraña pelusa marrón le cubría la cara. Llevaba una sudadera holgada con capucha y unos vaqueros, pero la ropa le caía plana, como si no hubiera nada que la rellenara y su cabeza fuese tan solo una percha.

–Sí, digamos que… es un poco raro –le respondí.

–Soy Rose. Odio mi nombre. No me pega nada. Se supone que las rosas son bonita, elegantes… –Resopló–. Y mírame a mí.

–Me llamo Elizabeth.

Me observó de arriba abajo.

–A ti tampoco te pega el tuyo.

No respondí, pero no creí que esperara que lo hiciera.

–¿Es la primera vez que estás aquí? –me preguntó.

«¿Hay gente que está aquí más de una vez?», pensé.

–Sí.

–Para mí es la cuarta.

–Ah… Vaya, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Alzó la vista al techo con hastío.

–Cuatro semanas y dos días.

–¿Te pueden tener aquí encerrado todo ese tiempo?

–Si eres yo, sí. –Se rio–. Tengo que ganar peso. Dos kilos más. ¿Te lo puedes creer? Tengo que convertirme en una cerda sebosa para poder salir de aquí.

Volví a mirarla. No podía pesar más de cuarenta kilos. Tenía el cuerpo de una niña y el rostro de una anciana.

–¿Y tú por qué estás aquí? –me preguntó.

–He intentado suicidarme.

Se me hacía raro oírlo salir de mi propia boca, pero más me valía acostumbrarme. Era la verdad.

–¡Ah! –Sonrió e hizo un gesto con la mano como si no fuera nada–. Entonces solo pueden retenerte setenta y dos horas. Es la detención protocolaria cuando ha habido un intento de suicidio.

Podía aguantar setenta y dos horas.

–¿Quién forma el equipo? –le pregunté.

–Un montón de médicos y similares. Te hacen sentar a la cabeza de una gran mesa y te hacen preguntas. Y te miran fijamente. Lo odio. Todos lo odiamos. Es tan desagradable… Es algo a lo que nunca te acostumbras, no importa cuántas veces hayas estado aquí.

Me fie de sus palabras porque, después de cuatro veces, debía de saber de lo que hablaba. Polly estaba sentada en una de las sillas de aluminio que había detrás de nosotras, pero parecía absorta en un libro.

–Quiero hacer todo lo posible para salir de aquí. ¿Qué tengo que hacer para que me dejen? –susurré, por si Polly tenía buen oído.

–Es sencillo. Lo único que tienes que hacer es decirles que no vas a suicidarte –me explicó–. Les cuentas algo como «Mirad, me sentía muy mal en ese momento e hice una estupidez. No lo volveré a hacer».

Estuve escuchando sus historias sobre sus otras hospitalizaciones y sobre cómo la obligaban a comer. Yo también sabía lo difícil que podía ser comer, pero no se lo dije.

–Tú lo tienes muy fácil. Los suicidas suelen entrar y salir de aquí con bastante rapidez. Serán los tres días más largos de tu vida, pero hay cosas que puedes hacer para pasar el tiempo.

–¿Cómo qué? –le pregunté.

–Como leer todas las revistas cutres que quieras. –Me puso una revista del corazón en el regazo y dejó escapar una risita–. Y puedes creerme si te digo que ahí encontrarás mucho drama con el que entretenerte. Algunos de los que están aquí están realmente locos. ¿Ves a ese tío de ahí?

Señaló al hombre que miraba a la nada junto a la ventana.

Asentí.

–No habla. Nunca. Jamás. Podrías acercarte por detrás y gritarle al oído. Ni siquiera parpadearía.

Nuestra conversación se vio interrumpida por el doctor Larson, que me hizo un gesto para que lo siguiera por el pasillo hasta uno de los despachos. Era pequeño y angosto, y estaba completamente vacío: ni siquiera un cuadro mediocre en alguna de sus apagadas paredes azules. Solo había una mesa con una silla a cada lado. Me senté en una de ellas mientras él ocupaba la de enfrente. Me

recordaba a las salas de interrogatorio que había visto en la tele y no se parecía en nada a la sala de terapia de Lisa.

No se anduvo con rodeos.

–¿Cómo te encuentras hoy?

Respiré hondo. Podía hacerlo.

–Mucho mejor que ayer. Fue un día muy duro; no sabía muy bien qué estaba pasando.

Asintió, poniendo toda su atención.

–¿Recuerdas algo más de lo que ocurrió la noche antes de que acabaras en el hospital?

–Sentía que todo había sido culpa mía. Tal vez estaba demasiado abrumada. Es importante entender lo unidas que estamos… que estábamos Emily y yo, y no quería vivir sin ella. Así que lo hice. Sin pensar lo que hacía. Quería morir con ella.

–Comprendo que puedas sentirte así –dijo.

Él seguía sin quitarme los ojos de encima y yo seguía sin mirarle. Mantenía la mirada fija en el escritorio que tenía delante. Permanecimos sentados en silencio unos segundos que parecieron horas. Quería que me hiciera preguntas. Alguna cosa que me diera una pista sobre qué decir. No quería ponerme a hablar sin tener ni idea de lo que se suponía que debía decir, porque ¿y si decía algo equivocado y me obligaba a quedarme más tiempo?

Finalmente, rompió el silencio:

–¿Qué es lo último que recuerdas de Emily?

–Su cuerpo. Ya se lo conté ayer. La encontré en el baño. No puedo quitarme la imagen de la cabeza… Todavía lo sigo viendo.

–¿Qué ocurrió antes de eso? ¿Lo recuerdas?

–Sí. Nos peleamos por culpa de mi novio.

–Háblame de tu novio.

Le hablé al doctor Larson de Thomas y de nuestra relación, de lo dulce que era conmigo y de su persistencia inicial invitándome a salir. Le conté cómo habíamos empezado a quedar y cómo se lo había ocultado a Emily, lo mucho que disfrutaba de nuestras pausas para almorzar en su coche y cómo a veces intentaba volverlas aún más especiales haciéndole galletas, preparándole un termo de sopa casera o sorprendiéndole decorando el interior del coche con flores

para que pudiéramos fingir que hacíamos un pícnic. No le conté lo que Emily le había dicho a Thomas ni la pelea que habíamos tenido después. No hacía falta que supiera lo mucho que me había herido con sus palabras. No era importante y no quería que pensara mal de ella.

–Parece que te importa mucho tu relación con él –dijo.

–Sí. Es perfecto. Tengo la sensación de que me va a ayudar mucho a superar todo esto.

Me felicité en silencio por sonar como si estuviera preparada para algún tipo de recuperación. Incluso utilicé el mismo vocabulario que él había usado el día de antes.

–Es bueno tener gente en tu vida que te pueda ofrecer una red de apoyo. Va a ser muy importante poder contar con personas que estén a tu lado durante el tratamiento. –Sacó del bolsillo delantero de su traje el pequeño cuaderno–. ¿Qué está pasando ahora en tu vida?

No tenía respuesta a esa pregunta, así que pensé en lo que me había dicho Rose sobre cómo debía actuar para que me sacaran de allí. Elegí mis palabras con cuidado.

–Creo que he sufrido una pérdida muy grande. La mayor de mi vida. Es más de lo que podía soportar… Sobre todo porque he tenido una vida muy dura. Por un momento, no quise seguir viviendo. Estaba muy triste y no podía pensar en ninguna de las cosas maravillosas que hay en mi vida. Solo podía ver lo malo. –Y, como colofón, añadí–: En realidad no quiero morir.

Confiaba en sonar creíble.

Seguía mirándome como si esperara que dijera algo más, pero me había quedado sin palabras.

–Voy a ser tu psicólogo durante el tiempo que estés aquí. Entiendo que puede ser muy difícil hablar con un completo desconocido, pero espero que asumas este pequeño riesgo y confíes lo suficiente en mí como para compartir tu dolor.

No tenía la más mínima intención de confiar en él. Ni en setenta y dos horas ni en ninguna, pero asentí con la cabeza.

–Me reuniré con el resto del equipo a primera hora de la tarde. Hablaremos sobre el enfoque de tu tratamiento. Es importante que

sepas que podrás expresarnos tu opinión al respecto y que nosotros te incluiremos en todas las decisiones. Todos nosotros estamos aquí para ayudarte.

–Gracias.

Parecía la respuesta más educada.

–¿Quieres preguntarme algo más?

Sacudí la cabeza.

Y así, sin más, terminó la reunión.

Capítulo 8

A pesar de la advertencia de Rose, nada podría haberme preparado para lo intimidada que me sentí al reunirme con el equipo. En la sala había una larga mesa de conferencias rodeada de sillas de oficina negras de respaldo alto, todas ocupadas, lo que me hizo sentir como si estuviera en medio de una importante reunión ejecutiva. Nueve desconocidos, con los que nunca había hablado, excepto el doctor Larson, ocupaban esas sillas y eran quienes decidirían cómo sería mi tratamiento.

Se suponía que mi sitio se encontraba en la cabecera de la mesa, con el doctor a mi derecha. Se me erizó la piel al sentarme. Tal vez podría engañarlo a él haciéndole creer que estaba bien, pero ¿a una sala entera?

Me senté a la espera de que empezara aquella horrible reunión, fuera como fuera.

–Elizabeth, esta reunión es para que tengas la oportunidad de conocer al equipo. Antes que nada, hagamos las presentaciones –dijo Larson.

Uno tras otro fueron diciendo su nombre y su cargo. Había un psiquiatra. Tres terapeutas: dos hombres y una mujer. Una mujer delgada, con el pelo recogido en una coleta apretada, se presentó como la trabajadora social asignada a mi caso. Otra mujer, que parecía tener más o menos mi edad, dijo que era mi terapeuta ocupacional, y una doctora explicó que estaba a cargo de mi atención médica. Un hombre calvo comentó que era terapeuta familiar. Y, por último, un hombre mayor anunció que era el asesor supervisor asociado.

No tenía ni idea de lo que significaba ninguno de sus títulos ni del tipo de atención que ofrecían. Cuando todos terminaron de presentarse, me di cuenta de que no recordaba ninguno de sus nombres.

–Elizabeth, ¿por qué no nos hablas un poco de ti? –preguntó una de las mujeres de la izquierda.

–Tengo veinte años. Estudio a tiempo completo en el Galston Community College. Mi plan es cambiarme de universidad al final de este curso. Trabajo como teleoperadora en una empresa de venta por catálogo. Es un poco aburrido, pero puedo compatibilizar mis turnos con el horario de clases. Tengo un novio, Thomas; trabajamos juntos. Y me gusta ver películas y tomar café.

Tenía la garganta seca. ¿Les había contado demasiado? ¿Demasiado poco? Todos me miraban fijamente.

–Elizabeth, me he dado cuenta de que no has dicho nada sobre tu infancia –dijo la mujer de la coleta.

¿Por qué decían mi nombre cada vez que me hablaban? ¿Cuál era el motivo?

La sala estaba en silencio. Todas las miradas estaban clavadas en mí.

–Yo… mmm… no he dicho nada sobre mi infancia porque no he pensado que fuera importante.

–¿Por qué has creído eso? –me preguntó el calvo.

–No lo sé. Por supuesto que la infancia es importante.

Estaban empezando a irritarme. Todos garabateaban en cuadernos, exactamente como lo había hecho el doctor Larson. ¿Qué escribían? ¿Algún día llegaría a verlo?

–¿Puedo saber qué escriben? –pregunté sin poder evitarlo.

–¿Te incomoda? –preguntó el doctor Larson.

–Sí. –Rápidamente cambié de respuesta–. No…, es decir, no demasiado. Solo me lo preguntaba.

Siguieron garabateando. Bajando la cabeza y luego volviéndola a levantar.

–¿Puedes hablarnos de Emily?

Ya no sabía quién me hacía las preguntas. Me llegaban de todas partes.

–Emily y yo somos gemelas idénticas. Nació tres minutos antes que yo. Nuestra madre nos odiaba y nos mantenía encerradas en el apartamento… No nos daba de comer: a veces *pizza*, pero casi siempre solo pan. Ah, y bebíamos mucha leche maternizada. Le gustaba pegarnos con una percha cuando se enfadaba o nos metíamos en algún lío. Fue realmente horrible, pero Emily y yo nos teníamos la una a la otra, así que conseguimos sobrevivir. Hasta que un día provoqué un incendio.

Me di cuenta de inmediato de que decir que había provocado un incendio no había sido muy buena idea y que tenía que explicarme, así que seguí:

–No a propósito…, no lo provoqué a propósito. Fue un accidente. Los servicios sociales nos sacaron de allí y nos entregaron a los Rooth, Bob y Dalila, quienes nos adoptaron.

Me detuve. Nadie dijo nada. Supuse que querían oír más.

–Los Rooth nos trataron muy bien. Hicimos terapia con Lisa, mucha terapia, y nos ayudó muchísimo. Fui a verla hace unos días, pero tuve que ir sola porque Emily se negó. A pesar de haber empezado tan mal en la vida, conseguimos llegar a la edad adulta bastante bien. Cuando terminamos el instituto, nos mudamos juntas a un apartamento. Era un sitio muy bonito y, en general, nos iba bastante bien… aunque a Emily le costaba un poco más.

–¿Por qué crees que le resultó tan difícil?

Me había hecho la misma pregunta muchas veces en los últimos dos años y nunca había sido capaz de encontrar una respuesta satisfactoria. Pero ahora tenía que intentarlo.

–Habíamos tenido una vida muy difícil y creo que estaba muy deprimida.

Eché un vistazo a todas las caras alrededor de la mesa buscando algún tipo de pista o señal de cómo lo estaba haciendo, pero no encontré nada. Solo un grupo de rostros inexpresivos que me devolvían la mirada, absolutamente impasibles.

–Elizabeth, te hemos hecho muchas preguntas. ¿Quieres preguntarnos tú algo? –intervino una mujer al final de la mesa.

–¿Pueden decirme cuándo podré irme a casa?

–Eso depende –dijo el doctor Larson.

«¿De qué? ¿Qué significa eso? ¿Qué clase de respuesta es esa?», pensé. Pero asentí con la cabeza como si me hubiera dado una respuesta razonable.

–Podrías volver y…

–Espera –interrumpió la mujer del otro extremo de la mesa–. Me he dado cuenta de que no has preguntado por el funeral de Emily. ¿Por qué?

–Supongo que he dado por hecho que podría ir.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire. Finalmente, el doctor Larson hizo un gesto hacia la puerta. Me levanté de un salto y salí casi corriendo.

Polly me estaba esperando y me acompañó de vuelta a la sala de estar, sentándose a mi lado. Estaba sudando y me temblaban las manos. Esperaba no tener que participar en una reunión de equipo cada día. Solo de pensar en ello se me revolvía el estómago. Me repetía que tenía que respirar.

Me resultó extraño que, al final de la reunión, aquella mujer hubiera mencionado el funeral de Emily. Tenía que poder ir. Bob y Dalila no podían enterrarla sin mí. Era imposible. Sería demasiado cruel. ¿Dónde se guardaban los cadáveres? ¿Podían quedarse allí todo el tiempo que hiciera falta, esperando a que se celebrara el funeral? Estaba al borde del pánico, pero el pánico no era un lujo que pudiera permitirme porque, si me abandonaba a él, gritaría y no pararía nunca.

Solo me tranquilizó recordar que Dalila vendría a visitarme hoy, porque estaba segura de que tendría todos los detalles sobre el funeral de Emily.

–¿A qué hora podemos recibir visitas de la familia? –le pregunté a Polly.

–Después de la cena. El horario de visita es de seis a siete cada día –me dijo–. ¿Estás bien? Te veo un poco pálida.

–Estoy bien. Solo algo cansada.

–¿Hay algo de lo que quieras hablar? A veces a los pacientes os resulta más fácil hablar con nosotras que con los médicos. Supongo que intimidamos menos. Podemos tener conversaciones un poco más normales…, ya me entiendes.

Miré alrededor de la habitación en busca de Rose. Estaba sentada al otro lado de la sala, en uno de los sofás, leyendo una revista.

–¿Puedo ir a hablar con ella? –dije, señalándola.

Pedir permiso me resultó extraño, pero pensé que era lo más apropiado.

–Claro. No hace falta que preguntes.

Me levanté y me dirigí al sofá.

–Ha sido tan terrible como me dijiste –le comenté al sentarme.

Rose rio.

–Te lo advertí. Yo siempre acabo medio desquiciada. Me miran todos con tanta insistencia que me entran unas ganas locas de soltar cualquier disparate, solo para arrancarles alguna reacción.

–Totalmente de acuerdo.

Sonreí y al instante me sentí culpable por haberlo hecho.

–Fíjate en ella –dijo Rose, mostrándome la revista y señalando a Jennifer Aniston–. Es tan guapa y tan delgada… ¿Cómo lo hará para estar tan delgada?

La miré a ella, no a la foto.

–Sabes que estás muy delgada, ¿verdad?

–Gracias, pero no hace falta que digas nada. Ya sé que he engordado desde que estoy aquí. –Me dio la impresión de que se iba a poner a llorar–. Pero deberías haberme visto antes de que me trajeran al hospital. ¡Entonces sí que estaba delgada!

Me hizo un gesto para que me acercara a ella.

–Puedo enseñarte cómo era cuando estaba delgada. Tengo una foto, pero no puedes contarle a nadie que la tengo. Se supone que no puedo tenerla –me susurró al oído.

Me eché atrás para mirarla, asintiendo con la cabeza, transmitiéndole con los ojos que su secreto estaba a salvo conmigo.

–Toma, puedes quedártela. Tengo otra.

Me pasó la revista y la hojeé distraídamente.

No debían dejar que Rose leyera esas revistas. Mirar a modelos extremadamente delgadas no la ayudaría a sentirse mejor consigo misma. Me aburrí enseguida de la lectura; Hollywood no me interesaba. Me encantaban las películas, pero no me importaba lo que hacían los actores en su tiempo libre. Nunca había entendido la

obsesión de la gente por los famosos. Emily y yo nos burlábamos de la cantidad de tiempo que la gente dedicaba a enterarse de todo lo que hacían, como si fueran dioses raros a los que hay que adorar en lugar de seres humanos, como el resto.

–¿Así que aquí es donde pasamos el día?

Miró el reloj.

–Sí y no. Tenemos grupo dentro de diez minutos. Y luego la cena.

Estuve mirando el reloj hasta que dieron las tres y media. Entonces, uno de los hombres, que se parecía a uno de los de mi equipo, apareció por la puerta. Sin que nadie dijera nada, todos se levantaron y le siguieron.

Caminamos tras él como si fuéramos un rebaño, cruzando el pasillo del fondo y entrando en una sala situada frente a aquella en la que había estado antes con el doctor Larson, aunque esta era más grande. Estaba pintada del mismo azul apagado y había sillas plegables de plástico dispuestas en círculo. Me senté junto a Rose.

–De acuerdo –dijo el hombre, uniendo las manos frente al pecho–. ¿Quién quiere empezar?

Entorné los ojos tratando de leer la etiqueta con su nombre: MARK UNDERWOOD. Debajo ponía: PSICÓLOGO CLÍNICO. Parecía demasiado joven para ser psicólogo, con el afeitado impecable y unos ojos azules brillantes. Me costaba imaginar que hubiera pasado por ningún problema serio, y no pude evitar preguntarme cómo se suponía que iba a ayudar a una sala llena de pacientes psiquiátricos. Me resultaba difícil empatizar con quienes habían tenido una vida fácil y fingían saber cómo ayudar a quienes no la habían tenido. Por eso me gustaba Lisa: se había pasado los primeros cinco años de su vida viviendo en la calle con sus padres drogadictos, así que sabía lo que era enfrentarse a auténticas dificultades.

–De acuerdo, Arlene –le indicó–. Adelante.

–Me llamo Arlene. Soy bipolar. Pero sobre todo tengo depresión. Llevo aquí catorce días y hoy me siento triste.

–Muy bien, Arlene. Siguiente.

Señaló al hombre que estaba sentado a su lado: el hombre blanco del sofá.

–Rick. Esquizofrenia. Veintiún días. Estoy bien.

El siguiente era el joven que miraba al vacío a través de la ventana. Se lo saltaron sin ningún tipo de indicación. No pareció ni darse cuenta.

–Soy Shelly, pero eso ya lo sabéis todos, ¿no?

Soltó una risita. Era una de las mujeres que habían estado jugando a las cartas.

–A ver, esta vez llevo aquí casi una semana. Tengo una depresión grave, un trastorno de ansiedad y soy alcohólica en recuperación. Diecisiete días sobria. ¡Genial!

La mujer que estaba sentada a su lado, otra de las otras jugadoras de cartas, le acarició la espalda.

–Tengo estrés postraumático. Me autolesiono. Y sí, también tengo trastorno límite de la personalidad. –Movió la cabeza adelante y atrás mientras decía esto último y la mujer que estaba a su lado se rio a carcajadas como si fuera hilarante–. Hoy me siento muy feliz. Y esperanzada.

Le tocó el turno a la mujer que estaba a su lado y su intervención fue tan larga como la de Shelly. Su nombre era Tobi y también entonó «trastorno límite de la personalidad» al final de su lista, lo que hizo que ambas volvieran a desternillarse de risa. Yo no lo encontré gracioso. Me alegré de no ser ellas.

La última de las jugadoras de cartas era Denise, bastante más discreta que las otras dos. Su lista era mucho más corta. Dijo que estaba deprimida y que solo llevaba allí cuatro días.

«Cuatro días. Bien…», pensé. Me resultó alentador.

El hombre negro del sofá fue el siguiente.

–Domingo. A veces me compro un jersey morado el domingo, pero ¿qué pasa con Diana Ross? Tengo que hablaros de Italia. No pasa nada. Nunca me ha importado demasiado. Mi madre sí. Pero huele raro. Siempre.

–Gracias, Darin –intervino Mark y este cerró la boca de golpe–. Veamos qué tiene que decir Sally.

Me quedé observando a Darin mientras Sally, la mujer que estaba a su lado, iniciaba su presentación en este extraño ritual. En cuanto ella empezó a hablar, él abrió la boca. Pude ver cómo sus ojos

recorrían nerviosamente la habitación. No emitía ningún sonido, pero sus labios se movían animadamente.

La siguiente fue Rose.

–Soy Rose. Y soy anoréxica. –Pronunció la palabra como si se tratara de una maldición–. Llevo aquí cuatro semanas y dos días. Hoy me siento muy triste porque estoy gorda.

Finalmente me llegó el turno. Cada partícula de mi ser deseaba que me saltaran como habían hecho con el otro tipo.

–Me llamo Elizabeth. Llevo aquí un día. Hoy me siento… me siento… ¿abrumada?

–¿Y por qué estás aquí? –preguntó Mark.

–Porque he intentado suicidarme.

Mark me hizo un gesto con la cabeza y siguió adelante. Acababa de anunciar que había intentado suicidarme y todo el mundo reaccionó como si hubiera proclamado que me cepillaba los dientes con Colgate.

La mujer que habló después de mí se presentó como Doris. No dijo por qué estaba aquí ni cómo se sentía. Hablaba con un acento que no pude distinguir.

Cuando todos hubieron terminado sus presentaciones, Mark se dispuso a hablar:

–Me he dado cuenta de una cosa mientras hablabais. Algunos habéis dicho «soy bipolar» o «soy anoréxica». Me gustaría que recordarais que no sois vuestra enfermedad mental. Vuestra condición es solo una parte de vosotros. Quiero animaros a todos a que digáis vuestro nombre y luego añadáis «con tal trastorno». Por ejemplo, si tuviera depresión, podría decir: «Soy Mark y tengo depresión». O, si tuviera ansiedad, podría decir: «Soy Mark y tengo ansiedad». Es importante mantener separados quiénes somos de nuestro diagnóstico. Dicho esto, ¿hay algún tema referente a esta unidad que alguien estime necesario comentar en el grupo?

Durante un minuto, todos estuvimos en silencio mientras mirábamos alrededor de la sala.

–Las he oído hablar de mí –soltó Rick de pronto–. Dicen cosas feas sobre mí.

–¿A quién te refieres, Rick? –dijo Mark, inclinándose hacia delante.

Señaló a las tres jugadoras de cartas.

–¿Habéis hablado hoy de Rick de forma negativa? –les preguntó Mark.

Las tres sacudieron la cabeza al unísono.

–En absoluto –replicó Shelly. En sus ojos se podía ver un cierto enfado–. No hemos dicho nada de él. ¡Es un puto paranoico!

Tobi y Denise asintieron con la cabeza.

–Las he oído. Decían que debería suicidarme, ahorcarme en mi habitación. Que soy un inútil de mierda. Que debía morirme.

–Rick –empezó a decir Mark con voz pausada–, no creo que hayan dicho esas cosas. Lo que has oído es horrible y mezquino. No creo que nadie aquí piense esas cosas terribles de ti. ¿Puede ser que lo que oíste formara parte de tu enfermedad mental?

–Quizá haya sido Arqueo –respondió Rick.

Miré alrededor de la habitación. ¿Faltaba alguien?

Mark asintió.

–Creo que tienes razón, Rick. Probablemente no fueron las señoras. ¿Acaso Arqueo no suele hablar mal de ti y decirte que te hagas daño?

Rick movió la cabeza arriba y abajo. Volvió a su sitio.

–Cállate. Ya está.

–De acuerdo. Me gustaría que hiciéramos otra ronda; esta vez quisiera que cada uno de vosotros nos hablara un poco de sus objetivos con el tratamiento y de los progresos que está haciendo para alcanzarlos –señaló Mark–. Esta vez empezaremos con Doris.

Doris miró alrededor de la habitación, fijó la mirada en la puerta y, finalmente, se volvió hacia Mark.

–*He madado a mi made* –murmuró en voz baja.

No logré distinguir sus palabras, pero me pareció que decía que había matado a su madre. Supuse que no era eso lo que Mark tenía en mente cuando dijo que debíamos hablar de nuestros objetivos de tratamiento.

–¿Puedes hablar más alto para que podamos oírte todos?

–¡He matado a mi madre! –gritó. Esta vez sus palabras no admitían error.

Mark mantuvo la calma y habló en un tono uniforme:

–Doris, sabes que no está bien matar a tu madre, ¿verdad?

Doris llevaba un *muumuu* rosa con estampado floral y casi podías sentir el dolor cuando se golpeaba la pierna con el puño. Sonaba como si estuviera abofeteando la piel.

Miré alrededor: todos estaban en calma y algunos ni siquiera prestaban atención. Shelly estaba ocupada cuchicheando con Tobi mientras Rick y Darin habían vuelto a sus conversaciones con gente que solo ellos podían ver. No parecía importarles demasiado si esta mujer estaba enloqueciendo porque quería matar a su madre o si ya lo había hecho. Empezó a mecerse adelante y atrás en la silla, sin dejar de golpearse en la pierna y canturreando con su extraño y marcado acento.

–Doris, tengo que pedirte que te calmes. Necesito que respires hondo. Practica los ejercicios que hemos trabajado en la sesión.

Sus palabras no tuvieron ningún efecto en ella. Era como si no las hubiera oído. De pronto, se levantó de un salto, cogió su silla y la lanzó en dirección a Mark. Aterrizó a sus pies y a continuación se abalanzó sobre él.

Mark reaccionó rápidamente, se levantó de un salto y pulsó un botón metálico redondo que había en la pared. Doris llegó hasta donde estaba y agitó los brazos airadamente, tratando de agarrarle la cara. Mark intentó sujetarla por los brazos y retenerla, pero era demasiado rápida.

Ahora todo el mundo estaba atento. Todos movieron sus sillas hacia atrás. Shelly lloraba, sujetándose la cara con las manos. Tobi y Denise la abrazaban mientras seguían la acción con los ojos muy abiertos. Rick y Darin se levantaron y empezaron a moverse por la sala, murmurando y maldiciendo en voz baja.

–Madre mía, ya estamos otra vez… –susurró Rose a mi lado.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe. Tres hombres enormes entraron corriendo, placando a Doris. Ella pataleaba y gritaba. Parecía que esos tipos se pasaban horas en el gimnasio y, aun así, tuvieron que esforzarse para contenerla, a pesar de que no podía pesar mucho más de treinta kilos. Les daba patadas, les mordía y les arañaba. La inmovilizaron contra el suelo, pero ella les escupía gritando que los mataría.

Mark seguía pidiéndole que respirara, pero Doris ya había pasado esa pantalla. Una enfermera entró corriendo en la habitación, le subió la manga a Doris y la pinchó rápidamente con una aguja. Supuse que con eso se calmaría. En las películas siempre funcionaba, y yo tenía la sensación de estar en una versión moderna de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Pero el fármaco que le administraron no le hizo ningún efecto. Ella trató de zafarse con aún más ahínco. Le pusieron otra inyección, pero seguía resistiéndose. Hizo falta todo el personal de la sala para levantarla, a pesar de que la habían enrollado en una especie de esterilla extraña de yoga. La sacaron al pasillo pataleando y gritando. Sus gritos siguieron resonando por el pasillo hasta que terminaron por desvanecerse.

Entraron más enfermeras en la habitación. Dos de ellas empezaron a hablar con Darin y Rick. Se paseaban de un lado a otro junto a ellos. Otra puso un brazo alrededor de Shelly con la intención de calmarla y empezó a frotarle la espalda, tal como estaban haciendo sus amigas. Arlene empezó a tirarse de los pelos de nuevo, mientras que Sally permanecía quieta como una estatua junto al chico, que ni siquiera había pestañeado a pesar del caos que se había desatado a su alrededor.

Miré a Rose con los ojos llenos de preguntas y ella soltó una carcajada.

–Bienvenida a otro emocionante día de terapia de grupo.

Capítulo 9

La cena fue tan extraña como la sesión de grupo. Esta vez fue Rose la que se descontroló sin motivo. Estaba sentada a mi lado en la mesa de la cafetería, moviendo su comida por el plato y hablando efusivamente de lo mucho que le gustaba la nueva canción de Taylor Swift cuando, de repente, arrojó la bandeja contra la pared.

–¡No pienso comerme esto!

Polly pareció no inmutarse por ese arrebato y pulsó el botón del interfono situado al lado de la puerta sin mirar a Rose.

–No quiere comer.

–De acuerdo –respondió una voz.

Antes de que pudiera decirle nada para intentar calmarla, la puerta se abrió de golpe y aparecieron los mismos hombres con aspecto de portero de discoteca que habían inmovilizado a Doris ese mismo día.

–Vamos, Rose, acompáñanos –dijo el más bajito de los dos–. Ya conoces las reglas.

Rose se quedó en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, y los miró fijamente.

–No hagamos esto más difícil de lo necesario –añadió.

Pero ella siguió sin moverse.

Dieron un paso hacia ella y, en un movimiento rápido, se abalanzaron sobre ella, sujetándola por ambos brazos. Rose se resistía a zarpazos, como un gato al que hubieran arrojado a un barreño lleno de agua, mientras intentaban levantarla de la silla. La silla cayó hacia atrás y ella la pateó violentamente con sus piernecitas de palo. La sacaron de allí llorando y gritando, del mismo

modo que habían sacado a Doris. Su arrebato me impactó porque la impresión que tenía de ella era la de una chica dócil y tímida.

–Menudo bicho raro, ¿no crees? –dijo Tobi desde el otro lado de la mesa en cuanto la puerta se cerró tras Rose–. Quiero decir, ¿es que no podemos cenar en paz ni un solo día?

–A algunos nos gusta comer –dijo Shelly.

Se echaron a reír junto con la otra chica, Denise, que estaba sentada a su lado.

–Tal vez no le apetece comer –dije. Quise decirles que les vendría bien no comer, pero habría sido muy mezquino y no quería ser así. En lugar de eso, les dije–: No tenéis ni idea de por lo que está pasando.

Shelly levantó las cejas en tono de burla.

–¿Y tú sí?

Me encogí de hombros. Tenía razón. Conocía a Rose desde hacía menos de veinticuatro horas.

Después de la cena, me sorprendió encontrarla de nuevo en el sofá de la sala de estar, absorta en sus revistas como si no hubiera pasado nada. Me senté junto a ella.

–Joder, tía. ¡Qué manera de resistirse!

Me había desconcertado que hubieran hecho falta tres hombres enormes para sujetar a una chica tan pequeña.

Levantó la vista. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados. Todavía los tenía llenos de lágrimas. Sus pupilas eran del tamaño de un alfiler.

–Pues hasta aquí lo de comer con vosotros. De vuelta a la alimentación forzada en solitario.

–Menudo palo…

Sabía lo que era que te obligaran a comer. Durante los primeros meses con los Rooth, Bob me sujetaba la mandíbula para mantenerme la boca abierta mientras Dalila la llenaba de comida todo lo rápido que podía. Luego Bob me echaba la cabeza hacia atrás y me cerraba la boca, obligándome a tragar. Pero todo lo que entraba volvía a salir, de modo que acababan cubiertos de la misma comida que tanto se habían empeñado en hacerme engullir.

–¿Cómo te obligan a comer?

Resopló.

–Es horrible. Me dan unas bebidas proteínicas enormes que saben a tiza. Pero lo peor es que esas bebidas tienen más de mil calorías. ¿Te lo puedes creer? Tengo que beberme una de esas, además de lo que sea que me pongan en el plato. No estarán satisfechos hasta que me convierta en una gorda asquerosa.

–¿Qué pasa si no te lo comes? ¿Te hacen tragar la comida a la fuerza?

La garganta se me cerró en un acto reflejo.

–Ya les gustaría a estos cabrones… –Rose soltó un bufido–. Si no como, me volverán a poner la sonda.

–¿Un tubo? Dios mío, ¿cómo?

–Antes me la ponían por la nariz, pero yo me la sacaba una y otra vez y eso hacía que se me infectara. Así que ahora me la ponen directamente en el estómago. –Se subió la camisa y me señaló un costado–. Mira.

Me incliné para verlo mejor. En el costado derecho tenía tres grandes heridas punzantes, como si la hubiera mordido un vampiro.

Nunca había visto nada igual.

–¡Guau! ¿Y no sería más fácil si comieras y ya está?

Me miró como si le hubiera sugerido que matara a alguien. Se bajó la camisa y cruzó los brazos sobre el pecho.

–¿Viene alguien a visitarte?

–Sí –le respondí.

Se inclinó un poco más y, en un susurro, me dijo:

–Tienes que saber que el equipo también habla con tu familia. Les preguntan cómo creen que te va. Así que tal vez quieras, ya sabes…

Asentí para indicarle que la había entendido. Entonces me volví para mirar a Polly y comprobar si lo había oído, pero ya no estaba allí. La habían sustituido por un tipo corpulento de aspecto *hippy* y que llevaba unas sandalias Birkenstock. Estaba demasiado ocupado mirando a Shelly, Tobi y Denise, que jugaban a las cartas en medio de la sala de estar, como para fijarse en nosotras. Cada pocos minutos, una de ellas soltaba una sonora carcajada y se volvía para dirigirle una sonrisa. Él les devolvía las sonrisas, agradeciendo su atención con gesto bobalicón.

No tenía ningunas ganas de ver a Bob, Dalila y Thomas. Iba a ser raro e incómodo verlos juntos, pero no tenía elección porque necesitaba hablar con Dalila sobre el funeral. Quería saber dónde se iba a celebrar y cómo iban a vestir a Emily. Quería que me enterraran junto a ella y, si me suicidaba en cuanto me dieran el alta, podrían organizar un funeral directamente para las dos.

Era lo único que me importaba en ese momento. Necesitaba un plan infalible.

Dispararme sería rápido y fácil, pero no sabía cómo conseguir un arma. Y, aunque lo supiera, tardaría semanas en conseguirla. No disponía de tanto tiempo. Las pastillas eran otra posibilidad, pero no siempre funcionaban. Había visto a Emily tragarse las suficientes como para saber que la mayoría de las veces no te mataban, simplemente te ponías muy enferma, las acababas vomitando y te despertabas con resaca.

Pero despertarse no era una opción. La última vez me había despertado y no tenía intención de volver a hacerlo.

Cortarme era otra opción. Pero ¿y si no daba con la vena adecuada o no lo hacía lo bastante profundo? Pensarlo me dio escalofríos. ¿Qué método había usado Emily esta última vez?

No me había permitido recordar la noche en que ocurrió. Era demasiado doloroso, pero quería saber cómo lo había hecho porque quizá tendría éxito si la copiaba. Contuve la emoción y me preparé para intentar recordar aquella noche como si fuera un científico, reproduciendo la escena como si se tratara de una película protagonizada por otros personajes.

Había pastillas por todas partes y había vómito, lo que significaba que debía de haber tomado muchas. En el pasado, siempre que había tomado muchas pastillas, había acabado vomitando, pero esta vez habían conseguido matarla. También había sangre, pero ¿se debía a los cortes que se hacía habitualmente o esta vez lo hizo lo suficientemente profundo como para matarse? ¿Hizo alguna otra cosa que yo no supiera? Tal vez ambas cosas a la vez. Tal vez esa fuera la clave de todo y yo pudiera hacer lo mismo.

De repente, caí en la cuenta de que ya lo había intentado antes. Estaba en el hospital por haber tratado de suicidarme, pero no

recordaba nada de aquella noche. Rebusqué en mi cerebro y seguí intentando hacer aflorar algo a mi mente consciente, pero fue inútil. Solo veía imágenes de Emily. Podía remontarme en mi memoria hasta el momento en que abría la puerta del baño y descubría su cuerpo retorcido, pero eso era todo. Su cuerpo y luego nada más que oscuridad.

¿Quién nos había encontrado y cómo había llegado al hospital? ¿Había llamado a alguien? ¿Cómo podía asegurarme de no volver a fallar? No podía soportar la idea de despertarme otra vez en un hospital y descubrir que yo seguía viva y ella muerta. Mi plan tenía que funcionar. Tenía que ser mucho mejor que la última vez.

Decidí que buscaría a alguien que me comprara alcohol de camino a casa desde el hospital, aunque odiaba beber y me estremecía al pensar en cómo me quemaba en la garganta. Me detendría en una farmacia y me cargaría de Tylenol. La mayoría de la gente no es consciente, pero ese analgésico es un gran asesino. Emily me había explicado una vez que te desconectaba el sistema. Tomar Tylenol y alcohol haría que me resultara más fácil, pero tendría que cuidarme de no beber demasiado, porque no debía ni desmayarme ni vomitar. No podía echar a perder el plan. La bebida implicaba un riesgo, pero la necesitaba porque temía no ser capaz de cortarme sin ella. Me metería en la bañera, como hacía Emily, para no llenarlo todo de sangre.

Pero, cuanto más pensaba en mi plan, menos factible me parecía. Si lo hacía en mi apartamento, ¿cómo iban a encontrarme? No podía llamar a nadie antes porque podrían detenerme antes de que todo acabara. La única persona con la que quedaba con regularidad era a Thomas y él estaba acostumbrado a no verme durante días. Podría transcurrir una semana antes de que empezara a preocuparse y para entonces ya sería demasiado tarde; el funeral de Emily ya se habría celebrado. Hacerlo en casa no era la solución. No si quería que me enterraran con ella, y eso era lo que más deseaba. Lo único que me mantenía en pie era superar la detención de setenta y dos horas: tenía dos días más para idear un buen plan.

Una voz gritando mi nombre por el altavoz interrumpió mis pensamientos. Mis visitantes habían llegado.

–Buena suerte –dijo Rose, sin levantar la vista de la revista.

–Gracias –le respondí, y me apresuré a acercarme a la estación de las enfermeras.

Dalila, Bob y Thomas estaban allí, mirando en mi dirección. Tanto Thomas como Dalila lucían mejor que el día anterior. Se los veía aseados. Ella se había maquillado, tratando de ocultar con habilidad la peor parte de sus erupciones, y llevaba el pelo muy rizado, en un peinado que había mantenido durante los últimos veinte años. Las ojeras de Thomas se habían suavizado, aunque seguía teniendo un aspecto un poco espectral. Bob llevaba la camisa por dentro de los vaqueros, algo que reservaba para las ocasiones especiales, y no pude evitar sentir amor hacia él por aquel gesto. Llevaba un manojo de flores que chorreaban agua.

–Se han quedado con el jarrón –me explicó, disculpándose, cuando me vio mirando las flores mojadas–. Me han dicho que no puedes tener nada de vidrio, así que han ido a buscar un recipiente de poliestireno.

Los tres tenían una sonrisa dibujada en el rostro. Se turnaron para abrazarme y esta vez se lo permití.

–Puedes ir con tus invitados a tu cuarto –nos indicó una de las enfermeras–. Permitidme que os coja las flores. Encontraremos un lugar donde ponerlas.

Bob se las entregó y otra enfermera salió de detrás del mostrador y nos condujo al pasillo de las mujeres. Se dirigió a una de las puertas de la derecha, quitó el cerrojo y la abrió.

–La puerta tiene que estar abierta. Lo siento.

Entré en mi habitación por primera vez desde que me habían trasladado a la unidad. Todo estaba atornillado al suelo. Había una cama de hospital contra la pared con un botón para llamar a las enfermeras junto a ella y una pequeña cómoda metálica enfrente con tres cajones. En la otra pared había un pequeño escritorio con una silla. La silla era lo único que no estaba atornillado al suelo. Las paredes estaban pintadas de blanco y tenía el mismo suelo institucional que el resto del espacio. Todos nos quedamos mirando la habitación con recelo.

Dalila fue la primera en romper el silencio:

–Es una habitación muy agradable. Aunque le vendría bien un poco de color. Tal vez podría traer algunos cuadros.

–No hace falta. No voy a estar aquí mucho tiempo.

Estábamos todos de pie, lo que hacía que el espacio pareciera aún más pequeño.

–¿Qué tal te ha ido el día, cariño? –me preguntó Bob.

–Ha sido extraño. Todos los que están aquí tienen muchos problemas… A la mayoría no les va demasiado bien. Y eso me ha hecho sentir mejor con los míos, que parecen poca cosa en comparación.

–¿Tú crees? –preguntó Bob.

Lanzó una mirada a Dalila, enarcando las cejas. Ella se encogió de hombros.

–Sí. Estoy bastante segura de que la mayoría oye voces, y pierden el control continuamente. Supongo que puedo dar gracias por no estar tan mal.

Mis palabras se quedaron flotando en el aire, expectantes.

–Lisa dice que aquí trabajan algunos de los mejores psicólogos del Estado, así que estás en buenas manos –apuntó Bob–. Quiere venir a visitarte cuando te hayas instalado.

Ver a Lisa sería estupendo, pero tenía una extraña habilidad para hacerme hablar de cosas de las que no quería hablar y no podía correr el riesgo de soltar accidentalmente que pensaba suicidarme en cuanto saliera.

–No creo que vaya a estar aquí el tiempo suficiente como para que pueda venir a verme. Estoy segura de que saldré pronto.

–Parece un lugar agradable –comentó Dalila por segunda vez.

Volvió a hacerse el silencio. Me senté en la silla del escritorio. Los tres se sentaron juntos en el borde de la cama. Bob rodeó a Dalila con el brazo en muestra de apoyo. Thomas estaba a su derecha, en el extremo de la cama. Se le veía más relajado. Parecían tres viejos amigos.

Esta vez fue Thomas quien rompió el silencio:

–He estado rezando por ti. He incluido tu nombre en nuestra lista de oraciones. No te preocupes: respeto mucho tu privacidad. No he

dado ningún detalle sobre lo que te pasa ni nada por el estilo. Solo he mencionado que necesitabas ayuda.

Me sentí irritada. No porque me hubiera incluido en la lista de rezos de su iglesia, sino porque se había infiltrado en ámbitos muy privados de mi vida y no había sido yo quien le había invitado.

–La comida no está mal –dije.

–Eso está bien.

Bob se dio unas palmadas en su gran barriga, que le sobresalía de la cintura, efecto que quedaba especialmente pronunciado con la camisa metida por dentro del pantalón. Todos se rieron y yo volví a sonreír. Bob siempre encontraba la forma de hacerme sonreír.

La incomodidad se hizo palpable en la habitación. No teníamos ni idea de cómo estar juntos en circunstancias normales y menos aún en circunstancias tan extrañas como aquellas. No había estado en un mismo espacio con Bob y Dalila desde las últimas Navidades. Incluso entonces solo había hecho una breve aparición. Había fingido que tenía que terminar un proyecto académico durante las vacaciones y solo estuve allí el tiempo suficiente para dejar los regalos. Rara vez hablaba con Bob por teléfono porque él odiaba los teléfonos y, como la última vez que hablé con Dalila me ofendió lo que había dicho de Emily, solo hablaba con ella cada pocas semanas.

Me quedé mirando a Thomas. Estaba demasiado ocupado paseando la mirada de Dalila a Bob para darse cuenta de que yo le miraba a él. Se hacía difícil pensar que hacía poco más de una semana había estado cantando canciones de amor en el coche pensando en él. Ahora me sentía molesta, como si me hubiera engañado para que me enamorara de él para poner en marcha todo este calvario.

–Dalila, ¿cuándo será el funeral de Emily? –pregunté. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Bob le tomó la mano entre las suyas y empezó a acariciársela–. Sé que es difícil, pero es algo de lo que tenemos que hablar.

–No puedes hacerte a la idea de lo duro que está siento todo esto –dijo Dalila con las lágrimas corriéndole por la cara. Los senderos de rímel le llegaban hasta la barbilla.

–Quizá no sea el mejor momento para hablar de eso –dijo Thomas.

–¿Y cuál sería el mejor momento? –repliqué con tono tajante.

–Creo que lo mejor será dejar que primero los médicos hablen de Emily contigo –respondió, cauteloso.

–¿Eso crees? Bueno, yo estoy bastante convencida de que los médicos no saben tanto de Emily como su familia.

Mi tono había pasado de cortante a airado. Le miré fijamente hasta que apartó la vista.

–Piensoo como Thomas –dijo Bob.

–Ni siquiera conoces a Thomas. Acabáis de conocerle. ¿Desde cuándo sois mejores amigos?

–Pero, cielo, pensé que querrías tener a Thomas cerca. Pasas mucho tiempo con él. Es decir, apenas hablas con nosotros. No tenemos ni idea de lo que te pasa. No teníamos ni idea de que estuvieras tan mal. Pensamos que él sabría más que nosotros –dijo Dalila–. Thomas ha sido…

–No pasa nada –intervino Thomas–. Entiendo que esté enfadada. Puedo esperar fuera.

Empezó a levantarse, pero Dalila le puso la mano en la pierna.

–No, cariño, no hace falta que salgas.

Estaba enfadada con él, pero tampoco quería que se fuera.

–Perdona si he sido brusca contigo, Thomas.

Mi irritación con él seguía sorprendiéndome.

–No te preocupes. Lo entiendo.

Se encogió de hombros. Me alegré de que entendiera algo, porque en ese momento yo no entendía nada de lo que estaba pasando.

–Realmente quisiera que habláramos del funeral de Emily.

–Por Dios, Elizabeth, ¿no puedes dejarlo estar? Te lo ruego. Deja ya esta locura –sollozó Dalila.

–No es mi intención hacerte daño. Te lo aseguro. Solo quiero que lo comentemos. No tengo ni idea de los preparativos y quiero asegurarme de que podré ir. Me dejarán salir de aquí antes del entierro, ¿no?

Le estaba haciendo daño, pero teníamos que hablar de ello. Hablar del funeral de Emily hacía que la pérdida fuera real para ella

del mismo modo que ver su dolor ayer había hecho que fuera real para mí. Deseaba mitigar su dolor, pero no podía.

–Lo que tú… lo que tu madre… Yo… –intentó decir Bob. Siempre tartamudeaba cuando se ponía nervioso.

–¡Basta, Bob! –gritó Dalila–. Estoy cansada de esto. Estoy harta. No puedo soportarlo más. ¡No puedo!

Era la primera vez que la oía gritar. No lo hacía nunca, por muy enfadada o frustrada que estuviera. Jamás la había oído levantar la voz. Había tenido muchas ocasiones para perder el control, pero nunca lo hizo. Mis sentimientos amenazaron con aflorar a la superficie, pero me los tragué tan rápido como habían aparecido. Tenía que centrarme.

–Siento haberte hecho sentir mal. De verdad.

Me levanté de la silla y me acerqué a ella. La abracé, acariciándole la espalda, algo que no estaba segura de haber hecho nunca, pero me sentía responsable de haberla angustiado.

–Tal vez si le enseñáramos la tumba –murmuró Bob desde atrás.

Me volví bruscamente, como si me hubieran abofeteado, mirando fijamente a Bob.

–¿Qué has dicho? –le pregunté.

–N… n… nada –balbuceó. La cara se le puso de un rojo brillante–. No he dicho nada.

–Has dicho algo de su tumba. Lo he oído. –La cabeza me daba vueltas–. Dime, ¿qué has dicho?

–Bob, cariño, quizá…

–¿Qué has dicho?

Solté a Dalila y me incorporé para mirar a Bob.

–No es nada. De verdad.

Sus ojos se movían de un lado a otro, entre Dalila y Thomas. Thomas tenía los ojos desmesuradamente abiertos y Dalila se aferraba a la cama como si fuera a desplomarse de no hacerlo. Lo había oído aunque no quisiera repetirlo. Había dicho que debían llevarme a la tumba de Emily. Ya la habían enterrado. La habían metido bajo tierra sin mí. ¿Cómo habían podido hacerlo? ¿Cómo era posible que no me hubieran esperado? Me puse en pie de un salto.

–¡Fuera! Salid. Todos. ¡Ahora mismo! –les grité, señalando la puerta–. La habéis enterrado. ¡La habéis enterrado sin mí! ¿Cómo habéis podido? ¿Por qué lo habéis hecho?

Los tres avanzaron hacia mí con los brazos extendidos con la intención de tocarme. Me aparté de ellos como si fueran zombis y me deslicé bajo el pequeño escritorio, haciéndome un ovillo.

–¡Largo! ¡Fuera! ¡Dejadme en paz!

Empecé a aporrear el suelo de linóleo repetidamente. Ellos seguían intentando tocarme, sujetarme. No se detuvieron. Sus palabras no llegaban hasta mí. Los gritos retumbaban en mi cabeza como esquirlas de cristal.

–Creo que la visita ha terminado –dijo una voz de hombre a lo lejos, como si estuviera al final de un largo túnel.

Apreté las rodillas contra el pecho, rodeándolas con los brazos, y apoyé la cabeza en ellas. Trataron de despedirse de mí, pero les di la espalda. No podía oír sus palabras. Quería que se fueran; me daba igual no volver a verlos. Cuando por fin levanté la cabeza, todo el mundo se había ido, excepto el hombre *hippy*. Estaba de pie, con los brazos cruzados, apoyado en mi cama.

–¿Puedo irme ya a la cama, por favor?

Tenía la voz estrangulada. Me dolía al hablar. Me latía la cabeza.

–Claro. Deja que llame a una auxiliar.

Esperé mientras él pulsaba el botón situado junto a mi cama y una corpulenta mujer afroamericana apareció en mi puerta. Llevaba una bolsa de viaje negra. Era mía, pero no recordaba haberla preparado.

–Hala, ya puedes irte, guapote –le ordenó con una amplia sonrisa en la cara.

Salió de la habitación arrastrando los pies.

–Soy Felicia. ¡Lo mejor que hay en este lugar! –Me entregó la bolsa, dejándola a mis pies–. Has tenido un día muy largo, ¿verdad?

No tenía ganas de hablar. Se me habían acabado las palabras para ese día.

Tenía un enorme nudo en la garganta y el rostro de Emily seguía estallándome en la mente sin que pudiera evitarlo. Su sonrisa. Sus ojos verdes y centelleantes, que se iluminaban y brillaban cuando

estaba feliz. Aquella risa que brotaba de ella, contagiando a todos los que tocaba. Las imágenes me hacían daño.

–No hablas demasiado, ¿no? No pasa nada. Ya hablo yo por las dos. A mí nunca se me acabarán las palabras... Incluso puede que prefieras ponerte a hablar solo para hacerme callar. –Se rio de buena gana–. ¿Vas a quedarte ahí debajo o vas a salir y ponerte el pijama?

Salí gateando de debajo del escritorio. Abrí la cremallera de la bolsa y encontré mi ropa perfectamente doblada en su interior. Dalila debía de habérmela preparado. Saqué una camiseta blanca y mis pantalones de pijama favoritos. Me puse en pie, sujetándolos entre las manos.

–Lo siento, pero por el momento tengo que estar presente mientras te cambias. –Felicia se encogió de hombros–. Pero puedo darme la vuelta. No te voy a espiar. Prometido.

Me quité rápidamente la bata de hospital y me puse el pijama.

–Ya estoy.

Me sentí bien llevando mi propia ropa.

–¡Qué rapidez!

Volvió a darse la vuelta. Me dio una pequeña pastilla rosa y un vasito de papel.

–Toma. Esto te ayudará.

Me tragué la pastilla sin preocuparme de lo que estaba tomando y le devolví el vasito.

–Ahora métete en la cama y descansa un poco. Estaré justo al otro lado de la puerta. Si me necesitas, solo tienes que gritar, ¿vale? –me dijo.

Me arrastré bajo aquellas sábanas blancas de hospital. El colchón crujió bajo el peso de mi cuerpo.

Todo estaba rígido, pero no me importó. Me quedé dormida enseguida, mucho antes de que apagaran las luces de la unidad.

Capítulo 10

La mañana siguiente me despertó Polly inundando mi cuarto de luz fluorescente. Quise taparme la cabeza con las sábanas, pero en su lugar apoyé los pies en el suelo. Cogí mi bolsa de viaje de la silla donde Felicia la había dejado la noche anterior. Dalila lo había empaquetado todo bien. Mis camisetas y vaqueros favoritos estaban allí. Polly no se dio la vuelta mientras me cambiaba como había hecho Felicia la noche anterior, pero no me importó.

–Es la hora del desayuno. Ya te han traído la bandeja. Como anoche te acostaste pronto, no pudiste cumplimentar tu menú para hoy, así que te han preparado el desayuno estándar –dijo Polly mientras entrábamos en la sala de estar–. No te olvides de rellenar el menú esta noche. Todos los pacientes lo hacen la noche anterior.

La comida me daba igual. Me sentía como en trance cuando tomé asiento en la sala. Todos estaban ya sentados, excepto Rose. Me pregunté dónde podía estar, pero entonces recordé que la habían condenado a aislamiento durante las comidas.

Me senté sola en un rincón. No hice contacto visual con nadie. Esa mañana no tenía ningunas ganas de dar conversación. Miré la bandeja que tenía delante: cereales, tortitas, huevos revueltos y tostadas. La sola idea de tener que tragar algo me revolvía el estómago. Me conformé con el café y lo sorbí lentamente, aunque estaba tibio.

Ayer tenía un plan, pero esta mañana no tenía nada. Lo único que me había ayudado a superar el día había sido tratar de salir a tiempo de aquí para que me enterraran con Emily. Ahora no parecía haber motivo para insistir en ello. Si ella ya estaba enterrada, ya no era

posible un funeral conjunto. Me enterrarían sola. Es posible que ni siquiera me pusieran junto a ella. Deseaba volver a meterme en la cama y dormir. Por primera vez entendí por qué Emily se pasaba tanto tiempo durmiendo: era lo más cerca que se podía estar de la muerte sin morir físicamente. Me decía que, aunque no pudiera ser enterrada con ella, la seguiría en breve. Lo repetía una y otra vez mientras me tomaba el café porque temía dejar de funcionar si no lo hacía o incluso ponerme a llorar y no detenerme nunca.

Por un breve instante, el dolor que había visto reflejado en el rostro de Dalila pasó ante mí y comprendí lo terriblemente egoísta que era mi plan. No pude evitar preguntarme si los enfermos terminales se sentían como yo cuando decidían poner fin a sus vidas. Había leído historias sobre personas que sufrían tanto que tomaban la decisión meditada de morir antes que seguir luchando contra su miserable existencia. Hasta ese momento, no había entendido esas historias.

Emily y yo éramos dos partes que formaban un todo y yo no era más que media persona sin ella. Vine al mundo con esta relación ella; nunca había vivido mi vida sola. Ni un solo día. Durante los siete primeros años de mi vida, había pasado cada momento con Emily. Nunca había estado a más de un metro de mí. Era como si nuestras mentes estuvieran cosidas y no hubiera un punto en el que yo acabara y empezara ella. Incluso después de que nos apartaran de nuestra madre y todo el mundo intentara separarnos, fue imposible. Nunca habíamos pasado ni una noche alejadas en nuestros veinte años. Terminábamos las frases de la otra y podíamos predecir lo que iba a hacer antes de que lo hiciera. Había veces en que nos poníamos a cantar la misma canción en el mis mo momento. Podíamos ver a través de los ojos de la otra, sentir lo que la otra sentía y compartir los mismos pensamientos. Podíamos comunicarnos sin hablar. Era como si fuéramos siamesas que no hubieran separado al nacer.

Ahora me sentía como si de repente me hubieran cortado una parte del cuerpo y me había quedado el insoportable dolor fantasma de mi miembro perdido. Quienes perdían una parte de su cuerpo seguían sintiendo un dolor ardiente y palpitante como si aún

estuviera allí, y el vacío que había dejado Emily nunca me abandonaría. A diferencia de aquellos que aprendían a vivir con ese dolor, yo nunca lo conseguiría.

Me terminé el café y renuncié a la idea de comer. Tenía un nudo en la garganta y en el estómago. Desplacé distraídamente los huevos por el plato. Me pregunté cuánto tiempo podría rechazar la comida hasta que empezaran a alimentarme a la fuerza, como hacían con Rose. Esperaba que lo intentaran primero con métodos más amables antes de meterte un tubo por la nariz.

–¿Elizabeth?

La voz del doctor Larson me llamó desde una esquina de la sala.

Alcé la vista. Me hizo un gesto para que le siguiera y me levanté rápidamente, moviéndome en su dirección. Seguí su traje marrón mientras me guiaba por el pasillo y entraba en la misma sala en la que nos habíamos reunido ayer. Me senté en el mismo sitio y él hizo lo mismo.

No malgastó el tiempo en conversaciones banales:

–Así que la visita familiar de ayer no acabó de ir bien, ¿no?

Me encogí de hombros.

–No del todo.

–¿Quieres que hablemos de ello?

No quería hablar de nada. No sabía qué guion debía seguir y me costaba demasiada energía articular las palabras. Me sentía vacía y agotada, pero tenía que decir algo o él seguiría mirándome en silencio hasta que lo hiciera.

–Fue raro. Primero se alteró Dalila y luego me alteré yo. Creo que lo está pasando muy mal por la muerte de Emily y le cuesta hablar conmigo de ello.

–¿Qué más ocurrió?

Hasta el momento no había sacado su cuaderno de notas. No sabía si era una buena o una mala señal.

–Acabé perdiendo bastante los papeles. A Bob se le escapó que ya habían celebrado el funeral de Emily.

–¿Por qué te afectó ese hecho?

«¿No es evidente?», pensé.

–Quería estar presente.

Cambió de tema:

–Elizabeth, ¿por qué crees que estás aquí?

¿Por qué me hacía la misma pregunta una y otra vez? El guion de Rose estaba mal. No funcionaba.

–Porque intenté suicidarme. Encontré a Emily muerta y enloquecí. Pero ahora ya lo veo todo con más claridad. No pienso volver a hacer una estupidez así.

Mis palabras no podían ser más falsas.

–Vamos a empezar con tu tratamiento. El equipo decidió ayer que es hora de empezar con el trabajo.

No entendía a qué se refería y estaba demasiado cansada para hacer nada.

–¿Te has preguntado por qué todo el mundo te hace las mismas preguntas respecto a por qué estás aquí? –Me había leído la mente. Asentí–. ¿Cómo te sientes al respecto?

–Se me hace extraño. Me da la sensación de que me están haciendo un examen.

–No hay respuestas correctas.

Era evidente que las había o no seguirían haciéndome las mismas preguntas.

Puso las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos, inclinándose hacia delante. Sus ojos marrones se encontraron con los míos, pero su mirada era tan intensa que tuve que desviar la mía. Realmente estaba intentando leer todos y cada uno de mis pensamientos.

–Me gustaría que hablemos de Emily. ¿Estás preparada para ello?

No. No quería hablar de Emily y no iba a mantener una conversación sobre ella con un perfecto extraño que nunca la había conocido y no sabía nada de ella.

–Supongo –mentí.

–Muy bien.

Se aclaró la garganta. Cruzó una línea invisible en el escritorio, invadiendo mi espacio. Su aliento apestaba a café rancio y calcetines sucios.

–Quiero empezar diciéndote que esto va a ser muy duro. Sin embargo, es algo que tiene que ocurrir si quieres ponerte bien…

Yo no estaba enferma.

–¿Se te ocurre alguna razón por la que Dalila pudiera haberse alterado tanto ayer por lo de Emily?

Me gustaba más la terapia con Lisa de pequeña. Quería hacer dibujos. Jugar a juegos. A cartas. Lo que fuera. No responder a sus preguntas.

–No quería hablar del funeral. Probablemente porque sabía lo mucho que me afectaría –le dije.

–¿El qué exactamente?

Empecé a retorcerme las manos debajo de la mesa. Estaba empezando a incomodarme. No se podía decir que fuera muy bueno en su trabajo. Me irritaba tener que explicárselo todo hasta el más mínimo detalle.

–Sabía que me molestaría que no se hubieran esperado a que saliera del hospital para celebrar su funeral. Sabía que me enfadaría por no haber podido ir.

Ahí lo tenía. ¿Se lo había masticado lo suficiente?

–Elizabeth, quiero que escuches lo que voy a decirte y que hagas todo lo posible por estar aquí y ahora.

No podía ir a ningún sitio.

–La razón por la que Dalila estaba tan alterada por la conversación de ayer es porque el funeral de Emily ocurrió hace mucho tiempo y tú estuviste presente.

Mi cabeza daba vueltas por la habitación como si estuviera a punto de caer al suelo. ¿De qué me estaba hablando? Tal vez él no fuera realmente mi terapeuta. ¿Y si en el fondo era uno de los pacientes? O tal vez no era más que una manera de poner a prueba mi concepto de la realidad. Sin duda estaba comprobando si podía confundirme.

–¿Has entendido lo que te he dicho?

Habló lentamente, sin dejar de mirarme intensamente.

Estaba loco. Miré hacia la puerta. Estaba cerrada y él tenía la llave. Estaba atrapada en una habitación con un loco.

Siguió hablando:

–Antes te he advertido de que iba a ser duro y complicado… proceso… pequeños pasos…

«¡Cállate! –quise gritar, pero apreté la mandíbula para no hacerlo–. No va a parar. Va a seguir haciéndolo.»

–Todo esto tiene que ser muy confuso para ti. A veces, cuando una persona experimenta un trauma grave, crea un mundo propio para alejarse de lo que realmente está ocurriendo…

Él no tenía ni idea de lo que estaba pasando. No entendía nada.

–El cerebro es una herramienta poderosa. Creo que el trauma de perder a Emily te causó una escisión de la realidad…

¿De qué me estaba hablando? ¿«Escisión»? ¿«Trauma»? ¿Por qué utilizaba esas palabras? ¿Por qué me estaba diciendo eso? Quería taparme los oídos con las manos para ahogar el sonido de su voz resonándome en la cabeza. Sus ojos se clavaban en mí.

«Cierra la boca, gordo asqueroso. Cállate de una vez. No quiero oír lo que tienes que decirme».

–La realidad es que Emily está muerta. Hace dos años que murió y…

Mi cerebro era como un globo. Mi cuerpo era un cordel. El cordel que me unía al suelo. La mano de Emily. Su mano, pero me había soltado y yo estaba flotando. Flotando mientras mi cuerpo colgaba por debajo.

–Desrealización…

Yo seguía flotando.

«¿Puedo atraparla? ¿Está ahí? ¿Hay alguna manera de salir de esta sala?».

–Disociación… extrema… en algunos casos…

El punzante dolor fantasma.

«Siento cómo me voy estirando. ¿Estoy despierta? Esta mañana me he levantado de la cama. Sí, lo he hecho. Me he tomado un café».

Miré al doctor Larson al otro lado de la mesa. Seguía hablando. Sus labios se movían y sus manos gesticulaban. Nunca le había visto mostrar ninguna emoción, pero ahora su rostro estaba cargado de ellas. Estaba segura de que sus palabras tenían sonido, pero ya no llegaban a mis oídos. Mis superpoderes estaban tomando el control. Hacía mucho tiempo que no los utilizaba, desde los amigos

especiales de madre, pero con los años había descubierto que también funcionaban en otras situaciones.

Tomaban el mando automáticamente cuando Emily y yo teníamos que acudir al juzgado. Nos sentábamos en una gran sala vacía bordeada de filas y filas de bancos de madera que hacían que la sala del tribunal pareciera la nave de una iglesia. Nos sentábamos en unas frías sillas de aluminio en una larga mesa en la parte de enfrente, cogidas de la mano, con un desconocido a cada lado. Emily y yo nunca decíamos una palabra a menos que alguien nos lo pidiera. Teníamos mucha práctica en guardar silencio y también sabíamos que no debíamos comportarnos mal en presencia de adultos. La presencia de mamá en la otra mesa, al otro lado del corredor, era un recordatorio constante de lo que podía ocurrir si nos pasábamos de la raya.

La jueza de la sala era antipática y destacaba sobre el resto de nosotros desde su posición en lo alto de un escritorio de caoba en la parte anterior. Le dijo cosas horribles a nuestra madre; llegó incluso a hacerla llorar. Yo nunca la había visto llorar. ¿Practicaba su llanto en el espejo del mismo modo que la había visto practicar su sonrisa? Miraba su rostro preguntándome si las lágrimas eran reales. Si las probara, ¿serían saladas?

Ella siempre se sentaba al otro lado de la sala. Nunca nos miró siquiera. El hombre sentado junto a nosotras desprendía olores extraños. A veces olía a estofado de ternera y Emily y yo nos reíamos de ello cuando estábamos solas en nuestra cama en casa de los Rooth.

En ocasiones, la jueza bajaba la vista desde su enorme escritorio y empezaba a hacernos preguntas a Emily y a mí. Cuando hablaba con nosotras se comportaba como una señora encantadora, incluso sonreía a veces. Parecía sincera, pero nosotras íbamos con cuidado porque habíamos visto lo mala que era y no queríamos hacerla enfadar. Tampoco queríamos decir nada que pudiera enfadar a nuestra madre. Las cicatrices que teníamos en el cuerpo eran un recordatorio constante de lo que ocurriría si lo hacíamos. A veces, cuando la jueza hablaba, dejaba de oír su voz y, al poco tiempo, no

solo desconectaba de ella, sino que ya no oía ninguna de las otras voces que resonaban en la inmensa sala vacía.

Había una pequeña ventana en el lado derecho de la sala. Cruzaba toda la parte superior de la cabeza de nuestra madre. Yo abandonaba mi cuerpo y salía a través de esa ventana. Llegaba hasta el árbol, aquel gran árbol con todas esas enormes hojas verdes. Trepaba por él lo más alto que podía hasta encontrar un sitio en el que quedarme. Un sitio en el que sentarme sin tener miedo a caerme, en el que simplemente quedarme sentada y mirar. Mirando fijamente al sol. Sintiendo la brisa contra el rostro. Arrancando hojas y dejándolas caer. Viéndolas revolotear hasta el suelo.

Volví a subirme a aquel árbol y empecé a coger hojas. Dejé caer una, roja y grande. Cuando tocó el suelo, me sobresalté. Había movimiento a mi alrededor. Otras personas. Rose estaba sentada a mi lado, parloteando sobre algo.

«Ya no estoy en la sala con el doctor Larson. He escapado. Sigo respirando. Puedo oír la voz de Rose. Ha terminado. Gracias a Dios ya ha terminado», me dije.

Me obligué a volver, centrándome en la voz de Rose. A veces, cuando salía de mi cuerpo, era difícil volver a entrar.

–Y ya no me dan más pases. ¿Te lo puedes creer? Una sola cagada, un mal día y te lo quitan todo. Como si no hubiera hecho nada desde que estoy aquí. Odio este sitio.

Asentí con la cabeza en señal de acuerdo.

Estaba encantada de estar libre y de que la reunión hubiera acabado. El doctor Larson se había ido y ya no tenía que oír su voz ni escuchar sus estúpidas palabras ni sus ridículas ideas.

–¿Ya te has entrevistado con el equipo? ¿Te han dicho cuándo puedes irte? –me preguntó

–No. Nadie me ha dicho nada.

Lo único que habían hecho era contarme mentiras. Había oído decir que los psicólogos trasteaban con tu cabeza, pero la única psicóloga que había conocido hasta ahora era Lisa y ella nunca había intentado ningún jueguecito mental. El doctor Larson estaba intentando enredarme, pero ¿por qué? ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Qué sentido tenía eso?

–Este sitio es una casa de locos –dije. De algún modo, sentía que podía confiar en ella. Y necesitaba confiar en alguien–. Estos médicos sí que te joden la cabeza.

Echó la cabeza hacia atrás, riendo.

–Y que lo digas. Entiendo perfectamente cómo te sientes. La primera vez que estás aquí es la peor. Una no tiene ni idea de cómo jugar a sus estúpidos juegos. Se tarda un poco, pero al final aprendes. Al menos has podido saltarte la sesión de grupo de esta mañana.

–¿Teníamos sesión esta mañana?

–Sí. No te has perdido nada emocionante. No ha sido como ayer… –Volvió a reírse–. Si te digo la verdad, me encanta cuando la cosa se desmadra. Me entretiene.

«Emily…».

Me detuve.

¿Por qué me había dicho el doctor Larson que Emily llevaba muerta dos años? Era imposible que fuera cierto. Yo no estaba loca; tendría que estarlo para creer que Emily estaba viva si estaba muerta.

¿Cómo podía haber estado viviendo con ella dos años si estaba muerta? Había estrechado su cuerpo todas las noches. Había oído los latidos de su corazón cuando la sostenía entre mis brazos y había sentido su cálido aliento en el cuello. El doctor no podía estar diciendo la verdad. Otras personas también la habían visto y habían hablado con ella, como el hombre de la gasolinera, quien siempre le ofrecía un Marlboro Red cuando ella cruzaba la puerta. Nuestros vecinos también la conocían y habían hablado con ella las veces que salía a coger el correo, sobre todo la señora Jasberson. Incluso los camareros de la cafetería que había al final de la calle de nuestro apartamento se relacionaban con ella con frecuencia. Aquel era el único lugar al que iba sin mí, incluso en los momentos en los que se encontraba peor. Me preguntaban por ella cuando no venía conmigo y sabían perfectamente lo que solía pedir, del mismo modo que sabían lo que solía pedir yo: un café con leche desnatada y vainilla grande.

Era imposible que todos hubieran estado fingiendo que seguía existiendo. Bob y Dalila eran dos de las personas más cuerdas que conocía y habían hablado con ella por teléfono infinidad de veces, incluso si ella se negaba a verlos.

La historia de que Emily llevaba muerta dos años era absurda. Tenía que estar pasando otra cosa, y estaba dispuesta a averiguar qué era.

Capítulo 11

Pasé la tarde sentada en el sofá, mi rinconcito habitual en la sala de estar, esperando la reunión con el equipo. Nos reuníamos con ellos una vez al día y aún no me había llegado el turno.

Todo el mundo tenía su especio concreto en la sala de estar. Rose se sentaba siempre a mi derecha, normalmente con la cabeza hundida en una revista. Estaba obsesionada con ellas. Le daba igual si eran nuevas o no, las hojeaba una y otra vez hasta desgastar las páginas. Arlene y el hombre que todavía no había dicho una sola palabra ocupaban las dos mecedoras de madera. Se llamaba Matt, pero nadie sabía nada más de él. Rick y Darin conversaban con sus respectivos amigos imaginarios en el otro sofá frente a Rose y a mí. Yo apenas era consciente de su incesante parloteo. Shelly, Tobi y Denise no se movían de su mesa a menos que apareciera un enfermero o un médico guapo en la estación de enfermeras. Cuando eso ocurría, una de ellas siempre se acercaba al mostrador como si se tratara de un bar y coqueteaba con él descaradamente, a pesar de que todas estaban casadas. Doris era la única que no se sentaba. Deambulaba sin descanso y caminaba varios kilómetros al día sin salir nunca al exterior.

Me quedé mirando el reloj que colgaba sobre el televisor que nadie encendía nunca. Los minutos pasaban. Estaba muy nerviosa. Ayer a estas horas ya había hablado con el equipo. Rose me había dicho que no había un horario fijo; nunca sabías a qué hora te iba a tocar ni cuándo iban a venir a buscarte. Miraba cómo el minutero daba vueltas alrededor del reloj de marco negro.

No me parecía bien que el equipo no se ajustara a un horario. No deberían tratarnos así: tener que quedarnos ahí sentados, preguntándonos cuándo nos tocaría. Estaba temblando. El corazón me latía con fuerza y la sensación de presión en el pecho había vuelto. Me sudaban las manos y tenía la garganta seca. Sin embargo, no bebía agua porque, si lo hacía, vomitaría.

¿Qué pasaría en la reunión? ¿Sería como con el doctor Larson? ¿Me dirían lo mismo que me había dicho él? ¿Era así como funcionaba todo esto, un grupo de personas contándote cosas sobre tu vida que no eran ciertas para comprobar tu estabilidad mental? ¿Era así como podían saber si eras como Rick o Darin?

Me fijé en ellos. Mi mirada iba de ellos al reloj y de nuevo a sus bufonadas. Al igual que ayer, estaban enzarzados en una conversación infinita. A veces hablaban en voz baja y otras gritaban, siempre gesticulando airadamente y señalando con el dedo. ¿Con quién hablaba? ¿Y de qué? ¿Les respondían las voces? ¿Habían sido los médicos los que los habían hecho ser así? ¿Y esas voces habían aparecido por culpa de los médicos? ¿Era eso lo que ocurría cuando los médicos le metían mano al cableado de tu cerebro y empezaban a toquetearlo todo? ¿Era eso lo que me iba a pasar a mí?

La bilis me subió a la garganta.

–¡Voy a vomitar!

Me levanté de un salto. La brusquedad de mis movimientos hizo que la bilis se agitara de nuevo y se abriera paso hasta mi boca, llenándola de un fluido de horrible sabor. Me tapé la boca con la mano. El estómago volvió a subirme a la boca, obligando a lo que ya había en ella a salir disparado como un aspersor a través de los dedos.

Rose se levantó de un salto.

–¡Polly! ¡Está vomitando!

–¡Llévala al baño!

Polly saltó de la silla, me cogió de la mano y tiró de mí por el pasillo. Abrió la puerta del baño de un empujón y yo me precipité hacia el retrete que quedaba delante. Vacié lo que me quedaba en la boca en la taza del váter. Rose se arrodilló a mi lado, acariciándome la espalda con la mano en pequeños círculos. Las náuseas me

sacudieron el cuerpo una y otra vez. Me salieron mocos y agua por la nariz y la boca hasta que no quedó nada; sin embargo, el estómago no cesaba de agitarse. Sentía un martilleo en la cabeza que no se asemejaba a ningún otro dolor que hubiera tenido nunca.

–Todo está bien… Vas a estar bien…

Rose no se había apartado de mi lado.

Cogió una toalla, la mojó en el fregadero y me la presionó en la frente. La sensación de frío ayudó a que se me asentara el estómago. Volvió a levantarse y esta vez volvió con un vaso –hecho de espuma de poliestireno– lleno de agua. Me lo entregó.

–Toma. Enjuágate la boca. No te bebas el agua, solo enjuágate. No creo que sea una buena idea que tragues nada ahora mismo.

Lo cogí con las manos aún temblorosas. Seguía sintiendo náuseas, pero ya no vomitaba. No supe cuánto tiempo estuvimos sentadas las dos junto al retrete, pero sentía los párpados pesados y me ardían los ojos. Tenía la garganta irritada.

–Polly, ¿por qué no la llevas a la cama? –preguntó Rose.

Me había olvidado de Polly, mi omnipresente sombra.

–No. Ya sabes que a los pacientes no se les permite estar en su habitación durante el día –dijo desde algún lugar detrás de nosotras.

–Sí, excepto cuando alguien enferma. Y estoy bastante segura de que está enferma. Venga ya, Polly, no seas tan cabrona.

Ella se echó a reír.

–¿Has pensado alguna vez en trabajar aquí?

–Dios santo, creo que debería planteármelo. Sin duda paso suficiente tiempo aquí dentro –respondió Rose con una risita.

–¿Crees que puedes levantarte? –me preguntó Polly.

Rose me agarró de las manos y tiró de mí para ponerme en pie.

–Ven, deja que te ayude.

Me sentía tambaleante. Puso el brazo alrededor de mi cintura. Me sorprendió lo pequeño que era su cuerpo. Me sostenía contra sus huesos, pero de algún modo juntas me mantuvieron en pie. Salimos del cuarto de baño y pasamos por delante de varias habitaciones hasta llegar a la mía.

–Tienes que hacer algo con esta habitación –dijo Rose, pero rápidamente añadió–: Solo si al final tienes que quedarte. Pero estoy

segura de que eso no pasará… así que no hace falta que nos preocupemos ahora. Olvídalo.

Quise sonreír, pero mis labios estaban bloqueados en una línea recta. Me metí en la cama y se oyeron los mismos crujidos que la noche anterior. No me importó llevar los vaqueros puestos. Solo quería cerrar los ojos. Descansar.

–Estaré justo al otro lado de la puerta. Te dejaré dormir durante una hora, ¿de acuerdo? Vendré a ver cómo te encuentras después.

Yo oía la voz de Polly desde el otro lado de mis párpados.

–Y ya sabes dónde estoy yo. No voy a irme a ningún sitio –añadió Rose.

Me concentré en la oscuridad de mis párpados y en nada más. No permití que ningún pensamiento entrara en mi cabeza. Los desterraba en cuanto trataban de infiltrarse. El sueño llegó con fuerza y con él las visiones de mi última noche con Emily. La misma escena una y otra vez, como un disco en bucle, reproduciendo los momentos anteriores a que la encontrara en el cuarto de baño.

Recorría el pasillo una y otra vez. Cada vez que ponía la mano en el pomo para abrir la puerta, me veía empujada de vuelta al principio del pasillo y tenía que rehacer el camino. Cada vez estaba más desesperada por llegar. Por abrir la puerta y verla. Pero siempre ocurría lo mismo: no llegaba a abrir la puerta ni a ver a Emily.

Me desperté bruscamente, sintiéndome completamente alerta al instante. Vi a Polly sentada en una silla ante la puerta de mi habitación, tecleando en su teléfono.

Levantó la vista al percibir mi movimiento y se metió el teléfono en el bolsillo. Yo yacía en silencio sobre la cama. Me sentía vacía y hueca, como si me hubieran sacado las entrañas y las hubieran desechado.

–¿Te encuentras mejor?

–Sí –mentí.

No sabía cómo me sentía. Era una extraña en mi propia piel.

–Estaba a punto de despertarte. –Dobló la esquina de una página del libro que tenía sobre el regazo–. Siento que hayas tenido una mañana tan difícil. Todo esto tiene que estar siendo muy duro para ti. ¿Te ayudaría un abrazo?

Sacudí la cabeza.

–¿Quieres hablar de ello?

Volví a sacudir la cabeza.

–Vamos, entonces. Volvamos a la sala de estar con los demás.

La seguí hasta la sala. Mis ojos buscaron a Rose y me sorprendió ver que Shelly, Tobi y Denise habían movido las sillas de la mesa y las habían levantado para formar un semicírculo frente a ella en el sofá. Shelly tenía una manga remangada, dejando el brazo al descubierto. Todas se lo estaban mirando. No pude evitar mirar mientras me sentaba junto a Rose. Su brazo me recordó a Emily: estaba cubierto de las mismas cicatrices demenciales, como si se lo hubiera destrozado algún tipo de máquina.

–Esto es de la última vez antes de entrar en el hospital –explicó Shelly, señalando una parte de su brazo, pero no pude distinguir entre los cortes que señalaba y el resto.

–Eso no es nada –dijo Tobi mientras se subía la pernera del pantalón y dejaba al descubierto los agujeros de su piel. Algunos eran pequeños, pero otros del tamaño de una moneda.

–Así que te quemas, ¿no? –preguntó Rose–. Nunca he llegado a entender lo de quemarse. Lo de cortarse lo pillo, porque puedes obligarte a hacerlo y quedarte quieta, pero ¿cómo te quedas quieta mientras te estás quemando? ¿No te apartas por instinto cuando sientes el calor en la piel?

–No. Es todo mental. Eso es lo bonito.

Los ojos de Tobi se llenaron de orgullo. Había visto esa mirada también en los ojos de Emily.

–Tienes que ir en contra de la reacción natural de tu cuerpo. Es muy potente. Es una sensación maravillosa.

Shelly se volvió hacia mí.

–¿Y qué hay de ti? ¿Te cortas?

Sacudí la cabeza.

–Ah, ¿y qué es lo tuyo? –me preguntó Shelly con cara de sorpresa.

–¿Qué quieres decir?

La miré sin comprender.

–Estábamos hablando del grupo de autolesión –explicó Tobi–. Hemos oído que te vas a unir a nosotras, así que tienes que hacerte

algo para entrar.

–Estoy bastante segura de que no se referían a mí. No estoy en ningún grupo especial.

Las dos se miraron, luego a mí y finalmente sonrieron como si compartieran un secreto. Miré a Rose en busca de algún tipo de explicación o ayuda. Se encogió de hombros.

–Tobi, ¿qué es lo más hondo que has llegado?

–Yo…

–Señoritas, creo que es hora de que cambiemos de tema –interrumpió Polly.

A veces me olvidaba de que estaba allí.

–Lo que tú digas –respondió Shelly sacándole la lengua.

–¿Queréis jugar a las picas? –preguntó Denise.

–Claro –dijo Rose–. Elizabeth puede ser mi pareja.

–No sé jugar.

–Yo te enseño –me dijo.

Nos trasladamos a la mesa. Me explicaron en qué consistía el juego y se turnaron para enseñarme las reglas. Agradecí la distracción. Jugamos una ronda de prueba una vez estuvieron convencidas de que sabía lo que hacía. Se reían de mis errores y bromeaban entre ellas sobre sus maridos y las otras veces que habían estado en el hospital. Parecía que se reían de verdad, pero yo no podía entender cómo podían ser felices allí. Por la cantidad de heridas que tenían en el cuerpo, sabía que en su interior habitaba un dolor inmenso. ¿Cómo habían acabado en esta tierra extraña y quiénes eran antes de entrar?

Jugamos hasta que llegó la hora de la merienda. Un trabajador de la cafetería del hospital apareció con un carro lleno de bandejas a la vez que otro hombre llamó a Rose para que le acompañara.

–Mi momento favorito del día –dijo, levantándose de la mesa–. Nos vemos después de que haya engordado otros dos kilos.

–Es increíble lo delgada que está y que ella se vea gorda –susurró Shelly–. Las chicas con TCA son tan extrañas…

–¿«TCA»? –pregunté.

–Ah, claro. Perdona, olvidaba que es tu primera vez aquí. –Shelly se rio–. «Trastorno de la conducta alimentaria». Todas las chicas con

TCA que he conocido son unos bichos raros. Incluso me dan un poco de miedo.

Yo no compartía esa opinión. Rose me parecía la persona más normal de la planta.

–Bueno, ¿y qué hay de ti? –preguntó Shelly.

La pregunta me pilló por sorpresa. Me ruboricé.

–Yo… eh… supongo que simplemente… estoy aquí.

–Simplemente estás aquí –repitió Tobi, poniendo los ojos en blanco como si le hubiera faltado al respeto–. No meten a nadie aquí porque sí. Tienes que estar bastante jodida. Si no, te meten en alguna de las otras unidades.

Parecía orgullosa.

–¿Me trajeron del hospital?

Sonó como si estuviera pidiendo permiso para algo. Shelly y Tobi intercambiaron otra mirada.

–Ya nos enteraremos de tu historia, señorita reservada –dijo Shelly–. Sabemos todo lo que pasa aquí.

Shelly debía de rondar los cuarenta años, pero me recordaba a las chicas malas del instituto, aquellas a las que les gustaba meterse con Emily por suspender Matemáticas o por liarse con chicos a los que apenas conocía. Como el día anterior, Shelly se había peinado y maquillado como si fuera a ir a la discoteca. Sus largas pestañas eran evidentemente postizas y tenía el pintalabios pegado a los dientes. Tobi estaba sentada a su lado. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes y el nombre de su marido estampado en el pecho. A diferencia de Shelly, que tenía el pelo corto y rubio, Tobi lo tenía largo y oscuro. Se lo echaba hacia atrás por encima de los hombros y se lo retorcía constantemente. Iba peinada y maquillada igual que Shelly y, aunque hacía bastante frío, llevaba una camiseta escotada de tirantes. Denise era la más callada de las tres. También iba arreglada, pero no de forma tan espectacular. Las tres parecían estar compitiendo, pero no podía imaginarme en qué consistía el premio. Las observé mientras mojaban sus galletas en la leche. Yo no era capaz; aún tenía el estómago demasiado débil.

–No tienes por qué sentarte ahí si no vas a comer –dijo Shelly como si yo estuviera haciendo algo mal.

Hacía un momento estábamos riéndonos y pasándolo bien jugando a las cartas, pero ahora me miraba como si no me soportara y yo no tenía ni idea de qué había hecho para ofenderla.

Me levanté y regresé al sofá. Rose aún no había vuelto. Matt era el único que tampoco estaba comiendo. Aún no le había visto probar bocado, pero, a diferencia de lo que pasaba con Rose, a nadie parecía importarle. Se limitaba a mirar por la ventana como una estatua. Su cara era una pizarra en blanco. ¿Hablaba alguna vez? ¿Era eso lo que me iba a pasar si me quedaba aquí? ¿Acabaría haciéndole compañía junto a la ventana? La idea de ser como él me parecía menos aterradora que acabar como Rick y Darin. Ellos estaban completamente atormentados y al límite en todo momento, pero a Matt no le afectaba en absoluto su entorno. Tal vez Matt había abandonado permanentemente su cuerpo. ¿También tenía la mente vacía?

Rose se dejó caer a mi lado.

–¿Me has echado de menos?

–Sí.

Me sentía más cómoda cuando ella estaba cerca. Era una sensación nueva, porque la única amiga que había tenido hasta el momento había sido Emily.

–Siento que hayas tenido que comer con esas tres –susurró, señalando la mesa donde Shelly y su cuadrilla seguían comiendo galletas–. Están como una cabra. –Se rio–. Ya me entiendes. Todos estamos locos aquí, pero cada uno con su propia versión. Algo así como «elige tu propia aventura».

–Shelly es muy rara. Me hace sentir muy incómoda –le devolví el susurro–, no me fío de ella en absoluto. No entiendo cómo les cae tan bien a Tobi y a Denise. Nunca se separan.

–Yo tampoco lo entiendo. Se mete en tu vida a la que le das la oportunidad. Llegó aquí antes que ellas y no habló con nadie durante mucho tiempo. Lo único que hacía era lamentarse y amenazar con suicidarse. Era un drama con patas. Se tiraba por los suelos sollozando histéricamente y gritando que se iba a cortar hasta que el personal llegaba corriendo. Entonces un día llegó Tobi y se calmó totalmente. Desde entonces son mejores amigas. Creo que

Denise solo se junta con ellas porque quiere tener amigas, pero se nota que a veces Shelly le hace pasar vergüenza. –Se inclinó aún más–. Creo que Shelly y Tobi están liadas. Una vez las pillé besándose… Y ambas están casadas.

–Rose, ya está bien –la voz de Polly la interrumpió.

¿Qué más daba si Rose hablaba de ellas?

–No lo estoy haciendo –se quejó Rose.

–Te he estado observando desde que te has sentado. Sabes que no te está permitido.

Miré por encima del hombro a Polly y de nuevo a Rose. Cruzó las manos sobre el regazo y frunció el ceño.

–Bueno, vale –dijo Rose.

Estuvimos sentadas en silencio durante unos minutos, salvo por los ocasionales suspiros exagerados de Rose.

–No se me permite moverme después de comer. Creen que hago ejercicio moviendo las piernas o algo así –me explicó–. Es otra de mis normas

Tenía las manos cruzadas sobre las pantorrillas. Cada pocos segundos, una de sus piernas sufría un espasmo y luego se detenía. Parecía que estuviera sufriendo y que le dolía si no se movía.

–¿Alguna vez haces ejercicio?

–No. Nunca.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Quería darle permiso para saltar y correr por la habitación. El ejercicio no podía ser tan malo para ella. La dejaría dar algunas vueltas de vez en cuando para que se desahogara.

Le acaricié la espalda, sintiendo sus huesos afilados y puntiagudos bajo la mano.

–Bueno, ¿y a ti qué tal te va? –me preguntó.

–Yo… –Me detuve antes de soltar alguna mentira–. No lo sé…

Esa era la primera cosa sincera que había dicho sobre cómo me sentía desde que me había despertado en el hospital. Me hizo sentir bien, porque odiaba mentir, no lo soportaba. Después de ver a mi madre mentir más de lo que jamás llegó a decir la verdad, me había prometido que yo nunca lo haría. Prefería no decir nada antes que decir algo que no fuera cierto.

–Te entiendo… Es duro estar aquí. Pero al menos ya no estás vomitando. Si yo vomitara, me pondrían aún más restricciones.

–Ah, ¿tú no vomitas? Pensaba que todo el mundo con un trastorno alimentario vomitaba.

–No. Pero tal vez debería empezar –respondió–. ¿Me has oído, Polly? Le decía que voy a empezar a vomitar.

Me quedé asombrada ante la capacidad de Rose para hacer bromas todo el tiempo. Se había adaptado tan bien a estar aquí que no podía ni imaginarme cómo lo hacía. ¿Se habría sentido como yo la primera vez que llegó? ¿La sometieron los médicos a las mismas pruebas mentales a las que me sometían a mí? ¿Las pasó? ¿Había pasado la mía esta mañana? ¿Iba yo a tener alguna vez una idea de cuáles eran las respuestas correctas?

Apareció Mark, el chico que había guiado la sesión de grupo de ayer, y todos se pusieron de pie para agolparse a su alrededor. Recorrimos el pasillo del mismo modo que lo habíamos hecho el día anterior. Tomamos asiento y me sentí más preparada para el extraño ritual que estaba a punto de repetirse. Empezó poco después de instalarnos, con los ojos de todo el mundo puestos en Mark como si fuera una especie de dios al que había que venerar, aunque yo no estaba segura de qué había hecho para ganarse semejante estatus.

–Empecemos con las presentaciones.

Repitió la misma estructura. Uno tras otro, nos llegó el turno. Todos fueron repitiendo sus nombres, seguido de una lista de enfermedades mentales, y luego concretaban cuántos días llevaban en el hospital. Cuando me tocó, seguí el mismo esquema de la vez anterior. Confié en que me dejaran en paz como el día anterior, pero, en su lugar, la atención se mantuvo en mí.

–Trataste de suicidarte, ¿verdad? –dijo Shelly, mirándome desde el otro lado de la habitación.

Se la veía aún más enfadada que antes. No entendía cómo había conseguido enojarla de nuevo sin saberlo.

–¿Significa eso que tienes depresión?

Sacudí la cabeza.

–¿Eres alcohólica?

Volví a sacudir la cabeza.

–¿Cuál es tu problema, entonces?

Sus ojos se entrecerraron hasta no ser más que pequeñas ranuras y sus labios se apretaron para lanzar un desafío silencioso.

Me encogí de hombros.

–Creo que no sé a qué te refieres.

Shelly levantó los brazos y se volvió para mirar a Denise, quien asintió con la cabeza.

–Esta tía me saca de quicio.

Mark intervino:

–Shelly, ese lenguaje.

Le hizo un gesto con la cabeza, como dándole permiso para continuar. Yo no acababa de entender por qué se lo permitía.

–¿Sabes al menos dónde estás? –me preguntó ella.

Asentí.

–Sí, lo sé.

Confié en que mi respuesta fuera lo suficientemente satisfactoria como para que centrara su atención en otra persona.

–Estás en un psiquiátrico. Y no precisamente uno de esos de «Pobre de mí, me he pasado con las pastillas porque mi novio ha roto conmigo». Estamos hablando de estar a un paso del hospital estatal. Ahí es donde estás. Y, como ya te he dicho antes, uno no acaba aquí por accidente.

¿Había distintos tipos de pabellones psiquiátricos? ¿Quién sabe ese tipo de cosas? ¿Y por qué le importaba tanto? Quería preguntárselo, pero no quería enfadarla más porque tenía miedo.

–Déjala en paz –se inmiscuyó Rose.

–Déjala en paz –la imitó Shelly como si fuera una niña de cinco años.

Sus amigas, apostadas a su lado, soltaron una risotada. Hacía escasos minutos habíamos estado jugando juntas a las cartas, pero ahora Shelly me miraba como si quisiera arrancarme los ojos.

–Mira, en realidad no tiene ni idea de por qué está aquí ni de lo que está pasando –dijo Rose.

¿Era eso cierto? ¿Debería sentirme insultada?

La cara de Shelly se relajó y su expresión se transformó en curiosidad.

–¿Rollo psicótica? ¿Quieres decir que se le va la cabeza? No tiene pinta de estar tarada…

–Voy a tener que volver a pedirte que cuides tu lenguaje –interrumpió Mark por segunda vez.

–¿Estaba siendo malhablada?

–Más o menos –contestó Rose, volviéndose para mirarme con tono de disculpa.

–Oh…

Shelly se relajó en la silla, como si al fin se hubiera quedado satisfecha.

Una parte de mí pensó que debería ofenderme porque Rose se había referido a mí como si no estuviese bien, lo que nunca es plato de buen gusto, independientemente de dónde te encuentres. Pero por alguna razón no me ofendí. Solo me alegraba de que aquel momento hubiera pasado y la atención ya no estuviera puesta en mí.

Capítulo 12

Cuando salimos de la sesión de grupo, el doctor Larson me estaba esperando en el pasillo.

–¿Cómo ha ido el grupo?

–Ha estado bien –le respondí.

Me habían dejado en paz tras el momento de obsesión inicial de Shelly. El foco de atención se había desplazado hacia Tobi, que se había pasado la mayor parte de la hora llorando y hablando de cómo su marido la maltrataba verbalmente y de su frustración por no poder dejarle a pesar de todo. Lo achacó al hecho de que su padrastro le pegara cuando era niña: empezó a golpearla con una pala de madera cuando tenía tres años y a violarla cuando tenía nueve. A los catorce la dejó embarazada y su madre la obligó a abortar. Al parecer, se casó con su marido a los diecisiete años para poder irse de casa. Me sorprendió que pudiera hablar de sus vivencias tan abiertamente con gente a la que apenas conocía.

–Perfecto –respondió, como si eso le hiciera feliz–. El equipo te está esperando.

Por un momento, pensé que empezaría a vomitar de nuevo, pero logré controlarlo. El doctor Larson avanzó por el pasillo y yo le seguí. No era una invitación, ni siquiera una petición, porque, aunque nadie me lo hubiera tenido que decir explícitamente, tenía claro que nada era opcional en aquel lugar. Me había bastado un día para entender que debía seguir al líder en todo momento y hacer lo que se me pidiera.

Cuando llegamos a la puerta, me sentía mareada y aturdida, como si hubiera corrido cincuenta metros para llegar allí. El corazón me

latía cada vez más rápido.

El equipo estaba dispuesto de la misma manera que el día anterior. Parecía que todos se habían sentado en el mismo sitio, pero no podía estar segura. No recordaba ninguno de sus nombres. Me senté y todas las miradas se clavaron en mí.

Tenía que estar atenta. Mantener la concentración.

El doctor Larson no tardó en empezar:

–Sabemos que has tenido una mañana bastante dura. Todos nos preguntamos cómo has digerido lo que hemos hablado en nuestra sesión individual de esta mañana.

Hubo una larga pausa.

–Queremos saber cómo te sientes –insistió.

–Eh… yo… Lo siento. No me había dado cuenta de que era una pregunta. Supongo que… estoy bien.

–¿Sí? –dijo la mujer que estaba a mi derecha, enarcando las cejas.

Eché un vistazo a la placa con su nombre: KAREN HEIMER, DOCTORA EN FILOSOFÍA. Llevaba el pelo recogido en la misma coleta apretada de ayer.

–Eso creo. Me he sentido mejor después de acostarme un rato.

¿Qué se suponía que tenía que decir?

–Quizá podrías hablarnos un poco sobre tu sesión de hoy –añadió la doctora Heimer.

En esta ocasión, tenía claro que me estaba haciendo una pregunta y que tenía que responder.

«Piensa, Elizabeth. Piensa».

–Hemos estado hablando de Emily –le respondí.

Hubo otra larga y prolongada pausa y varios intercambios de miradas, Algunos garabatearon en sus cuadernos y el resto siguió mirándome fijamente a la cara. El reloj de la pared marcaba su tictac. Los bolígrafos rascaban los papeles.

La doctora Heimer rompió el silencio:

–Cuéntanos más.

Me aclaré la garganta:

–Creo que el doctor Larson trataba de saber si estoy loca o no. Creo que quería comprobar si soy capaz de distinguir la realidad.

La doctora Heimer miró a su compañero y, después, se volvió hacia mí.

–¿Y cómo lo ha hecho?

Aparté la mirada de sus ojos penetrantes y la fijé en la mesa de mármol negro que tenía delante.

–Me ha dicho que Emily lleva muerta dos años.

La cabeza empezó a darme vueltas, a desconectarse. Pero hice todo lo posible para que se quedara conmigo.

–¿Por qué crees que ha podido decirte algo así? –preguntó ella.

No me gustaban ni ella ni sus preguntas. Quería que me dejara en paz. ¿Por qué no le pasaba la palabra a otra persona?

Me obligué a responder:

–Como he dicho, creo que quería saber si estaba loca.

–¿Crees que decir que Emily lleva muerta dos años es una prueba para ver si estás loca?

Pronto terminaría todo.

–Si podía convencerme de algo tan ridículo como que Emily lleva dos años muerta, significaría que yo no soy capaz de entender lo que está pasando ni de diferenciar la realidad de la fantasía. Básicamente, me ha puesto a prueba para ver si soy psicótica, como algunos de los que están aquí.

Estaba orgullosa de mí misma. Era una gran respuesta; nadie podía rebatirla.

–Elizabeth, quiero que me escuches atentamente –la doctora Heimer hablaba despacio, articulando perfectamente cada sílaba, como si yo tuviera dificultades para oír–. El doctor Larson no pretendía ponerte a prueba ni engañarte. Lo que te ha dicho es verdad: Emily falleció hace dos años.

La odiaba. Quería abalanzarme por encima de la mesa, coger un bolígrafo y clavárselo.

–¿Has entendido lo que te he dicho? –dijo, sin apartar la mirada–. Emily murió hace dos años.

–¡Basta ya! –grité, levantándome de un salto de la silla–. Estás haciendo lo mismo. Estáis todos en el ajo. ¿Qué clase de monstruos sois? ¿Cómo podéis jugar con la cabeza de las personas de esta manera? ¿Por qué me estáis haciendo esto?

–No pretendemos hacerte daño –dijo otra voz–. Intentamos ayudarte. Nadie te está mintiendo ni está tratando de engañarte. Tu hermana lleva muerta mucho tiempo.

–¡Cállate! –exclamé. Necesitaba que se callara.

Me abalancé sobre la doctora Heimer.

Vi cómo la saliva me salía de la boca y cómo me temblaban los puños mientras acercaba la mano a su garganta para intentar estrangularla. La habitación a mi alrededor cobró vida. Los médicos de la sala se precipitaron sobre mí para sujetarme, pero yo también les gritaba a ellos. Les arañaba como si fuera un animal salvaje que acabara de liberarse de su cautiverio. Uno de ellos pulsó un botón de la pared y tres hombres corpulentos entraron corriendo en la habitación. Me apartaron de ella, tratando de inmovilizarme mientras yo seguía agitando brazos y piernas. Mis gritos habían dejado de ser comprensibles.

Me arrastraron hasta mi habitación. Vi cómo me clavaban una aguja en el brazo y entonces me relajé. Mientras la oscuridad me envolvía, los gritos se apagaron.

Abrí los ojos de golpe.

«Tengo que salir de aquí», pensé.

Intenté incorporarme, pero me vi impulsada bruscamente de nuevo hacia la cama. Luché contra mí misma. Podía moverme, pero no desplazarme. Miré a la derecha y luego a la izquierda. Una correa atada a mis muñecas y sujeta a la barandilla de la cama impedía que pudiera mover los brazos. No alcanzaba a verme las piernas completamente, pero estaba segura de que también estaban atadas porque tampoco podía moverlas.

Gemí y, al instante, Polly apareció junto a mi cama.

–¿Cómo te encuentras? –me preguntó.

No quise a responder.

–Te han puesto correas por si seguías forcejeando cuando te despertaras –me dijo–. Puedo quitártelas, pero te las volverán a poner si no te comportas.

Nunca en mi vida me había metido en ningún tipo de lío. Nunca. Siempre había seguido las normas, por lo que asentí, dándole a

entender que me portaría bien. Me soltó primero los brazos y me incorporé mientras me desabrochaba las correas de los tobillos.

–Te has perdido la cena, pero te he guardado un plato. ¿Lo quieres?

Sacudí la cabeza.

–Solo faltan un par de minutos antes de que lleguen tus visitas, así que podemos esperar aquí y…

–No quiero ver a nadie.

–¿Estás segura? Deberías sentirte afortunada de tener gente que quiera venir a verte…

–Nada de visitas.

No tenía ningunas ganas de ver a los Rooth ni a Thomas. La única cosa más horrible que verlos ahora mismo sería volver a reunirme con el equipo. No quería ver ni hablar con nadie.

–De acuerdo, pues. Como quieras. Nos quedaremos en la sala de estar con los demás.

Me sonrió como si fuéramos amigas.

Shelly y su cuadrilla estaban en su sitio habitual jugando a las cartas. Se detuvieron a mirarme cuando entré en la sala e intercambiaron miradas. Busqué a Rose en la habitación, quien me miró como si me hubiera estado esperando. Me senté a su lado en el sofá.

Me sonrió cuando la miré a los ojos.

–Ahora ya eres una de nosotros.

No entendía nada de lo que había pasado con los médicos, pero sí que comprendía una cosa: Rose tenía razón. Era una de ellos. No sabía cuándo me había convertido en uno de ellos o si siempre lo había sido, pero no había duda de que ahora lo era. Había sido iniciada en esta extraña sociedad.

Rose no me preguntó por qué había perdido el control, sino que empezó a parlotear sobre famosos y maquillaje. Agradecí no tener que ver a los Rooth ni a Thomas porque estaba demasiado agotada para soportar una nueva batalla emocional. Estaba más cansada de lo que lo había estado nunca. Me sentía como si pudiera dormir durante días.

Al final, me quedé dormida en el sofá escuchando hablar a Rose hasta que nos permitieron volver a nuestras habitaciones para dormir.

La mañana llegó demasiado pronto. Quería quedarme tumbada en la cama en un estado de absoluto vacío. Y entonces recordé que era mi tercer día.

Mis setenta y dos horas estaban a punto de acabarse y todo este calvario iba a terminar pronto. Lo había conseguido. Rose tenía razón cuando dijo que serían los tres días más largos de mi vida; me sentía como si hubieran pasado semanas. Había sido como estar inmersa en una guerra psicológica que por fin estaba a punto de terminar. Pronto no tendría que volver a pensar en ninguna de sus preguntas ni en sus tortuosos trucos mentales.

Había recuperado el entusiasmo por salir de la cama, así que fui una de las primeras en llegar a la sala de estar. Salvo por Matt y Arlene, estaba vacía. Cogí mi café de la bandeja del desayuno y decidí sentarme cerca de Matt, pues sabía que no me molestaría. Pero el doctor Larson me llamó antes de que pudiera terminar de comer.

Ocupamos nuestros lugares habituales en su despacho.

–¿Cómo te sientes esta mañana?

Estaba harta de que todo el mundo me preguntara cómo me encontraba. ¿Tenían que repetirse cada día las mismas cosas?

–Cansada.

–Imagino... –Cruzó las manos sobre el escritorio–. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

No quería hablar ni responder a ninguna de sus preguntas. No sabía cómo me sentía y no me interesaba en absoluto averiguarlo. Quería que tanto él como todos los demás dejaran de mirarme y de jugar con mi mente. Lo único que quería era marcharme.

–Me gustaría saber si hay algún papel que deba firmar antes de irme. ¿Hay algo que deba resolver con mi seguro?

El doctor Larson ladeó la cabeza y me miró inquisitivamente.

–Lo siento, pero no sé de qué me estás hablando.

–Hoy es mi tercer día. Llevo aquí setenta y dos horas.

–Sigo sin entenderlo.

–Pensaba que me iban a dar el alta hoy.

–¿Qué te ha hecho pensar eso?

La expresión en la cara del doctor me llenó de pavor.

–He oído que la gente que intenta suicidarse solo pasa aquí setenta y dos horas.

Se me encogió el corazón al ver cómo cambiaba su semblante y sacudía la cabeza.

–Cada caso es diferente y el tuyo es muy atípico. Nos queda mucho trabajo por hacer antes de que estés lista para irte.

La idea de tener que pasar otro día como el de ayer me daba ganas de llorar y me provocaba ansiedad.

–Creo que estoy lista para irme. ¿Qué pasa si no quiero quedarme?

–¿No te lo ha explicado nadie? –me preguntó.

Una horrible sensación de fatalidad me envolvió. La habitación se hizo aún más pequeña. Sacudí la cabeza; mi voz se había ido.

–Cuando estuviste en el hospital, tu terapeuta, Lisa, estuvo colaborando estrechamente con Dalila y Bob en representación tuya. Ayudó a Dalila a completar los trámites necesarios para obtener poder notarial sobre ti. Esto significa que Dalila es responsable de todas tus decisiones médicas y de tus cuidados. Lisa le aconsejó que te retuvieran según el código 5150 y Dalila siguió su sugerencia.

Me miró expectante, como si de algún modo debiera saber de qué me estaba hablando. Estaba segura de que Rose lo habría entendido, pero yo no tenía ni idea.

–No lo entiendo…

–Un 5150 se emite para recluir a una persona en un centro psiquiátrico cuando es una amenaza para sí misma o para los demás. Eso permite hospitalizar a una persona contra su voluntad. En muchas situaciones, es solo durante setenta y dos horas, pero en ciertos casos puede prolongarse hasta catorce días. En tu caso, hemos considerado que necesitas más tiempo.

–¿Me tengo que quedar once días más aquí?

–No es tan sencillo. Si creemos que estás preparada para irte después de ese periodo de tiempo, te daremos de alta. Pero, si

seguimos pensando que es necesario que estés aquí, podremos retenerte.

No me iba a ir. Estaba aquí atrapada.

Sentí agua helada recorriéndome las venas.

–Seguro que te sientes abrumada. Ayer pasaste por muchas cosas… Pero todos estamos aquí para ayudarte. ¿Qué puedo hacer hoy por ti?

Me encogí de hombros.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Era enervante.

–Vamos a tener que empezar a hablar de Emily. Creo que un buen punto de partida sería empezar por lo más sencillo. Quizá no sea lo más fácil, pero al menos sí lo más sencillo. –Hizo una pausa–. En el pasado, hiciste mucha terapia con Lisa, ¿verdad?

Asentí.

–¿Qué te parece si me cuentas cómo fue tu experiencia de terapia con Lisa?

–¿Qué quieres saber?

–Lo que te sientas cómoda compartiendo.

Comencé a hablar de Lisa. Fue la primera vez que me resultó fácil hablar con el doctor Larson. Le expliqué que al principio me daba miedo, pero que eso no era nada inusual, porque en aquella época me daba miedo establecer contacto con cualquiera que no fuera Emily.

Lisa era diferente de todos los demás que habían intentado ayudarnos. Quienes nos conocían sentían pena por nosotras y nos miraban con lástima, pero Lisa nunca lo hizo. Incluso Dalila y Bob nos miraban de ese modo, aunque fuera de forma desintencionada. Nuestras sesiones individuales eran el único sitio donde me sentía como una niña normal. Era un respiro que no me trataran como alguien diferente y frágil.

Las sesiones seguían siempre la misma estructura. La primera parte consistía en apretujarnos a los Rooth, a Emily, a Lisa y a mí en una habitación tan pequeña que parecía que estábamos sentados unos encima de otros. No me gustaban esas sesiones familiares porque se esperaba que Emily y yo nos quedáramos quietas escuchando mientras los Rooth y Lisa hablaban de cosas que yo no

entendía. Se dedicaban a hablar durante esos primeros minutos antes de que empezara la actividad. Aunque había muchos juguetes en la habitación, solo podíamos jugar con ellos cuando formaban parte de algo que hacíamos todos juntos. Repasábamos una y otra vez los gráficos, las normas y las consecuencias. Pero, después de eso, Emily y yo teníamos cada una nuestro momento especial con Lisa y nos quedábamos a solas con ella en la habitación. Era el único momento en que toleraba estar lejos de Emily.

Durante ese rato, yo no tenía que estarme quieta ni callada. Podía jugar con todos los juguetes que quisiera y como quisiera. Lisa jugaba conmigo y dejaba que me inventara las reglas. Mientras jugábamos, me hablaba de cosas o me hacía preguntas, pero nunca me obligaba a decir nada si yo no quería. Se contentaba con sentarse en silencio mientras peinábamos una muñeca o le cambiábamos la ropa a los peluches.

Tenía una muñeca favorita de la que me enamoré durante nuestra primera sesión por su preciosa melena rubia. La bauticé Annabelle y rara vez pasaba una sesión sin coger el cepillo y pasárselo por el pelo desde las raíces hasta las puntas. Tenía un efecto calmante sobre mí. En cuanto me alteraba por algo de lo que estábamos hablando, Lisa detectaba rápidamente mi ansiedad y me tendía a Annabelle y su cepillo. No tardaba mucho en relajarme.

Dejamos de tener esas sesiones cuando cumplimos los once años, pero ella nunca desapareció de nuestras vidas. Se convirtió en una amiga íntima de la familia que de vez en cuando venía a cenar y siempre estaba presente en cualquier acontecimiento especial en la escuela.

Unos años después, cuando Emily entró en una espiral de depresión, volvimos a las sesiones con ella, pero esta vez la atención se centraba en Emily, no en las dos, y ya no teníamos sesiones familiares. Aunque Lisa siempre me dedicaba unos minutos para ver cómo estaba, la terapia era con Emily. Al principio me quedaba en la sala con ellas, pero con el tiempo, cuando Emily se sintió lo bastante cómoda, me sentaba en la sala de espera a hacer los deberes o a leer un libro mientras ellas se reunían. Nunca le pregunté de qué hablaban y Emily nunca me lo dijo. Parecía avergonzada, así que

nunca la presioné. No me importaba de qué hablaban; lo único que me importaba era que Emily estaba de mejor humor cuando terminaban.

Fue fácil hablar con el doctor Larson sobre la terapia con Lisa. Las palabras fluían con total libertad y no tenía la sensación de estar sometida a un escrutinio continuo para decir lo correcto. Tal vez fuera porque hablaba del pasado y el pasado no parecía tan cuestionable ni tan aterrador como lo que estaba ocurriendo en ese momento.

–Parece que te sentías segura cuando estabas en su despacho –dijo cuando terminé de contarle cómo solíamos jugar al «Juego de las emociones».

Era parecido al juego de la oca: cada color representaba una emoción y, cuando caías en un color determinado, tenías que dar un ejemplo de cuándo habías sentido esa emoción.

Me encogí de hombros.

–¿Crees que podríamos conseguir que la terapia conmigo te aportara el mismo tipo de seguridad que sentiste con Lisa? –me preguntó.

–Es posible –le dije.

Era imposible que creyera que le decía la verdad.

La terapia con Lisa era diferente de cualquier tipo de terapia que habíamos seguido. Me sentía cómoda con ella porque era la única persona que no me había mirado como si me pasara algo malo. Pero no había duda de que el doctor Larson pensaba justo lo contrario. Y aún más importante, Lisa me permitía estar en silencio y no me presionaba para decir más allá de lo que yo quería compartir. El doctor no solo me presionaba, sino que me llevaba al límite. A Lisa nunca se le habría ocurrido actuar así.

–Muy bien. –Juntó las manos sobre el escritorio–. Me alegra mucho que lo veas así. Creo que podríamos avanzar mucho si te permitieras abrirte.

Parecía satisfecho. Quizá sí que se lo había creído.

–Entiendo que ayer fue un día muy intenso para ti. Podemos hablar de ello si te apetece, pero también entiendo que prefieras

tomarte un tiempo para asimilarlo todo antes de seguir con el proceso. ¿Qué opinas?

¿Qué debía opinar? Ayer me había dicho que Emily llevaba muerta dos años, aunque yo había vivido con ella a diario. La insinuación de que había estado muerta cuando estaba viva era inconcebible. Lo que no entendía era por qué todos los médicos me mentían. ¿Por qué intentaban hacerme creer algo que no era cierto? La doctora Heimer dijo que no me estaban poniendo a prueba, pero ¿qué otra cosa podía estar pasando?

Tenía que haber otro motivo para que me mintieran respecto a Emily.

–No me apetece hablar de Emily.

–Me parece comprensible. ¿Hay algo de lo que te gustaría hablar? ¿Tienes alguna pregunta?

Sacudí la cabeza.

–Estoy siempre a tu disposición para resolver cualquier duda que tengas.

Me alegró que la sesión hubiera terminado. Sin embargo, sabía que al día siguiente volvería a sentarme en esa misma silla, repitiendo la misma rutina. Tal vez entonces encontraría alguna pregunta que hacerle, pero hoy no. Habíamos terminado, y lo único que quería era salir de aquella habitación cuanto antes.

Capítulo 13

–No me voy. Estaré aquí al menos once días más.

–No puede ser, ¿en serio? Pensaba que te dejarían salir en setenta y dos horas. A mí me parece que estás perfectamente. –Rose se acercó y me dio un apretón breve–. No te lo tomes a mal, pero me alegro de que sigas aquí. Me gusta tenerte cerca.

Por mucho que Rose me cayera bien, yo no habría dicho lo mismo. No podía soportar estar allí más días. Me habían succionado la vida y sentía como si el cerebro me fuera a estallar en cualquier momento, desparramándose en pedazos por todo el suelo. El día era infinito; era mucho peor que cualquier turno que hubiera tenido en el trabajo.

Nuestro grupo de la mañana se centró en Shelly.

–Me muero de ganas de beber –dijo, saltándose su larga lista de trastornos.

–¿Por qué crees que te apetece beber? –le preguntó Mark–. ¿Qué ha sido el detonante?

–No tiene por qué haber un detonante. Tal vez solo quiera beber. ¿No se te había pasado por la cabeza? Esta mierda es estresante.

–Quizá podrías buscar una forma más sana de lidiar con el estrés. –Mark miró alrededor de la sala–. ¿Alguien tiene alguna idea para Shelly sobre cómo podría afrontar el estrés de otro modo?

Shelly no esperó a escuchar nuestras respuestas:

–No podría beber aunque quisiera. ¡Estoy en un puto manicomio!

–Recuerda que preferimos no emplear ese lenguaje aquí.

–«Preferimos no emplear ese lenguaje» –repitió, burlándose de él del mismo modo que se burlaba de cualquiera que la molestara.

–No estoy dispuesto a pelearme ni a hablar contigo si me faltas al respeto, Shelly. Creo que será mejor que pasemos a otra persona. Ya hemos hablado de esto otras veces… Tobi, por favor.

Tobi empezó a hablar, pero la interrumpieron los fuertes sollozos de Shelly.

–Lo siento mucho. No sé por qué actúo así –se lamentó, llorando cada vez con más fuerza–. Nadie me entiende. ¡Nadie! Por una vez, solo por una vez, me gustaría que alguien supiera lo que es ser yo. ¿Por qué nadie lo entiende?

Tobi extendió la mano hacia ella e intentó abrazarla, pero Shelly la apartó de un manotazo.

–¡No me toques!

La rabia de Shelly activó una especie de interruptor en la sala, poniendo a todos en movimiento. Arlene empezó a mecerse rítmicamente y a tirarse del pelo. Rick y Darin cobraron vida, como si alguien los hubiera enchufado. Tobi empezó a sollozar tan fuerte como Shelly. Denise las miraba a las dos, tratando de decidir a quién debía consolar primero y claramente temiendo equivocarse.

–Callaos. Callaos. Callaos –se unió Doris al coro.

Aparte de Matt, que no parecía darse cuenta del alboroto, Rose y yo seguíamos sentadas en silencio.

Observé cómo Mark trataba frenéticamente de mantener las cosas bajo control. Yo era la más nueva y me preguntaba si acabaría teniendo mi propio rol dentro del grupo después de pasar allí unos días más. ¿Reaccionaría a su agitación del mismo modo que ellos reaccionaban a la agitación de los demás? ¿Cuánto tardaría en unirme a sus filas? ¿En qué punto me encontraría pasados once días?

Me volví hacia Rose, que los observaba, igual que hacía yo, pero sin participar. ¿Cómo conseguía mantenerse tan normal en medio de todo aquello? Era la que llevaba más tiempo, así que ¿no debería ser la que estaba peor? Tenía curiosidad por conocer su historia.

Una vez consiguió que todo el mundo se calmara sin tener que llamar a al personal, Mark dio por terminada la sesión antes de tiempo. No sabía cómo lo había hecho, pero había recorrido metódicamente el círculo hablando con voz apresurada a cada uno

mientras se las arreglaba para aparentar que no iba acelerado. Le había funcionado.

Empecé a hacerle preguntas a Rose en cuanto regresamos a nuestros puestos habituales. Habló de ello sin ningún tipo de problema: allí todo el mundo compartía detalles íntimos de su vida como si no les importara.

–Los únicos amigos que tuve de niña eran imaginarios –me dijo después de explicar que era hija única y que había crecido sin más niños alrededor.

–Yo tengo una gemela.

–¿Qué dices? ¿En serio? ¡¿Sois idénticas o mellizas?!

–Idénticas.

–Debéis de estar muy unidas. Qué envidia me das.

–Lo estamos… lo estábamos…

No sabía cómo hablar de Emily.

–¿Vendrá a visitarte esta noche con tu familia? ¿Puedo conocerla?

Sacudí la cabeza. La expresión de Rose cambió.

–No es que no quiera que la conozcas. Es que está… está… muerta.

Mis palabras se iban apagando a medida que hablaba. «Muerta» salió como un susurro. Los ojos de Rose se agrandaron.

–¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo? ¿Cómo? Dios mío, lo siento mucho por ti.

¿Cómo debía responder a sus preguntas? Lo único que sabía con seguridad era que Emily estaba muerta. Era lo único en lo que todos estábamos de acuerdo.

–Es complicado –dije.

Mi cerebro aún no se había recuperado del día anterior. Trataba de pensar con lógica sobre lo que el doctor Larson y el equipo habían dicho, pero mi mente estaba confundida. Quería recordar algo, cualquier cosa que me ayudara a comprender lo que estaba pasando, pero era como cavar en arenas movedizas. Cada vez que sentía que lograba abrir un pequeño agujero en mi memoria, lo engullía rápidamente una sensación de pánico.

–¿Estabais muy unidas?

–Muchísimo. Lo era todo para mí.

–Probablemente yo también querría morir si perdiera a mi gemela.

–Así es como me siento. Nada tiene sentido sin ella.

Se me hizo un nudo enorme en la garganta. Rose se acercó más a mí.

–Lo siento muchísimo.

Sus palabras fueron simples, pero hasta entonces nadie se había preocupado en reconocer mi pérdida y eso me conmovió. Aquellas palabras se abrieron paso hasta mis entrañas y, por primera vez en mi vida, lloré delante de alguien que no era Emily.

Me limpié las lágrimas.

–Está bien llorar.

Rose me rodeó con el brazo. Fue como si sus palabras me hubieran quitado de encima un saco de piedras.

Comencé a sollozar como nunca lo había hecho. Rose no dijo nada; se limitó a abrazarme y yo me hundí en su abrazo, llorando contra su hombro. Mi llanto provenía de algún lugar profundo en mi interior.

No me di cuenta de que Shelly, Tobi y Denise se habían acercado por detrás hasta que oí la voz de Tobi:

–¿Qué le pasa? –preguntó.

–Dejadnos solas, por favor –dijo Rose con voz suave–. Por favor…

No sabía si se habían ido o si seguían allí, pero no me importaba. Rose me sostuvo entre sus brazos hasta que mi llanto, desgarrado y angustioso, se transformó en un sollozo apenas audible. Y continuó abrazándome incluso cuando la aflicción dejó de expresarse en lágrimas o sonidos, para hundirse en lo más profundo de mi ser, en un lugar del que sabía que nunca se iría. Permanecí inerte entre sus brazos, como una muñeca sin vida.

Nunca había dejado que nadie que no fuera Emily me consolara ni me viera llorar. Ni siquiera Thomas. Había aprendido a contener las lágrimas desde muy pequeña. Descubrí que la única forma que tenía nuestra madre de saber que me había hecho daño era verme llorar, y decidí que, hiciera lo que hiciera, no volvería a dárselo. A los cinco años ya había dejado de llorar cada vez que nos pegaba. Desde entonces, no volví a derramar una sola lágrima ni a mostrar emoción alguna.

Lo mismo ocurría con los amigos especiales. Emily lloraba en silencio cuando le tocaba jugar, pero yo me negaba. Miraba lo que me hacían sin hacer ruido ni mover un músculo de la cara y, cuando todo había terminado, me volvía a poner la ropa, agarraba a Emily de la mano y salía de la habitación. A veces el dolor era demasiado grande y tenía que llorar para liberarlo, pero solo lo hacía delante de ella o a solas. Siempre había sido capaz de contener mis emociones. Hasta ese momento.

Algo había cambiado.

Ese momento de intimidad con Rose la obligó a hablarme más de su historia. Se pasó el resto del día compartiendo conmigo detalles sobre sí misma que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a ninguno de sus terapeutas. Me dijo que nunca había tenido ningún tipo de relación con su padre. Se había marchado cuando ella solo tenía seis meses para estar con una chica de dieciocho años con la que había tenido una aventura cuando su madre estaba embarazada.

–Mi madre decía que era una niñata insignificante, tonta y a quien solo le interesaba su dinero. Pero era joven y guapa, y supongo que eso era lo único que a él le importaba.

Desde entonces, no lo había vuelto a ver ni a hablar con él.

–¿Tu madre te ha hablado de él alguna vez? –le pregunté.

–No. Era como si nunca hubiera existido. Se refería a él como «mi donante de esperma», y tengo la impresión de que muchas personas llegaron a creer que había sido concebida por fecundación *in vitro*.

Nunca había recibido un regalo de Navidad ni una tarjeta de cumpleaños de su padre, pero al menos sabía quién era. Yo, en cambio, no tenía ni idea de quién era el mío. Nuestra madre nunca hablaba de él: no lo nombraba, ni siquiera para referirse a él de forma negativa.

Antes de vivir con los Rooth, Emily y yo no sabíamos lo que era un padre. Ni siquiera imaginábamos que se podía tener más de un progenitor. Durante el proceso de adopción, los Rooth obtuvieron nuestras partidas de nacimiento. En el espacio reservado para la firma del padre, donde debía reconocer la paternidad, solo aparecía

una palabra: «Desconocido». Cuando le preguntaron a nuestra madre por él, no obtuvieron más que evasivas. Aseguró que no sabía quién era y que no tenía el menor interés en averiguarlo.

–¿Tenía alguna relación? –le pregunté a Rose, recordando el flujo constante de hombres en la vida de nuestra madre.

–No. O sea, estoy segura de que tenía hombres con los que se acostaba, pero nunca trajo a nadie a casa y no mantuvo una relación seria con nadie. Jamás. Se preocupaba demasiado de sí misma y de su trabajo.

–¿A qué se dedicaba?

–Era abogada. –Rose puso los ojos en blanco–. De la peor calaña. Defendía a criminales. No le importaban los delitos que hubieran cometido mientras le llenaran la cuenta bancaria. Nunca entendí por qué le importaba tanto el dinero, ya que nunca lo utilizaba para hacer nada divertido. Toda su vida era el trabajo y no la veía nunca.

–¿No te sentías sola?

–No te haces una idea. Era horrible tener que vivir sola en una casa enorme y vacía. Por no hablar de que estaba tan limpia que era como vivir en un museo.

Describió cómo a su madre le encantaba coleccionar antigüedades y obras de arte que tenía expuestas por toda la casa y cómo a ella no se le permitía tocar absolutamente nada. Incluso su dormitorio estaba lleno de muñecas coleccionables con las que no podía jugar. Solo tenía permitido mirarlas.

–Mi madre se enfadó mucho porque no fui a la universidad –me dijo cuando salimos de la sesión de grupo aquella tarde.

A diferencia del día anterior, aquel día se prolongó hasta tarde. Mark pasó la primera mitad intentando que alguien confesara haberle robado el móvil a una enfermera, pero nadie lo hizo.

–¿A qué universidad solicitaste el ingreso? –le pregunté.

–A ninguna. Eso fue lo peor que pude haberle hecho. Se lo tomó como algo personal. –Y luego añadió, como si se le acabara de ocurrir–: Quizá fuera algo personal.

Aunque su madre siempre estuviera ausente, había gente que cuidaba de ella. Había tenido cuidadoras –de las que habló como meras canguros venidas a más– desde su segunda semana de vida.

Cuando cumplió los trece años, se quedó sola y pudo hacer lo que quiso. Pero ella lo único que quería era adelgazar.

Empezó a dejar de comer a los nueve años, empeñada en matarse de hambre. Su madre tardó un año en darse cuenta, pese a que la cuidadora llevaba tiempo advirtiéndole, una y otra vez, que algo no iba bien. Su primer intento de suicidio fue a los once: trató de ahorcarse en el armario. El cinturón se rompió y ella terminó en el suelo. No murió; se ganó, en cambio, su primera escayola. Poco después, su madre comenzó a mandarla a centros psiquiátricos.

–¿Cuántos años tenías cuando te encerraron por primera vez?

–Doce. Era un sitio completamente diferente a este. Solo era para chicas con trastornos alimentarios. Una panda de ricas engreídas. Y todas me odiaban.

–¿Cuánto tiempo estuviste allí?

–Seis meses. Y mi madre no vino a visitarme ni una sola vez.

Hizo una mueca extraña.

Le concedí el mismo permiso que ella me había otorgado antes:

–Está bien llorar.

–Ya he llorado bastante por mi madre. –dijo con un tono que daba a entender que no quería hablar más del tema–. ¿Sabías que se puede jugar a picas con solo dos personas? ¿Quieres jugar hasta la hora de cenar?

Intenté concentrarme en el juego de naipes, pero mi mente era incapaz de centrarse en nada. Estaba agotada. No creía que fuera posible estar más cansada que ayer, pero lo estaba. Ya no podía seguirle la conversación a Rose. Sus palabras empezaron a entremezclarse.

En cuanto terminó la cena, le dije a Felicia que no quería recibir visitas y le pregunté si podía acostarme temprano. Me sorprendió que accediera.

Tendida en la cama, y ya superado el límite de las setenta y dos horas, sentía que la amenaza de una fatalidad inminente seguía revoloteando a mi alrededor, como lo había hecho durante toda la mañana. No poder volver a casa lo había cambiado todo. Traía consigo la certeza de que aquello no era temporal, de que no iba a salir de allí pronto.

Eso significaba que tendría que seguir viviendo, y hacerlo de una forma en la que nunca antes había tenido que vivir. La idea de esa nueva manera de vivir resultaba más aterradora que cualquier expectativa de muerte.

Capítulo 14

–He observado que anoche volviste a negarte a recibir visitas –dijo el doctor Larson a la mañana siguiente, dando inicio a la conversación.

Asentí. La enfermera me dijo que Bob, Dalila y Thomas se habían presentado durante la hora de las visitas. Cuando llegaron, yo ya estaba dormida.

–¿Puedo preguntarte por qué?

La idea de estar allí sentada en mi habitación pensando en cosas que decirles me resultaba demasiado agotadora. El dolor y el rechazo habían estado presentes desde que fuimos a vivir con ellos, pero ahora se les había sumado la inmensa pena de haber perdido a Emily, lo que hacía que estar cerca de ella fuera insoportable. Y seguía enfadada porque habían celebrado el funeral de Emily sin mí.

–Ahora mismo me resulta demasiado difícil –le respondí.

–Parecen realmente preocupados por ti. Dalila llama dos veces al día para saber cómo estás. Por la mañana y por la noche. Parece dispuesta a hacer lo que haga falta para ayudarte.

Esa era una de las cosas que la convertían en una madre increíble. Había consagrado su vida a nosotras. Nos colmaba de amor y afecto, besándonos y abrazándonos siempre que estábamos a su alcance. Nos enseñó a movernos en el mundo y cuidó de nuestra salud con la pericia de la enfermera más experimentada. Nuestra lista de problemas médicos era interminable y, como nos resultaba tan incómodo que nos toquetearan, ella aprendió a tratarlos todos. Se opuso a que los médicos nos inmovilizaran para ponernos las vacunas, así que aprendió a hacerlo ella misma bajo la dirección de

nuestro pediatra. Durante nuestros primeros meses con ellos estuvimos muy enfermas, ya que teníamos el sistema inmunitario de un bebé, y ella se pasaba noche tras noche sin dormir poniéndonos paños fríos en la frente, frotándonos los huesos doloridos, masajeándonos el pecho y cantándonos canciones de cuna.

Nos apuntó a todo tipo de actividades, porque no quería que perdiéramos más oportunidades de las que ya habíamos perdido, y se aseguró de que lo probáramos todo al menos una vez. Ninguna de las dos aprendimos a nadar a pesar de todas las clases que tomamos, pero se nos daba bien el kung-fu y nos gustaba todo lo relacionado con el arte. Contrató a profesores particulares para que trabajaran con nosotras cada tarde y no tardamos en recitar el abecedario y en contar hasta veinte como si nunca hubiéramos hecho otra cosa. Cuidarnos suponía tener dos trabajos a tiempo completo, pero nunca se quejó. El amor de Dalila rebosaba, lo que solo hacía que nuestro rechazo fuera más doloroso.

No la rechazábamos a propósito. Éramos amables con ella y nunca le dijimos una palabra desagradable. Le estábamos agradecidas por todo lo que hacía por nosotras. Durante el primer año, le dábamos las gracias cada vez que nos daba de comer hasta que acabó convenciéndonos de que no hacía falta. Éramos consideradas y respetuosas. Nos convertimos en niñas bien educadas y, para sorpresa de todos, empezamos a medrar en nuestro entorno, a pesar de nuestro horrible inicio de vida. Pero nunca fuimos capaces de responder a su amor y afecto de una forma genuina. Hacíamos todo lo que se esperaba de nosotras, pero, por mucho que lo intentamos, no pudimos darle lo único que ella quería: que le correspondiéramos con el amor que una hija siente por su madre.

–Has vuelto a hacer llorar a Dalila después de la cena –me susurró Emily una noche mientras nos lavábamos los dientes antes de acostarnos.

–Lo sé –le dije–. No era mi intención.

Todavía no teníamos la certeza de si podríamos quedarnos con los Rooth. Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. Vivíamos con el temor constante de hacer algo mal y que nos mandaran de vuelta con nuestra madre.

Aquella noche se me había derramado la leche en la mesa y me encogí instintivamente cuando Dalila se apresuró a coger un paño del fregadero.

–Oh, cariño… –me había dicho con dulzura mientras limpiaba la leche de la mesa–. Ha sido un accidente. No tienes por qué asustarte.

Me abrazó y yo me tensé, preparándome para los golpes que inmediatamente se sucedían en casos como este. Vi la expresión de dolor en sus ojos antes de apartarse de mí. Era una mirada que cada día me resultaba más familiar.

Sentí los ojos de Emily clavados en mí y me volví para mirarla. No nos hacía falta hablar. Sus ojos me decían que me levantara y que fuera a abrazar a Dalila. Habíamos estado hablando de lo importante que era para Dalila que la abrazáramos. Las últimas semanas nos habíamos estado esforzando para hacerlo; nos lo recordábamos la una a la otra constantemente. Emily lo tenía más presente que yo y sus abrazos eran mejores.

Me puse en pie de un salto. Me acerqué a Dalila en el fregadero y la rodeé con los brazos por detrás, abrazándola torpemente por la espalda. Me sentía incómoda, pero me obligué a mantenerme en esa posición porque siempre que ella nos abrazaba lo hacía durante mucho rato. Conté hasta veinte antes de soltarla y volver a mi asiento. Cuando me volví, pude ver cómo se secaba las lágrimas de los ojos. Emily también debió de verlo.

No sabía cómo describirle al doctor Larson lo que sentía por Dalila. Probablemente, debía de suponer que Dalila había hecho algo malo que yo no le había contado, pero no era así. Ella solo había hecho lo correcto, pero ni Emily ni yo sentíamos la necesidad de conectar con una madre a un nivel íntimo. Tal vez ese deseo podría haber sobrevivido si nos hubieran alejado antes de nuestra madre, pero habíamos tenido que aplacar nuestros impulsos y deseos de amor maternal durante tanto tiempo que finalmente habían dejado de existir.

Ambas habíamos anhelado tener una madre y habíamos acudido a ella una y otra vez en busca de cualquier brizna de amor y atención que pudiera ofrecernos. Nos contentábamos con cualquier migaja

que nos diera, pero lo máximo que recibíamos eran unas palmaditas en la cabeza, como las que se le dan a un cachorro con la intención de apaciguarlo y que deje de molestar. No podía contar las veces que le había tendido los brazos para que me levantara o me abrazara y ella me había ahuyentado como a una mosca que se hubiera metido accidentalmente en casa al dejar la puerta abierta.

A veces, cuando volvía después de haber estado fuera mucho tiempo, entraba en la habitación para ver cómo estábamos. En esas ocasiones, lloriqueábamos y tratábamos de aferrarnos a ella cuando se inclinaba sobre la cuna. Nos respondía con bofetadas y nos gritaba que nos tumbáramos, así que aprendimos a evitarla. Si le pedíamos algo o intentábamos gatear hasta ella, nos agarraba por los brazos y nos volvía a meter en la cuna como si no pesáramos nada. Con el tiempo, aprendimos a quedarnos quietas cuando aparecía por la puerta, sin importar lo desesperadas que estuviéramos. No recordaba cuándo había ocurrido ni cuántos años teníamos cuando renunciamos a intentar conectar con ella. Yo fui la primera; a Emily le costó mucho más darse por vencida.

–Sé que tienes razón sobre Dalila. Es una gran persona y estoy segura de que nunca ha habido una madre mejor, pero no soy capaz de conectar con ella.

No quería que el doctor Larson pensara mal de ella.

–¿Ha sido siempre así? –Asentí–. Entiendo.

¿De verdad?

–En la infancia, hay etapas críticas del desarrollo en las que deben darse ciertas situaciones importantes. Una de las más importantes es establecer el apego hacia el cuidador principal. Los psicólogos sabemos que se trata de uno de los procesos más relevantes que deben ocurrir durante los cinco primeros años de vida. Cuando no se produce, los niños crecen incapaces de crear vínculos afectivos con otras personas o desarrollan lo que llamamos «apego desorganizado». Creo que en tu caso, por culpa de los abusos que sufriste, se vio dañada tu capacidad de formar un vínculo recíproco con una figura materna. También es una de las razones por las que tu conexión con Emily era tan fuerte. Mientras que la mayoría de los niños forman sus vínculos más fuertes con uno o ambos

progenitores a una edad temprana, tu necesidad instintiva de apego se dirigió a Emily. –Se aclaró la garganta–. Lo que trato de decirte es que no es culpa tuya. Tu conducta hacia Dalila tiene sentido si se toma en consideración tu infancia.

Era la primera vez en todas nuestras conversaciones que me proporcionaba información útil y no se limitaba a confundirme. Quizá había otras cosas en las que podía ayudarme, como explicarme lo que los médicos creían que me pasaba.

El día anterior Rose me había dicho que era necesario tener un diagnóstico para que te hospitalizasen. Me explicó que la lista de epítetos que todos pronunciaban en las sesiones de grupo tras decir su nombre era su diagnóstico oficial. Siempre había pensado que Rick y Darin eran los que estaban peor porque oían voces y hablaban con gente que no estaba allí, pero empezaba a pensar que Shelly y Tobi estaban igual de mal. Incluso me preguntaba si no estarían peor, porque enumeraban tres o cuatro diagnósticos después de decir su nombre, y Shelly me daba más miedo que cualquier otra persona en la unidad. Tenía la misma expresión en los ojos que había visto en nuestra madre justo antes de golpear a Emily con la percha o aquella vez que me hizo beber lejía en lugar de agua. A Rick y Darin los perseguían demonios que eran reales para ellos, aunque los demás no pudiéramos verlos, pero Shelly no estaba reaccionando a ninguna voz en su cabeza. Respondía al mal que había en su interior, tal como hacía nuestra madre.

Rose me dijo que era imposible que yo no tuviera un diagnóstico. Tenía un manual de medicina; lo único que teníamos que hacer era averiguar cuál era mi diagnóstico y entonces podríamos buscar información sobre él.

–¿Mi diagnóstico está relacionado con el tema del apego? –le pregunté.

–Tu diagnóstico es muy complejo –me respondió el doctor.

–¿Y cuál es?

–¿Conocer tu diagnóstico es importante para ti?

Esa era una pregunta muy tonta. Por supuesto que lo era. ¿Quién no querría saber qué le pasa?

–Sí –dije.

–¿Y por qué crees que es importante?

–Si tú y el equipo de médicos habéis decidido que me pasa algo, que tengo algún tipo de trastorno mental o como queráis llamarlo, me gustaría saber cuál.

¿Acaso era un secreto? ¿No le explicaría un médico a su paciente que tiene cáncer?

–Echémosle un vistazo.

Parecía reservado al respecto, como si no quisiera hablarme de ello. La puerta que se había abierto durante nuestra conversación sobre Dalila estaba empezando a cerrarse.

–Te hemos diagnosticado un trastorno disociativo. Los trastornos disociativos, como la mayoría de las enfermedades mentales, se mueven dentro de un espectro. Pueden ir desde una afectación leve hasta una afectación grave. Tu trastorno encajaría como afectación grave, porque está afectando negativamente a tu vida en múltiples niveles. Es muy serio. Tu caso es único, es algo que no hemos visto nunca. Tu elemento central es la disociación, pero no cumples los criterios de algunos de los trastornos disociativos más comunes que vemos. Es un trastorno disociativo no especificado.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

–¿Qué es un trastorno disociativo?

–Es variable. Y depende del trastorno específico que padezcas. Sin embargo, es posible padecerlo y funcionar perfectamente en tu entorno. Mucha gente lo hace. Es posible ser una persona totalmente funcional pero no recordar haber hecho ciertas cosas. De alguna manera, la persona se fragmenta respecto a sí misma. Se produce una desconexión o disociación de uno mismo y del entorno.

Seguía sin tener sentido. No parecía muy seguro y me daba la impresión de que no sabía de qué estaba hablando o qué intentaba explicarme.

–Quizá esto te ayude. ¿Alguna vez has tenido lagunas temporales? ¿Te ha ocurrido alguna vez que, estando despierta, hayas hecho algo que no recordabas haber hecho o que no recordaras dónde estabas?

Asentí con la cabeza. Quizá hubiera algo de verdad en su batiburrillo de palabras, porque, efectivamente, tenía lagunas temporales sin saber por qué. Habían empezado cuando aún vivía

con nuestra madre. Había ocasiones en que sus amigos especiales me llevaban al dormitorio y luego no recordaba nada de lo que había pasado mientras estábamos allí. Era consciente de haber entrado en el dormitorio, pero lo siguiente que recordaba era estar de nuevo en el salón viendo la televisión como si no hubiera pasado nada. Pero no solo ocurrían con los amigos especiales. Incluso cuando vivíamos con los Rooth, había veces que hacía cosas que no recordaba haber hecho. Me costó mucho tiempo armarme de valor para contárselo a Emil; no le hablé de ello hasta que estuvimos en el instituto.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Había iniciado la conversación de camino a la parada del autobús. Era esa época en la que ya no queríamos que Dalila nos dejara en la puerta del edificio.

–Claro –me respondió.

–¿Recuerdas que hace unas semanas te enfadaste mucho conmigo por hablar con Chrissy después de clase y tuvimos aquella bronca tan tremenda?

Emily miró al cielo y asintió.

–Por supuesto que me acuerdo. Y seguimos sin hablar con ella.

A Emily le costaban los números. Siempre le habían costado y, cuanto más difíciles se ponían, más le costaban. Al principio del trimestre, cuando empezamos con el álgebra, dividieron el curso en clases en función de nuestros conocimientos matemáticos. Los profesores trataron de disimular que no era eso lo que estaban haciendo, pero todos sabíamos que era exactamente así. A Emily la pusieron en una clase con otros alumnos con dificultades con la materia, pero, a diferencia de ella, que aprobaba el resto de asignaturas, esos otros chicos de la clase lo suspendían casi todo. Eran los chicos de los que todo el mundo se burlaba desde primaria por no ser lo suficientemente inteligentes. Cuando llegamos al instituto, ya tomaban pastillas, faltaban a clase y mostraban una actitud hostil hacia todo lo relacionado con la escuela. Emily se sintió como una perdedora.

Después de la clase en la que nos habían dado las listas, Chrissy la señaló en el pasillo.

–Parece que te han puesto con los lerdos –entonó, con sus dos mejores amigas plantadas a su lado, sonriendo burlonamente.

Emily la fulminó con la mirada y no dijo nada.

–Qué pena. A mí me han puesto en la clase avanzada. Supongo que ya sabemos quién va a ir a la universidad y quién va a acabar en McDonald's.

Todos se rieron y Emily se puso roja como un tomate. Aquella noche me hizo jurar que no volvería a hablar con Chrissy. Me costó muy poco prometérselo: hacerle daño a Emily era como hacerme daño a mí. Sin embargo, unos días después, Emily me había encontrado en el pasillo conversando con Chrissy y sus amigas. Se enfadó mucho conmigo por romper mi promesa, pero el problema era que yo no recordaba haber hablado con ella. Recordaba haber salido del comedor y lo siguiente que supe fue que estaba en clase. Tenía una laguna de dos horas y, en lugar de decirle a Emily que no recordaba nada, le dije que Chrissy solo pretendía ser amable y encontrar la manera de disculparse con Emily por lo que había dicho.

Esa mentira me estuvo carcomiendo por dentro, así que decidí que tenía que decirle la verdad a Emily.

–El problema es que en realidad no recuerdo haber hablado con Chrissy en el pasillo. Lo digo en serio. No tengo ningún recuerdo de haberlo hecho. No es la primera vez que me pasa… Me ocurre constantemente. ¿Te ha pasado alguna vez?

Emily me rodeó con los brazos y me dio un fuerte abrazo.

–Dios mío, no tenía ni idea de que también te pasara a ti. ¡Tendría que habértelo dicho! Quería hacerlo. Lo intenté, pero era algo que me hacía sentir muy incómoda. A mí me pasaba lo mismo cuando éramos pequeñas.

La tomé de la mano mientras caminábamos, sintiendo una oleada de alivio.

–¿Recuerdas cuando Bob me pillaba robándole el almuerzo cada dos por tres?

Asentí. En aquella época en la que Emily no era capaz de saciarse por mucha comida que hubiera en la casa y todos los armarios y la nevera estaban cerrados a cal y canto, había empezado a robar comida. La habían pillado en más de una ocasión con restos de

bocadillos y de bolsas de patatas fritas bajo la cama procedentes de los almuerzos que Dalila le preparaba a Bob. Ella siempre lo negó, pero nadie se creyó nunca que no fuera cosa suya. Ni siquiera yo.

–Verás, sabía que lo había hecho. Del mismo modo que todos sabíais que había sido yo. Pero te prometo que no recordaba haberlo hecho. Nunca fui consciente de haberle robado ningún almuerzo. Ni una sola vez. Bethy, te entiendo perfectamente.

Estuvimos contándonos historias de nuestras lagunas mentales, sobre todo de las que nos daban miedo, y se convirtió en otra de esas cosas que teníamos en común pero que nunca le habíamos contado a nadie más.

Nadie me había preguntado al respecto hasta ese momento.

–Las lagunas son un factor importante de tu diagnóstico. Tu psique está desconectada y fragmentada en diferentes pedazos. A veces, en los estados disociativos, las personas actúan de forma muy distinta a la que les es propia. Cuando ese estado se vuelve muy grave, algunas personas desarrollan otros estados del ser o incluso pueden actuar como si fueran una persona diferente.

Por un momento, pensé que lo había entendido, pero había vuelto a perderme. ¿Mi psique estaba fragmentada?

–¿Qué hace que una persona padezca un trastorno disociativo? –le pregunté.

–Casi siempre tiene su origen en un trauma grave. Es habitual que una disociación extrema como la que he descrito se manifieste tras sufrir el tipo de negligencia y abusos que padeciste de niña. Sin embargo, has demostrado una increíble capacidad de resiliencia al conseguir recuperarte de ello en un entorno de apoyo y cariño. En lo que respecta a la resiliencia, sabemos que hay ciertos factores que sirven como mecanismos de protección y que pueden ayudar a predecir lo bien que responderá una persona al trauma. En tu caso, creo que la razón por la que pudiste demostrar un nivel tan alto de resiliencia es porque Emily era tu mecanismo de protección. Eso explica por qué su muerte te hizo disociarte de la realidad.

–Sigo sin entenderlo.

Realmente quería entenderlo. Necesitaba entender qué era lo que pensaban que me pasaba.

–Déjame que intente explicártelo de otra manera. Tu trauma infantil te predispuso a desarrollar un trastorno disociativo, pero, gracias a tu relación con Emily, pudiste conservar una cierta estabilidad. Su muerte fue más de lo que tu frágil psique pudo soportar, así que, en lugar de enfrentarte a la realidad de su muerte, seguiste adelante como si estuviera viva.

–¿De verdad lleva muerta dos años?

–Sí. Puedo asegurarte con total certeza que Emily falleció hace dos años.

–¿Y esto no es ningún tipo de prueba? ¿No estás tratando de engañarme?

–Todo lo contrario, estoy intentando ayudarte. –Se detuvo, buscando alguna pista en mis ojos–. No voy a mentirte. Tu nivel de afectación es elevado. Nunca he visto a nadie capaz de estar tan desconectado de la realidad pero aun así mantener una vida relativamente estable y normal de la forma en que tú lo has hecho.

Si lo que decía era cierto, entonces yo tampoco sabía cómo lo había hecho. Emily aún me parecía real. En ese momento era tan real para mí como lo había sido hacía dos semanas.

Ojalá hubiéramos estudiado los trastornos disociativos en clase de Introducción a la Psicología. No habíamos abordado nada parecido a lo que él describía.

–¿Por qué no seguimos hablando de todo esto en la próxima sesión? Nos estamos quedando sin tiempo –dijo el doctor Larson–. Estoy muy satisfecho con tu progreso de hoy.

Capítulo 15

Estaba impaciente por buscar mi diagnóstico en el libro de Rose y ver si podíamos darle sentido juntas. Quería hacerlo en privado, pero, por desgracia, no fue posible; seguían vigilándome de cerca. Yo era la única de la unidad con vigilancia. Me habían asegurado que me levantarían las restricciones en cuanto estuvieran convencidos de que ya no era una amenaza ni para mí misma ni para nadie. Me inquietaba que todavía pensaran que pudiera ser una amenaza, pero no podía hacer nada al respecto.

Estábamos de suerte, porque ni Polly ni Felicia tenían turno. A ninguna de las dos se les escapaba nada, especialmente a Polly. Había momentos en que parecía que no prestaba atención, pero siempre estaba al tanto de todo. El sustituto era el tipo *hippy* que había visto hacía un par de noches. Se llamaba James y tenía los ojos enrojecidos, casi cerrados.

Rose agarró el ejemplar; un libro de texto grande, gris y muy grueso. Me lo entregó. En el anverso se podía leer: *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Me sorprendió lo enorme que era. Lo hojeé rápidamente y descubrí que tenía más de novecientas páginas. ¿Cómo era posible que hubiera novecientas páginas de trastornos mentales?

Tenía el Santo Grial en mis manos. Por primera vez desde que había empezado mi calvario, iba a tener una idea de lo que creían que me pasaba. Tendría acceso a los conocimientos que ellos poseían. Sentí que eso me daría algo de control sobre mi situación.

–Flipante, ¿no? –Rose soltó una risita–. Deberías verte la cara. ¡Yo puse la misma! –Tomó el libro–. Déjame enseñarte lo que creen que

me pasa a mí.

Fue pasando páginas con soltura y se detuvo en una; estaba segura de que ya había consultado cientos de veces. Señaló un apartado.

–Esta soy yo.

Las gruesas letras negras rezaban: «Criterios diagnósticos para 307.1: Anorexia nerviosa».

–¿Qué significa el número? –le pregunté.

Se encogió de hombros.

–No tengo ni idea. Se lo he preguntado a varios médicos y todos me han dicho que no es más que un método de clasificación, signifique lo que signifique. Vete tú a saber.

Debajo del encabezado había unas listas con letras de lo que supuse que eran los síntomas. Había cuatro criterios y, conforme los leía, me sorprendió la precisión con la que el libro describía a Rose. Hice una lista de comprobación mental a medida que avanzaba:

«Negativa a mantener el peso corporal en o por encima de un peso mínimamente normal para la edad y la estatura». Sí.

«Miedo intenso a ganar peso o a engordar, aunque se esté por debajo del peso normal». Sin duda.

«Negación de la situación de bajo peso corporal». También. Realmente pensaba que tenía sobrepaso y, aunque ya había sufrido un infarto, se reía de ello.

«Ausencia de al menos tres ciclos menstruales consecutivos».

–¿Te viene la regla? –le pregunté.

–No –dijo, con una sonrisa de orgullo–. Desde hace casi dos años. ¿Qué te parece la suerte que tengo?

Se veía venir. Otro «sí» rotundo.

–¿Es peligroso?

–En realidad no. Los médicos tratan de darle importancia, pero esencialmente no puedo quedarme embarazada, lo que sería un gran método anticonceptivo si realmente tuviera relaciones sexuales. –Se dio una palmada en los muslos–. Pero seamos sinceras: ¿quién va a querer meterse en la cama con estas moles?

–¿De verdad crees que tus muslos son grandes? –le pregunté–. Tus piernas son del tamaño de mis brazos. Incluso menos.

Me dio un puñetazo en el brazo.

–Calla, calla. Tendrías que verme desnuda. Son fofas, créeme. Puedo pellizcarlas casi tres centímetros.

–¡De piel! Es imposible que tengas un solo gramo de grasa. Lo que tienes es piel y la piel es elástica. Eso es todo lo que estás pellizcando.

–Lo que usted diga, doctora. El día que no tenga que estar siguiéndote alguien allá donde vayas te enseñaré cómo soy desnuda. Entonces entenderás de qué te hablo.

–Trato hecho.

La idea de buscar mi trastorno me resultaba emocionante, habida cuenta de la exactitud del suyo. Le devolví el libro.

–¿Cómo encontramos el mío?

–Vale, dime otra vez lo que ha dicho que tienes.

Volví a relatarle nuestra conversación, como había hecho antes al salir de la sesión. El nombre se me había quedado grabado para siempre. Mientras yo hablaba, ella avanzaba por el libro con la facilidad de una profesional.

–Aquí está –me dijo.

Le arrebaté el libro. Había estado esperando este momento todo el día. Mis ojos recorrieron rápidamente la página y se posaron en el título en negrita: «300.15: Trastorno disociativo no especificado».

Sin embargo, mi trastorno no estaba tan ordenado en una lista concisa de síntomas como el suyo. Empezaba con un pequeño párrafo en el que se leía:

> En esta categoría se incluyen los trastornos en los que la característica predominante es un síntoma disociativo (es decir, una alteración de las funciones habitualmente integradas de consciencia, memoria, identidad o percepción del entorno) que no cumple los criterios de ningún trastorno disociativo específico.

A continuación, se enumeraban seis ejemplos. Los seis ejemplos utilizaban palabras que nunca había oído, como «desrealización» y «despersonalización». Se indicaba un «trastorno de trance disociativo» y la explicación más detallada utilizaba palabras

prestadas de otros idiomas, como «amok» y otra que parecía un montón de letras unidas al azar: «pibloktoq».

–Esto no tiene ningún sentido. Parece chino.

–Déjame ver –dijo Rose, cogiéndome el libro–. A veces se tarda un poco en encontrarle el significado…

Se puso a leer y fue arrugando la frente a medida que avanzaba. De pronto, soltó una carcajada y con una voz altisonante recitó:

–«El trance de posesión implica la sustitución del sentido habitual de una identidad personal por una nueva identidad atribuida a la influencia de un espíritu, poder, deidad u otra persona». Suena a posesión diabólica.

–Qué fuerte… –Me incliné para examinar el texto con ella–. Entonces no solo me lo parece a mí, ¿no? Tú tampoco le ves el sentido.

–No. En absoluto. Pero algunas cosas de las que pone aquí son bastante confusas, así que tampoco me sorprende demasiado. Esperaba que te tocara uno más fácil.

Albergaba la esperanza de que el doctor Larson me lo explicara si se lo pedía, pero era poco probable. Parecía más interesado en hacer preguntas que en dar respuestas. Incluso cuando respondía, no lo hacía a la pregunta formulada. Como ayer durante la reunión del equipo, cuando le pregunté si iba a dejar de estar vigilada individualmente y me respondió que eso dependía, sin aclarar de qué dependía.

Rose me había ayudado más que él o que cualquiera de los médicos del equipo. A pesar de toda la formación que tenían, no sabían cómo hablar con la gente. No eran como Lisa. Ella sí sabía.

Se me encogió el corazón. Había depositado mis esperanzas en ponerle nombre a mi diagnóstico. Había pensado que me ayudaría a que las cosas empezaran a tener sentido. Incluso si no hubiera sido capaz de encajar todas las piezas, al menos habría sido un punto de partida. Me entraron ganas de llorar.

¿Qué pensaría Thomas? Él, que siempre era tan lógico y práctico, ¿qué diría si le contara todo lo que estaba pasando? ¿Cuánto sabía ya? Por primera vez, lo eché de menos.

Mi motivo para no verlo durante las horas de visita era distinto del que tenía para evitar a Bob y a Dalila. En general, me culpaba a mí misma por todo lo que estaba pasando, pero había una pequeña parte de mí que lo culpaba a él. Si no me hubiera enamorado de él y no me hubiera insistido tanto en que conociera a Emily, nada de esto habría ocurrido. No era lógico ni racional, pero eso no cambiaba las cosas.

de mí se había hecho añicos. No podía imaginar lo que debía de pensar ahora: seguramente me vería como una especie de bicho raro. Y aun así, si alguien era capaz de ver más allá de algo así, era él. ¿Existía la posibilidad de que llegara a verme otra vez como antes? No esperaba que siguiera queriendo estar conmigo, pero había sido un gran amigo, alguien con quien podía hablar de cualquier cosa, y echaba de menos esas conversaciones. Aunque ya no pudiéramos volver a lo de antes, quizá aún quedara una oportunidad de seguir siendo amigos y de poder hablar como solíamos hacerlo.

Durante el último año, Thomas se había convertido en mi gran apoyo. Cuando algo me entusiasmaba, era a él a quien se lo contaba, y si alguien me hacía enfadar en la universidad, esperaba con ganas el momento de relatarle cada detalle. Aunque no pudiera hablar con él de cómo iban las cosas en casa con Emily, siempre encontraba la forma de hacerme sentir que todo saldría bien. Me recordaba que no pasaba nada por no sacar un sobresaliente en un examen y me hacía reír cuando no conseguía cerrar ninguna venta en el trabajo.

Por mucho que me costara admitirlo, Thomas había ido ocupando poco a poco el lugar de Emily como mi confidente. No recordaba la última vez que, tras un mal día en el trabajo o en la universidad, ella me hubiera consolado o animado. Todo giraba en torno a ella y a sus cambios de humor. Me pasaba el día caminando de puntillas alrededor de su estado de ánimo, que marcaba lo que yo podía hacer o decir. A la Emily que conocí la había perdido hacía mucho, y llevaba años llorando por ella.

Esa había sido una de las razones por las que me resultó tan fácil enamorarme de Thomas. En aquel momento no había sabido verlo,

pero, en el fondo, me sentía sola. Si el doctor Larson tenía razón y yo había estado creando a Emily durante los dos últimos años, ¿por qué la imaginé enferma y con una vida tan miserable? Si la había inventado porque no era capaz de dejarla marchar, ¿por qué construir un escenario que nos asfixiaba a las dos y me hacía sentir todavía peor, casi sin escapatoria?

Quería hablar de todo esto con Thomas. No esperaba que tuviera respuestas para mis preguntas, pero necesitaba conocer su punto de vista. Me dije que lo llamaba porque quería su ayuda, pero, sobre todo, necesitaba oír su voz.

Capítulo 16

Llevaba cinco días en el psiquiátrico y no había hecho ni una sola llamada, lo cual era inusual, porque allí todo el mundo se peleaba por usar el teléfono. Solo había dos en la unidad y teníamos un límite de diez minutos, así que siempre había alguien gritándole a otro que colgara el teléfono porque se le había acabado el tiempo. Incluso Darin y Rick lo usaban. No podía imaginar me con quién hablaban, pero lo utilizaban.

Entre semana solo teníamos dos horas de teléfono, pero era domingo, y se podían usar hasta que apagaban las luces a las diez. Los domingos todo seguía una rutina más relajada porque los médicos habituales no trabajaban. Permanecían de guardia por si surgía alguna emergencia que el personal de siempre no pudiera manejar. Me sentí aliviada al saber que el equipo tampoco estaba allí los domingos. En lugar del grupo de siempre con Mark, teníamos algo llamado «terapia ocupacional».

Una mujer llamada Teresa, vestida con pantalones de yoga como si acabara de salir del gimnasio, nos condujo a una sala que parecía un aula de arte de primaria. Allí donde miraras había cajas de plástico llenas de materiales para manualidades. Purpurina, telas y pegamento se amontonaban sobre las dos mesas largas que ocupaban el centro de la sala.

–Muy bien –dijo Teresa mientras sacaba cajas y las dejaba sobre la mesa–. Podéis expresaros libremente. Tratad de sintonizar con vuestras emociones y reflejadlas aquí.

Empezó a sacar ceras, lápices de colores, plantillas y pinceles y se los entregó a Rick y Darin. Tobi se acomodó junto a Teresa. Shelly y

Denise tomaron asiento junto a ella.

–Quiero seguir trabajando en mi caja de Dios –anunció Tobi.

–Muy buena idea –dijo Teresa–. Te la traigo. Shelly, ¿quieres la tuya también?

Shelly asintió.

Teresa se acercó a una estantería y sacó dos cajitas cubiertas de cartulinas y recortes de revistas. Shelly y Tobi se pusieron a trabajar. Doris no estaba allí. Se había descontrolado mientras se vestía y aún se estaba recuperando de la inyección. Normalmente, tardaba bastante en resucitar después de que la pusieran a dormir. Arlene también estaba desaparecida. Llevaba dos días enferma y no había salido de su habitación.

–Arlene está fingiendo estar enferma para no tener que ir al hospital estatal –dijo Shelly durante el desayuno–. Sabe que los médicos la quieren trasladar allí, así que pretende fingir que tiene una enfermedad terrible para que no la envíen. Pero lo harán. No va a funcionar. Nunca funciona. La última vez que estuve aquí trasladaron a un tío con sida al estatal. Si lo mandaron a él, lo harán con cualquiera.

No me fiaba demasiado de lo que me decía Shelly, pero estaba bastante segura de que tenía razón en lo de que trasladarían a Arlene. Se había arrancado tanto pelo que parecía que estuviera en quimioterapia. Ninguno de los medicamentos que los médicos le obligaban a tomar servía de nada. También había empezado a tener «accidentes» y le daban ataques de histeria si alguna de las enfermeras se lo mencionaba o trataba de limpiarla. Por su culpa, la sala del grupo olía fatal. Miré a Rose y sacudí la cabeza mientras Denise seguía su ejemplo y afirmaba que ella también quería hacer una caja de Dios.

Rose puso los ojos en blanco y me dijo:

–Faltaría más.

No tenía ni idea de lo que era esa caja, pero la mención de Dios me hizo pensar de nuevo en Thomas. Rose y yo nos sentamos, sin coger ninguno de los materiales artísticos. A Teresa no pareció importarle que no hiciéramos manualidades.

–Voy a llamar hoy a Thomas –le dije.

–¿Quién es Thomas? –me preguntó.

–Mi novio, supongo. Al menos lo era. No he hablado mucho con él desde que entré aquí.

–¿Cómo? ¿Tienes novio? Estoy oficialmente celosa. ¡Háblame de él, quiero saberlo todo! –dijo, dando saltitos en la silla.

–No hay mucho que contar, en realidad. Hace un año que salimos. Nos conocimos en el trabajo.

–¿Y? Cuéntame lo interesante, ¡el drama! ¿Te ha puesto los cuernos? ¿Te apoya ahora que estás enferma?

–No hay ningún drama. Es el primer novio que tengo que me dura más de unos meses. Probablemente sea el chico más bueno que exista. Estaba bastante loca por él antes de este incidente…

El «incidente» era la forma en que Rose y yo nos referíamos a lo ocurrido antes de que me metieran en el hospital.

–¿Al menos el sexo era bueno?

Thomas y yo nunca nos habíamos acostado. Yo era virgen, pero no por una profunda convicción religiosa de esperar al matrimonio, como en su caso. Simplemente, no me gustaba el sexo. Nunca me había gustado. Quería que me gustara, porque se supone que es algo que todo el mundo hace, pero al intentarlo mi cuerpo siempre se quedaba paralizado.

–¿Me estás diciendo que no te parece horrible que siga siendo virgen? –me preguntó Thomas después de contarme lo suyo.

Era inusual, pero no horrible.

Durante nuestra relación pasamos muchas noches viendo películas. Yo elegía y él fingía que tenía que aguantar otra de mis comedias románticas, aunque estaba bastante segura de que, en el fondo, le encantaban.

–No, no me lo parece.

Aquel día, en el trayecto en coche de vuelta a mi casa, me planteé si debía contarle mi situación. Siempre había dado a entender que ya había tenido relaciones, pero con Thomas me arriesgué a decir la verdad.

–Yo también soy virgen –anuncié.

Se había pasado los últimos veinte minutos del trayecto exponiéndome sus convicciones religiosas, pero yo no las compartía,

así que mi anuncio le resultó chocante.

–¿En serio? ¿Puedo preguntarte por qué?

–No me gusta el sexo.

–¿Cómo lo sabes si nunca lo has hecho?

–He hecho otras cosas.

Había dejado que los chicos exploraran mi cuerpo en el instituto. Les dejaba que me toquetearan y me manosearan. Les permitía que me agarraran los pechos, estrujándolos y tirando de ellos hasta hacerme daño, mientras gemían de excitación. Consentía que me masturbaran, pero sus maniobras me producían tanto placer como colocarme un tampón.

–¿Y no disfrutabas nada de eso? No debían tener ni idea de lo que hacían –dijo con la seguridad de quien da por hecho que él sabría hacerlo.

Ya lo había oído otras veces. Era algo que decían todos los tíos con los que había salido.

–Creo que estoy entumecida de cintura para abajo.

Nunca había sentido nada. A diferencia de mí, a Emily le encantaba el sexo y nunca tenía suficiente. Incluso se acostaba con desconocidos; nunca llegué a entender qué obtenía de eso. Me contaba con todo detalle lo que se suponía que tenía que sentir e incluso me convenció para que probara a masturbarme. Lo intenté exactamente como ella me dijo, pero seguía sin sentir nada.

Thomas pertenecía al club del «Vale todo menos la penetración». Puede que no llegara a ser él quien me quitara la virginidad, pero estaba decidido a ser el primero en darme un orgasmo. Besarlo, en cambio, sí me gustaba; besaba muy bien. Los chicos con los que había salido antes lo hacían con prisas, como si el beso fuera solo un trámite que había que superar para llegar a lo que de verdad querían.

A Thomas le gustaban los besos tanto como a mí y no tenía prisa por ir más allá. Yo me negaba a quitarme los pantalones, así que nos frotábamos por encima de la ropa como dos adolescentes, y mi primer orgasmo llegó por sorpresa una de esas veces, estando completamente vestida. No se lo conté hasta pasado más de un mes porque me sentía ridícula. Cuando al fin lo hice, me puse roja como

un tomate: me parecía algo casi infantil. Pero él estaba eufórico. Le daba igual cómo había pasado; solo le importaba ser quien me hubiera llevado hasta ahí. No tardó mucho en seguir mi ejemplo. Teníamos mejor sexo completamente vestidos que mucha gente en situaciones «normales».

–Nunca hemos llegado a la penetración, pero hemos jugueteado bastante, y eso se nos da muy bien.

–¿Qué le vas a decir cuando le llames? –me preguntó–. ¿Vas a pedirle que venga hoy?

No había pensado en eso.

–¿Podría venir hoy? –le pregunté.

–Sí. Los domingos puedes recibir visitas en el momento que quieras. Incluso se pueden quedar a comer contigo si te apetece. Pueden traerse su propia comida o pedir una bandeja del hospital.

Corrí hacia el teléfono en cuanto terminó la terapia ocupacional. Me daba miedo perder el temple si no lo hacía enseguida. Llegué la primera a la fila y, antes de darme cuenta, estaba marcando su número. Además del número de teléfono de Bob y Dalila, el suyo era el único que me sabía de memoria. El corazón me latía con fuerza mientras sonaba. Tenía la garganta seca y las palmas de las manos mojadas sobre el auricular. No paraba de secármelas.

Estaba a punto de colgar antes de que saltara su buzón de voz cuando contestó:

–¿Hola? –dijo entre resuellos.

–Hola… Soy… soy Elizabeth.

–Oh. Hola. ¿Qué tal?

Podía oír la emoción en su voz.

–He estado pensando mucho en ti. Te diría que he estado rezando por ti, pero sé lo mucho que te enfadas cuando te lo digo. –Reí nerviosamente. Hubo un silencio incómodo–. ¿Cómo va el trabajo? –le pregunté.

–Va bien, lo mismo de siempre. Todos me preguntan por ti… Ya sabes cómo les gusta el cotilleo.

–Ajá…

–No les he contado nada. Todos piensan que estás de baja médica o algo así. Estoy seguro de que Josh te readmitirá en cuanto salgas

de ahí.

–Genial.

Otra larga pausa.

–¿Cómo estás?

–Estoy bien. Gracias por preguntar. –Su voz sonó muy atenta–. ¿Y tú?

–Yo también estoy bien.

Más silencio incómodo. Esta vez, aún más largo.

–Estoy... estoy muy contento de que me hayas llamado. Quería llamarte o escribirte una carta, pero Lisa me dijo que debía darte espacio y que te pondrías en contacto conmigo cuando estuvieras preparada. Estoy muy contento de que me hayas llamado. Ay, eso ya lo he dicho… –Rio nerviosamente–. Espero que no te enfades porque haya hablado con Lisa, pero es que me ha estado ayudando mucho.

–No pasa nada.

–Bien. Me gusta mucho hablar con ella. No soporto hablar con ese doctor Larson; me siento como un completo idiota cada vez que lo hago. Quiero decir, ¿le costaría mucho comportarse como una persona normal?

Me eché a reír. Thomas me hacía sentir bien.

–Me gustaría mucho poder visitarte otra vez. Te echo de menos.

–¿De verdad? ¿Después de todo lo que ha pasado? ¡Con lo chiflada que estoy!

–Te quiero aún más que antes.

El corazón se me derritió. Seguía queriéndome a pesar de estar en un psiquiátrico.

–¿Puedo ir a verte? ¿Por favor? Solo yo. Sin Bob ni Dalila. Ni siquiera tenemos por qué hablar. Simplemente podemos sentarnos juntos. Me encantaría poder sentarme a tu lado.

–Sí, por favor, ven.

Capítulo 17

Me senté junto a Thomas en mi cama con un desconocido de guardia en la puerta, más nerviosa que en nuestra primera cita. Me puse a llorar en cuanto entró en la unidad. Había llorado delante de Rose y ahora también lloraba delante de Thomas. Tenía miedo de abrir la boca e intentar decir algo por si me ponía a llorar otra vez.

–Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi –dijo, y sonrió.

–Tú también.

Le devolví la sonrisa. Sus ojeras habían desaparecido.

Nos sentamos sin tocarnos. Me miró fijamente mientras yo clavaba la vista en la pared blanca frente a mí. Sentía la piel caliente, como si tuviera fiebre.

–Me alegro de que por fin me hayas permitido venir a visitarte. Ya estaba maquinando cómo conseguir que me encerraran aquí para poder verte.

Me cogió la mano. Entrelacé mis dedos con los suyos, como solíamos hacer en su Honda durante nuestras pausas para comer. Sus manos estaban tan sudorosas como las mías.

–Bob y Dalila parecen buenas personas. –Asentí. Todavía no había recuperado la voz–. Bob me recuerda un poco a un Papá Noel flacucho.

–Es verdad…

Sonreí. Me sentía bien a su lado.

Me acerqué para que nuestros muslos se tocaran.

–Siento mucho todo lo que ha pasado. Todo esto. Y todo lo de antes. No sabía lo que estaba pasando. Aún no lo sé. Lo que quiero decir es que…

Me puso la mano sobre los labios.

–Shhh, no pasa nada. De verdad. No hace falta que intentes explicarme nada. Lo entiendo, de verdad, y sé que todo va a ir bien.

Yo no estaba tan segura de que todo fuera a ir bien, pero oírselo decir me hizo sentir mejor.

–¿Quieres que te traiga algo, cualquier cosa? –me preguntó.

–La llave para salir de aquí.

Era una broma malísima, pero aun así nos reímos para romper la tensión.

–¿Sabes? Si yo estuviera en tu lugar, ahora mismo estaría perdiendo la cabeza. Entiendo perfectamente que no quieras seguir preocupándote por mí ni por nuestra relación, pero ¿podemos al menos ser amigos?

Se me hizo un nudo enorme en la garganta.

–Creo que ahora mismo me vendría muy bien un amigo.

Me eché a llorar de nuevo. Estaba sufriendo y ya no me importaba que todos lo vieran. Me tomó entre sus brazos y me aferré a él como quien se agarra a un salvavidas para no ahogarse. Me abrazó durante mucho rato hasta que se me pasaron las lágrimas. No se preocupó de hablar, porque no había palabras que pudieran arreglar lo que estaba pasando. Nos quedamos abrazados, hablando de la universidad y del trabajo, hasta que llegó el momento de que se marchara.

Volvió el lunes por la noche, en horario de visitas. Su presencia me resultó reconfortante; era casi como estar en su dormitorio, solo que el zapato en la puerta había sido sustituido por una persona sentada en una silla. Estaba tan acostumbrada a tener a alguien siguiéndome que, fuera quien fuera, lo veía más como una estatua que como un ser vivo. Le conté anécdotas de la unidad y, cuando le dije que Doris había anunciado que iba a matar a su madre en mi primera sesión de terapia de grupo, se rio hasta que se le saltaron las lágrimas. También coincidió en que era absurdo lo mucho que se arreglaban Shelly y su cuadrilla todos los días.

Me trajo un bocadillo con extra de queso y jalapeños, justo como a mí me gustaba. Era lo primero que comía en casi dos semanas que

no salía de la cocina del hospital, y me supo mejor que un filete de primera. Me dio pena cuando llegó la hora de que se fuera.

–Te he traído algo –dijo, cogiendo la mochila que había dejado junto a la cama.

–¿En serio?

Aún recordaba el primer regalo que me había hecho. Fue por mi cumpleaños; me había regalado *Mujer fenomenal*, de Maya Angelou. Esta vez sacó una gruesa carpeta azul y me la entregó.

–Espero que no te enfades. No puedo imaginar cómo te sientes, pero creo que, si yo estuviera en tu lugar, me sentiría muy solo. Eso me hizo darle vueltas y me puse a buscar cosas por internet. Encontré un foro de apoyo para personas que han perdido a su gemelo y me pareció increíble. Son personas que han pasado por lo mismo que tú, cuentan lo que han vivido, sus historias, todo eso. Pensé que te gustaría leerlo, así que me he gastado media tinta de la impresora en sacar todo esto. –Su rostro se transformó en esa amplia sonrisa tan familiar. La echaba de menos–. Espero que lo leas y te ayude a no sentirte tan sola.

Cogí la carpeta y me la apoyé en el regazo, colocando las manos sobre ella.

–Gracias.

Rose, Tobi, Shelly y Denise lo miraron fijamente mientras se alejaba. El día anterior, Tobi y Shelly no se habían cruzado con él porque sus familias habían ido a visitarlas; Denise había estado durmiendo y, como faltaba tan poco para la cena, Rose ya se encontraba en su sesión privada. Le había sabido muy mal no haber podido verlo.

En cuanto salió por la puerta, las cuatro se pusieron a gritar.

–Dios mío, es tan mono… –dijo Rose.

–Absolutamente –dijo Denise.

Shelly se puso a dar saltitos junto a Tobi.

–¡¿Cómo ha ido?!

–Bien. Realmente bien.

Pensaba contárselo todo a Rose cuando estuviéramos a solas, porque no me fiaba de las demás.

La tele estaba encendida y todos se agolpaban a su alrededor.

–Ni siquiera sabía que esa cosa funcionaba.

El resto miraba una película antigua de Tom Hanks; incluso habían hecho palomitas. A mí no me interesaba en absoluto, pero quería desviar su atención de mí porque estaba impaciente por ver qué había dentro de la carpeta. Nos unimos al grupo y empecé a leer mientras los demás miraban la pantalla.

Los folios estaban llenos de historias de gente que, como yo, había perdido a un gemelo. Había cientos de casos. Devoré aquellos relatos como una niña hambrienta a la que dan de comer por primera vez. Eran desgarradores y me reconocí en la profundidad de su desesperación, como si alguien se hubiera metido en mi cabeza y hubiera escrito el guion de mi vida. Todos decían sentirse como medias personas sin su gemelo. Describían la sensación de ser una sola alma en dos cuerpos y la lucha por seguir adelante sin su otra mitad. Algunos no conseguían superarlo; otros se negaban siquiera a intentarlo. Muchos se planteaban el suicidio y algunos lo habían intentado. Rompí a llorar al leer la historia de un hombre que había tratado de quitarse la vida después de perder a su hermano por una sobredosis de heroína. En los comentarios, otros que también habían pensado en suicidarse tras perder a su gemelo volcaban en él todo su apoyo.

Me fascinaba cómo contaban que habían intentado mantener vivos a sus hermanos. Algunos le hablaban al espejo como si fuera su gemelo; otros se vestían como ellos. Una chica de diecisiete años explicaba que ella siempre había llevado el pelo largo y su hermana, corto, pero que en las semanas siguientes a su muerte se lo había cortado. Algunos llevaban un diario en el que escribían cartas a su gemelo fallecido y fingían que este les contestaba.

Las lágrimas me corrían por las mejillas. Ya no estaba sola. No era un bicho raro por fingir que Emily seguía viva. Todos ellos, como yo, habían sido incapaces de hacer frente al enorme pesar de perder a su gemelo y habían hecho algo para mantenerlo con vida hasta que fueron lo bastante fuertes como para empezar a vivir sin él. Aún no sabía cómo lo había hecho ni cómo funcionaba nada de aquello, pero empezaba a ver que era posible.

Mi cerebro no era capaz de asimilar la cantidad abrumadora de detalles y no sabía si alguna vez llegaría a un punto en el que pudiera imaginarme viviendo sin Emily, pero empezaba a asumir que Emily llevaba muerta dos años. Aquella noche me dormí abrazando aquellos papeles contra el pecho, como si fueran un osito de peluche.

Capítulo 18

–Veo que has recibido visitas –dijo el doctor Larson con una sonrisa nada más empezar nuestra sesión el martes por la mañana.

Era la primera vez que le veía sonreír. No le pegaba.

–Visitas no. Solo Thomas.

–¿Cómo fue? –me preguntó–. ¿Disfrutaste de la compañía?

Me sonrojé y bajé la mirada.

–Fue bien.

–Tengo buenas noticias. Durante nuestra reunión de equipo de esta mañana, hemos decidido retirarte la supervisión personal –me dijo–. Creemos que ya no es necesario vigilarte tan de cerca.

Me entraron ganas de aplaudir. Su revelación me hizo sentir mejor que aquella vez que gané el concurso de deletreo en la escuela. Estaba muy orgullosa de mí misma. Me quedaba mucho camino por recorrer, fuera cual fuera el extraño sendero que estaba transitando, pero a ojos del equipo había avanzado. No sabía qué había hecho para demostrarles que ya no era una amenaza para mí misma, pero no me importaba. Lo único que importaba era que había dado un paso adelante.

–He pensado que podríamos retomar la charla del viernes sobre tu diagnóstico. ¿Has encontrado alguna información útil al respecto?

«¿Debería contarle lo del libro de Rose?», pensé.

–Lo busqué en un libro, pero no le encontré mucho sentido.

–¿Lo has buscado en el DSM? –preguntó.

–No, creo que no. Era un libro lleno de estadísticas con más de novecientas páginas sobre trastornos mentales.

Volvió a sonreír. Estaba completamente fuera de lugar esa segunda vez.

–Ese es. *El Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Lo llamamos DSM.

–¿Se supone que no debía hacerlo? –le pregunté.

–Imaginé que lo harías. La mayoría de los pacientes acaban por desarrollar la capacidad de leerlo y de moverse por él mejor que algunos de nosotros. Es muy normal sentir curiosidad por tu diagnóstico y aquí no hay forma de buscarlo en Google. –Primero había sonreído y ahora trataba de ser gracioso. Era la primera vez que parecía humano–. ¿Tienes alguna pregunta ahora que lo has leído?

–No entendí nada. El diagnóstico de Rose resultaba muy claro y la describía casi a la perfección, pero el mío sonaba como si estuviera poseída por el diablo o algo por el estilo.

–Los trastornos disociativos pueden ser muy confusos incluso para nosotros. Clasificamos los trastornos en función de los síntomas. Hay un montón cuyo síntoma común es la disociación. Para que se te pueda diagnosticar un trastorno, tienes que cumplir una serie de criterios. Tomemos el ejemplo de Rose y su anorexia: seguramente cumplía con todos los síntomas enumerados, ¿verdad?

Asentí.

–Como tiene todos los síntomas de la lista, podemos atribuirle con toda tranquilidad ese diagnóstico, pero a ti te hemos diagnosticado con un trastorno disociativo no especificado. Aquí es donde la cosa se vuelve confusa. Básicamente, el TDNE implica que tienes muchos de los síntomas de un trastorno, pero no los suficientes para que nos sintamos seguros de diagnosticarte uno en concreto. Por desgracia, tu caso se complica todavía más porque tienes síntomas que podrían cumplir los criterios de muchos de los trastornos disociativos, pero no los suficientes como para asignarte ninguno en particular. A medida que avancemos, puede que encontremos más información que nos permita precisar mejor tu diagnóstico, pero por el momento este parece ser el más adecuado. ¿Te ha ayudado algo de lo que te he dicho?

–Sí. Gracias –mentí.

Seguía confundida.

–Bien. –Hizo una pausa–. Me alegro mucho de que estés retomando tu relación con Thomas. Creo que te será de mucha ayuda durante el tratamiento. ¿Has pensado si estás preparada para volver a ver a Bob y Dalila?

Thomas me había dicho que le llamaban todos los días para ver si tenía noticias mías o si le había permitido visitarme. Él había estado evitando sus llamadas durante los dos últimos días porque no quería decirles que me había visto, pero tampoco quería tener que mentirles y fingir que no lo había hecho. Estaba convencida de que volverían a llamarle hoy y no sabía cuánto tiempo más podría seguir esquivándolos.

–Supongo que debería verlos –respondí.

No quería que fuera Thomas quien tuviera que decírselo. No era justo.

–No vas a poder quedarte en el hospital para siempre. Parte de nuestro objetivo es prepararte para el alta y, cuando eso ocurra, queremos asegurarnos de que dispones de una red de apoyo. Creo que Bob y Dalila podrían ser de ayuda si les dieras la oportunidad.

–No sé si estoy preparada.

–¿Y si llamaras a Dalila en vez de que venga a verte? ¿Crees que podrías al menos intentar hablar con ella? ¿O te resultaría más fácil hablar con Bob?

Si tenía que llamar a uno de ellos, preferiría que fuera a Bob, pero lo cierto era que nunca lo había llamado porque sabía que no le gustaba hablar por teléfono y a Dalila siempre le dolía que mostrara preferencia por él.

–Podría llamar a Bob, pero entonces tendría que lidiar con el hecho de que Dalila se ofenda porque no la he llamado a ella.

–Dalila es una adulta y es responsable de sus sentimientos, no tú. Si prefieres llamar a Bob en vez de a ella, es perfectamente aceptable.

–¿En serio?

Para mí ambos eran como una sola entidad y nunca me había planteado tener relaciones individuales con ninguno de los dos. Pensar en llamar a Dalila me agobiaba y me deprimía, pero la idea

de llamar a Bob me hacía sentir bien. Era parecido a lo que había sentido cuando llamé a Thomas.

–No tiene nada de malo preferir hablar con Bob en vez de con Dalila. Quizá ambos podríais empezar a plantearos cómo os gustaría que fuera vuestra relación.

Pasamos el resto de la sesión hablando de lo que le diría a Bob cuando llamara y de los temas de los que podría conversar con él sin sentirme incómoda, pero la verdad es que no estaba demasiado interesada ni concentrada. Estaba emocionada por contarle a Rose las historias de gemelos que había leído. La noche anterior me sentía demasiado sensible como para explicarle nada, pero esa mañana me moría de ganas de ponerla al día de lo que había averiguado.

–¿Estás bien? –me preguntó en cuanto me senté a su lado tras mi sesión con el doctor Larson.

–Sí, estoy bien.

–Pues me alegro mucho. De verdad –me dijo.

Se giró hacia el otro lado. La miré y me di cuenta de que le temblaba el labio inferior.

–¿Qué te pasa?

Sacudió la cabeza.

–Es una tontería. No me hagas caso.

–¿Ha ido mal el pesaje? –le pregunté.

Siempre estaba de un humor pésimo después de pesarse.

Se rio y volvió a sacudir la cabeza.

–Ya te lo he dicho, es una tontería. Lo que pasa es que pensaba que eras como yo.

«¿Como ella? ¿Como ella cómo?», me pregunté. Levanté las cejas.

–No te entiendo.

–Yo no tengo amigos.

Ella nunca llamaba por teléfono ni tenía visitas. Durante la semana que yo llevaba allí, nadie había venido a visitarla. Ahora me tocaba a mí reírme.

–¿De verdad crees que tengo amigos? He tenido una sola amiga en toda mi vida. Eres la primera amiga que tengo que no es Emily.

–Ya te he dicho que era una tontería, pero incluso los más pirados tienen quien los llame. –Señaló al resto del grupo, cada uno en su respectivo emplazamiento en la sala, dejando que el tiempo pasara–. Y tú tienes a tu novio. Un novio de verdad. Yo nunca he tenido uno.

–Hablas como si yo hubiera tenido muchos. En serio, es mi primer novio. Y me refiero a jamás de los jamases. Ya te he dicho que todavía soy virgen. Está más que claro que no tengo ninguna experiencia en lo que respecta a los tíos.

–¿Os enrollasteis cuando estuvo aquí?

Había vuelto a ser la misma de siempre en un abrir y cerrar de ojos. Le puse los ojos en blanco.

–Faltaría más. Nos quedamos en pelotas mientras el personal nos miraba.

–Yo nunca podría quitarme la ropa delante de un chico. Nunca. ¿Puedes imaginarte lo que pensarían de mí?

Se estremeció.

–Créeme, estarían encantados de que no llevaras ropa. Y además estás estupenda.

–Lo que estoy es gorda.

Volví a poner los ojos en blanco.

–Ven, levántate.

–¿Por qué?

–Vamos, levántate. Quiero enseñarte una cosa.

La tomé de la mano y tiré de ella para que se levantara del sofá.

–¿Adónde vamos? –me susurró.

–Sígueme. –Me volví para mirar a Felicia y la llamé–. Vamos al baño. Volveremos en cinco minutos.

Felicia asintió.

–¡¿Te han levantado la restricción?!

–Sí. Desde esta mañana, soy libre de moverme sin que me sigan. –Continué tirando de ella por el pasillo hasta el baño de mujeres–. Y vamos a celebrar mi libertad.

Empujé la puerta del cuarto de baño que había a la derecha de la estación de las enfermeras. Rose me miró, desconcertada, pero me siguió de todos modos. Cerré la puerta detrás de nosotras y miré por

debajo de la puerta de cada cabina para asegurarme de que no asomaban zapatos.

–Quítate la ropa –le dije.

Rose se echó a reír.

–¿De qué estás hablando?

–Que te quites la ropa. –Solté una risita–. Vamos, quítatela. Siempre me estás diciendo que quieres enseñarme cómo eres desnuda. Quiero verlo.

–¿Lo dices en serio?

–Muy en serio. ¿Cuántas veces has dicho que no te he visto nunca desnuda? Bueno, pues ha llegado el momento de que te vea.

–Ahora verás.

Se quitó la camiseta y me la lanzó con una gran sonrisa en la cara.

Pero yo la miré horrorizada.

No llevaba sujetador, pero no lo necesitaba porque no tenía pechos, solo pezones. Parecía el cuerpo de un niño de doce años. Podía ver todas y cada una de sus costillas y su vientre era cóncavo. Se le metía hacia dentro tan profundamente que casi podía caberle una sandía en el hueco.

–Eres la persona más delgada que he visto en mi vida.

Se le iluminó la cara.

–¿En serio?

–Sí.

No sabía que fuera posible estar así.

Se quitó los pantalones y se quedó en ropa interior. Sus piernas, delgadas como palos, se arqueaban como si fueran a romperse. Parecía increíble que pudieran sostenerle el cuerpo. ¿Cómo podía caminar sin romperse?

–¿Qué te parece? –me preguntó con las manos en las caderas, que le sobresalían como huesos de dinosaurio.

–Que necesitas engordar un poco.

–Buf, así que de eso va esto.

Se agachó para recoger la camisa mientras fruncía el ceño.

–No, para. –Le arrebaté la camisa–. No haces más que decir que estás gorda, así que quiero que me enseñes dónde está la grasa.

–Fácil. –Levantó el brazo y señaló por debajo del antebrazo–. ¿Ves esta cosa flácida? Parece gelatina.

No veía nada.

–¿Y esto? –Se agarró parte de la piel del vientre y tiró de ella–. Esto es lo que he ganado desde que estoy aquí.

Lo único que sujetaba entre los dedos era piel.

Trató de pellizcarse los muslos, pero no logró agarrar nada, así que les dio unos manotazos.

–Mira cómo tiemblan cuando les doy con la mano. Es asqueroso. –La piel no se movió. La tenía tan tensa que los huesos amenazaban con atravesarla–. ¿Lo entiendes ahora?

Se le llenaron los ojos de lágrimas al mirarse en el espejo.

La rodeé con el brazo.

–No, Rose, cariño, no lo entiendo. No tienes una pizca de grasa en el cuerpo. Ahí no hay nada. Te estoy mirando y no hay nada.

Sacudió la cabeza, incrédula.

–Solo tratas de ser amable. Me miro en el espejo y está ahí. Lo estoy viendo.

Miré su cuerpo demacrado en el espejo, con la cabeza sobredimensionada pegada a su huesudo cuello. Ella no veía lo que yo. Para ella, la grasa de su cuerpo era real, aunque no existiera. Veía cosas que no estaban allí.

El corazón empezó a latirme con fuerza y el estómago se me subió a la boca. Me quedé mirándola en el espejo mientras ella se pellizcaba. Su cerebro la estaba engañando. Hipnóticamente, empecé a desabrocharme los vaqueros y los dejé caer al suelo lentamente mientras ella seguía parloteando, enumerando cada zona de grasa que encontraba. Me miré fijamente a los ojos en el espejo, temerosa de observar mi cuerpo.

«Hazlo. Mira. Solo mira».

Me sentí mareada y el aire me abandonó. Me agarré al lavamanos que tenía delante, obligándome a respirar, y luego bajé la mirada hacia mis piernas. Estaban mutiladas. Unos cortes rojos irregulares atravesaban la piel, creando deformidades dignas de una película de terror.

«Esas son mis piernas», pensé.

Cerré los ojos con fuerza, conté lentamente hasta diez y luego los abrí de nuevo. Me obligué a mirar otra vez, esperando haberme equivocado. Las cicatrices rojas, enfurecidas, seguían allí, gritándome. Unas marcas enmarañadas subían y bajaban desde la cadera hasta la pantorrilla; algunas eran caóticas, como si se hubieran hecho con furia, y otras metódicas y limpias, como si estuvieran trazadas con toda la intención.

La adrenalina me recorrió las venas como una bala disparada por un revólver. Me apresuré a coger los vaqueros y me los subí tan rápido como pude, tratando de abrochármelos torpemente, como si tuviera dos años. Y entonces salí corriendo. Corrí todo lo que pude, porque necesitaba salir de aquel baño y alejarme del espejo.

Capítulo 19

Me quedé tumbada en la cama, mirando las placas del techo, sin dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía mis piernas.

«Mis piernas. Mis heridas. Mis cicatrices. Mi cuerpo».

¿Cómo había podido hacerme eso? ¿Cómo había podido cortarme así las piernas y no recordar haberlo hecho? Mi cerebro me había estado engañando del mismo modo que el de Rose la engañaba a ella. ¿Qué me pasaba?

Hacía unas horas había sentido los primeros destellos de esperanza, pero se habían hecho trizas en el baño. Una cosa era fingir y creer que Emily estaba viva y otra muy distinta destrozarme así las piernas y no recordar haberlo hecho. Estaba aterrorizada. Si había sido capaz de hacerme algo tan horrible y no recordarlo, ¿qué más podía haber hecho? ¿Había otras cosas que tampoco recordaba? El miedo me recorría el cuerpo una y otra vez.

Hablar con el doctor Larson quedaba completamente descartado. Si llegaba a enterarse de lo que me había hecho, nunca saldría del hospital. Se lo contaría al equipo y me enviarían al hospital estatal. Podría contárselo a Thomas, pero en nuestras conversaciones sobre lo que había ocurrido antes de ingresar apenas habíamos arañado la superficie. Me escucharía, pero no tendría ni idea de cómo ayudarme. Debían de ser las tres de la madrugada cuando caí en la cuenta de que podía hablar con Lisa. Ella conocía mi historia, me comprendía y yo confiaba en ella. Bob me había dicho que quería venir a verme cuando me sintiera preparada, y ahora lo estaba más que nunca. Pensar en ella me tranquilizó lo suficiente como para poder quedarme dormida.

A la mañana siguiente, durante la sesión con el doctor Larson, no esperé a que me preguntara cómo me sentía.

–Quiero trabajar con mi antigua terapeuta –le dije antes de que siquiera tuviera tiempo de sacar su cuaderno.

–¿Tu terapeuta? ¿Te refieres a Lisa?

Seguía pareciéndome una buena idea.

–Sí. Me gustaría verla.

–Lo siento, pero la política del hospital es que los pacientes trabajen con los psicólogos que tenemos en el equipo.

Parecía ofendido.

–¿Por qué?

–Todo el equipo está trabajando intensamente para proporcionarte una atención coordinada. Es muy importante que la atención que recibas esté consensuada entre todos los cuidadores.

Su discurso me sonaba a basura psicológica y esa era justo la razón por la que quería ver a Lisa. Ella me hablaba como una persona normal. No pensaba rendirme.

–¿Y qué impide que Lisa trabaje de manera consensuada?

Nunca le había llevado la contraria y eso le sorprendió.

–No forma parte del equipo –me dijo–. No tiene acceso a tu historial ni a ninguno de los planes de tratamiento que hemos creado durante tu estancia aquí. Podrás verla como tu terapeuta externa cuando salgas. Estaré encantado de ayudarte a organizarlo; de hecho, creo que sería una gran idea. Podremos hablar sobre cómo hacerlo cuando se acerque el momento de tu alta. Pero, antes de llegar a ese punto, tenemos mucho trabajo por hacer.

–Quiero verla ahora. Creo que me sentiría más cómoda hablando con ella.

–Lo siento, pero es la política del hospital. –Se encogió los hombros–. Quizá podríamos hablar sobre por qué te sentirías más cómoda hablando con ella que conmigo o con otro de los terapeutas que tienes a tu disposición.

No lo entendería por mucho que se lo explicara. Me miró como si yo fuera una célula en una placa de Petri.

–¿Puede venir a visitarme? No a hacer terapia conmigo, ya que violaría la política del hospital, pero ¿puede venir durante las horas

de visita?

Frunció el ceño.

–Supongo que sí, si la añades a tu lista de visitantes. No puedo controlar quién viene a verte, pero no te lo recomendaría. Creo que podría causarte confusión.

Nuestra sesión transcurrió a toda prisa. No presté atención a nada de lo que él quería hablar, porque estaba concentrada en contar los minutos que faltaban para que terminara.

Cuando por fin lo hizo, me levanté de un salto de la silla y corrí hacia la estación de enfermería. Llamé a la enfermera más cercana y le dije que necesitaba mi registro de visitas; garabateé en él el nombre de Lisa. Luego me fui corriendo hacia el teléfono. Quedaban cuarenta y cinco minutos para que empezara el horario de llamadas, así que era la primera de la cola. Mientras esperaba, busqué su número en las Páginas Amarillas.

Golpeteé con los pies mientras el teléfono sonaba.

–¿Puedo hablar con Lisa? –pregunté cuando contestó la recepcionista.

–Lo siento, no está disponible en este momento.

–Es una emergencia –le dije–. Necesito hablar con ella.

–Lo siento. Está en una sesión y no puedo interrumpirla. ¿Quiere dejar un recado?

–Se lo pido por favor, de verdad que es una emergencia. En serio, tengo que hablar con ella. No podré volver a llamarla.

–Entiendo perfectamente que se trate de una emergencia; Lisa tiene muchas emergencias. Pero puedo tomar nota de sus datos y decirle que la llame.

Su voz denotaba que se estaba empezando a enfadar.

–De acuerdo.

–Adelante –dijo ella.

–Bien. Dígale que ha llamado Elizabeth Rooth y que estoy en el Memorial Kennedy Hospital, en el pabellón psiquiátrico, en Galston. Necesito que venga a visitarme. Esta misma noche, a ser posible. No sé el número de teléfono de este sitio. Joder, ¡no tengo ni idea!

–Estoy segura de que ya lo tiene. ¿Cuál es el horario de visitas?

–De seis a siete. ¿Puede transmitirle el mensaje? ¿Le dirá que es sumamente importante?

–Por supuesto. ¿Algo más?

–No.

–Perfecto. Que tenga un buen día.

Fin de la conversación. No me quedaba otra que esperar.

Volví a la sala de estar y me acomodé mientras deseaba que acabara el día.

–¿Qué te pasa hoy? –me preguntó Rose.

Me encogí de hombros.

–Nada.

–Llevas muy rara todo el día. –Se puso de morros–. ¿Estás enfadada conmigo? ¿He hecho algo mal? Aún no me has dicho por qué saliste corriendo del baño anoche. ¿Tan horrible era?

–No todo gira en torno a ti, ¿vale? –le solté.

–Vale –resopló, cogiendo una de sus revistas–. Yo tampoco quiero hablar contigo.

Había herido sus sentimientos, pero no tenía fuerzas para tratar de hacerla sentir mejor. Hoy no. El pánico amenazaba con apoderarse de mí. Seguía viendo mis piernas cuando cerraba los ojos y, cada vez que lo hacía, me invadía un torrente de terror que me hacía sentir como si fuera a vomitar.

Aquel día fue el más largo desde que había entrado en el hospital, incluso más que el primero. Cada minuto se eternizaba. Me repetía que no tenía que mirar el reloj, pero eso solo hacía que lo mirara más. Cuando creía que había pasado mucho tiempo, levantaba la vista y descubría que solo habían transcurrido unos pocos minutos. Era angustioso. Ojalá hubiera un botón de avance rápido que pudiera apretar hasta la hora de visitas. Tenía tanto miedo de que viniera Lisa como de que no viniera.

Durante todo el día tuve una conciencia aguda de todo lo que me rodeaba. Las luces brillaban demasiado y las voces de todos a mi alrededor eran demasiado altas. La mayoría de los días ni siquiera notaba que estaban ahí, pero aquel día incluso podía oír a las enfermeras hablando entre ellas en la estación. La risa exagerada de Shelly resultaba tan estridente que quería taparme los oídos para

ahogarla. Podía oír los latidos de mi corazón retumbando en la cabeza.

Cuando llegó la hora de visitas, estaba agotada. No pude cenar. Me alegré de no haber comido, porque a las seis de la tarde estaba en el cuarto de baño, vomitando grumos de mucosidad amarilla y verde en el retrete. Me topé con Lisa en la estación de enfermeras al salir del baño.

–Hola, Elizabeth.

–Has venido.

Sentí el cuerpo zumbar. Me rodeó con los brazos y me estrechó entre ellos.

–Me ha alegrado mucho que llamaras.

–Y a mí que hayas venido.

Solo ver a Emily me habría alegrado más.

–¿Vamos a tu cuarto y hablamos? –me preguntó, enlazando su brazo con el mío.

Asentí y nos dirigimos a mi habitación en silencio. Cerró la puerta tras nosotras y la habitación me pareció mucho más pequeña. Nunca me habían dejado cerrar la puerta, ni siquiera por la noche, pero me alegré de que pudiéramos estar a solas y sin interrupciones. Lisa debía de tener privilegios por ser terapeuta.

Me acomodé en la cama y ella tomó la silla del escritorio y se sentó. Me sonrió. A diferencia del doctor Larson, no empezó preguntándome cómo me sentía.

Metió la mano en el bolso y sacó a Annabelle. Cuando me la entregó, se me cortó la respiración.

–He pensado que te podría ser útil.

Antes de que hubiera terminado de pronunciar aquellas palabras, yo ya estaba sollozando. Sujeté a Annabelle y la estreché contra el pecho. Nos quedamos sentadas unos minutos mientras yo lloraba. Finalmente, Lisa me pasó el familiar peine blanco y empecé a acariciarle el cabello del mismo modo que hacía cuando era pequeña. Mi respiración se fue relajando lentamente, igual que entonces.

Fui yo quien tomó la iniciativa:

–Tengo algunas preguntas que hacerte.

–De acuerdo. Me encantará responderlas –me dijo.

–No sé cómo explicártelo, pero voy a intentarlo. Emily siempre fue la que se cortaba. Yo nunca lo hice. Nunca. Se cortaba desde que éramos niñas, pero yo no, solo ella. Yo no era capaz. Lo intenté más de una vez, solo porque quería que ella entendiera cómo me sentía yo. Pero… nunca pude hacerlo, o al menos pensé que nunca podría.

Sentí que iba a vomitar otra vez. Tenía el sabor de la bilis en el fondo de la garganta.

–Estoy divagando, ya lo sé… Lo que estoy intentando decirte, de preguntarte… no sé… Lo que quiero decir… Es algo muy extraño, y muy duro. No sé… Es una locura o tal vez sea yo la loca. Lo que quiero decir es que creo que realmente estoy loca y no sé qué está pasando. He pensado que si hablaba contigo… si lo hablábamos… no sé… Había pensado… había pensado que, ya sabes, que hablando contigo…

Lisa se levantó de la silla y se sentó a mi lado en la cama. Me rodeó el hombro con el brazo.

–Elizabeth, respira hondo.

Traté de hacerlo, pero sentí como si el aire fuera a ahogarme.

–No sé qué está pasando.

Volví a respirar hondo. Esta vez el aire pasó por mi garganta y me llegó a los pulmones. Lo dejé escapar lentamente.

–Vale. Emily se cortaba. Lo recuerdas, ¿verdad? ¿Recuerdas la primera vez que la descubrieron?

Lisa asintió. Suspiré, contenta de que se acordara.

Había mantenido mi promesa de no contarle nunca a nadie cómo Emily se autolesionaba. Al principio no ocurría con demasiada frecuencia, así que le resultaba fácil ocultarlo. Su lugar favorito eran los muslos, porque nadie aparte de mí le veía las piernas. No nos gustaba que nos vieran desnudas y, desde que aprendimos a bañarnos, Dalila y Bob siempre respetaron nuestra intimidad y nos dejaron hacerlo solas.

Al principio, los cortes eran superficiales y no sangraban demasiado. Siempre me enseñaba sus heridas; sentía un extraño orgullo por ser capaz de hacerlo y se mostraba extrañamente emocionada cuando me enseñaba sus rasguños y arañazos. A veces

pasaban meses sin que volviera a repetirse. Yo siempre tenía la esperanza de que no lo hiciera nunca más, pero solo era cuestión de tiempo que regresara con un nuevo trofeo.

Emily siempre había sido muy sensible. Cualquier cosa podía hacerla llorar; a veces no estaba pasando nada y ella rompía a llorar. Cualquier enfado le provocaba una crisis. La parte positiva de su fragilidad emocional era que también tenía la capacidad de experimentar una felicidad extrema. Tenía una risa contagiosa que nos hacía felices a todos los que la rodeábamos y, cuando se sentía bien, estaba tan llena de vida que irradiaba energía y entusiasmo. Los momentos en los que tocaba fondo emocionalmente eran asumibles porque eran fugaces. Pero algo ocurrió cuando cumplimos trece años.

Ya no lograba superar tan fácilmente ni la tristeza ni las emociones negativas. Se sumía en periodos de profunda desesperación y angustia en los que yo ya no podía llegar a ella. Lloraba de manera descontrolada, como siempre, pero, a diferencia de antes, ahora era inconsolable. Aquella felicidad y aquella luz que antes irradiaba con tanta intensidad se habían extinguido.

Empezó a autolesionarse casi a diario. Tenía en la mochila una bolsa morada de terciopelo con una cuchilla de afeitar y un trozo de cristal. Siempre la llevaba consigo. Durante la hora del almuerzo o del estudio, se colaba en el baño y se cortaba la piel en silencio. Los cortes eran cada vez más profundos, hasta el punto de que era difícil contener la hemorragia. Me convertí en su enfermera. Veía vídeos en YouTube para aprender a limpiar y vendar sus heridas y, enseguida, me hice experta en crear puntos de mariposa y vendajes apretados para detener el sangrado lo mejor posible.

Nunca olvidaré el día en que Dalila la encontró en la bañera. Yo estaba en la cocina preparándome un bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada, mi tentempié favorito para después del colegio. Emily llevaba una hora encerrada en el baño. Nunca la molestaba cuando estaba allí dentro. Sabía lo que hacía, pero no soportaba verlo. Mi trabajo consistía en estar allí cuando terminaba.

El grito de Dalila fue estremecedor y resonó por toda la casa. Solté el plato y el eco de la porcelana haciéndose añicos contra el suelo

aún retumbaba cuando subía las escaleras de dos en dos. Entré corriendo en el cuarto de baño y encontré a Dalila de pie, paralizada de terror, mirando el cuerpo desnudo y ensangrentado de Emily en la bañera. Tenía en la mano un largo cuchillo de carnicero, cogido del bloque de madera de la cocina, y las piernas abiertas de par en par, una a cada lado de la bañera. De ellas manaban regueros de sangre que se acumulaban en el centro, como si estuviera en medio de un espantoso aborto. En el pecho se había garabateado su nombre con sangre.

Aparté a Dalila de un empujón y corrí hacia ella. Emily miraba al techo con una expresión de pura felicidad en los ojos, como si la hubieran catapultado a otro mundo. La sacudí, tratando de sacarla de su letargo.

Su cabeza se inclinó hacia un lado para mirarme, con la mirada perdida, como si estuviera drogada, y susurró:

–Bethy…, hola. Te quiero muchísimo…

–Yo también te quiero, Em –le dije–. Vamos a limpiarte un poco.

Dalila no se había movido. Seguía allí, quieta como una estatua, conmocionada, mientras yo abría el grifo de la bañera y borraba la palabra «Emily» de su pecho, mientras sus piernas seguían sangrando.

Cuando llegué a la «i», los ojos de Emily se cerraron y Dalila volvió a la vida.

–¡Oh, Dios mío! Jesús bendito. Tenemos que llamar a alguien.

Salió corriendo del cuarto de baño.

Dalila tembló entre sollozos silenciosos durante todo el trayecto hasta el hospital. Estaba demasiado alterada como para facilitar los datos de Emily en urgencias, así que tuve que hacerlo yo por ella. Fue la primera vez que tuvieron que ponerle puntos: le dieron veinte en la cara interna del muslo derecho y cuarenta y dos en la del izquierdo. Los médicos dijeron que había sido una suerte que la encontráramos cuando lo hicimos, porque ya había perdido mucha sangre. Emily juró y perjuró que no trataba de suicidarse y que solo lo había hecho para sentirse mejor. Dijo que hacerse tanto daño la había asustado lo suficiente como para no repetirlo. Prometió que no volvería a hacerlo. Emily tuvo que firmar un contrato de «no

autolesión» para evitar que la ingresaran en un hospital psiquiátrico y Dalila aseguró a los médicos que le conseguiría ayuda psicológica.

Habíamos dejado las sesiones de terapia con Lisa unos años antes, pero tras el incidente de Emily las retomamos. Emily se negaba a reunirse con Lisa si yo no iba con ella, así que la acompañaba a todas sus sesiones. Dalila no dejó que Emily fuera a la escuela durante dos semanas y se ausentó del trabajo para cuidarla. Cada dos días nos llevaba y nos traía de la consulta de Lisa.

–Aunque le dijimos a todo el mundo que había dejado de hacerlo, Emily siguió cortándose. No tardó mucho tiempo en volver a hacerlo. Al principio lo hizo en el estómago en lugar de en las piernas, por si alguna vez le pedían que las enseñara, pero nadie lo hizo. No sé por qué Dalila nunca se lo pidió o por qué nunca le examinó el cuerpo para ver si lo seguía haciendo. Creo que simplemente prefería creer que Emily estaba mejor. No creo que llegara a superar aquel día. Nunca volvió a mirarla de la misma manera. A partir de entonces, Emily se cuidó mucho de ocultar siempre su cuerpo. Nunca se puso pantalones cortos ni iba a nadar; no era verdad que tuviera miedo al agua.

–Siempre protegiste su secreto, ¿no es así? –preguntó Lisa.

Asentí.

–Autolesionarse era cosa de Emily. Yo nunca lo hice. Eso es lo que lo hace tan extraño. Ayer estuve en el cuarto de baño con Rose, una amiga que he hecho aquí. Es anoréxica y está convencida de que está gorda y, le digas lo que le digas, ella sigue creyéndolo. Pensé que si la hacía mirarse al espejo vería que realmente no lo está.

Me había parecido una idea estupenda.

–Se desnudó frente a mí. Lo cierto es que está aún más delgada de lo que había imaginado. Le pedí que me mostrara dónde veía la grasa y ella siguió mirándose en el espejo, señalándose todo el cuerpo. Me sorprendía cómo era posible que pudiera mirarse y ver algo que no estaba allí. Pero entonces, en ese momento… simplemente lo supe. Ni siquiera sé cómo lo supe. Lo entendí de golpe. Puedes ver cosas que no están ahí…

Lisa esperó unos minutos a que continuara, pero no pude.

–¿Viste algo que no estaba ahí?

Negué con la cabeza. Las lágrimas caían sobre mis vaqueros favoritos. No me había dado cuenta de que estaba llorando. Lisa me tomó la mano.

Finalmente, recuperé la voz. Tenía que contárselo a alguien.

–Tengo cortes en las piernas. Por todas partes. Como los suyos, como los de Emily.

Sentía el cerebro embotado, como si estuviera a medio camino entre la vigilia y el sueño. Lisa me apretó la mano varias veces, cada vez con más fuerza. Empezaba a sentirme menos aturdida.

–¿Por qué crees que tienes cortes en las piernas? –me preguntó.

Encogí los hombros y sacudí la cabeza de un lado a otro.

La miré.

–Por favor, Lisa, ayúdame. Me pasa algo muy grave. Estoy realmente mal. No sé lo que está pasando. Me siento perdida y estoy muy asustada.

Lisa me estrechó entre sus brazos del mismo modo que Dalila lo había hecho cientos de veces, pero, en lugar de rechazarla, me entregué a su abrazo. No tenía elección, porque temía que, si no lo hacía, me caería de la cama. Annabelle había quedado atrapada entre nosotras.

–Vamos a hablar de ello, juntas, y veamos si podemos averiguarlo. ¿Quieres?

Esperó a que asintiera antes de continuar.

–¿Estás segura?

Asentí de nuevo.

–Sé que los médicos te han explicado que Emily lleva muerta dos años, pero ¿te ha explicado alguien qué es lo que pasó?

Negué con la cabeza.

–¿Quieres saber qué le ocurrió a Emily? –me preguntó.

–Sí.

Quizá si supiera lo que le había ocurrido a ella podría averiguar qué me pasaba a mí.

–Fue una semana después de que ambas os graduarais en el instituto. Uno de vuestros amigos dio una fiesta y fuisteis juntas. De vuelta a casa tuvisteis un accidente de coche. Fue un accidente muy grave. –Hizo una pausa, dándome tiempo para que asimilara y

procesara sus palabras antes de continuar–. Emily salió despedida del coche. Por desgracia, ella no sobrevivió. Pero tú sí. Estabas devastada. No hablaste durante tres días. Ni una sola palabra.

–Dios mío… Es horrible. ¿Salió disparada del coche?

Lisa asintió.

–¿Recuerdas algo de todo esto?

Cerré los ojos, deseando que me volvieran los recuerdos. Pero nada.

Sacudí la cabeza. Lisa me soltó la mano y me acarició la pierna.

–Perder a Emily fue más de lo que podías soportar. Probablemente nadie pueda entender del todo lo que esa pérdida significó para ti. A veces, cuando alguien sufre un trauma importante, su cerebro se desconecta para protegerse del dolor. Tras el accidente, tu mente se desconectó durante un tiempo porque necesitaba apagarse.

Eso que describía era exactamente lo que me había pasado dos semanas antes, cuando desperté en el hospital convencida de que había perdido a Emily. Todo mi sistema se había apagado y apenas ahora empezaba a volver en sí.

–Lo que más sorprendió a todos los que te rodeaban fue lo rápido que pasaste de estar catatónica a caminar y hablar como si todo fuera bien apenas unas semanas después del funeral. Habías estado destrozada por la pena y, de repente, zas, volvías a comportarte como si no hubiera pasado nada. Estabas decidida a irte de casa de Bob y Dalila. Bob intentó disuadirte, pero tú estabas convencida de que era lo que tenías que hacer. Dalila seguía conmocionada por la pérdida de Emily y estaba tan absorbida por su propio duelo que no fue capaz de acompañarte como necesitabas. Si hubiera podido estar más presente, quizá habría logrado hacerte cambiar de opinión. Poco después de que te mudaras, Bob me llamó para decirme que acababa de hablar contigo por teléfono y que hablabas de Emily como si siguiera viva. Me quedé desconcertada; no tenía ni idea de qué hacer.

Me vino a la mente una imagen de mí misma haciendo cajas en el antiguo dormitorio de Emily en casa de Bob y Dalila. Recordé cómo había empaquetado toda su ropa y había elegido cuidadosamente qué novelas policíacas me llevaba y cuáles no, porque eran

demasiadas como para meterlas todas en nuestro nuevo apartamento. Si Emily hubiera estado viva, lo habría hecho ella misma. Nunca habría permitido que fuera yo quien eligiera sus libros porque era muy exigente con ellos.

Lisa alargó la mano y me acarició la cabeza.

–El cerebro humano es una herramienta poderosa. Extremadamente poderosa. Te sorprendería lo que es capaz de hacer. Esto no es más que mi opinión y podría estar equivocada, pero lo que he visto con pacientes que han sufrido una pérdida traumática es que el cerebro no permite que el cuerpo muera de pena, aunque queramos hacerlo y nos parezca que va a ocurrir. Tarde o temprano, el cerebro nos obliga a funcionar de nuevo. Que Emily estuviera muerta era más de lo que tu cerebro podía procesar y para poder funcionar tenías que actuar como si Emily siguiera viva. Te convenciste de que seguía viva. Y para ti realmente lo estaba. Tu cerebro continuó dando vida a Emily. Hace dos años que eres a la vez Emily y Elizabeth.

Digerí sus palabras lentamente.

Continué tragando, intentando despegar la lengua del paladar.

«Por eso la has hecho venir. Tienes que preguntárselo».

–He sido yo quien ha hecho esos cortes en mis piernas, ¿verdad?

Asintió con la cabeza, confirmando lo que ya había comprendido la noche anterior. Del mismo modo que Rose se miraba al espejo y veía una grasa que no existía, yo llevaba dos años mirándome al espejo y viendo una piel lisa, sin marcas, que tampoco existía. En realidad, Rose no tenía ni un ápice de grasa y yo tenía las piernas destrozadas, como si hubiera saltado por una ventana y me hubiera cortado con las esquirlas.

Rose no había sido capaz de ver su realidad, pero yo sí que había visto la mía. Y era aterradora.

Capítulo 20

A pesar de lo mucho que lo habría necesitado, no podía quedarme sola en mi habitación una vez que Lisa se hubo marchado. Si bien el personal blandía ante nosotros el privilegio de poder pasar tiempo a solas en nuestras habitaciones, a nadie se le concedía. Estaba agotada, pero me puse en la cola del teléfono, esperando a que Shelly colgara, porque le había prometido a Thomas que le llamaría. A diferencia de los demás, que susurraban y hablaban en voz baja cuando llamaban a alguien, Shelly se aseguraba de que todo el mundo oyera sus conversaciones.

–Vamos, cariño. Ya sé que sigues pensando que estoy buena –dijo, soltando una risita–. Sé lo mucho que lo deseas. Claro que lo haré. Sí… Oh, cariño… aquí no… no puedo. Aquí no… Sí, estoy tan cachonda…

No dejaba de mirarme para cerciorarse de que la estaba oyendo. Era imposible no hacerlo; incluso las enfermeras parecían incómodas. Por suerte, la había pillado durante los últimos minutos de su llamada.

Cuando me llegó el turno, Thomas contestó al segundo timbrazo.

–¡Ey!

–Hola.

–¿Cómo te ha ido el día? –me preguntó.

–Largo y complicado…

–¿Qué ha pasado? ¿Quieres que hablemos? Pero no tienes por qué contármelo si no quieres. No te sientas presionada.

No sabía cómo explicárselo. Quería hablar con él en persona, pero esa noche y la siguiente tenía clases, así que no podría verle hasta el

jueves. Thomas no podía permitirse perder más clases: ya había faltado durante toda una semana mientras yo estaba en cuidados intensivos y aún estaba tratando de ponerse al día con todas sus tareas. No me quedaba más remedio que intentar explicárselo ahora. Me apresuré a contárselo, ya que solo disponía de diez minutos antes de tener que ceder el teléfono a la siguiente persona de la cola.

–Anoche me pasó algo muy extraño cuando estaba en el lavabo con Rose. No sé muy bien cómo explicarlo. Ni yo misma lo entiendo, pero estoy trabajando en ello. Estoy tratando de averiguar qué me pasa.

¿Cómo podía decirle que yo no era la persona que él creía que era? Le había estado mintiendo desde el momento en que nos conocimos, pero, a diferencia de la mayoría de los mentirosos, yo no había sido consciente de ello. ¿Se podía mentir si no eras consciente de que lo estabas haciendo?

–Estoy loca. Es necesario que lo sepas.

No quería hacerle más daño del que ya le había hecho.

–No estás loca.

–Sí que lo estoy. No te haces una idea. Emily lleva muerta realmente dos años y yo he hecho algo más que fingir que estaba viva. He estado haciendo lo mismo que hacía ella. –La voz se me quebró–. Me he estado haciendo cortes en las piernas. Si no te lo crees, deberías verlas… Te las enseñaré el jueves. Entonces entenderás por qué nunca me has visto desnuda.

Se quedó en silencio. Lo único que oía era el sonido de su respiración.

–Ya te he visto desnuda –murmuró.

–¿Cómo dices? –le pregunté.

Se aclaró la garganta.

–He dicho que ya te he visto desnuda.

–¿Eh? ¿Cuándo? ¡¿De qué estás hablando?!

–No lo recuerdas, ¿verdad?

–No…, no sé de qué me hablas.

–Sabía que no recordabas haber tenido relaciones sexuales. Siempre decías que no lo habías hecho, pero yo pensaba que tal vez

te sentías mal por ello, así que hacías como si nunca hubiera ocurrido. Y, bueno, para serte sincero, yo también me sentía culpable, así que me era más fácil hacer como que no había pasado nada y seguirte el juego. Pero siempre he tenido la sensación de que realmente no tenías ni idea de que lo habíamos hecho.

No recordaba nada de todo eso. ¿Cómo podía no acordarme de haber tenido sexo?

–¿No soy virgen? –dije en voz alta.

No podía creer que hubiéramos tenido relaciones.

–Se podría decir que todavía lo eres. O sea, lo intentamos… pero… eh… no… no acabó de funcionar.

¿Cómo podía no funcionar el sexo?

–¿Cuándo lo hicimos? O lo intentamos. ¡O lo que sea! ¿Cuándo pasó?

–Fue la primera vez que te quedaste a dormir.

–¿Me quedé a dormir?

Nunca me quedaba a dormir en ninguna parte. Jamás. Siempre me había dado miedo dejar a Emily sola en casa por lo que pudiera hacer mientras yo estaba fuera.

–¿No recuerdas colarte en la residencia?

–No.

Me explicó que habíamos decidido pasar la noche juntos porque su compañero de habitación se había ido a casa para estar con su familia durante un puente de febrero. Muchos otros chicos colaban a sus novias para pasar la noche, así que ya existía una estrategia bien elaborada para conseguir que las chicas entraran en la residencia. Los chicos se turnaban para hacer de señuelo ante las cámaras de la puerta principal, dando saltos y lanzándose contra la pared para bloquear la visión. A nosotros también nos función; me colé sin ser delatada.

Al parecer, nos dejamos llevar por el momento y lo hicimos. Le pedí que me contara todos los pormenores de la historia por segunda vez, pero yo seguía sin recordar nada.

–Tengo que contárselo a Lisa.

–¿Cuándo has hablado con ella? –preguntó.

–Después de verme las piernas, me asusté tanto que apenas pude dormir. Sabía que necesitaba hablar con alguien, pero ya conoces al doctor Larson; es imposible hablar con él. Además, él no conoce ni mi historia ni la de Emily. Me reconforta hablar con alguien que llegó a conocerla. He llamado a su consulta esta mañana temprano y ha venido a verme esta noche. Me trajo una vieja muñeca con la que jugaba cuando hacíamos terapia de niña.

Lisa me había dejado a Annabelle para que la tuviera durante mi estancia en el hospital. Incluso me dejó el peine. Si por mi fuera seguiría abrazándola en ese momento, pero no quería que Shelly y Tobi se burlaran de mí.

–Le conté lo de mis piernas.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Por supuesto.

El corazón me empezó a latir con fuerza.

–Tus piernas. ¿Nunca te mirabas las piernas?

Podía oír la incredulidad en su voz. No le culpaba. Yo tampoco me lo creería si alguien me contara lo mismo. Parecía imposible. No sabía cómo podía ser, pero era la verdad. Llevaba todo el día yendo al baño a mirármelas para asegurarme de que no me había equivocado. Había confirmado mi autoengaño más de diez veces.

–Por supuesto que me miraba las piernas. Me las miraba continuamente. Simplemente no veía las marcas y tampoco recuerdo habérmelas hecho. Por eso estoy loca. Por eso llamé a Lisa. Tenía que hablarlo con ella.

–¿Qué te dijo? –me preguntó.

–Me contó que Emily y yo tuvimos un accidente de coche después de nuestra graduación en el instituto y que así fue como murió. Cree que su muerte llevó mi cerebro al límite, así que seguí fingiendo que estaba viva.

–Tiene sentido. Debe de ser estupendo sentir que ya puedes empezar a avanzar.

No tenía la sensación de estar avanzando. De hecho, me sentía más perdida y confusa que nunca. Me encogí de hombros.

–Supongo…

–¡Me toca! ¡Me toca!

Doris estaba plantada delante de mí.

–Me toca. Me toca.

–Oye, tengo que dejarte –le dije–. Se me ha acabado el tiempo.

Me aparté de Doris todo lo que pude.

Se le iba la cabeza un par de veces al día, como mínimo. Sus arranques de rabia casi siempre acababan con algo volando por los aires o con alguien llevándose un golpe. Hasta ahora yo había conseguido mantenerme al margen de sus ataques, pero Tobi no había tenido tanta suerte. El día anterior, en la hora de la comida, se llevó un bandejazo en el ojo izquierdo y ahora iba por ahí con un ojo a la funerala.

–Vale. ¿Puedo ir el jueves? Mañana no puedo, pero…

Me sorprendió que aún quisiera verme.

–Claro que puedes venir –respondí rápidamente.

Doris empezó a mascullar más alto, paseando su rabia arriba y abajo delante de mí. Tuve que colgar a toda prisa.

–Vale. Adiós.

Le hice un gesto con la cabeza a Doris, pero ella no se percató de mi presencia. Pasó por mi lado y cogió el auricular de la pared. Entré en la sala de estar y me senté junto a Rose. No se molestó en levantar la vista.

–Hola –le dije.

Me ignoró.

–¿Rose? ¿Podemos hablar?

–Ah, ahora quieres hablar.

–Escucha… Ya sé que se me fue un poco la olla después de lo de anoche. He tenido un día muy raro. Lo siento. ¿Me dejas que te lo explique? ¿Puedo contarte qué ha pasado?

Alzó la vista hacia el techo, pero me dejó contarle todo lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas.

Esta vez lo hice mejor que cuando se lo expliqué a Thomas, y además con ella resultaba más fácil, porque entendía perfectamente lo que era vivir con una enfermedad mental. Le conté, con el máximo cuidado para no hacerle daño, cómo la noche anterior, en el baño, me había fijado en las marcas de mis piernas y había llegado a la conclusión de que solo podía haberme las hecho yo misma. Para

cuando terminé, se había ido acercando poco a poco y ahora casi estaba sentada encima de mí.

–Guau… Qué locura. ¿Así que Emily ha estado muerta todo este tiempo? ¿Unos dos años? ¿Y tú estabas convencida de que estaba viva?

Asentí.

–Todavía no acabo de entenderlo. Nada de todo esto. Lo único en lo que puedo pensar es que nadie ha estado intentando engañarme ni jugar con mi mente. Emily lleva muerta dos años. Dos años completos. Nada de lo que he estado viviendo con ella ha pasado de verdad.

–Recuerdo haber leído un libro sobre algo parecido cuando estaba en el instituto. ¿Cómo se llamaba? En cualquier caso, no tiene importancia. En el libro no eran gemelas, pero a la protagonista se le moría la hija. No recuerdo cómo moría; creo que se ahogaba o algo así. Da igual… Pero era un poco como tú. Seguía viendo a su hija y hablaba con ella día sí, día también. Pensaba que estaba viva.

Siguió describiéndome el libro y explicándome los distintos momentos, pero yo ya había dejado de prestarle atención. Estaba demasiado ocupada buscando en mi mente cualquier tipo de imagen o recuerdo de Emily muriendo más allá de la noche en que yo creía que había muerto. Nada. Mi mente siempre volvía a la noche en el apartamento cuando la encontré en el baño. Lo recordaba vívidamente.

¿Cómo podía parecer tan real y no serlo? Tenía muchas preguntas. ¿Cómo podía haber discutido con alguien que no existía? ¿Cómo había podido llegar a fingir que estaba viva? ¿Había sido una decisión consciente? ¿Me había despertado un día tras el funeral y me había decidido a hacerlo? ¿Lo había estado meditando?

–¿Qué opinas? ¿Te ha servido de ayuda? –Rose interrumpió mis pensamientos.

–Claro –le respondí, aunque no tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

–¿Te he dicho que mi madre vendrá mañana para reunirse con el equipo? –me dijo.

–No. ¿En serio? ¿Para qué?

–No tengo ni idea. La doctora Heimer me lo ha comentado durante nuestra sesión. Quería contártelo esta mañana, pero me has ignorado todo el día.

Me hizo pucheros en un gesto exagerado. Solté una risita.

–Lo siento. Pero lo entiendes, ¿verdad? Quiero decir, ¿no te explotaría también la cabeza un rato si descubrieras que habías estado destrozándote las piernas y no recordaras haberlo hecho?

Rio.

–Supongo. Por esta vez te perdono. Pero que no vuelva a suceder.

Capítulo 21

Pensé que esa noche también me iba a costar conciliar el sueño, pero, para mi sorpresa, descansé como no lo había hecho desde que me quitaron los somníferos. Desde que llegué al hospital y hasta hacía dos días, había estado tomando dos pastillas al día. Una blanca por la mañana y una rosa por la noche. Pero, incluso sin la pastilla para dormir, me quedé dormida en cuanto apagaron las luces y encendieron la iluminación tenue del pasillo.

–Tengo mucha curiosidad por saber cómo te fue anoche con Lisa –empezó a decir el doctor Larson mientras caminábamos por el pasillo, que cada día me resultaba más familiar.

Me parecía increíble que así fuera, pero empezaba a gustarme la rutina estructurada de hacer todos los días las mismas cosas exactamente de la misma manera. Me sentía cómoda en un entorno en el que todo permanecía inmutable.

–Me dijo que Emily lleva muerta dos años –dije en cuanto cerró la puerta tras nosotros.

–¿Cómo te sientes al respecto?

Estaba tan acostumbrada a su pregunta favorita que no me sorprendió cuando fue lo primero que salió de su boca.

–Intento recordar la noche en que murió de verdad.

–Permíteme aclararlo: ¿me estás diciendo que ahora ya crees que Emily murió hace dos años y no hace unas semanas?

Asentí.

–Es solo que…

El doctor Larson me interrumpió:

–¿Te das cuenta de que es la primera vez que reconoces que la muerte de Emily ocurrió hace dos años? Este es un avance muy importante. –Parecía contento, como si quisiera chocarme los cinco–. Creo que ayudaría que lo dijeras otra vez en voz alta en primera persona, no afirmando que te lo ha dicho alguien. Sé que lo acabas de decir, pero me gustaría que fueras tú quien reconociera que Emily lleva muerta dos años. Es importante que lo conviertas en tu verdad.

Tragué con dificultad. Volví a tragar.

–Emily lleva muerta dos años.

Desde el momento en que me había visto las piernas en el baño y había descubierto las cicatrices, supe que lo que me estaban contando no era una estrategia para poner a prueba mi cordura. Si podía autolesionarme sin conservar ningún recuerdo al respecto, entonces podía convencerme de que mi hermana seguía viva aunque estuviera muerta.

–¿Cómo te hace sentir eso? –Me encogí de hombros–. Elizabeth, quiero que hagas un esfuerzo por conectar con la pérdida. Parte de la razón por la que creaste a Emily fue porque no podías afrontar el dolor de perderla. Es importante que pases el duelo para que puedas empezar a sanar. Tienes que dejarla ir de una forma que tenga sentido. Parte de ese proceso es permitirte sentir las emociones que has estado enterrando. Es la única manera de que puedas superarlo y, al fin y al cabo, eso es lo que quieres, ¿no?

Me observó desde el otro lado de la mesa.

Me sentía culpable, pero así era. Volver a ver a Thomas me había recordado por qué me había arriesgado a empezar a distanciarme de Emily. Estar cerca de alguien capaz de corresponderme me hacía sentir bien. No recordaba la última vez que mi relación con Emily había sido recíproca, pero sin duda hacía mucho más de dos años. La había perdido cuando entramos en la adolescencia. Se había abandonado a su dolor y nunca fui capaz de recuperarla. No del todo. Llevaba mucho tiempo sobreviviendo con fragmentos y breves momentos de lo que ella había sido. En los días anteriores a mi ingreso en el hospital, había empezado a creerme capaz de desligarme de ella y empezar a vivir mi propia vida. Quería volver a sentirme así y no sentirme culpable por ello.

Mi motivación iba más allá de lo que sentía por Thomas y de las ganas de recuperar lo nuestro. Rose era mi primera amiga de verdad que no era Emily, y me encantaba estar con ella. Con ella sentía que también podía caerle bien a otras personas, que alguien querría estar a mi lado incluso sabiendo lo mal que estaba. Nos reíamos, hacíamos bromas, y por un rato todo dejaba de ser tan serio.

La carga de Emily siempre había sido enorme y lo ocupaba todo. Siempre. ¿Y si pudiera vivir sin ese peso encima? ¿Y si Lisa y Dalila hubieran tenido razón desde el principio al decir que la dejara ir y siguiera adelante? No tenía por qué hacerlo sola. Otros gemelos habían conseguido lo que yo estaba intentando hacer. Habían pasado por lo mismo que yo y, de algún modo, lo habían superado. Habían aprendido a estar medio vivos. Si ellos habían podido, ¿había alguna posibilidad de que yo también pudiera?

–Quiero estar bien.

Decirlo me hizo sentir bien. Por fin estaba dejando ir, permitiendo que tuviera lugar el proceso de recuperación.

– Recuperarte va a ser de las cosas más difíciles que hayas hecho en tu vida. Una parte clave es llegar a la raíz de tu disociación. La disociación nace de un trauma, y tenemos que volver al momento en que empezó. Pudiste desconectar de la muerte de Emily y crearte una realidad alternativa porque tienes una enorme capacidad para separarte del dolor. Estoy casi segura de que esa forma de protegerte ya estaba ahí antes de perderla, probablemente desde la infancia. Tenemos que mirar hacia atrás y encontrar esos momentos en los que te desconectaste para poder seguir adelante.

Como siempre, estaba volviendo a perderme.

–No lo entiendo.

–La disociación es un mecanismo de protección. Aprendiste a desconectar de la realidad cuando eras una niña a causa de las cosas por las que tuviste que pasar. Vas a seguir disociando a menos que volvamos a tu infancia y tratemos el trauma que sufriste. Tenemos que restablecer la conexión con la realidad que se rompió en aquel momento.

–¿Es necesario?

Asintió con la cabeza.

–Es importante. Podemos empezar poco a poco. ¿Fuiste víctima de abusos sexuales de pequeña?

Eso no era empezar poco a poco. En absoluto. No había ninguna necesidad de hablar de lo que me había ocurrido cuando vivía con nuestra madre. Aquello tenía nada que ver con lo que estaba pasando ahora.

Negué con la cabeza.

–Es hora de empezar a hablar de lo que te ocurrió de niña. Elizabeth, ahora estás a salvo.

Quería que volviéramos a hablar de Emily. Podíamos trabajar lo que él quisiera, pero eso no. Cualquier cosa menos eso.

Me quedé inmóvil, con la mente paralizada.

–Los niños que han pasado por un trauma muchas veces cuentan que sienten como si salieran de su cuerpo. Describen que se ven desde fuera, haciendo cosas, pero sin notar casi nada por dentro, como si no fueran ellos. ¿Te ha pasado algo así alguna vez?

«¿Cómo ha podido saberlo?», pensé.

Me vinieron a la mente las placas del techo del dormitorio de nuestra madre, donde me escondía y miraba cómo los amigos especiales jugaban con mi cuerpo. Estaban llenas de pequeños agujeros y yo elegía uno en el que concentrarme y al que enviar mi cerebro. A veces contemplaba cómo hurgaban y se metían en mi cuerpo, introduciendo su maldad dentro de mí, partiéndome en dos. Otras veces desaparecía en la nada durante un tiempo.

–Sí.

No reconocía el sonido de mi voz.

El doctor Larson habló despacio, pronunciando cada sílaba:

–Háblame de ello. Trata de recordar dónde estabas y qué ocurrió. Cómo te sentiste. Ahora estás a salvo. Está bien hablar de ello.

–Yo… eeeh… estaba…

Recordé el dolor abrasador que me recorría todo el cuerpo; parecía que estuviera ardiendo, era como si me estuvieran quemando las entrañas. Volví a ver la cara de Emily llena de terror y su pequeño cuerpo temblando violentamente mientras me miraba desde la esquina del dormitorio de nuestra madre, sabiendo que ella sería la siguiente si el monstruo no se saciaba conmigo.

«No puedo hacerlo. Me dije que nunca lo haría. No quiero recordarlo. Por favor, no me obligues…, por favor», supliqué para mis adentros.

El doctor Larson se levantó y puso su silla junto a mí, en mi lado de la mesa. Estaba demasiado cerca y no me gustaba que lo estuviera. No podía respirar.

¿Qué estaba haciendo?

–Ahora estás a salvo. Nadie va a hacerte daño. Esta es una parte importante del proceso. Dale permiso a tu cerebro para recordar.

«No puedo. No quiero».

Sentía como si alguien me hubiera metido la cabeza bajo el agua.

«No puedo respirar. No hay suficiente aire».

Me vi a mí misma de niña tumbada en la cama, con los monstruos cerniéndose sobre mí. Donde deberían estar sus ojos había dos piedras negras. Mis pensamientos corrían tan rápido que no podía discernirlos.

–Me hacían daño –susurré, como si los amigos especiales estuvieran en la habitación con nosotros y pudieran oírme–. Hombres malos. Hombres realmente malos.

Empecé a toser y a asfixiarme. Tenía algo en la garganta. Sentí arcadas, pero no salió nada. Traté de expulsarlo de nuevo y esta vez, cuando abrí la boca, unos gemidos desgarradores atravesaron el aire. Fuertes alaridos de animal procedentes de algún lugar en la profundidad de mis entrañas.

«No puedo dejar de gritar. Por favor, haz que pare».

Los gritos continuaron.

El doctor Larson se acercó a mí y me puso suavemente la mano en la rodilla. No me abrazó ni me estrechó, como habría hecho Lisa. Se limitó a permanecer alerta mientras yo me desmoronaba. Mientras me rompía en pedazos. Sentía dolor en todo el cuerpo. Las entrañas me ardían. Los sollozos me atravesaban una y otra vez. Las lágrimas me aguijoneaban los ojos mientras en mi mente se reproducían imágenes de Emily y yo acurrucadas en nuestra habitación después de que los monstruos se hubieran ido. El dolor me estaba devorando. Mi cuerpo temblaba como si estuviera convulsionando.

Seguí hipando y mi cuerpo siguió temblando hasta que por fin cesaron los sollozos. Estaba vacía. Me sentía como una mujer a la que le hubieran arrancado un bebé del vientre.

Aparté la mano del doctor Larson de mi rodilla.

–¿Puedo volver a mi habitación? –pregunté, rehusando mirarle, avergonzada por mi reacción.

–No estoy seguro de que sea una buena idea.

–Por favor, déjame ir. Por favor.

Hizo un gesto hacia la puerta. Salí arrastrando los pies y recorrí el pasillo. Me moví a cámara lenta, camino de mi habitación. Me desplomé sobre las ásperas sábanas del hospital y me acurruqué sobre un costado, abrazándome las rodillas contra el pecho.

«Tal como hacía Emily», pensé.

Me incorporé y miré a mi alrededor, esperando verla. Me había tumbado en la misma posición en la que me la había encontrado a ella tantas veces en los últimos dos años. Solo que no era ella. Siempre era yo.

–Así es como me tumbo cuando soy Emily –dije en voz alta.

Era reconfortante, casi familiar. Me vi en nuestro piso, tumbada exactamente igual, sola. La imagen era nítida. Los párpados me pesaban y no me resistí: los cerré y me dejé envolver por la oscuridad. Era como estar bajo una manta caliente.

Me desperté sobresaltada cuando Rose me sacudió el hombro.

–¿Estás bien? ¿Estás enferma? ¡Levántate! Vamos, antes de que te metas en un lío…

Me incorporé, frotándome los ojos.

–Tengo sueño. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Tiró de mí para incorporarme.

–No lo sé. Una hora. Tal vez dos. No estabas cuando volví del desayuno y luego me di cuenta de que el doctor Larson estaba reunido con Darin, pero tú no estabas por ninguna parte. Elizabeth, levántate o tendrás problemas… Aún no se han dado cuenta de que estás aquí.

Gruñí. Quería volver a meterme en la cama, pero la seguí hasta la sala de estar. Me hice un ovillo en el extremo del sofá. Ella se sentó a mi lado y me rodeó con los brazos. Shelly y su cuadrilla nos

miraban fijamente desde sus puestos en la mesa. Shelly le susurró algo al oído a Tobi y esta no tardó en acercarse al sofá. Hundí la cabeza en el pecho de Rose.

–¿Qué está pasando? –preguntó Tobi–. ¿Está bien?

No me hizo falta levantar la vista para saber que fingía una preocupación exagerada o que Shelly aguzaba el oído intentando oír la conversación.

–Lárgate. Déjala en paz –dijo Rose.

–Solo queremos ofrecerle nuestro apoyo.

–Te he dicho que te vayas. ¡Hablo en serio!

Oí sus pasos alejándose.

Rose me acarició la cabeza, jugueteando con mi pelo como solía hacer yo con Emily. Su gesto hizo que rompiera a llorar de nuevo.

–¿Qué ocurre? –me preguntó–. ¿Te ha pasado algo? ¿Quieres que hablemos de ello?

–Mi sesión con el doctor Larson ha sido muy intensa. Hemos hablado de mi infancia.

Rose puso los ojos en blanco.

–Les encanta hablar de la infancia. Te lo juro, me han hecho contarla hasta el cansancio. Mi psiquiatra de fuera del hospital está obsesionado con que le hable de cuando me violaron a los nueve años, pero en realidad eso ya lo tengo más que superado. He…

Me incorporé y la miré.

–¿Te violaron?

–No he conocido a ninguna chica aquí que no haya sido violada.

–¿Lo dices en serio?

–Ya has oído lo que cuentan todas en las sesiones de grupo. Siempre es así. Nadie acaba aquí a menos que haya pasado por cosas muy duras. ¿Es la primera vez que has hablado de tu infancia?

–Sí. Pero en realidad no he hablado. Me rompí en su despacho en cuanto empezó a hacerme preguntas al respecto.

Alargó la mano para acercarme de nuevo a ella.

–Se hace más fácil a medida que hablas de ello. Te lo aseguro. Pero entiendo lo que quieres decir. La primera vez es muy intensa y luego, una vez que lo has sacado, ya no puedes volver a meterlo dentro.

Me eché a llorar de nuevo. Mi secreto había salido a la luz. Esta vez mis sollozos eran suaves y silenciosos. No había violencia en ellos, tan solo una tristeza abrumadora.

–Shh… shh… Todo va a ir bien. Vas a estar bien.

La manera en que Rose me tranquilizaba me recordaba a cómo había consolado yo a Emily durante los dos últimos años, pero en cuanto pensaba en Emily quería gritarme a mí misma que dejara de fingir.

No la había estado consolando a ella. Me había consolado a mí misma. Yo era la que sufría y la salvadora.

Rose no me hizo más preguntas. Se limitó a seguir abrazándome.

–Lo siento –murmuré.

–¿Lo sientes? ¿Por qué te disculpas?

–Por ser un desastre.

–Buf, todos hemos pasado por eso.

Levanté la cabeza. Shelly y Tobi seguían mirándome, susurrando entre ellas. Sus miradas de preocupación habían desaparecido y las habían reemplazado miradas de adolescentes malcriadas, como si las hubiera insultado. Rose también reparó en ellas y les lanzó una mirada gélida. Ni siquiera fingieron que les molestaba. Siempre era igual.

–¿Quieres oír buenas noticias? –me preguntó Rose–. ¿Algo que no sea tan deprimente?

–Por supuesto.

–No te lo vas a creer –me dijo–. ¡Vuelvo a casa!

Se le dibujó una sonrisa en el rostro. Los ojos le brillaban.

–¿Hablas en serio?

–¿Te acuerdas de la reunión de la que te hablé ayer? Era por eso. Mi madre ha venido esta mañana y, por supuesto, estaba furiosa, seguramente porque ha tenido que faltar a alguna cita en el juzgado o lo que sea, pero me da exactamente igual. La doctora Heimer estaba allí, y Mark también. Me soltaron un discurso larguísimo sobre cómo el equipo cree que todavía no estoy preparada para volver a casa, pero que mi seguro ya no cubre más tiempo aquí. —Seguía sonriendo—. Quieren que vaya a un centro de tratamiento intensivo para trastornos alimentarios, pero mi madre tendría que

pagarlo. Es uno de esos centros lujosos, así que cuesta una fortuna. ¿Y adivinas? Mi madre no quiere. Dice que está harta de gastar dinero para que no mejore.

–¿Y qué harás? –le pregunté.

–Oh, esto se pone aún mejor. Me voy a ir a vivir a mi propio piso. Mi madre no quiere que vuelva a casa. Odia tener que estar pendiente de mí, así que me va a pagar un apartamento. Me independizo. ¡Estoy emocionadísima!

No pude evitar acordarme de todas aquellas veces que me decía que odiaba que su madre estuviera siempre fuera, porque la obligaba a quedarse sola, y ella no soportaba estar sola. Lo repetía constantemente. Pero supongo que vivir sola era mejor que seguir en el hospital.

–Probablemente no será hasta dentro de un par de días. Hay un montón de papeleo y mi madre todavía tiene que encontrarme un piso, pero voy a empezar a hacer las maletas. ¿Te apetece ayudarme? A lo mejor te viene bien para distraerte.

Asentí. Temía que si empezaba a hablar me echaría a llorar de nuevo. ¿Qué iba a hacer yo cuando se fuera? ¿La volvería a ver?

–Polly –dijo Rose dirigiéndose a la estación de las enfermeras–. ¿Puedes acompañarnos a mi habitación?

Polly nos siguió hasta la habitación de Rose y se sentó delante de la puerta a seguir leyendo su libro. Yo nunca había estado allí. Una pared entera estaba cubierta por un *collage* elaborado que debía de haberle llevado horas. Estaba lleno de fotos de supermodelos escuálidas mezcladas con poesía oscura y deprimente. Me dejé caer en su cama y la vi arremeter contra su propia obra de arte, arrancando las imágenes, haciendo bolas con el papel y tirándolo todo a la basura.

–No pienso llevarme nada de esto. No quiero tener nada que me recuerde a este lugar. –Siguió arrancando fotos de la pared–. Es decir, claro que quiero acordarme de ti. Quiero seguir en contacto contigo. Te llamaré por teléfono y así podrás ponerme al corriente de todos los dramas cotidianos.

Le devolví la sonrisa, sintiéndome repentinamente extraña. Quería alegrarme por ella, pero no era capaz. Quería que se quedara aquí

conmigo.

–Te voy a echar de menos.

–Se me ocurre una idea. –Rose saltó a la cama junto a mí y me sujetó por los hombros–. Podríamos vivir juntas. Seríamos compañeras de piso. Dios mío, ¡sería tan divertido!

–¿En serio?

No tenía ni idea de qué haría cuando saliera. Lo único claro era que no pensaba volver al piso que había compartido con Emily. No podría vivir con sus recuerdos mirándome a la cara todos los días. Solo de imaginarlo volvía a sentir esa opresión, como si estuviera bajo el agua, igual que antes en la consulta del doctor Larson. Si de verdad quería empezar de nuevo, tenía que hacerlo desde cero. Puede que vivir con Rose fuera justo lo que necesitaba.

Me puse a ayudarla a desmontar el *collage* mientras ella hablaba sin parar de cómo decoraríamos el piso, de los colores del baño y de los muebles del salón. Quería pintar el baño de amarillo y su habitación de azul. Hablaba de todas las pelis que veríamos juntas y de los restaurantes a los que iríamos, como si estuviera dispuesta a volver a salir a cenar. Todo sonaba tan normal… y me encantaba la idea.

Capítulo 22

Lisa vino a verme durante el horario de visitas, tal como me había prometido la noche anterior. Pasé la primera parte de nuestro encuentro poniéndola al corriente de la crisis que había tenido en el despacho del doctor Larson.

–Estoy segura de que fue horrible, pero estoy de acuerdo con él. Tiene razón en cuanto a tu capacidad de disociación y a lo de remontarte en el tiempo hasta el momento en que empezó. Es la única manera de afrontarlo si quieres mejorar. Por muy doloroso que sea, vas a tener que empezar a hablar de tu infancia para poder superarla.

Nunca había hablado con nadie de los amigos especiales de mi madre. Jamás. Ni siquiera con Emily. Ni siquiera habíamos hecho un pacto para no hablar de ello, no había hecho falta. Lo que nos había pasado era innombrable.

–Es demasiado horrible.

Mi voz volvió a sonar extraña, como me había sucedido en la consulta del doctor Larson.

Tomó mi mano entre las suyas y la apretó suavemente.

–¿Por qué no lo intentas conmigo?

–Nuestra madre no fue la única que nos hizo daño. Solo empezó a dejarnos salir de nuestro dormitorio para que otras personas pudieran hacernos cosas.

–¿Te refieres a los amigos especiales?

–Dios mío…, ¿lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

–Emily me lo contó.

¿Cuándo se lo había contado Emily? ¿Y por qué no me dijo que se lo había contado? Nunca me dijo nada al respecto.

–Vaya…

No sabía qué otra cosa decir.

–Siempre hemos sabido que habíais sufrido abusos sexuales. Lo incluyeron en el informe médico. Pero nunca supimos quién lo hizo. Bob y Dalila estaban convencidos de que había sido tu madre, pero yo siempre sospeché que había otras personas implicadas. Ellos creyeron que no importaba quién lo había hecho y yo respeté sus deseos. Nunca los presioné.

–¿Cuándo te lo contó?

–¿Recuerdas cuando las dos volvisteis a terapia después de que descubrieran que se autolesionaba?

Asentí.

–Esas no fueron las últimas sesiones que tuve con Emily. Empezó a venir a verme durante vuestro penúltimo año en el instituto. Estuvimos haciendo terapia durante los años siguientes. Trabajamos juntas hasta que murió.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Me sentía traicionada. ¿Por qué Emily no me había dicho que iba a ver a Lisa? ¿Por qué lo mantuvo en secreto? Me invadió la ira.

–Pareces molesta –me dijo.

–Lo estoy. –No quería estarlo, pero lo estaba–. Emily contó el único secreto que compartíamos, mientras que yo siempre había guardado todos los suyos.

–Le daba vergüenza haber vuelto a terapia. Pensó que la hacía débil. Por eso no te lo contó. –Su voz estaba cargada de emoción–. Elizabeth, ¿sabes lo duro que era para ella tener que luchar tanto mientras tú lo llevabas tan bien? Hablaba de ello en nuestras sesiones. Quería tener tu fuerza. Odiaba quién era y las cosas que hacía. Se avergonzaba y se mortificaba por su comportamiento con los chicos.

Durante años se había metido en problemas por su comportamiento con los chicos. En el colegio la sorprendieron en el patio con varios compañeros de clase y, en secundaria, empezó a tener encuentros sexuales con ellos. Perdió la virginidad a los trece

años con un chico de diecisiete que había conocido por internet. Él la llevó a un restaurante de comida rápida y luego al asiento trasero de su coche; después de aquello, no volvió a verlo. En el instituto discutía constantemente con otras chicas por acostarse con sus novios. Bob y Dalila la habían pillado más de una vez publicando fotos desnuda en internet y chateando con hombres mayores. Pasó la mitad de su adolescencia castigada, sin acceso a internet ni teléfono.

No me ocultaba nada de lo que hacía con ellos. Estaba orgullosa y lo contaba sin parar. Juraba que lo disfrutaba, y cuanto más escabrosa era la conquista, más se excitaba. Yo la creía. Pensaba que la que tenía un problema era yo, no ella; que algo me pasaba por no querer que nadie me tocara.

Hasta que un día, de repente, dejó de hacerlo. Ya no quedaba con nadie ni hablaba de hombres. Le pregunté varias veces y ella se rio; dijo que estaba pensando en cambiar de orientación sexual. Supuse que era otra consecuencia de su depresión, como si hubiera renunciado a algo más que le gustaba, igual que cuando dejó de pintar.

–Recuerdo cuando dejó de hacerlo. Era el verano de nuestro penúltimo año. Hasta entonces había estado loca por ellos, y de repente ya no le interesaban.

–Aunque desde fuera lo pareciera, Emily nunca estuvo realmente loca por los chicos. No entendía que, en realidad, estaba reaccionando a los abusos sexuales que sufrió en la infancia. Hablamos mucho de cómo el abuso condiciona la sexualidad. Cuando una menor pasa por una experiencia así, suele reaccionar de dos formas: o se vuelve extremadamente promiscua o evita cualquier conducta sexual y aparta el sexo de su vida. Dediqué mucho tiempo a explicarle esta relación. Le consolaba saber que, teniendo en cuenta lo que había vivido, su comportamiento encajaba en un patrón.

Yo era el otro extremo del que hablaba Lisa. Me deshice del nudo que se me había formado en la garganta.

–Pasamos meses aplicando una forma de terapia conocida como terapia cognitivo-conductual, centrada en el trauma. Es un tipo de

terapia que puede ayudar a superar los abusos sexuales y los traumas que crean. La ayudó mucho y fue capaz de detener su comportamiento autodestructivo con los hombres. –Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas–. Aunque nuestro trabajo le ayudó a dejar de comportarse así con los hombres, no conseguí impedir que siguiera haciéndose daño. No importaba el tipo de terapia ni las técnicas que probáramos: la autolesión era algo a lo que no podía renunciar. Nunca me había sentido tan impotente.

Dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Comprendía su impotencia y tal vez ella fuera la única persona que comprendía la mía. Esta vez fui yo quien le tomó la mano.

Nos quedamos sentadas en silencio unos instantes.

–Emily era un alma torturada, pero tú no tienes por qué serlo. Siempre he insistido en la importancia de veros como dos personas distintas y separadas.

Debía de habérselo dicho miles de veces a los Rooth a lo largo de los años, y probablemente otras tantas a mí durante nuestras sesiones privadas.

–¿Recuerdas cuando viniste a verme la semana antes de intentar suicidarte y me contaste que querías a Thomas? Era evidente que necesitabas permiso para querer a alguien más aparte de Emily. Dalila me llamaba constantemente para contarme que estabas convencida de que Emily seguía viva y actuabas como si realmente lo estuviera, aunque hacía meses que habías dejado de hacerlo. Di por hecho que por fin habías aceptado su muerte y ya no continuabas comportándote como si siguiera aquí. Cuando nos vimos aquel día, me pareció que estabas mejor que nunca. Te habías enamorado y necesitabas permiso para dejarla marchar. –Hizo una pausa, mirándome fijamente–. Te doy de nuevo ese permiso. Está bien que te liberes del control que ejerce sobre tu vida y empieces otra, sin ella.

Pero liberarse no era tan fácil. Seguía teniendo preguntas que no iban a desaparecer.

–Lo que no entiendo es qué ocurrió aquella última noche. En última instancia, traté de suicidarme a pesar de no tener ningún motivo para hacerlo. Si estuviera inventando la historia de Emily, ¿no

tendría que reescribir el guion? ¿O dejar de fingir que estaba viva? ¿Por qué tenía que morir yo?

Había vivido como si fuera dos personas para mantener viva a Emily, y resultaba sorprendentemente lógico, sobre todo teniendo en cuenta que todos los gemelos sobre los que había leído hacían algo parecido. Quizá no hasta el extremo al que yo había llegado, pero todos se esforzaban por retener a su gemelo y no afrontar su pérdida. Yo no quería enfrentarme a la muerte de Emily, así que fingí que no había sucedido, y luego creé una Emily imaginaria y la encarnaba cada vez que la necesitaba. Esa parte de la historia ya no me resultaba un problema, por extraño que pareciera.

El hecho de haber intentado matarme era la pieza del rompecabezas que no encajaba en la explicación.

–Creo que por fin estabas preparada para dejar marchar a Emily –dijo Lisa.

Seguía sin responder a la pregunta más importante.

–Pero, entonces, ¿por qué intenté suicidarme?

Me di cuenta de que nunca me había parado a pensar en ese aspecto de la situación. La explicación sobre la creación de una Emily imaginaria para no tener que renunciar a ella era comprensible. La necesidad de abandonar el espejismo de su existencia tras haberme enamorado de Thomas también encajaba perfectamente con la explicación. Todo cuadraba, excepto mi intento de suicidio. ¿Era la única que veía un problema en esta parte del rompecabezas?

Aquella mañana había planteado esa misma pregunta en la reunión del equipo y tampoco entonces habían sabido responderme. Solo me miraron fijamente hasta que por fin alguien habló:

–Esa es una muy buena pregunta. Esperamos que puedas responderla una vez que empieces a sentirte más cómoda –dijo una de las psicólogas.

Todos los demás habían asentido con la cabeza, como de costumbre.

La respuesta de Lisa fue similar a la suya:

–Supongo que tú eres la única que sabe por qué lo hiciste. Puede que tardes en recordar el motivo o que, por desgracia, no llegues a

hacerlo nunca. Es posible que jamás sepas qué pasó ni por qué actuaste así. Hay personas que nunca recuperan los recuerdos de ciertos traumas, y puede que, en tu proceso de recuperación, tengas que aceptar esa posibilidad: aprender a vivir sin llegar a saberlo.

–Entonces, ¿se supone que debo olvidarlo?

–¿Es importante para ti saber por qué lo hiciste? ¿Crees que te ayudará a mejorar?

–¿Tú no querrías saber por qué intentaste suicidarte? –le pregunté.

–Sí, seguramente sí. ¿Quieres saber lo que yo creo que ocurrió? –No esperó a que le respondiera–. Creo que actuabas como Emily cuando intentaste quitarte la vida. Habías actuado como Emily durante tanto tiempo que la línea entre dónde acababas tú y dónde empezaba ella se había difuminado completamente. Era prácticamente inexistente. Y Emily tenía muchas ganas de morir incluso cuando estaba viva. Supongo que intentaste suicidarte cuando eras Emily, aunque tú no quisieras morir. No tratabas de matarte, pero no fuiste capaz de volver a cruzar la línea hacia Elizabeth a tiempo para impedirlo. ¿Te parece que tiene sentido?

Me encogí de hombros.

–Supongo que podría haber pasado así. ¿Cómo pudo encontrarnos alguien? Bueno, encontrarme.

–Tomaste pastillas y te cortaste en las muñecas.

Me miré los brazos y vi las costras y las grapas que me subían por el brazo como una escalera. Por alguna razón, ver esas heridas por primera vez no fue tan sorprendente como cuando me vi las piernas. No me provocaron ninguna reacción. Era como si ya estuviera esperando que el daño estuviera allí.

Ahora sabía por qué Shelly y Tobi se comportaban como lo hacían siempre conmigo, con los ojos en blanco y sus miradas cómplices. Veían mis brazos. Siempre lo habían hecho. Pensaban que les estaba mintiendo o tomándoles el pelo. Y Rose. Mi dulce Rose. Ella también había visto mis heridas, pero sabía lo suficiente como para no decir nada. Para no presionarme hasta que estuviera preparada para hablar. Eso hizo que la quisiera aún más.

–Estabas en la bañera cuando lo hiciste y perdiste el conocimiento antes de cerrar el grifo. Habías llamado a Dalila aquella misma tarde y algo en vuestra conversación la había hecho sentir inquieta. Fue a ver cómo estabas y oyó que corría el agua, pero no consiguió que abrieras la puerta ni que contestaras al teléfono. Convenció al conserje para que la dejara entrar en el apartamento. Fueron ellos quienes te encontraron. –Hizo una pausa antes de continuar–: Estabas inconsciente y no respirabas.

Tuve una visión fugaz de la bañera de porcelana blanca de nuestro apartamento salpicada de sangre. Un brazo colgando por un lado. Palabras escritas con sangre en la pared de azulejos que no pude distinguir antes de que la imagen desapareciera.

–Unos minutos más y…

–Ya no estaría aquí –terminé la frase por ella.

Pobre Dalila. Debió de ser horrible para ella; sin duda, verme así le hizo revivir el momento en que encontró a Emily en la bañera.

Volvimos a sentarnos en silencio, cada una sumida en sus pensamientos. Lisa rompió el silencio:

–¿Crees que te ayudaría visitar la tumba de Emily?

Se me revolvió el estómago.

–Es algo que no me había planteado.

–El doctor Larson opina que sería buena idea que lo hicieras –me dijo.

Me explicó que había hablado con él un par de veces desde la visita del día anterior. Me aseguró que únicamente habían hablado de mi progreso y de cómo podría ayudarme en mi proceso de recuperación. La idea de visitar la tumba de Emily me hizo contener la respiración y sentí como si alguien me hubiera puesto un peso en el pecho. Me había acostumbrado a decir que Emily había muerto y cada vez que lo decía me resultaba más fácil, pero sentía que ver físicamente su tumba lo haría demasiado real.

Ya no habría vuelta atrás. Sería una despedida, una manera de dejarla ir.

–No estoy segura de querer hacerlo. ¿Crees que debería?

–Podría ser una buena idea. Puede que te ayude a sanar y te permita superarlo.

Su mirada era seria. Nunca la había visto tan seria.

–Es posible que ver su tumba te ayude a recordar su muerte y a llenar algunas lagunas de tu memoria. O puede que no, pero podría ayudarte a aceptar mejor su muerte y darte la motivación suficiente para poder avanzar.

«Avanzar». Thomas había dicho lo mismo la noche anterior.

–¿Cómo lo haríamos?

Aún no había visto a nadie salir del hospital. No sabía si se podía hacer.

El doctor Larson ya le había dado permiso a Lisa para acompañarme. Había redactado la solicitud, obtenido la aprobación del equipo y solo faltaba que ella le dijera cuándo. Estaba entusiasmada con la idea, insistía en lo mucho que podría ayudarme y en cómo favorecería mi progreso. Incluso había logrado autorización para asistir a la reunión del equipo después de nuestra visita a la tumba, de modo que pudiera estar presente cuando procesáramos la experiencia. Al parecer, el doctor Larson y los demás habían cambiado de opinión sobre permitir que un terapeuta ajeno al hospital formara parte del equipo de tratamiento. Yo, en cambio, aún no tenía claro que visitar su tumba fuera una buena idea.

–¿Cuándo iríamos? –le pregunté.

Empezaba a sentir que no tenía elección. ¿Estaban el doctor Larson y el resto del equipo involucrados? ¿Pensarían que no estaba progresando si no iba? ¿Me enviarían al hospital estatal si me negaba?

–Podríamos ir mañana por la mañana.

–¡¿Mañana por la mañana?!

Me quedé sin habla ante esa respuesta tan inesperada.

Pensé que diría que en un par de días o en una semana. No estaba preparada. Necesitaba más tiempo.

–Creo que deberías aprovechar que estás aquí. Este es uno de los mejores centros y no hay forma de predecir cómo reaccionarás al ver la tumba de Emily. Hacerlo mientras estás aquí te brinda una red de seguridad para trabajar en tu respuesta emocional. Pronto te irás,

y queremos ayudarte en todo lo posible antes de que llegue ese momento. Este es un entorno muy seguro para ti.

Odiaba admitirlo, pero tenía razón. Allí me sentía segura y protegida. Mi mundo se había reducido a las cuatro paredes de la sala de estar, y esas paredes me contenían. Resultaba extrañamente reconfortante estar rodeada de personas con trastornos mentales graves: hacía que yo no me sintiera tan jodida. Me había acostumbrado a que todos compartieran episodios terribles de su pasado; nunca antes había conocido a nadie con un trauma parecido al mío, y eso me aliviaba. Me habitué a vivir en ese mundo diminuto. Me gustaba hacer cada día lo mismo, de la misma manera.

Di un salto de fe con la esperanza de que tuviera razón.

–Vale. Iré a la tumba de Emily.

Si ella creía que me ayudaría, probablemente tenía razón. Ver la tumba de Emily podría impulsarme a dar los pasos necesarios para construir una nueva vida fuera del hospital, por muy aterradora que me pareciera. Una vida sin ninguna versión de Emily.

Me eché a llorar, aunque no quería.

–¿Me sentiré así siempre? Odio ponerme a llorar y desmoronarme continuamente.

– Ojalá pudiera decirte cuándo pasará, pero no puedo. Lo que sí puedo asegurarte, por experiencia, es que cada vez será un poco más fácil. He llorado por la infancia que perdí durante años, y aún hay momentos en los que necesito permitirme hacerlo, pero ya no me resulta tan abrumador ni aplastante como antes. Estoy segura de que ahora tú sientes algo muy parecido.

–Siento como si todo esto me fuera a engullir.

–Te entiendo.

Sabía que lo entendía: había pasado los cinco primeros años de su vida buscando comida en los cubos de basura. Su hermano mayor cuidó de ella mientras vivieron en la calle, igual que yo había cuidado de Emily. Me alargó un par de pañuelos de la caja que tenía en mi escritorio. Me sequé los ojos y me soné la nariz mientras me explicaba que se encargaría de organizarlo todo para el día siguiente y que yo no tenía que preocuparme por nada, salvo intentar descansar.

Aquella noche no fui capaz de conciliar el sueño. Me quedé despierta hasta tarde como si me hubiera bebido dos jarras de café antes de acostarme. Mi mente estaba frenética. Cada vez que cerraba los ojos revivía fragmentos de la vida de Emily y de la mía. Veía imágenes de Emily y de mí en nuestro apartamento. En algunas yo estaba sentada a la mesa, trabajando en mis tareas, y ella en la cocina, riendo y bromeando mientras preparaba la cena. Le encantaban los fines de semana.

Repetía las escenas una y otra vez. Nosotras en el cine. Nosotras de compras, como cuando no estaba deprimida, hurgando entre montones de ropa en busca de la prenda perfecta. Su codazo para que me levantara después de que la alarma hubiera sonado tres veces, mientras yo me cubría la cabeza con la almohada.

Rebobiné hasta nuestra infancia, recordando las historias que nos contábamos. Cuentos de princesas con caballeros que velaban por ellas y las protegían del mal. Imaginando caramelos que crecían en los árboles y helados de nata montada. Recordé lo felices que fuimos cuando comenzamos a vivir con los Rooth. Nuestra primera Navidad con regalos. Ir juntas a la escuela. Aprender a montar en aquellas bicicletas con serpentinas rosas y una cesta con flores violetas.

Pero no solo volvieron los buenos momentos. Los recuerdos de sus batallas y de su dolor fueron apareciendo, hasta eclipsar los instantes en los que era feliz. El diario lleno de escritos con sangre que encontré escondido en su armario cuando teníamos dieciséis. La carne rosada de sus heridas. Las horas que pasé abrazándola mientras sollozaba, prometiéndole que todo iría bien y escuchando cómo me repetía que nunca sería así. Sus súplicas para que la dejara morir mientras yo luchaba por hacerla vomitar las pastillas que había tomado, metiéndole el dedo en la garganta porque ella no podía hacerlo.

Lisa había llamado a Emily «alma torturada» y tenía razón. Sin importar cuánto pudiese amarla yo, ella seguía odiándose a sí misma. Nunca se recuperó de lo que nuestra madre nos había hecho; los amigos especiales habían hecho algo más que violar su cuerpo. Habían violado lo más íntimo de su ser de un modo en que

yo nunca les había permitido que hicieran conmigo. Emily estaba mucho más dañada que yo. Llevaba diciendo que quería morirse desde que teníamos nueve años e intentando acabar con su vida desde los trece. Quizá había llegado el momento de darle lo que siempre había deseado.

Estuve dando vueltas en la cama. No me sentía cómoda en ninguna posición. Me repetía que no mirara el reloj, pero solo conseguía mirarlo más. A las cuatro de la mañana renuncié a la idea de dormir.

Aparté las sábanas y me levanté. Eché un vistazo por la puerta: el pasillo estaba vacío y en penumbra, iluminado solo por las pequeñas luces del suelo. La estación de enfermería seguía encendida. Había una sola enfermera detrás del mostrador, concentrada en el ordenador. Abrí un poco más la puerta y me deslicé fuera. Avancé de puntillas por el pasillo hasta detenerme tres puertas más allá. Volví a mirar por encima del hombro para asegurarme de que la enfermera seguía ocupada, y solté el aire al comprobar que no se había movido.

Crucé la puerta sigilosamente. Rose estaba estirada en la cama y parecía que hubiera estado luchando en sueños.

Me acerqué a su cama.

–Rose –susurré–. Rose…

Esperé. Nada.

La sacudí por el hombro. Dio un respingo y se volvió para mirarme.

–¿Elizabeth? –preguntó. Se frotó los ojos.

Me sentí avergonzada, como una niña pequeña entrando sigilosamente en la habitación de sus padres por la noche después de haber tenido una pesadilla.

–Siento haberte despertado. No podía dormir.

Se incorporó y dio unas palmaditas en la cama para que me sentara.

–Estoy muy asustada –dije con voz temblorosa.

Me agarró la mano y me la apretó.

Nos quedamos sentadas en silencio, temiendo hablar por si alguien entraba y me encontraba en su habitación. Recosté la

cabeza en su regazo y ella me acarició el pelo. Finalmente, me quedé dormida escuchando el zumbido del aire acondicionado.

Capítulo 23

Polly me vio en la cama de Rose cuando llamó a la puerta durante la ronda matutina para despertarnos, pero no dijo nada. Volví corriendo a mi habitación; no quería poner a prueba su indulgencia. Al cabo de unos minutos llamó a mi puerta.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

No importaba que nadie respondiera nunca a su pregunta; ella no dejaba de hacerla. Yo estaba segura de que ya sabía adónde iría esa mañana. En el hospital no había secretos. Me encogí de hombros. Me alegré de que no hiciera ningún comentario sobre haberme encontrado en la habitación de Rose.

Me duché y, por primera vez desde que había entrado en el hospital, me puse a pensar en lo que me iba a poner. Miré qué había metido Dalila en la maleta: elegí unos vaqueros y mi camiseta favorita. Me recogí el pelo en una coleta. Estaba lista para salir. Sentía cómo el estómago me daba vueltas, así que ni siquiera me molesté en intentar desayunar. En su lugar, me senté y observé cómo todos a mi alrededor daban buena cuenta del suyo, deseando que Rose pudiera comer con nosotros.

–No puedo creer que te hayan dado permiso para salir hoy –dijo Shelly–. ¡Estoy celosa!

–Yo también –añadió Denise.

Denise siempre estaba de acuerdo con Shelly. Podía decir que Denise tenía los ojos naranjas y, aunque en realidad eran verdes, ella asentiría con la cabeza.

–¿Adónde vas?

–A ver a mi hermana.

–¿Tienes una hermana? No lo sabía. –Shelly se levantó de donde estaba sentada y se acomodó en la silla que había a mi lado–. ¿Mayor o más pequeña?

–Mayor.

No mencioné que por tan solo tres minutos para que no me hiciera más preguntas.

Tobi se unió al interrogatorio:

–¿Qué haréis? ¿Cómo puede ser que os dejen estar juntas? ¿Es algún tipo de emergencia familiar? Normalmente solo te dejan salir si es por una cuestión urgente.

–No es una emergencia. Solo una visita.

Odiaba cuando me acorralaban y no estaba Rose. A ella se le daba mucho mejor hacerlas callar y que volvieran a ocuparse de sus asuntos. ¿Cómo iba a escabullirme de sus preguntas sin ella?

–¿Adónde vais a ir? –preguntó Shelly.

–No lo sé.

No tenía ni idea de adónde nos dirigíamos. Supuse que Emily estaba enterrada cerca de allí, pero también era posible que los Rooth tuvieran un cementerio familiar en algún otro lugar.

Lisa llegó antes de que terminara la hora del desayuno y, a diferencia de mí, parecía descansada. Le brillaban los ojos; tenía el rostro resplandeciente y el pelo cuidadosamente recogido hacia atrás.

–¿Estás lista? –me preguntó.

No lo estaba en absoluto, pero, si me esperaba a estarlo, no iría nunca.

Me levanté y la seguí hasta la estación de enfermería. Rellené un formulario en un portapapeles con mi firma, la hora de salida y con quién me iba. Lisa garabateó su nombre en otro papel.

La seguí a través de la primera puerta cerrada sintiéndome como si fuera otra persona. Era como si dentro de mi cabeza hubiera una escalera por la que me hubiera deslizado, saliendo de mí misma, y desde algún lugar por encima estuviera observando cómo mi cuerpo actuaba. Me vi caminando junto a Lisa mientras ella charlaba y nos adentrábamos por cada pasillo anguloso, pasando cada puerta cerrada con llave, con la mirada clavada en mis vaqueros azules

desteñidos y llenos de agujeros, preguntándome cuándo me había crecido tanto el pelo. Fuimos hasta el ascensor y bajamos.

Al salir, el sol cegador me devolvió a mi cuerpo. Hacía tanto que no salía que la luz me hacía daño en los ojos y me obligaba a entrecerrarlos. El aire olía distinto, más vivo, como ese olor que queda justo después de la lluvia. Todo se veía más brillante y vibrante.

–He aparcado enfrente del edificio para no pagar el aparcamiento.

Lisa se rio y señaló al otro lado de la calle.

Su coche era un Honda Accord rojo. Me subí y, al hacerlo, me inundaron los recuerdos de todos los almuerzos que Thomas y yo habíamos compartido en su coche. Cuando Lisa se marchó anoche, ya era demasiado tarde para la cita telefónica que habíamos programado, y había echado de menos oír su voz. No pude evitar preguntarme si alguna vez volveríamos a almorzar en su Honda.

No pregunté adónde íbamos. Me limité a mirar por la ventana, viendo pasar los árboles y las casas. Observé cómo los semáforos parpadeaban y cambiaban de color a medida que los dejábamos atrás. El mundo había seguido existiendo y había continuado su marcha. Una parte de mí creía que el mundo había quedado en modo de espera, pero el tiempo no se había detenido mientras yo estaba en el hospital. El tiempo no me había esperado. Había seguido avanzando y seguiría haciéndolo, lo quisiera yo o no.

–¿Hay algún sitio en el que quieras parar antes de que lleguemos? ¿Te apetece tomar un café?

Aprecié el gesto, pero lo único que quería era acabar con aquello de una vez. Tenía miedo de que, si el coche se detenía y yo me bajaba, empezaría a correr en dirección contraria sin mirar atrás. Ni siquiera sabía si iba a ser capaz de bajar del coche cuando llegáramos.

Lisa aminoró la marcha cuando pasamos junto a la catedral St. John’s y puso el intermitente antes de tomar la entrada. Era la iglesia a la que Dalila y Bob nos habían llevado todos los domingos hasta los dieciséis años, aunque ninguno de los dos creía en Dios. Con esa edad nos permitieron decidir si queríamos seguir yendo o no, y así se acabaron nuestros domingos en la iglesia. Por muchas

veces que Thomas me había pedido que le acompañara, no había vuelto a poner un pie en una desde entonces. Giró a la izquierda y siguió el camino de entrada hasta la parte trasera, donde se abría a un aparcamiento grande. Detrás había un pequeño cementerio. El aparcamiento estaba vacío. Aparcó junto a la verja y apagó el motor.

Ninguna de las dos hizo ademán de bajar.

–¿Has estado aquí antes? –le pregunté.

En cuanto le hice la pregunta, comprendí la respuesta. Lisa había mencionado haber estado en el funeral.

–Estuve a tu lado durante el entierro. Fue un servicio precioso.

–¿Tengo que hacerlo?

Sentí miedo. Lisa me puso la mano en la rodilla.

–No tienes que hacer nada que no quieras hacer. Podemos volver al hospital si quieres o quedarnos aquí sentadas un rato, pero creo que sería una buena idea que vieras su tumba. En cualquier caso, te apoyaré decidas lo que decidas. La decisión es tuya. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites.

Me quedé un buen rato mirando por la ventanilla las hileras de lápidas. Costaba imaginar que cada una de esas piedras señalaba a alguien que había muerto, y que la lápida de Emily estaba en algún lugar entre ellas. Justo ahí fuera.

Sentía las piernas de plomo. La sensación de estar bajo el agua había vuelto.

–No sé si voy a poder salir. Me encuentro fatal.

–Sé que tienes miedo y entiendo lo duro que debe ser esto para ti. Aunque tu cerebro no recuerde haber estado aquí, tu cuerpo sí, así que es normal esa sensación. ¿Recuerdas que ayer hablamos de la posibilidad de que estar aquí activara tu memoria? –Asentí–. Mi consejo es que te centres en lo que está ocurriendo en tu cuerpo en este momento y que no lo ignores; puede que te ayude a ponerte en contacto con tu experiencia. Date permiso para sentir y deja que afloren los recuerdos.

No estaba segura de querer hacerlo. La idea de salir del coche y ver la tumba de Emily me hacía sentir fatal.

–Quiero volver al hospital… No puedo.

Me puse a llorar. Lisa me acercó a ella y me estrechó, acariciándome el brazo.

–No tenemos que hacerlo. Podemos volver al hospital. No te obligaré a hacer nada. –Se apartó un poco de mí y me cogió la cara con las dos manos, mirándome a los ojos–. Quiero que sepas algo: eres la persona más valiente que conozco. Si alguien puede afrontar esto, eres tú. No te habría traído aquí si no pensara que puedes hacerlo y que te podría ayudar.

–¿De verdad lo crees?

–Completamente.

–¿Estás segura? –me preguntó Lisa.

No lo estaba, pero aun así iba a hacerlo.

Salí del coche y caminé hacia la parte delantera. Ella hizo lo mismo y se acercó a mí. Me tomó de la mano.

–Puedes hacerlo.

Me apretó la mano y echó a andar. Caminé a su lado robóticamente, como si estuviera en trance. Entramos y salimos de los pasillos de lápidas, con cuidado de no pisar ninguna de las tumbas. Había tantas que me fue fácil evitar leer las inscripciones.

Lisa se detuvo, así que yo también lo hice. Bajó la mirada y yo la imité, pero no me atreví a seguir la dirección de sus ojos. En su lugar, me fijé en mis pies: unas Converse negras nuevas. No me atrevía a mirar la losa. No estaba preparada para alzar la vista. Lisa posó una mano en mi espalda. Me sudaban las palmas y sentía un rubor ardiente, como si tuviera gripe. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que, si alguien me miraba el pecho, vería cómo se agitaba.

Respiré hondo y levanté la mirada lentamente. Ahí estaba:

EMILY ROOTH (1991-2009)
QUERIDA HERMANA. AMADA HIJA.
TE LLEVAMOS SIEMPRE EN EL CORAZÓN.

Me quedé mirando la lápida y volví a leer la primera línea: «Emily Rooth (1991-2009)».

Una certeza enfermiza me inundó el cuerpo y me dejó sin aire. Me agaché y froté el relieve de la cicatriz que «Emily» me había marcado en la cara interna del muslo, el tatuaje que me había hecho con una cuchilla de afeitar el día que cumplimos catorce. Lisa siempre me había preguntado por qué me grababa mi nombre o lo escribía con sangre cada vez que me cortaba. La respuesta era sencilla: lo hacía para recordarme quién era y que estaba viva.

«Soy Emily Rooth».

El pánico se apoderó de mí. ¿Lo sabía Lisa? ¿Era eso lo que quería que recordara? La miré de reojo, pero ella no me estaba mirando. Contemplaba mi lápida mientras las lágrimas le recorrían el rostro, lidiando con sus propios recuerdos de mí. Era imposible que conociera la verdad. Estaba tan convencida de que yo era Elizabeth como lo había estado yo.

Era como si hubiera estado viviendo en un sueño y hubiera llegado el momento de despertar. Me asaltó el recuerdo de nuestra última noche. Las imágenes surgían de mi inconsciente y se abrían paso violentamente hacia mi mente consciente sin mi permiso.

Era yo quien conducía. Elizabeth estaba sentada a mi lado, llorando. Odiaba cuando lloraba. No lo hacía muy a menudo y quizá por eso resultaba devastador.

–¿Qué más da? No es más que un tío. No es como si fueras a casarte con él o algo parecido. ¿Cuántos líos de instituto acaban en matrimonio? –le pregunté.

No me gustaba que Elizabeth estuviera tan pendiente de su nuevo novio. Cada vez pasaba más tiempo con Marc y menos conmigo. Incluso cuando estaba conmigo, tenía la sensación de que estaba distraída, como si no estuviera del todo presente. No era que tuviera novio lo que me molestaba, sino que lo hubiera mantenido en secreto. Se suponía que no teníamos secretos entre nosotras. La oí prometerle por teléfono que pronto me hablaría de él, pero que estaba esperando el momento adecuado porque tenía miedo de cómo reaccionaría yo. Me molestaba que pensara que era tan frágil que no podría soportar que tuviera pareja.

Escuchaba sus conversaciones a escondidas y cada vez con más frecuencia. No podía soportar la voz que ponía cuando hablaba con

él. Sonaba falsa e impostada; nunca la había oído reírse como cuando hablaba con él. Poco tiempo después, empezó a terminar las llamadas con un «Yo también te quiero».

Puede que ella le quisiera, pero era imposible que él la quisiera a ella. No se puede amar a alguien si no se le conoce, y era imposible que él conociera a Elizabeth. Nadie aparte de mí la conocía. Si empezaba a pensar que otra persona la entendía, quizá dejaría de necesitarme tanto, y no iba a permitir que eso ocurriera. Me había propuesto demostrarle que Marc no la conocía tanto como ella creía. Mi plan era muy sencillo: me haría pasar por ella y le besaría. Si estaba enamorado de verdad, se daría cuenta de que estaba besándome a mí y no a ella. Y si no podía distinguir entre nosotras, entonces no era el hombre adecuado, y Elizabeth no debía estar con alguien que no lo fuera.

Había ido a la fiesta con uno de sus vestidos y me había alisado el pelo como ella solía hacerlo. No soportaba cómo se nos encrespaba cuando lo dejábamos con su rizo natural, pero a mí nunca me molestó. Tampoco es que quisiera esforzarme demasiado por hacerme pasar por ella. Esa no era la cuestión: nuestro aspecto exterior no debería importar. Si amabas a alguien, se suponía que sabías cómo era por dentro.

La seguí hasta la fiesta. Me había mentido diciéndome que iba a la biblioteca a estudiar, pero yo había estado leyendo sus correos electrónicos durante toda la semana, así que sabía que había quedado con él allí. Esperé a que fuera al baño y me acerqué a él.

–Hola, cielo –le dije, rodeándole con el brazo.

Se volvió para mirarme.

–Qué rapidez.

–Ven aquí.

Le sonreí, señalando la puerta abierta de la habitación contigua al cuarto de baño. Él alzó las cejas.

–¿Lo dices en serio?

Le hice un gesto para que se acercara y él me siguió ansiosamente hasta el dormitorio.

–Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto. –Acerqué su rostro hacia mí, pero se apartó antes de que pudiera besarle–. ¿Qué te ha

hecho cambiar de opinión?

–No quiero hablar.

Lo agarré y empecé a besarlo con pasión. Me devolvió el beso, metiéndome la lengua en la boca con avidez. Solo hicieron falta un par de segundos para que gimiera y sus manos se deslizaran por debajo de mi camisa.

Y entonces Elizabeth entró. Exactamente como había planeado. Se quedó blanca; parecía a punto de vomitar. Marc se apartó de mí y nos miró a las dos. No tenía ni idea de quién era quién ni con cuál de nosotras debía hablar. Elizabeth no dijo nada. Furiosa, se dio la vuelta y salió por la puerta. La seguí, pero se negó a subir conmigo al coche y se fue calle abajo andando. Conduje a su lado con la ventanilla bajada.

–Por favor, Bethy, entra en el coche, anda –le supliqué una y otra vez mientras avanzaba por la carretera–. Puedo explicártelo. Déjame que te lo explique.

Le insistí hasta que por fin accedió. Cuando se sentó en el asiento del acompañante, empezó a sollozar histéricamente; yo no sabía qué hacer. No había previsto que reaccionara con tanta intensidad.

–¡No es un simple capricho! –me gritó desde su asiento–. ¡Le quiero!

–¡No te quiere! –exclamé–. Me ha besado. ¡Me ha besado y no tenía ni idea de que no eras tú!

–¿Qué se supone que tenía que hacer? –me preguntó Elizabeth–. Has venido vestida exactamente igual que yo. ¡Nunca nos vestimos igual! ¡Jamás! Eres igual que yo. Incluso te has alisado el pelo cuando tú nunca te lo alisas. ¡Sabías exactamente lo que estabas haciendo! No mientas. ¡¿Cómo has podido?! ¿Cómo has podido hacerme esto?

Elizabeth nunca me había levantado la voz y ahora me estaba gritando. No sabía cómo hacer que parara ni cómo podría sentirse mejor. Era ella la que sabía arreglar las cosas.

–¡Él debería haberlo sabido! ¡De eso se trataba!

–¿Cómo has podido hacerme esto?

Estaba a punto de hiperventilar.

–Bethy, no te pongas así. Estaba tratando de protegerte, de verdad. Tienes que entenderlo. Sabía que no sería capaz de distinguirnos porque en realidad no te conoce ni te quiere. Tenía que demostrártelo. –Sus hombros seguían agitándose por el llanto–. ¿No te das cuenta? Lo he hecho por nosotras, porque iba a interponerse entre nosotras. Ya lo estaba haciendo. –Estaba desesperada por lograr que se calmara. Nunca había estado tan enfadada conmigo–. Por favor, perdóname. Entiéndeme. ¿No lo ves? Estaba pensando en lo que era mejor para ti… Iba a acabar por hacerte daño. Siempre lo hacen.

–Me gustaba de verdad. Mucho.

Elizabeth giró la cabeza hacia el otro lado.

–Por favor, mírame. No te enfades. Te lo ruego.

Yo también había empezado a llorar. No podía soportar que se enfadara conmigo. No sabía cómo gestionarlo y empezaba a perder la razón. Elizabeth seguía con la cabeza vuelta hacia la ventana, negándose a mirarme.

Alargué la mano para tocarle el hombro, pero la apartó de un manotazo.

–Déjame en paz, Emily. Lo único que quiero es que me dejes en paz.

–Vamos, no te pongas así. No puedes enfadarte conmigo. Por favor, Elizabeth, mírame.

Traté de tocarla de nuevo. Me apartó con un gesto y se alejó aún más de mí.

Y entonces pasó. Todo ocurrió muy deprisa: las luces brillantes y deslumbrantes en mi cara, cegándome; el estruendo del claxon gritándome; el rechinar de los neumáticos, los chirridos, el crujido ensordecedor… y después, la oscuridad.

Abrí los ojos lentamente. Me costaba respirar. El airbag me aplastaba la cara. Me dolía la cabeza. El cinturón de seguridad me desgarraba como si me fuera a partir en dos. Me giré para mirar. Había desaparecido.

–¡Elizabeth! ¡Elizabeth!

El parabrisas estaba hecho añicos. Destrozado. Empujé la puerta para abrirla. Los faros me cegaban. El claxon seguía resonando en

mis oídos. Un semirremolque yacía de lado a nuestro lado. Había humo por todas partes y me quemaba los ojos. Me dolía muchísimo la cabeza.

–¡Elizabeth!

Empecé a correr por la carretera a oscuras, gritando, buscándola desesperadamente. Me ardían los pulmones y el dolor punzante de las piernas era insoportable, pero no me importaba. Ya nada importaba. Nada excepto encontrarla. Vi un cuerpo a un lado de la carretera. Deformado. Retorcido. Grotescamente contorsionado. Corrí hacia él.

Me arrodillé. Tenía la cara salpicada de sangre. Su ropa estaba hecha jirones. Sus brazos y piernas estaban colocados en ángulos extraños, como si se hubieran partido por la mitad. Tenía el vientre abierto y trozos de sus entrañas se desparramaban a nuestro alrededor, esparciéndose por el arcén. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión llena de terror.

Acerqué mi cara a la suya. Nada. Sabía incluso antes de tocarla que estaba muerta. Le puse la mano en el cuello, luego en la muñeca y finalmente en el pecho. Nada.

Elizabeth estaba muerta y yo la había matado. Mi vida había terminado.

Apoyé la cabeza en su pecho, sollozando. De mi interior brotaron sonidos primitivos, de un lugar que no sabía que existía. Su sangre se acumulaba alrededor de mi cabeza. La gente corría, gritaba, se llamaba unos a otros. Luces rojas parpadeaban. Las sirenas aullaban. Y el humo. Tanto humo.

Unas botas grandes y negras frente a mi rostro. Un brazo fuerte zarandeándome. Otra vez.

–Señorita, ¿cómo se llama? ¿Cuál es su nombre?

No podía moverme. No podía respirar. No podía vivir.

–¿Cuál es su nombre? ¿Recuerda cómo se llama? –me preguntó de nuevo, iluminándome los ojos con una linterna.

Levanté lentamente la cabeza de su pecho y asentí al agente de policía.

–Me llamo Elisabeth. Elizabeth Rooth.

Epílogo

Hacía tres semanas que no iba a mi propia tumba. Durante un breve momento, de camino de vuelta al hospital, consideré decirle a Lisa quién era realmente, pero deseché la idea y preferí mantenerlo en secreto. Si se lo contaba, ella y los médicos me obligarían a volver a ser Emily, y yo ya no quería ser Emily. Nunca había querido ser yo; me había pasado la vida odiándome.

Nuestra madre tenía razón sobre nosotras. Siempre había dicho que Elizabeth era la fuerte y yo la débil y que debería intentar parecerme más a ella. Incluso después de que nos rescataran de ella y nos fuéramos a vivir con los Rooth, todo el mundo seguía comparándome con mi hermana. Medían mi progreso con el suyo y yo nunca daba la talla. Nadie lo expresó nunca con la crueldad con que lo hacía nuestra madre, pero siempre estaba ahí, oculto bajo la superficie. Bob y Dalila eran demasiado buenos para decirlo, pero lo vi en sus ojos la primera vez que la profesora de primaria los llamó para decirles que me habían visto jugando con dos compañeros durante el recreo. En otras ocasiones, cuando no sabían que los estaba escuchando, los oí comentar lo mal que estaba. Como cuando volví a casa del hospital después de que Dalila me encontrara en la bañera y la oí lloriquear:

–No lo entiendo. ¿Por qué no puede ser un poco más como Elizabeth?

Habría dado cualquier cosa por ser más como ella. Había pasado tanto tiempo deseando ser ella como odiándome a mí misma. Todo el mundo hablaba siempre de lo mucho que nos parecíamos, como si fuéramos la misma persona, y de cómo vivíamos en nuestro

propio mundo, pero solo la última parte era cierta. Vivíamos en nuestro propio mundo porque ella era la única persona que me entendía, pero éramos muy diferentes.

Ella había nacido con una coraza de acero alrededor del corazón que la protegía del mal. Yo, en cambio, llegué al mundo sin defensa alguna. No tenía muros tras los que ocultarme ni nada que me mantuviera a salvo del resto. Mientras ella caminaba blindada, mi cuerpo y mi alma siempre estuvieron expuestos, a disposición de cualquiera que quisiera entrar y dañarme. No había ni una sola parte de mí que hubiera quedado intacta.

Crecí contemplando a Elizabeth con asombro, preguntándome cómo podía ser tan invulnerable. Todo empezó con nuestra madre y sus amigos especiales, y continuó después, cuando nos alejaron de ella y comenzó nuestra nueva vida con los Rooth. Ella era firme como una roca, llena de coraje y fortaleza. Nada parecía afectarle. Yo no entendía cómo lo conseguía y deseaba desesperadamente ser como ella, pero nunca estuve ni siquiera cerca de lograrlo.

La noche en que la maté no tenía intención de convertirme en ella. Simplemente ocurrió, casi por accidente. Mientras yacía en la carretera sobre su cuerpo, sentía la devastación de haber matado a la única persona que amaba y que más me había amado en el mundo. La adoraba, la necesitaba. No podía concebir una vida sin Elizabeth ni soportar el peso de haber sido yo quien se la arrebató. No podía aceptar de ningún modo que estuviera muerta, así que, cuando aquel agente me preguntó cómo me llamaba, respondí que me llamaba Elizabeth.

Fragmentos de mi memoria volvían poco a poco. Seguía sin recordar nada de los días posteriores a su muerte. Pero sí recordaba estar de pie junto a la tumba mientras la enterraban y darme cuenta de que todo el mundo pensaba que estaba muerta. Todos creían que yo era Elizabeth y nadie se lo había cuestionado siquiera. Yo era la única que sabía la verdad y comprendí que podía seguir siendo ella. Si no le contaba a nadie lo que había ocurrido, nadie más que yo lo sabría. Me dije que eso sería como hacernos un regalo a las dos: ya no tendría que ser yo y, al convertirme en ella, la mantendría con vida.

No me costó nada meterme en el papel de Elizabeth. Fue muy sencillo, no requirió ningún esfuerzo por mi parte. La había estado observando desde que éramos niñas y lo sabía todo sobre ella, desde la forma en que ladeaba ligeramente la cabeza hacia el lado izquierdo cada vez que se reía hasta cómo sacaba la punta de la lengua cuando se concentraba. Fue como entrar en mi libro favorito. Muy pronto descubrí que me gustaba ser ella. Me sentía bien, mucho mejor de lo que nunca me había sentido siendo yo misma.

Con lo que no había contado era con que yo no desaparecería. Me habían metido bajo tierra con una lápida con mi nombre, pero me negaba a morir. No iba a esfumarme y dejarle el camino libre. Era una batalla constante entre las dos. En mi primera sesión con el doctor Larson después de visitar la tumba, me explicó que esa lucha entre mis identidades se debía a una fuga de identidad que me permitía asumir una nueva sin dejar de conservar la original. Describió todo como si fuera evidente que yo era Elizabeth porque, a diferencia de con Lisa, nunca me planteé decirle quién era en realidad. Habló de mi fuga de identidad como de un «estado alterado» y dijo que era otro síntoma de mi trastorno disociativo.

Ese fue otro de esos momentos en los que no tenía ni idea de lo que me estaba hablando y deseé poder hablarlo con Lisa, pero no podía. Una vez fui consciente de la verdad sobre quién era, supe que ella era la única persona a la que no podría ocultárselo, así que tuve que alejarme de Lisa, porque no podía arriesgarme a que lo descubriera. Me entristeció; sabía que la iba a echar mucho de menos. Pero, como siempre decía Elizabeth, a veces tienes que hacer sacrificios para conseguir lo que quieres, y renunciar a mi relación con Lisa fue un sacrificio que estaba dispuesta a hacer con tal de recuperar mi libertad.

El doctor Larson tenía esperanzas en mi recuperación total. Su enfoque durante mis últimas semanas en el hospital había consistido en ayudarme a reparar mi fuga de identidad mediante lo que él denominaba «devolverme a la congruencia» y «deshacerme de mi estado alterado». Me aseguró que, si seguía sus instrucciones y confiaba en el proceso, podría empezar una nueva vida y no tendría que seguir viviendo como hasta entonces. El proceso incluía pasar el

duelo por la muerte de Emily e identificar el papel que había desempeñado en mi vida el hecho de mantenerla viva. Para él, el objetivo de mi tratamiento era lograr integrarla, pero el mío era vivir sin ella por completo.

Estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para librarme de Emily porque, cuando saliera por la puerta del hospital, quería ser libre para vivir mi vida como Elizabeth sin la interferencia de mi antiguo yo. Hice todo lo que el doctor Larson me dijo. Le escribí una carta de despedida y la leí durante el grupo, hablé con ella en una silla vacía y le dije que la quería, golpeé almohadas y grité sobre lo enfadada que estaba y, finalmente, mediante una hipnosis guiada, me visualicé soltándole la mano y dejándola marchar. El doctor me había prometido que era posible empezar de nuevo y yo sabía que podría hacerlo siempre y cuando Emily permaneciera enterrada. Solo tenía que asegurarme de que así fuera esta vez.

Cuando me dieron el alta del hospital, todos los demás ya habían recibido la suya. No quedaba nadie de nuestro grupo original, pero, justo antes de mi fiesta de despedida en la sala de estar, oí cómo Polly les decía a las otras enfermeras que iban a readmitir a Shelly al día siguiente tras un intento de suicidio. Me sentí mal porque regresara tan pronto y me juré que yo jamás volvería.

Thomas asistió a la fiesta junto con Bob y Dalila. Mi amor por él era más fuerte que nunca. Habíamos dejado de hablar de lo que había ocurrido y empezado a centrarnos en planear nuestro futuro juntos. Incluso había comenzado a lanzarme indirectas sobre el matrimonio. Bob y Dalila estaban tan orgullosos de mí como en mi graduación del instituto. Bob llevó flores y Dalila me regaló un libro precioso, lleno de citas inspiradoras. Las enfermeras trajeron una tarta con la palabra «Enhorabuena» garabateada en glaseado rosa. Nadie estaba más orgullosa de mí que yo misma.

Hacía ya cinco días que había salido del hospital y estaba sentada en mi nuevo dormitorio del apartamento que compartía con Rose. Ella se había marchado dos semanas antes y el piso estaba completamente amueblado; parecía que lleváramos meses viviendo allí. Su madre había hecho un trabajo impecable proporcionándonos todo lo necesario, incluido el dinero para el alquiler. Eso significaba

que yo no tendría que trabajar y podría centrarme en los estudios. Retomaría las clases el próximo semestre y lo esperaba con ansia.

No había visto a Rose comer nada que no fuera lechuga y ya había perdido casi todo el peso que había ganado en el hospital. Pasaba las tardes encerrada en su habitación haciendo ejercicio. No me importaba que no comiera y se obligara a hacer doscientas sentadillas y elevaciones de piernas antes de acostarse, porque no comer y hacer ejercicio la hacía feliz. Y yo quería que fuera feliz. Se lo merecía.

Como por las noches ella estaba ocupada en su habitación, yo me quedaba sola y podía hacer lo que me apeteciera. Leía un libro que me había comprado en unos grandes almacenes el mismo día que salí del hospital o hablaba con Thomas por teléfono. Nunca se nos acababan los temas de conversación. Pero aquella noche iba a ser diferente.

Por la mañana me había encontrado, de repente, otra vez en Target, en el pasillo de salud y belleza, sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí. No recordaba haber cogido el autobús ni haber entrado en la tienda, pero allí estaba, pasando los dedos por los relucientes paquetes de cuchillas de afeitar.

Me vi a mí misma quitándole el plástico al envase de una hoja de afeitar nueva y reluciente. El corazón me empezó a latir más rápido y mi cuerpo empezó a vibrar mientras me maravillaba por la forma en que la luz incidía sobre la hoja, haciéndola centellear. Comprobé que la puerta del dormitorio estaba cerrada. Lo estaba, pero aun así arrimé la silla del escritorio y la apoyé contra el pomo de la puerta como precaución adicional.

Acerqué el frío metal a la piel y presioné ligeramente, luego un poco más fuerte, solo para sentir el aguijonazo. Sentí aquella picadura tan familiar y el calor se desparramó por todo mi ser. Necesitaba más. Empujé aún más hacia dentro y sentí una liberación cuando me atravesó la carne, revelando el blanco nacarado de mi interior antes de que las primeras gotas rojas empezaran a dibujar su estela carmesí. En cuanto vi brotar la sangre, supe que tenía que seguir y purgar todo el mal que llevaba dentro. Deslicé la cuchilla

por mi piel y sentí el placer incontestable de mi alma liberándose. Podía respirar de nuevo.

Cerré los ojos, dejando que aquella oleada tan familiar me recorriera, y me prometí tener cuidado. No debía cortar demasiado hondo. Esta iba a ser la última vez. Solo una vez más.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo